

DISCURSOS Y PRÁCTICAS SOBRE LA “RAZA” EN NOVELAS COLOMBIANAS, 1920 - 1950

NATALIA ANDREA SUÁREZ SALAZAR



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
SEDE MEDELLÍN
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y ECONÓMICAS

DISCURSOS Y PRÁCTICAS SOBRE LA “RAZA” EN NOVELAS COLOMBIANAS, 1920-1950

Natalia Andrea Suárez Salazar

**Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín
Facultad de Ciencias Humanas y Económicas
Maestría en Historia
2017**

**DISCURSOS Y PRÁCTICAS SOBRE LA “RAZA” EN NOVELAS
COLOMBIANAS, 1920-1950**

Natalia Andrea Suárez Salazar

Trabajo de investigación presentado como requisito
parcial para optar al grado de
Maestría en Historia

Director: Oscar Almario García
PhD. Antropología Social y Cultural
Profesor Titular

Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín
Facultad de Ciencias Humanas y Económicas
Maestría en Historia
2017

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I. ESTUDIOS SOBRE LA “RAZA”. COLOMBIA: SIGLO XVIII-XX	30
Antecedentes	30
1.1 Debates sobre la “raza”, “modernidad” y siglo XVIII	33
1.2 Debates sobre la “raza” en Colombia en el siglo XIX	37
1.3 Situación política y social de Colombia en las primeras décadas del siglo XX	41
1.3.1 Movimientos culturales, intelectuales y literarios	49
1.4 El discurso como práctica racista de exclusión. Debates y conferencias sobre la “raza” en Colombia, 1920- 1930	53
1.5 Algunas características de la novelística colombiana	66
CAPÍTULO II. NUESTRA ES LA TIERRA. NOVELAS PRO-INDIGENISTAS	75
2.1 <i>La vorágine</i> , José Eustasio Rivera	78
2.2 <i>Toá, narraciones de caucherías</i> , César Uribe Piedraíta	91
2.3 <i>En el corazón de la América virgen</i> , Julio Quiñones	100
2.4 <i>José Tombé, Novela folklórica</i> , Diego Castrillón Arboleda	106
2.5 <i>La obsesión</i> , Daniel Samper Ortega	114
2.6 <i>Cada voz lleva su angustia</i> , Jaime Ibañez	121
CAPÍTULO III. BESADOS POR EL SOL. NOVELAS DE “NEGROS” Y SOBRE “NEGROS”	128
3.1 <i>Las estrellas son negras</i> , Arnoldo Palacios	130
3.2 <i>Risaralda</i> , Bernardo Arias Trujillo	141
3.3 <i>Tierra mojada</i> , Manuel Zapata Olivella	152
3.4 <i>El hombre bajo la tierra</i> , José Antonio Osorio Lizarazo	161
3.5 <i>La bruja de las minas</i> , Gregorio Sánchez Gómez	169
CAPÍTULO IV. “NOSOTROS LOS BLANCOS”. NOVELAS SOBRE BLANCOS Y MESTIZOS	178
4.1 <i>Los dos tiempos</i> , Elisa Mujica	180
4.2 <i>Chambú</i> , Guillermo Edmundo Chaves	187
4.3 <i>Memorias de un tal Pastrano</i> , Dionisio Arango Vélez	194
4.4 Mención especial: <i>Los de en medio</i> , Augusto Morales Pino	199
CAPÍTULO V.	203
Conclusiones	217
Bibliografía	222
Anexos	232

Lista de figuras, mapa y cuadros

Figura 1. Carátula de la primera edición, <i>La vorágine</i> , 1924	78
Figura 2. Carátula de la primera edición, <i>Toá</i> , 1931	91
Figura 3. Imagen incluida en la edición del 2013, <i>Toá</i>	92
Figura 4. Carátula de la primera edición, <i>En el corazón de la América virgen</i> , publicada en Francia, 1924	101
Figura 5. Contraportada, <i>En el corazón de la América virgen</i> , 1948	102
Figura 6. Carátula de la primera edición, <i>José Tombé</i> , 1948	107
Figura 7. Carátula de la primera edición, <i>La obsesión</i> , 1926	115
Figura 8. Contraportada de la tercera edición, <i>La obsesión</i> , 1936	115
Figura 9. Carátulas, <i>Cada Voz lleva su angustia</i> , 1973	122
Figura 10. Carátula de la edición del 2010, <i>Las estrellas son negras</i>	130
Figura 11. Carátula de la edición del 2010, <i>Risaralda</i>	141
Figura 12. Carátula de la primera edición, <i>Tierra mojada</i> , 1947	152
Figura 13. Carátula, <i>El hombre bajo la tierra</i>	161
Figura 14. Carátula de la edición del 2010, <i>La bruja de las minas</i>	169
Figura 15. Contraportada de la primera edición, <i>Los dos tiempos</i> , 1949	180
Figura 16. Carátula de la primera edición, <i>Chambú</i> , 1946	187
Figura 17. Carátula y contraportada de la primera edición, <i>Los de en medio</i> , 1938	199
Cuadro 1. Novelas 1924-1949	232
Cuadro 2. Novelas no incluidas	233
Mapa 1. La novela en Colombia 1920-1950	134
Cuadro 3. Ficha de la novela “Cosme”	235
Cuadro 4. Ficha de la novela “Marsolaire”	138
Cuadro 5. Ficha de la novela “Tras el Nuevo Dorado”	240

Agradecimientos

Agradezco inmensamente a mi madre Cruz Elena, sin ella y su apoyo inquebrantable no hubiese sido posible concluir esta investigación. A Danilo, por estar a mi lado en el transitar de mis días, lleno de cariño y comprensión. A quienes me acompañan constantemente, animándome con chistes y palabras de apoyo, mi hermano Álvaro, a Daniel, amigos, amigas y familiares. A Luz Elena, donde quiera que esté.

Agradezco a mi profesor asesor Oscar Almario por expresar el pasado de forma maravillosa, conversar conmigo, ayudarme y orientarme durante este largo proceso. A quien con oportunos consejos me apoyó. A los profesores que me enseñaron y colaboraron tanto durante el pregrado y la maestría.

Mis más sinceros agradecimientos a la Fundación SURA y su beca “Nicanor Restrepo Santamaría”, las personas que allí laboran tienen una calidad humana excepcional. Agradezco a la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín y en particular a la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas por los muchos años de conocimiento que me ha brindado, y por la beca para continuar con mis estudios de maestría. A la Biblioteca Nacional y la Biblioteca Pública Piloto por facilitarme el material bibliográfico que requería.

Introducción

La preocupación por los aspectos relacionados con la “raza”, vista como diferencia física, mental y moral dada por la procedencia de las personas o su color de piel, ha sido una constante histórica¹ que se desenvuelve con diversos mecanismos para hacerla visible, siendo de los más notables y conocidos el “racismo”, acompañado por los discursos excluyentes basados en dinámicas que promueven la idea de desigualdad y que conllevan unas prácticas para hacer efectivos tales presupuestos.

Es así como en diferentes épocas históricas los grupos excluidos, los “otros”, han sido propensos a recibir tratos que les marcan como distintos, incluso a través de mecanismos legales o institucionalizados que, en su momento, fueron avalados por la ciencia de carácter positivista con pretensiones de universalidad y asertividad. De esta manera, es como se han producido unas actitudes respecto a la diferencia dada por el color de piel, la ascendencia y descendencia de los seres humanos, los grupos étnicos a los cuales pertenecen, la zona de la cual provienen o la religión que profesan.

Los aspectos y actitudes de exclusión pueden llevar al odio hacia determinados grupos humanos, conduciendo al extremo de exterminarlos por presentirlos como un peligro. Durante el siglo XX la práctica “racista” vio su cénit en masacres como las de la Segunda Guerra Mundial, que trascendieron ámbitos nacionales para adentrarse en lo continental con el proyecto de exterminio del pueblo judío, proyecto iniciado por la Alemania nazi. Así mismo, el siglo fue cerrando con uno de los hechos más atroces de exterminio de un pueblo: el Genocidio de Ruanda, que, aunque no fue dado precisamente por problemas de índole “racial”, sí da muestras de la colaboración de las instituciones gubernamentales para intentar eliminar al otro por factores dados a causa de la diferencia.

Las sociedades y la humanidad no han estado exentas de este tipo de prácticas que perduran hasta la actualidad, dando paso a una realidad poco halagüeña de avances

¹ Cabe anotar que esta constante histórica no ha sido eterna, sino que fue tomando forma a partir de ciertos momentos de la evolución humana, con fenómenos como la sedentarización, el surgimiento de imperios antiguos, entre otros factores, como formas ideológicas y religiosas, en las que el “otro”, percibido como diferente por características étnicas o culturales, empezó a ser visto como amenaza y discriminado de ciertas maneras. El presente trabajo se ocupará del fenómeno racista más reciente, el moderno.

científicos, pero con profundas diferencias y brechas sociales y con mecanismos excluyentes como el “racismo”, impidiendo a las personas que son víctimas de estas actitudes, acercarse a la igualdad de posibilidades económicas, sociales, políticas, culturales, etcétera.

El presente trabajo no busca reproducir o mantener los discursos “racistas” que han imperado durante el siglo XX y que se mantienen, incluso, hoy en día, con hechos violentos, masacres de unos pueblos por otros, atentados y decenas de actos intolerantes que pueden verse día a día en el mundo, como el rechazo de ciudadanos de algunos países a la inmigración, o apoyar a personas exiliadas de países en guerra, por ser de culturas diferentes, con religiones, color de piel y costumbres distintas.

El éxodo humano es una constante que nos acompaña, como terrícolas, a diario, este texto entonces, busca reconocer algunos de los prejuicios raciales presentes en novelas colombianas escritas entre los años 1920 y 1950, con la finalidad de entender en qué se basaban los colombianos para pensar que había diferencias de índole “racial”, pero sin la intención de estar en acuerdo con lo expuesto, por lo tanto, este trabajo no se enmarca en el “racismo”, ni en la idea de poner a un grupo humano o étnico por encima de otros, ni en calificarlos como superiores o inferiores. Creo en la igualdad del ser humano y, más que eso, en la necesidad de reconocer en los habitantes del planeta tierra, seres que tienen los mismos derechos.

Se propone, a partir de la revisión y análisis de algunas novelas colombianas, escritas y publicadas entre 1920 y 1950, reconocer aspectos relacionados con la “raza” que aquellas puedan tener, implícita o explícitamente, para obtener un acercamiento al tema “racial” contrastado con algunos hechos y documentos producidos durante el mismo período. Se resalta la importancia del tema porque, como se ha mencionado, actitudes, palabras y políticas racistas se mantienen hasta la actualidad, pues no es un asunto superado en la historia de la humanidad. En el caso colombiano, ni siquiera la abolición de la esclavitud suprimió la carga racista propia del colonialismo ni su continuidad; tampoco las apologías al mestizaje “racial” supusieron la valoración del pasado indígena.

Se busca encontrar algunas características de la novelística consultada, que den cuenta del contexto de su producción y cómo este influyó en la forma en la cual los escritores lo expresaban, así como los conflictos a los que se enfrentaban los individuos en el país, que durante esas décadas entró en la órbita de la modernidad y se vio fuertemente influenciado por los acontecimientos exteriores.

Las representaciones, imágenes, debates y estudios sobre las “razas”, a través de los siglos, han sido un campo fecundo de investigación, sobre todo en América por los procesos de conquista y colonización europea, pues la cantidad de grupos humanos que se encontraron en el territorio fue diversa y llevó a que se dieran unos mestizajes, lo que significó un factor preocupante en la época colonial, al pensarse que la calidad racial podía disminuir al presentarse este tipo de cruces. Así pues, los discursos y usos sobre las “razas” han sido diferentes y han variado con el paso del tiempo.

La importancia de la investigación sobre el tema radica, entre otras cosas, en que aún hoy, con todos los “triumfos de la razón” y de la sociedad del progreso y la igualdad, se mantienen prácticas racistas, que van en detrimento de todos los ideales modernos y de una equidad entre los hombres.

Como se ha mencionado, en Colombia, estos aspectos no fueron tomados como disímiles, y la producción científica respecto al estudio de las “razas” y las zonas en que estas se ubicaban con proclividad a ciertos comportamientos, no eran ausentes, aún más, porque al ser parte de la cultura occidental, se tomaba lo europeo como referente de alto grado civilizatorio y como meta socio política.

En el siglo XIX se mantuvieron las ideas sobre las “razas” amparadas por la ciencia y, en toda la centuria, se fueron produciendo más conocimientos de este tipo, llevando a la práctica unas teorías las cuales sostenían que aquellas podían mejorarse en los territorios, obviamente teniendo como mejora el acercarse lo más posible a lo “blanco”. De esta manera, muchos debates y visiones acerca de la “raza” se mantenían para el siglo XX, en la cotidianidad de las personas que adquirirían unos comportamientos para referirse a las diferencias “raciales”.

La periodización propuesta para la investigación (1920-1950) es importante, debido a que durante estos años se presentó una transición de un período conservador a ultranza, el cual venía desde el siglo XIX, y que fue conocido como “hegemonía conservadora” (1886-1930) a uno liberal que duró hasta finales de la década del cuarenta, lo que manifestó un cambio en la mentalidad política del país y a un conflicto ideológico que se estaba desarrollando en las élites encargadas de ejercer el poder, y que llevaría a la modificación en los lineamientos del gobierno y en los intelectuales.

También hubo influencia del contexto internacional: imperialismos, colonialismos modernos, guerras mundiales, discursos nacionalistas y euro-centristas, así como las vanguardias, fueron relatos que calaron en el país y que se manifiestan, de alguna forma, en la producción intelectual, la política, la economía y la cuestión social colombiana.

Se considera relevante manifestar que por “raza” o “razas” en el contexto de la primera mitad del siglo XX (e, incluso, en siglos anteriores), se debe entender una diferenciación dada por el lugar de procedencia de las personas, el color de la piel, su ascendencia y aspectos étnicos que pudieran diferenciarles de otros grupos humanos y que, actualmente, se aplica exclusivamente a la “raza” humana en su totalidad, como puede verse en la definición dada por la Real Academia de la Lengua, RAE: raza humana, humanidad (género humano).²

El uso de las novelas para acercarse a las ideas, discursos y prácticas sobre la “raza” en Colombia, entre 1920 y 1950, se debió principalmente a que fue una fuente poco tenida en cuenta en el trabajo histórico, y aunque se hicieron referencias a las novelas, no fueron tratadas constantemente como documentos principales en investigaciones de carácter histórico. Esto lleva a que los estudios sobre novelas y literatura colombiana se hagan más desde el campo de la crítica literaria, dejando de lado, en la disciplina de la historia, una rica fuente de conocimientos del pasado, que puede dar cuenta de comportamientos y costumbres, entre otros aspectos.

² *Diccionario de la lengua española*, s.v “raza”, <http://dle.rae.es/?id=VFM92Rm|VFNMms4>

María Luisa Lanzuela afirma que “el escritor no vive aislado sino integrado en una sociedad por un sinfín de nexos y relaciones. Además, no es solo escritor, es otras muchas cosas [...] Por eso la obra literaria está históricamente condicionada”.³ En este sentido, la obra literaria presenta una visión sobre una realidad social, un acontecimiento o un fenómeno, por lo que su valor como fuente no es despreciable, al contrario, es valioso y puede contrastarse con otro tipo de fuentes en el oficio investigativo del historiador, para así tener una mirada más amplia sobre los sucesos y el paso del hombre en el mundo, a través del tiempo, con sus diversas formas de expresarse, sentir, conocer, con un sistema de valores, con su pertenencia a una realidad social que es, a su vez, histórica.

Para trabajar con la literatura colombiana como fuente principal, y buscar aspectos específicos como la “raza”, identificados en algunas de las novelas escritas entre 1920 y 1950, se tuvieron en cuenta líneas investigativas como: historia y literatura, historia cultural, historia de vida cotidiana e historia política. El trabajo tiene limitaciones, pues al ser un tema tan específico, no todas las novelas elegidas hacían alusión constante a este e, incluso, algunas lo omitían, mostrando o evidenciando otros rasgos importantes que acaecieron durante la época tratada, y cómo nuevos agentes y grupos sociales estaban actuando en la cotidianidad. Así mismo, tampoco se hace alusión a todos los discursos producidos, aunque diversos sectores sociales se refirieran al tema. Autores, novelistas y ensayistas colombianos trataron el asunto “racial” desde variadas ópticas, pero no todas lograron incluirse.

Pese a las limitaciones que se presentan, el uso de las novelas evidencia contextos, prácticas e interpretaciones del período y el tema a tratar. Respecto a la “raza”, se encontrará que la mayoría hacía eco de visiones del siglo XIX que se mantuvieron durante buena parte del XX, observado al contrastar con otro tipo de fuentes como conferencias, artículos de estudio e investigaciones. Caracterizaba a las novelas el marcado tono regional, más que nacional, en el ámbito de su desarrollo, con escritores bastante localistas, aunque algunos emprendieron rutas de denuncia para alertar al gobierno central y a los lectores de

³ María Lanzuela, *La literatura como fuente histórica: Benito Pérez Galdós* (Actas del “XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas”, Madrid, 6 de julio al 11 de julio, 1998): 259.

las prácticas ilegales que se daban en el país, en detrimento de la soberanía nacional, en un contexto de imperialismos, principalmente estadounidense contra países latinoamericanos.

Los referentes teóricos usados sirven para explicar la apropiación o circulación de las prácticas y discursos en torno a la “raza” que puedan hallarse presentes, de forma implícita o explícita, en las novelas. La metodología realizada se centró, principalmente, en el trabajo crítico sobre una fuente como la literatura, esta puede usarse ampliamente, pues sirve como documento del cual se pueden extraer múltiples aspectos históricos-sociales, debido a que sus autores están insertos en una época y un momento histórico determinado, por lo que pueden presentarse –de alguna manera– como producto de sus sociedades y contextos, y situarse frente a las problemáticas de su tiempo.

Por ello, el conocimiento sobre el autor del texto no puede pasarse por alto, pues como se ha mencionado, estos se ubican en una época y contexto categórico. Lo anterior es más importante, incluso, si se está leyendo la obra literaria en un momento histórico diferente al que fue escrita, pues como plantea Febvre, “A cada civilización corresponde su propio utillaje mental; aún más, a cada época de una misma civilización”.⁴ De esta manera, hay que intentar leer una obra como en su propio momento de producción, pues se debe entender que, respecto a las personas del pasado, “ni sus formas de razonar ni sus exigencias son las nuestras”,⁵ el mismo autor puede ir cambiando con el paso de los años.

Aspectos teórico- metodológicos

“Raza”

La palabra “raza” se incluirá entre comillas para tomar distancia de los planteamientos que hacían los autores sobre las diferencias relacionadas con el color de piel, la cultura y las poblaciones, pues este texto no se adhiere a ninguna postura que defienda “superioridad” o “inferioridad” de un grupo humano respecto a otro; por el contrario, esfuerzos académicos desde mediados del siglo XX han buscado demostrar que la palabra o concepto “raza” debe usarse para referirse a la especie humana en su totalidad, y no dividirla por criterios

⁴ Lucien Febvre, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais* (Madrid: Ediciones Akal S.A, 1993): 105.

⁵ Lucien Febvre, *El problema de la incredulidad*, 105.

selectivos o apelando a las diferencias dadas por el color de la piel o la herencia biológica. En este sentido, se tienen en cuenta los significados del concepto “raza” durante diferentes siglos, aclarando que en la actualidad estos se han diluido y rechazado, debido a diversos acontecimientos y hechos de exclusión que condujeron a conflictos, incluso bélicos. Por el contrario, para hablar de diferencias en la actualidad, se prefiere usar términos como “cultura” o “etnia”, ya que “raza” tiene una carga conceptual negativa de odios y, como ya se mencionó, exclusiones.

Las desigualdades argüidas por el tema “racial”, no tienen sustento científico, desvirtuando las creencias y supuestos mantenidos durante siglos, incluso, hasta inicios del siglo XX. La intolerancia y odio llevaron a la humanidad a la Segunda Guerra Mundial, siendo uno de sus hechos más atroces el sistemático asesinato perpetrado por la Alemania nazi, principalmente, en contra de diferentes grupos humanos, considerados desiguales a los alemanes descendientes de los “arios”. Judíos y gitanos fueron algunos de los grupos que sufrieron el exterminio por parte de las políticas y acciones de la Alemania nazi, las cuales se granjearon el horror de la humanidad al terminar la guerra.

Para evitar nuevos brotes de racismo sistemático, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO,⁶ en el año 1950, preparó un estudio amplio, en el cual participaron diversos intelectuales y científicos, para rebatir las principales ideas racistas que se habían mantenido durante decenios.⁷ Resultado de este estudio hubo dos declaraciones en 1950 y 1951, que buscaban eliminar los prejuicios raciales a partir de la cooperación mundial, el respeto y el reconocimiento de los seres humanos como pertenecientes a una misma especie: Homo Sapiens.

La finalidad de la UNESCO era, a través de una documentación científica, denominada “cuestión racial”, difundir ampliamente los estudios que permitieran combatir las ideas y expresiones racistas, así como una búsqueda de “hacer desaparecer los que se

⁶ La Unesco es una organización que “fue creada en 1945 para responder a la firme idea de las naciones, forjada por dos guerras mundiales en menos de una generación, de que los acuerdos políticos y económicos no son suficientes para construir una paz duradera. La paz debe cimentarse en base a la solidaridad moral e intelectual de la humanidad”. Ver: Unesco, *Sobre la Unesco*, <https://es.unesco.org/about-us/introducing-unesco>

⁷ Unesco, *El racismo ante la ciencia moderna. Testimonio científico de la Unesco* (Vizcaya: Ediciones Líber, 1961).

han dado en llamar prejuicios de raza” (Unesco, 1961: 121), de esta manera, la acción de la organización quiso demostrar que la humanidad es una sola, pues pertenece a la misma especie, por lo cual las diferencias biológicas no son factor que determine que hay –en la humanidad– diferentes “razas”, aunque sí diversidad de grupos étnicos.

Con las connotaciones negativas que tuvo el uso del concepto después de la Segunda Guerra Mundial, este dejó de ser parte del ámbito académico, que prefirió recurrir a palabras como “etnia” o “cultura” para hacer referencia a las diferencias entre grupos humanos, aunque en la cotidianidad siguiera siendo una palabra recurrente, incluso, hasta la actualidad, cuando se presencia un resurgimiento de actitudes racistas excluyentes, y algunas veces, violentas.

Claudia Leal León,⁸ en una revisión del debate desde la academia, invitó a hacer una periodización del uso del concepto “raza” en Colombia, para dar a entender cómo ha ido variando desde el siglo XVIII; la autora anota que en la época colonial el término “casta” abarcaba diferenciaciones y desigualdades dadas no únicamente por el color de piel, sino por pertenecer a una escala social determinada, en una época de “estricta separación entre la república de indios y la república de españoles, donde cada quien tenía derechos y deberes diferentes y bien definidos” (Leal, 2010: 430, 431), y en la cual la importancia del linaje era preponderante.

Para el siglo XIX, con la Independencia del territorio conocido actualmente como Colombia, las élites encargadas de construir el Estado republicano e inventar la nación, reconocieron la igualdad de los hombres o ciudadanos, influenciados fuertemente por la Revolución Francesa, que fue “un referente necesario” (Leal, 2010: 430), por lo cual la palabra “casta” cayó en desuso y fue siendo reemplazada por “raza”, haciendo alusión a que persistían diferencias en gran parte del orden colonial, y en una república libre. Durante el siglo XIX los principales estudiosos del territorio y su gente, entre quienes Leal incluye a Sergio Arboleda y José María Samper, usaban el término “raza” para referirse a las divisiones humanas, de las cuales tres eran principales: blanca, cobriza y negra, estas podían subdividirse en otras “razas”, resultantes de mezclas.

⁸ Claudia Leal, “Usos del concepto “raza” en Colombia”, en *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas Negras* (Bogotá: Universidad del Valle, 2010): 389-438.

Se debe tener en cuenta que el concepto no se refería únicamente al color de piel, sino que también tenía implícita una división y diferenciación por aspectos culturales, formas de ser y ubicación en el territorio nacional, lo que se podría conocer como determinismo geográfico, pues a zonas específicas del país pertenecía cada “raza”, encontrándose la civilización en tierras frías, y la barbarie en territorios selváticos, calientes, tropicales y costeros. Leal no hace referencia a este determinismo, pero sí incluye una cita de Samper en la que se alude al territorio ocupado por cada “raza” y sus mezclas descendientes (Leal, 2010: 403, 407).

Para el siglo XX no cambió mucho el significado del concepto “raza” que se siguió usando y fue foco de las conferencias reunidas en el texto *Los problemas de la raza en Colombia*; se continuaba creyendo que había divisiones en la humanidad por aspectos como el color de la piel y la cultura, así como endosarles rasgos de “civilización” o “barbarie”; también el determinismo geográfico se mantenía en los círculos intelectuales (Leal, 2010: 411-417). La solución para los problemas raciales era el mestizaje, pero con inclinación al blanqueamiento: “el cruzamiento de grupos negros e indios con descendientes de europeos se veía como una tabla de salvación” (Leal, 2010: 414).

Oscar Almario García,⁹ en el contexto de esta discusión, si bien no hace alusión a un cambio de palabras para referirse a un concepto similar, como lo hace Claudia Leal desde finales del siglo XVIII, incluye distintas categorías de importancia para la periodización del uso de la palabra “raza”, hay una continuidad entre finales del siglo XVIII y XIX, precisamente por el ambiente científico que rodeaba los discursos y estudios de los intelectuales, espíritu que heredaría el positivismo decimonónico y lo aplicaría a todos los saberes, siendo la clasificación de los seres humanos, uno de ellos.

Uno de los conceptos más importantes usados por Almario es el de “Nación”, y es que, con la Independencia, se debían formar naciones con nuevos preceptos e ídolos del pasado, siendo algunas veces rescatado el período prehispánico como una herencia común que debía unir a los ciudadanos en una nación. Los indígenas y sus gestas lo empezaron a

⁹ Oscar Almario, “Anotaciones sobre una posible periodización de las representaciones raciales en Colombia”, en *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas Negras* (Bogotá: Universidad del Valle, 2010): 359-385.

exigir desde la última década del siglo XVIII, así “varios escritores y algunos políticos reivindicaban la herencia indígena como la antigüedad de la moderna nación criolla del Nuevo Reino” (Almario, 2010: 375), los mencionados por el autor son: José Domingo Duquesne, Francisco José de Caldas, Manuel del Socorro Rodríguez, Pedro Fermín de Vargas, quienes adolecían de exaltar más la necesidad de una población mestiza y no precisamente indígena. El indigenismo del siglo XX fue un movimiento distinto, apersonado por luchas de los propios indígenas en contra de las modalidades abusivas que había en el control de la tierra y el trabajo en el campo.

La nación quiso tener un elemento de homogenización en el mestizaje, que daría cuenta y garantizaría la “cohesión cultural y moral de sus habitantes” (Almario, 2010: 377), aspecto que quedó constitucionalizado en la Carta de 1886, correspondiente al período de “La Regeneración” y que permitió a la Iglesia católica arbitrar la:

Educación pública, el control social y moral de los habitantes y la administración de los llamados “territorios nacionales”, equivalentes a la mitad del territorio nacional [...] y habitados mayoritariamente por negros e indígenas a los que había que cristianizar y civilizar. (Almario, 2010: 377, 378)

La Iglesia debía “reducir” a los incrédulos, a los salvajes y semisalvajes, que eran los “negros” e indígenas. Con lo anterior, se degradaban dos grupos humanos y obtenían un estatus de inferioridad por el pasado de colonización y esclavitud. Pese a esto, el mito de la nación mestiza continuó durante casi todo el siglo XX, “con lo cual continuaron la negación de la diversidad étnico-racial y cultural del país y, en consecuencia, la invisibilidad de las geografías y los paisajes regionales y locales que la albergaban” (Almario, 2010: 379).

Eduardo Terrén,¹⁰ subrayando la importancia de la cuestión en el pensamiento social, reunió en su trabajo sobre este tema, artículos de pensadores sobresalientes del siglo XX, que hicieron reflexiones en torno a la “raza”. Valiéndose de la evolución del campo de la sociología, planteó algunas periodizaciones que correspondían con el momento por el cual atravesaba la humanidad, sobre todo, la sociedad occidental en la modernidad, cercana

¹⁰ Eduardo Terrén, ed. *Razas en conflicto. Perspectivas sociológicas* (Barcelona: Anthropos, 2002).

a los proyectos de migraciones y colonialismos, lo cual daba muestras de un mundo diverso que planteaba la necesaria pregunta de la diferencia entre unos hombres y otros. Así mismo, la colonización tiene como característica la “dominación racial”, amparada por las ciencias decimonónicas que estaban cada vez más institucionalizadas (Terrén, 2002: 9). Lo anterior sirvió para la propagación, a inicios del siglo XX, del movimiento eugenista.

El racismo del siglo XIX y principios del XX era una acción desprendida de la institucionalización del colonialismo, apoyado por las ciencias. En las escalas valorativas, el “blanco” colonizador era visto como superior, siendo las otras “razas” inferiores; estas ideas perduraron durante el siglo XIX y respaldaron el reparto de África por parte de las potencias europeas (Terrén, 2002: 12), que llevarían la civilización.

El proceso de industrialización norteamericano tampoco estuvo exento de luchas y problemáticas “raciales”, sobre todo por la gran cantidad de personas que fueron atraídas por Estados Unidos para trabajar en diversos menesteres; en este contexto nacieron teorías presociológicas que se basaban “en una estructura social racista” (Terrén 2002: 15); todo esto previo al surgimiento del darwinismo social, que vio su pináculo como modelo de estudio en la segunda mitad del siglo XIX.

Las oleadas migratorias a Estados Unidos sirvieron como laboratorio para la sociología desarrollada principalmente por la Escuela de Chicago a inicios del siglo XX, allí se estudiaban las relaciones “raciales”, las consecuencias de las mezclas raciales, que no eran del todo negativas, y se fueron dejando de lado presupuestos “deterministas del biologicismo clásico y se centró en el estudio del contacto interracial” (Terrén, 2002: 18). Aun así, permanecía el viejo miedo a la “degeneración racial”, lo que acarrea tener presente el tema de la eugenesia como forma de corregir aquella degeneración; la eugenesia tomo un tinte claramente racial en la Alemania nazi.

El pensamiento sobre la “raza” –entre intelectuales europeos– estaba muy unido al nacionalismo, pero las opiniones eran disímiles, por ejemplo, Durkheim sostenía que “la fuerza de la individualidad tiende a ser más significativa cuanto más aumenten las migraciones, la movilidad social y los matrimonios interraciales” (Terrén, 2002: 22). El tema principal que llamaba la atención de sociólogos europeos era el antisemitismo,

(hostilidad y racismo hacia el pueblo judío), recrudecido en la década del treinta, tema que no era precisamente “racial” por diferencias fenotípicas o biológicas, sino culturales.

Con lo anterior, se empezó a estudiar en Estados Unidos y por parte de los miembros de la Escuela de Frankfurt, la psicología de los agentes racistas con la idea de que el racismo, en contra de algún grupo, podría resurgir en cualquier momento. En la Escuela de Frankfurt, Adorno y Horkheimer relacionaron el racismo sistémico con la sociedad moderna capitalista que desembocaba, irremediablemente, en fracturas civilizatorias, siendo el genocidio una muestra, “aspecto más cruel y descarnado el lado oscuro de la modernidad” (Terrén, 2002: 27).

A mediados del siglo XX y tras lo acaecido en la Segunda Guerra Mundial, como ya se ha mencionado, el término “raza” pasó a segundo plano, pues las ideas de superioridad e inferioridad de un grupo humano sobre otro habían llevado a los actos que cometió la Alemania nazi contra etnias enteras; el mundo tenía que cambiar la percepción de la humanidad y ver a la especie como una sola, igual y libre, con los mismos derechos. Es en este contexto donde el estudio de la UNESCO toma importancia, pues con bases científicas se demostró que las supuestas diferencias biológicas, dadas por el color de la piel, no eran ciertas, que la humanidad era una especie única y “que no existía evidencia empírica que permitiera establecer a partir de esas diferencias una jerarquía de rasgos mentales o morales, tal y como suponía el concepto clásico de la raza” (Terrén, 2002: 28).

El concepto “raza” dejó de ser usado después de representar uno de los supuestos primordiales en la diferenciación de las personas y culturas durante, aproximadamente, dos siglos. La ciencia dio un paso atrás para afirmar que aquellas “diferencias biológicas” de grupos enteros no eran tales y que no influían en la forma de ser de las personas o sus posibilidades en la vida, desvirtuando regímenes completos que se basaban en ideas de superioridad para mantener relaciones de dominio. Es necesario tener en cuenta este aspecto en la actualidad, porque las actitudes racistas y sus rebrotes están llenando de titulares los periódicos alrededor del mundo casi a diario, con actos surgidos desde la intolerancia y el miedo al “otro”.

Discurso¹¹

Desde la filosofía y la lingüística se ha tratado el tema de la *discursividad* y cómo esta lleva a ciertas acciones o prácticas. Para Paul Ricœur¹² el *discurso* es un acontecimiento, pues “algo sucede cuando alguien habla” (Ricœur, 2002: 97); como acontecimiento se realiza en el tiempo y en el presente, además de que está vinculado a quien lo emite y es a propósito de algo, se refiere a algo. En el *discurso* los mensajes se intercambian, pues tiene otra persona a quien está dirigido. Entonces, tiene un significado, si como acontecimiento es algo rápido, fugaz, como significado es perdurable y está cargado, a la vez, de intención. El discurso, sigue exponiendo Ricœur, tiene varios niveles relacionados con el “acto de decir”, lo que produce ciertos efectos y resultados, los cuales podrían ser acciones o prácticas; “se dirige a las cosas, se aplica a la realidad, expresa el mundo” (Ricœur, 2002: 106).

El *discurso* oral muestra realidades y contextos cercanos y entendibles para los interlocutores, mientras que, al plasmarse de forma escrita, hay una autonomía de interpretaciones que distancian el texto escrito de su autor, pues de esa forma trasciende su propio contexto de producción. Pero los *discursos*, por ficticios que sean, se conectan con la realidad, en un complejo desarrollo que “reclama ese proceso cada vez más complicado de exteriorización respecto de sí mismo, que comienza por la separación entre lo dicho y el

¹¹ La Real Academia de la Lengua (RAE) tiene diferentes (doce) significados para la palabra “discurso”, pero para el presente texto son convenientes los siguientes:

1. m. Facultad racional con que se infieren unas cosas de otras.
2. m. Acto de la facultad discursiva.
3. m. Reflexión, raciocinio sobre antecedentes o principios.
4. m. Serie de las palabras y frases empleadas para manifestar lo que se piensa o se siente.
5. m. Razonamiento o exposición de cierta amplitud sobre algún tema, que se lee o pronuncia en público.
6. m. Doctrina, ideología, tesis o punto de vista.
7. m. Forma característica de plantear un asunto en un texto. 9. m. Ling. Unidad igual o superior al enunciado que constituye un mensaje.
10. m. Ling. Lenguaje en acción, especialmente el articulado en unidades textuales. La lingüística del discurso.

11. m. T. lit. Escrito o tratado, generalmente de no mucha extensión, en que se discurre sobre una materia determinada. *Diccionario de la lengua española*, m., “discurso”, <http://dle.rae.es/?id=DtpVc7a>

¹² Paul Ricoeur, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II* (México D. F: Fondo de Cultura Económica, 2002).

decir, se continúa con la inscripción en la letra y acaba en las codificaciones complejas de las obras discursivas, entre otras, las del relato” (Ricoeur, 2002: 154).¹³

El *discurso* se mantiene y quien lo toma o recibe lo hace suyo, dándole un sentido. Podría decirse que la acción humana es casi un texto que, cuando se exterioriza y queda “liberada de su agente”, adquiere una autonomía similar a la del texto, “deja un trazo, una marca; se inscribe en el curso de las cosas y se vuelve archivo y documento” (Ricoeur, 2002: 162). La acción, como el texto, se reinscriben en nuevos contextos y se reinterpretan, ambos quedan unidos en el relato o texto histórico, un relato “verdadero” de las acciones de los hombres pasados.

Al ser los *discursos* acontecimientos, llevan consigo unas prácticas, que no son precisamente las acciones, sino las relaciones con el contexto y momento en que se producen, siendo el *discurso* en forma escrita el más perdurable y posible de interpretaciones, pero no de comprensión inmediata como lo sería el *discurso* hablado. El *discurso*, a su vez, espera causar un efecto, el cual puede ser la propia interpretación o actos que evoque.

Para Michel Foucault,¹⁴ por el contrario, el *discurso* llevado al texto no es independiente del autor, que toma relevancia especial porque “el autor es quien da al inquietante lenguaje de la ficción sus unidades, sus nudos de coherencia, su inserción en lo real” (Foucault, 1992: 26). El *discurso*, cobra su efecto en la materialidad, o sea que no es inmaterial, pero está atado a poderes y voluntades de poder que lo limitan y controlan o, por el contrario, lo expanden socialmente. El *discurso* es –para Foucault– algo controlado, seleccionado y redistribuido por cada sociedad, por ello está vinculado con el poder y es un poder del cual el individuo quiere adueñarse. Son las *prácticas discursivas* las que le “otorgan sentido al mundo a partir del entrecruzamiento, de la oposición, del vacío en el que se articulan los discursos”.¹⁵

¹³ Esto no quiere decir que todas las prácticas sean discursivas, pues existen también las *no discursivas*, prácticas que no necesariamente pasan por los *discursos*.

¹⁴ Michel Foucault, *El orden del discurso* (Buenos Aires: Tusquets Editores, 1992).

¹⁵ Marco Miramón, “Michel Foucault y Paul Ricoeur: dos enfoques del discurso” en *La Colmena*, 78 (2013): 53-57.

Con lo anterior, se sabe que el *discurso* es un acontecimiento, diferente cuando es oral o plasmado en forma de texto y que, para ser entendido, en su forma oral, el receptor debe ser parte del mismo contexto del emisor,¹⁶ pues en forma escrita no logra ser captado completamente, al quedar el autor, según se vio con Ricoeur, alejado de la obra. La solución para esto puede ser, tal vez, el estudio de contextos de producción de los *discursos* o de las obras. Los *discursos* conllevan unas prácticas que están marcadas por el mismo contexto, además de que al ser emitidos se espera que produzcan un efecto o una acción.¹⁷

Encadenando los conceptos que se mencionarán, los *discursos* sobre la “raza” conllevan prácticas respecto a ella,¹⁸ pero el *racismo* ha acarreado acciones excluyentes e, incluso, de violencia verbal y de hecho; discursos en los cuales los juicios valorativos, sin sustento científico, sirven para marcar y asignar el lugar de las personas o comunidades en la sociedad, o hasta si merecen ser parte de ella o no.

Siguiendo la teoría propuesta por Teun Van Dijk,¹⁹ los modelos de los discursos e ideologías basadas en prejuicios, como el racismo, al asemejarse al conocimiento general serán estandarizados y estereotipados por las “cogniciones del propio grupo social” (Van Dijk, 2008: 214). De esa manera serán más aceptados y por ello pueden ser replicados. Para entenderlo de forma grupal, cabe rescatar una afirmación del mismo autor: “el discurso es uno de los métodos y condiciones primarios de las ‘conciencias’ compartidas socialmente” (2008: 219), lo que lleva a entender que algunos tipos de *discurso* puedan replicarse e, incluso, perdurar con el tiempo.

¹⁶ Esto no quiere decir que los modelos de comunicación sean lineales y que únicamente consten de un “emisor, receptor, medio y mensaje”, como tradicionalmente se ha enseñado. En los actos de comunicación existen muchos más elementos que pueden abordarse desde diferentes conceptualizaciones, pero que no se explicarán en el presente texto.

¹⁷ Aunque podría resultar útil la teoría posestructuralista de la “performatividad” discursiva, en este texto no se hace referencia a ella al mencionar que los discursos conllevan acciones.

¹⁸ Sandra Soler, Neyla Pardo, “Discurso y racismo en Colombia. Cinco siglos de invisibilidad y exclusión”, en *Racismo y discurso en América Latina*, coord. Teun Van Dijk (Barcelona: Gedisa, 2007): 181- 228. Exponen las autoras acerca del discurso: “El poder que lleva consigo el discurso, nombrar y hacer o nombrar haciendo [...] Las realidades se narran, pero también se crean con el discurso. Mediante el discurso los grupos dominantes pueden ejercer control en las mentes de los otros, sus representaciones culturales y sociales. Las instituciones o personas que ejercen el poder no ignoran la importancia del discurso, conforme lo hacen la iglesia, los medios de comunicación e incluso los padres de familia” (Soler y Pardo, 2007: 193).

¹⁹ Teun van Dijk, “Semántica del discurso e ideología”, en *Discurso & Sociedad*, vol. 2 (2008): 201- 261, [http://www.dissoc.org/ediciones/v02n01/DS2\(1\)Van%20Dijk.pdf](http://www.dissoc.org/ediciones/v02n01/DS2(1)Van%20Dijk.pdf)

Van Dijk²⁰ sostiene que el racismo es aprendido en el contexto en que se desarrollan las personas, con un proceso de aprendizaje que es discursivo, expresado en diversos medios y lugares: “la mayor parte de los miembros de los grupos dominantes aprenden el racismo a través de los discursos de una amplia variedad de hechos comunicativos” (2007: 25). Las élites discursivas son quienes se encargan de reproducir los postulados racistas, están conformadas por políticos, intelectuales y medios de comunicación, entre otros. Lo anterior no significa que no se presenten disidencias en el grupo y que todos se adhieran a los mismos discursos racistas.

La teoría expuesta por Van Dijk puede mostrarse unidireccional, dando a entender que el discurso racista se produce entre las élites y es replicado al resto de la población, a los “otros”, que lo toman y se lo apropian, ya sea para mantenerlo o enfrentarlo con acciones concretas. Esto es entendible en la medida en que el mismo autor propone que entre las élites, sobre todo europeas y latinoamericanas, no hay conflictos de carácter étnico, dado que pertenecen al mismo grupo. Los discursos racistas, sean orales o escritos, contribuyen “a la reproducción de los prejuicios étnicos, la ideología racista y la discriminación de los ‘Otros’” (Van Dijk, 2007: 29).

“Negro”, “blanco”

El uso de las palabras “negro/s” “negra/s”, “negrito/s”, entre otros apelativos para referirse a personas afro, se presentará escrito entre comillas y aunque es un término usado hasta nuestros días, no es políticamente correcto –en la actualidad– para hablar de afrodescendientes. En la época a tratar, 1920 a 1950, por el contrario, el término “afro” no era de uso extendido, mucho menos el de “afrocolombiano”. Pietro Pisano²¹ explica el porqué del uso de la palabra “afrocolombiano” que equivaldría a un anacronismo en un trabajo de corte histórico, pues la categoría usual para la época era precisamente la de

²⁰ Teun Van Dijk, “Racismo y discurso en América Latina: Una introducción”, en *Racismo y discurso en América Latina*, coord. Teun Van Dijk (Barcelona: Gedisa, 2007): 21- 34.

²¹ Pietro Pisano, *Liderazgo político “negro” en Colombia 1943-1964* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012).

“negro”, que conllevaba significados no únicamente de carácter físico, sino social que hacía referencia al pasado de esclavitud de la población que entraba a definirse en esta categoría.

Siguiendo a Pisano, la palabra “afrocolombiano” intentó usarse desde la década de los cuarenta para referirse a la gente negra, pero su uso se ha difundido recientemente “por medio de debates al interior del movimiento de las minorías étnicas y tiene un significado que la palabra “negro” no tenía” (Pisano, 2012: 23). Es claro que evitando el anacronismo se usará el vocablo “negro”, pero entre comillas para hacer un distanciamiento del contenido negativo y excluyente que puede acarrear la palabra en la actualidad, pues no es un término “políticamente correcto”.

Así mismo, las palabras “blanco/s”, “blanca/s”, “blanquito/s”, entre otras, se usarán entre comillas porque son términos frecuentes en las novelas a tratar para referirse a personas con piel de este color, pero que son un poco ambiguos porque no quedan claras las clasificaciones usadas para catalogar a una persona como “blanca”, o que ella misma se indagara la pertenencia a esta “raza”, pues posiblemente se haga referencia a personas mestizas, con variados grados de “mezcla racial”.

Fuentes

Los archivos fueron fuentes o documentos constitutivos, se necesitó de un ejercicio de crítica amplio, como ha sido definido por corrientes historiográficas a lo largo de la historia de la disciplina. Se tuvo en cuenta el contexto de producción novelística y la forma de circulación de estas en el país, pues no era muy amplia, a lo que se sumaba el alto porcentaje de analfabetismo de Colombia en esa época. Con todo, es importante tratar las novelas colombianas, con sus características en su tinte político o de crítica, pues aquellos intelectuales estaban casi siempre afiliados a partidos políticos, siendo los principales el Liberal y el Conservador y, en muchos de ellos, perduró un estilo costumbrista, con rasgos de oralidad a la hora de escribir las novelas, dando cuenta de la cotidianidad, las críticas a las situaciones sociales y a las opiniones.

Para agrupar en distintos ámbitos las novelas elegidas, se planteó hacerlo en categorías como las siguientes: novelas sobre indígenas, novelas escritas por personas

“negras” o que hacen alusión a afrodescendientes y novelas que no tratan sobre una etnia específica pero que sí hacen referencia al tema de la “raza”. Algunos subtemas que se encontraron fueron: lucha por la tierra, denuncias de la corrupción de los funcionarios y el abandono del gobierno central, situación de las mujeres, relaciones interétnicas, idea del progreso, costumbres de la intelectualidad de la época, referencias a situaciones políticas y divisiones de los partidos tradicionales y la lucha contra la naturaleza vista como “madre vengativa”, entre otros.

La selección de las novelas que serían el objeto de análisis no fue arbitraria, aunque obviamente responde a criterios personales; de esta manera, se eligieron algunas novelas representativas por su temática e impacto como *La vorágine* de José Eustasio Rivera (1924) o *Las estrellas son negras* de Arnoldo Palacios (1948), también hay novelas de autores poco conocidos, en un intento de rescatarlos del olvido al que han sido relegados por el paso del tiempo y la poca recepción o replicación de sus obras, contrariando la idea difundida de que la novelística colombiana no ha sido relevante o numerosa, sobre todo la producida antes del *boom*.²² Así, los índices bibliográficos de Raymond Williams²³ al finalizar cada capítulo de la novela por regiones, constituyeron un aporte vital para la elección de las novelas a analizar posteriormente.

Al parecer, algunas de las novelas estudiadas no tuvieron bastante repercusión, por lo que se accedió a ellas por medio de fondos especiales de bibliotecas. En este caso, las visitadas fueron la Biblioteca Nacional de Colombia, ubicada en la ciudad de Bogotá y la Biblioteca Pública Piloto, en la ciudad de Medellín.

En cuanto a las obras, al encontrarse únicamente el ejemplar de la primera edición, tuvieron que ser fotografiadas, pues fotocopiarlas no es permitido por la Ley,²⁴ pues la mayoría de ellas no cumple el requisito de llevar más de ochenta años de publicadas;

²² Ver: Doris Sommer, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004): 17, 18. El “boom latinoamericano” fue un fenómeno literario y promocional producido en la década de 1960, diversos novelistas de América Latina irrumpieron en el escenario del mundo literario, con técnicas diferentes a las tradicionales y empezaron a ser reconocidos en el resto del mundo.

²³ Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia, 1844-1987* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991).

²⁴ En Colombia los derechos de autor están protegidos por la Ley 23 de 1982, en este caso, pueden observarse el Artículo 11 y 12. Congreso de Colombia, *Ley 23 de 1982. Sobre derechos de autor*, <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=3431>

además, su condición física –a veces– es delicada lo que implicó no poder ser copiadas, pues podrían dañarse totalmente. Cabe aclarar que esas fotografías fueron para uso personal y solo con fines investigativos, y no han sido reproducidas total ni parcialmente. Otras novelas, las cuales han tenido más repercusión y han sido bien aclamadas por la crítica literaria pueden encontrarse de forma menos complicada, incluso fácil, en diversas bibliotecas o en línea.

La literatura latinoamericana, en consonancia con lo sostenido por Roberto González Echavarría en “Mito y archivo”,²⁵ le debe su formación a los procesos colonizadores, haciendo referencia a que “la novela se derivó del discurso legal del imperio español durante el siglo XVI” (González, 2011: 15), de allí que la novelística quiera mantener un tono de verdad histórica no reconociéndose, muchas veces, como novela. En este proceso de análisis literario, González Echavarría divide en tres momentos la emergencia de la novelística en América Latina: con inicios en las leyes y documentos españoles del siglo XVI, luego un salto hasta la ciencia del siglo XIX y en el siglo XX, alineada a la naciente antropología. Para su análisis tiene como faro o guía, novelas importantes, entre ellas *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez y algunas de Alejo Carpentier. Así pues, hay una relación fuerte entre el archivo y la novela, aún sin que ésta se configure siempre como un archivo.

A parte de lo anterior, hay un aspecto en estas novelas que las hace notorias como archivos: un narrador interno que funge como historiador o quien consigna el destino de los hombres, rasgos que pueden encontrarse descritos también en Raymond Williams con *Novela y poder en Colombia*. En *Cien años de soledad*, por ejemplo, ese archivo corresponde a los manuscritos de Melquiades; así, parte de las novelas cargan rasgos relacionados con los mitos²⁶ y los archivos; aspecto que puede aplicarse también a algunas de las obras que se analizarán a continuación.

²⁵ Roberto González, *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana* (México D.F: Fondo de Cultura Económica, 2011).

²⁶ Esto en relación con diversos mitos que pueden hallarse en las novelas, alusión literaria o intertextual a ellos; ya sean sobre relatos bíblicos o de diferentes mitologías. En *La vorágine*, por ejemplo, vemos al protagonista reconfigurar, con su mirada, la selva que describe y apenas está conociendo. En *Toá*, el protagonista renombra a quien es para él su objeto de deseo. En *La bruja de las minas* hay alusión directa a creencias en lo sobrenatural.

Se establece en González Echavarría una relación entre historia, literatura, mito y archivo para encontrarse, finalmente, en la *narración*. La historia latinoamericana es crucial en su literatura (González, 2011: 36), aspecto que hizo posible su circulación.

Un vínculo tan fuerte entre estas manifestaciones artísticas, estéticas e históricas no puede desaprovecharse. La literatura latinoamericana tiene sus propias reglas y contextos de surgimiento que la acercan bastante a su historia, haciéndola una fuente o archivo esencial para el conocimiento del pasado pues estas novelas, al no reconocerse exactamente como textos literarios buscan, de cierta forma, expresar la verdad. Al respecto puede leerse, en una esclarecedora frase, lo siguiente: “Los Archivos guardan los secretos del Estado; las novelas guardan los secretos de la cultura, y el secreto de esos secretos” (González, 2011: 68).

Es revelador el autor cuando afirma que la literatura latinoamericana sigue cánones europeos y sus convenciones, así fuese en épocas posteriores a las guerras independentistas, pues se mantenían los lazos con Europa, principalmente por razones comerciales. Este aspecto permite entender la marcada influencia del continente en Latinoamérica y que incluso, los discursos producidos por europeos fueran tomados como hechos exactos (González, 2011: 157).

El siglo XX en la literatura Latinoamericana vio el afianzamiento de los estudios antropológicos, teniendo relación con los ámbitos del saber y el conocimiento del “otro” para así expresarlo con la idea de cultura como plural, no con visiones que las élites obtenían de lo nativo, dando paso a los estudios de poblaciones “negras” e indígenas, sin las pretensiones, tan arraigadas anteriormente, de que la única cultura válida era la europea. Pese a esto, la novelística de estilo “de la tierra” o “regionalista”, se presentaba como descripciones externas y vistas desde fuera (Echavarría, 2011: 221), siendo *La vorágine* un ejemplo de ello, precisamente como herencia de la antropología decimonónica.

La principal hipótesis de trabajo es que las novelas colombianas escritas y publicadas entre 1920-1950, reproducen en lo fundamental, las convenciones y los prejuicios raciales, provenientes tanto del ámbito científico como de los imaginarios comunes. Así mismo, como hipótesis se plantea que el regionalismo fungió como una

forma de separación física y cultural en el país, por lo menos en la época a tratar, este regionalismo influyó fuertemente en los estilos literarios de los novelistas colombianos.

Como objetivo principal, en la tesis, se planteó identificar los discursos y prácticas sobre la “raza”, así como establecer algunas novelas que dieran cuenta, de forma oportuna, de los aspectos y asuntos raciales en Colombia durante el período enunciado. Se analizó y explicó la importancia de la literatura como fuente documental para la investigación histórica. También se indicó el contexto nacional, que hizo posible la producción de algunos tipos de novelas.

El fin principal buscado con la investigación propuesta, fue conocer los discursos y prácticas acerca de las “razas” que se revelan o expresan en las novelas colombianas. La fuente documental o el medio utilizado fueron algunas de las novelas producidas y escritas en Colombia entre los años 1920 y 1950, para lo cual sirvió el estudio del contexto nacional, donde los debates sobre las “razas” estaban al orden del día, sobre todo en la década del veinte.

Cabe aclarar que no se tuvieron en cuenta todos los discursos y conferencias, pues las novelas tratadas fueron pocas, no todas las producidas en la época. Los documentos de contraste no son muy numerosos, pero logran dar cuenta de las diferentes visiones y prácticas que se podían encontrar en el período, incluso, algunas hacen ciertas referencias al contexto mundial, sobre todo, en lo referente a la situación de los judíos (perseguidos por la Alemania nazi entre la década de 1930 y 1940).

Orden y distribución

El texto cuenta con cinco capítulos, ordenados por la pertinencia expositiva de cada uno. El primero “Estudios sobre la ‘raza’. Colombia: siglos XVIII-XX”, presenta antecedentes sobre las discusiones respecto al tema, dadas entre esos siglos, usando fuentes secundarias como forma de acercamiento al tema. Se incluyen visiones de diferentes intelectuales y cómo trataban el aspecto “racial” en el territorio que corresponde actualmente a Colombia. Se presenta como contexto necesario para situar la época en la cual se centra la

investigación, haciendo una mención a la guerra de los Mil Días y sus consecuencias en los gobiernos subsiguientes.

El contexto socio político se explicó a partir de las administraciones nacionales que se dieron entre 1920 y 1950, ejercicio que permitió entender los aspectos principales que fueron cambiando a nivel estatal en el país. Así mismo, se incluye una contextualización sobre los principales grupos intelectuales de influencia durante la década de 1920 y 1930, para poder entender las conferencias y discusiones que se dieron respecto a la “raza”. Finalmente, hay breves anotaciones sobre las características de la literatura colombiana, para situar al lector frente a los aspectos más relevantes que se pueden encontrar en las novelas de la primera mitad del siglo XX.

El segundo capítulo, “Nuestra es la tierra. Novelas pro indigenistas”, analiza seis obras que incluyen entre sus personajes a indígenas y los reclamos que se hacían por la tierra, así como la situación que pasaba por los siglos de abandono. Se cuentan las siguientes obras, unas conocidas y otras no tanto: *La vorágine*, de José Eustasio Rivera; *Toá: narraciones de caucherías*, de César Uribe Piedrahíta; *En el corazón de la América virgen*, de Julio Quiñones; *José Tombé*, de Diego Castrillón Arboleda; *La obsesión*, de Daniel Samper Ortega; y *Cada voz lleva su angustia*, de Jaime Ibáñez.

El tercer capítulo, “Besados por el sol. Novelas de “negros” y sobre “negros”, analiza cinco trabajos, tres escritos por novelistas afros y dos por mestizos o “blancos”, con temas diversos como: trabajo en las minas, agricultura, necesidades, hambre y vida en comunidad. Las novelas son: *Las estrellas son negras*, de Arnoldo Palacios; *Risaralda*, de Bernardo Arias Trujillo; *Tierra mojada*, de Manuel Zapata Olivella; *El hombre bajo la tierra*, de José Antonio Osorio Lizarazo; y *La bruja de las minas*, de Gregorio Sánchez Gómez.

El cuarto: “Nosotros los blancos”. Novelas sobre “blancos” y mestizos”, analiza tres novelas, que dan cuenta del contexto nacional, tanto intelectual como políticamente. Están, precisamente, ancladas en la tradición de la cultura escrita, dando poco espacio a la oralidad y haciendo alusión a diversidad de acontecimientos que se daban en el país para la época. Ellas son: *Los dos tiempos*, de Elisa Mujica; *Chambú*, de Guillermo Edmundo Chaves; y

Memorias de un tal Pastrano, de Dionisio Arango Vélez. Hay una mención especial para la novela *Los de en medio*, de Augusto Morales Pino, que hace referencia a los habitantes de la clase media citadina, sus necesidades y las dificultades en el ascenso social.

El quinto capítulo “Reflexiones: ‘raza’ y literatura”, recoge un análisis de los capítulos, dos, tres y cuatro, con las principales características encontradas en las novelas respecto al tema “racial”, cómo fue vista, en últimas, lo que era la “raza”, sus divisiones e interpretaciones desde la cultura escrita, o sea los novelistas y las obras que fueron objeto de análisis. Finalmente, se dará paso a las conclusiones del trabajo.

Las imágenes incluidas funcionan como aliciente visual, unas corresponden a las primeras ediciones de las novelas, para que el lector se acerque a notar el paso del tiempo en el deterioro del papel, así como los diferentes estilos editoriales. Otras son de ediciones recientes, más nuevas y de fácil consulta para el público, que puede encontrarlas de forma virtual; de esta manera, hay fotos personales y algunas extraídas de archivos en línea.

Los anexos presentados son: un cuadro que resume la información editorial de las novelas estudiadas, así como el lugar en que fueron encontradas. Un mapa de Colombia con las novelas ubicadas en el departamento de donde provienen los autores de las mismas. Se propusieron dieciocho novelas, pero por motivos temáticos únicamente se incluyó el análisis de quince obras, pues tres no se referían específicamente al tema de la “raza”. En los anexos estarán las fichas bibliográficas de cada una de las tres novelas restantes, para que el lector tenga una idea de qué tratan; las fichas son de elaboración propia. Las novelas son de autores barranquilleros: *Marsolaire*, de Amira de la Rosa Arrieta, *Cosme*, de José Félix Fuenmayor y *Tras el nuevo dorado*, de Ramón Martínez Zaldúa.

El texto que se desarrollará a continuación es el resultado de un proceso investigativo que tuvo como duración dos años y seis meses, realizado en el posgrado Maestría en Historia de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. En este se presentarán análisis sobre el contexto nacional colombiano a inicios del siglo veinte a partir de documentos y novelas, descripciones de novelas colombianas, sus características literarias y el señalamiento de la importancia de fuentes como la literatura para el conocimiento histórico del pasado.

CAPÍTULO I

ESTUDIOS SOBRE LA “RAZA”. COLOMBIA: SIGLOS XVIII-XX

Antecedentes

En América, las actitudes o inquietudes sobre la raza han sido una constante desde la época de la conquista y la colonización, pues al confluir diferentes grupos (negros, indígenas y blancos, principalmente) en un mismo territorio, la preocupación por los mestizajes que de ello resultaran, llevó a muchas formas de exclusión y de remarcar qué grupos podían acercarse a la superioridad y cuáles eran inferiores, no solo moralmente o por rasgos culturales, sino predominando el color como forma de diferenciación.

Las formas de exclusión fueron variando a través de los siglos, y se refinaron más las ideas respecto a la superioridad y la inferioridad, aplicada no solo al continente americano sino a nivel mundial. Desde el siglo XVIII, se le dio un estatuto de cientificidad a esos rasgos de conocimiento que hoy podrían calificarse como meros prejuicios; podríamos decir que aquel fue un siglo caracterizado por la búsqueda de la razón, basada en un método científico, lo que llevó a tener a los grupos humanos como inferiores o superiores, fundamentados en estatutos que podían probarse con un talante universal como la ciencia.²⁷

Lo anterior servía para tratar a otros grupos humanos, diferentes al blanco occidental, con pretensiones hegemónicas, como inferiores en todos los aspectos, y tener unas formas de exteriorizar esos prejuicios con prácticas como la esclavitud (en el caso de los descendientes de africanos) o la relegación de los asuntos políticos, sociales y

²⁷ Fueron muchos los pensadores ilustrados que participaron de la idea de que las “razas” eran superiores o inferiores e, incluso, aportaron con sus trabajos a que estas diferencias tuvieran un estatuto respetable, un carácter científico que les daba autoridad de intelectuales reconocidos. Entre estos pueden contarse a Immanuel Kant, David Hume y Carl Von Linné, quienes aportaron algunos planteamientos que respaldaban que la diferencia, que llevaba a unos grupos a tener proclividad a ser civilizados, y otros a serlo en cantidades mínimas, radicaba en gran parte en el color de la piel, la ascendencia racial, el grado de “pureza” de la sangre o la zona de la cual provenían las personas. También pueden buscarse voces que pensaban lo contrario, o defendían que la posición de las personas negras (una de las etnias más infravaloradas) no debían tener como único destino la esclavitud; un ejemplo de esto se encuentra en el trabajo de Susan Buck Morss, *Hegel y Haití. La dialéctica amo-esclavo: una interpretación revolucionaria* (Buenos Aires: Norma, 2005).

económicos (como ocurrió con indígenas o con mestizos). En este sentido, Colombia o el Nuevo Reino de Granada, no era diferente al resto de América Latina ocupada por españoles, pues al ser parte de la Corona Española, muchas de las leyes, prácticas, prejuicios e ideas, se mantenían en todo el territorio que conformaba el reino de ultramar.

Para los siglos XVIII y XIX, muchos de los comportamientos respecto a la diferencia, tal vez, fueron interiorizados por las personas de toda la sociedad, así ellos mismos hicieran parte de los grupos excluidos y, por ello, ni siquiera con los procesos independentistas, en los cuales participaron la población de “castas” más bajas o inferiores, se cambió la idea de que había una diferencia mental y de posibilidades sociales, en correspondencia con el color de piel y la ascendencia. Este tipo de pensamientos se acrecentaba al estar respaldados por esa ciencia ilustrada que extendía la idea de que el color de piel, la zona de procedencia (lo conocido como tierras bajas o altas)²⁸ o la herencia, hacían que la persona tendiera hacia ciertas cosas o tuviera una ubicación determinada en la “escala” social.

En todo el siglo XIX, la producción científica al respecto no cesó, y se combinaban políticas con mecanismos culturales que querían mejorar las razas, con unos debates o ideas que buscaban crear rasgos identitarios en la nueva nación, que es la actual Colombia.²⁹ La raza representó un factor fundamental porque la diversidad del territorio no solo era geográfica, sino que toda la población era muy heterogénea en un país que, a la vez, debía empezar su modernización en todos los sentidos.

²⁸ Conocidos filósofos y científicos modernos, nacidos en el siglo XVIII, sostenían que la zona de procedencia y la influencia del clima, eran un fuerte factor que determinaba la propensión de las razas a la cultura civilizatoria o a la barbarie; lo mismo que las capacidades intelectuales o físicas, llevando a un mejoramiento o a un detrimento de la humanidad. Esto puede verse en Alfonso Múnera, *Fronteras imaginadas: La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano* (Bogotá: Planeta, 2005).

²⁹ No se escribe un nombre exacto, porque el país Colombia tuvo varios nombres en el siglo XIX y obtuvo el actual con la promulgación de la Constitución de 1886. Consultar: Subgerencia Cultural del Banco de la República, *Constituciones de Colombia*, 2015, http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ayudadetareas/politica/constituciones_de_colombia

El siglo XIX se presentó convulsionado, no solo en asuntos políticos (constantes pugnas entre el partido conservador y el liberal) o bélicos,³⁰ sino también culturales, pues se esperaba remarcar una diferencia con el pasado colonial llevando a la modernización, para que el país fuera verdaderamente independiente, pero se conservaron rezagos que duraron decenios. Entre ellos pueden incluirse las formas de diferenciar las “razas” y buscar el mejoramiento de estas con el arribo de “blancos” al país.

Por lo anterior, es fácil inferir que, a inicios del siglo XX, el país no estuvo exento de estos debates sobre las “razas”, y más porque el contexto mundial abogaba por un positivismo científico aplicado a todos los campos. Así el país estuviera regido por un gobierno conservador desde finales del siglo XIX, no era complicado que algunas teorías fueran entrando y conociéndose, porque la élite que accedía a la educación superior se reconoció en este debate y los estudios que eran hechos por los científicos de la época estaban marcados por el factor racial, en el cual pervivían las ideas decimonónicas de superioridad o degeneración.

En este sentido, se presentó siempre una alusión, sino a una escala de valores raciales, a un concepto de degeneración y diferenciación no solo física, también moral e intelectual. Como ejemplo, puede recurrirse a uno de los documentos más representativos en este aspecto: *Los problemas de la raza en Colombia*,³¹ un libro recopilatorio de conferencias dictadas en 1920 –en torno al asunto racial–, por diferentes intelectuales reconocidos en el momento.

Abordar este tema desde la literatura presenta potencialidades, pues es una fuente que no se ha usado mucho en la investigación histórica colombiana, y tiene unas características que la hacen interesante e indispensable para el análisis histórico, pues en ella pueden encontrarse aspectos sociales y culturales que en otro tipo de documentos no son fáciles de hallar; las novelas, los cuentos y todos los géneros literarios corresponden a una época, a un sistema, y aunque no sean transparentes con la realidad a representar,

³⁰ Hubo al menos nueve guerras civiles durante el siglo XIX en Colombia. Para un estudio sobre esto, ver los trabajos de Luis Javier Ortiz Mesa. Algunas de las guerras fueron: La Guerra de los Supremos, Golpe de Estado del General José María Melo, Guerra civil de 1851, Guerra civil de 1860, La Guerra de los Mil días.

³¹ Miguel Jiménez, Luis López, Calixto Torres, et al., *Los problemas de la raza en Colombia* (Bogotá: Biblioteca de Cultura, 1920).

tampoco un documento diplomático o de carácter archivístico representa plenamente la realidad que describe, pues en todos subyacen diversos elementos que pueden alejarse un poco de lo que ciertamente hubiese ocurrido, pues es bien sabido que el interés de quien produce un texto, o para el público que quiera orientarlo, influye en el resultado final.

Las novelas colombianas, entonces, se corresponden con una realidad social, a la cual los autores critican o se adhieren, mostrando variadas visiones acerca de los procesos, acontecimientos y fenómenos sociales, manteniendo muchas veces un tono de denuncia. Aunque las novelas tengan concordancia con los estilos estéticos vigentes en cada época, y que su referente sea europeo, mantienen a través de la narración, aspectos de la sociedad colombiana, que de otro modo o con otras fuentes, serían muy difíciles de entender, pues la literatura, igual que las obras artísticas, se erige como parte importante de la historia de los pueblos: “suprímase la literatura de un pueblo y en vano se apelará para reconstruir su pasado o su historia política. Las bellas letras son la carne y la sangre de la historia”.³²

Es, entonces, imperativo volver a la literatura colombiana como una fuente para conocer los avatares históricos los cuales se han ido presentando durante toda su vida política y, principalmente, en el siglo XX, cuando la producción novelesca se fue haciendo mucho mayor.

1.1 Estudios sobre la raza, “modernidad” y siglo XVIII

Para tener un acercamiento al asunto de la exclusión por factores raciales en su historicidad y desde la modernidad, puede recurrirse al estudio de Max Hering,³³ en el cual se hace referencia al fenómeno desde la expulsión de moros y judíos de España en el siglo XV, dando la idea de que en España, las reglamentaciones con un tinte claramente racista datan desde aproximadamente ese siglo, y aunque este tipo de segregación tenía un trasfondo religioso, pues estaba dirigida contra personas que profesaban una religión diferente al

³² Francisco Giner de los Ríos, citado en: María Lanzuela Corella. “La literatura como fuente histórica: Benito Pérez Galdós” (Actas del “XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas”, Madrid, 6 de julio al 11 de julio, 1998): 259.

³³ Max Hering, “Raza: variables históricas”, *Revista de Estudios Sociales*, 26 (2007): 16-27.

catolicismo, no deja de ser curioso que estas reglamentaciones se basaran, como todo acto racista, en la intolerancia a las diferencias.

Sin embargo, se debe tener en cuenta que estos procesos no se consideraron, inicialmente, bajo la óptica de ver en ellos razas diferentes en el color de piel, sino que las diferencias eran de índole cultural. En el estudio de Hering también se incluyen referencias a otros siglos y a cómo operó el racismo en ellos, por eso, sitúa un eje explicativo importante en el siglo XVIII y la producción de teorías científicas, pues con las clasificaciones se empezaba a hablar de razas en Europa, lo que le daba un criterio “seudocientífico” a esas diferencias y determinaciones discursivas, llevando a pensar que eran una verdad inmutable y que todo el mundo debía responder a esos postulados.

Hering cita a Carl Von Linné en su estudio y algunas de las clasificaciones que se mantenían para referirse a las razas que componían la humanidad; también hace referencia a Immanuel Kant, uno de los primeros en usar el término “raza” para designar a los grupos humanos. Hering continúa su estudio aludiendo al siglo XIX y mencionando las teorías del Conde de Gobineau, quien tenía la idea de pureza de sangre y mejora a través de la “raza” blanca, eso sí, teniendo en cuenta que el mestizaje solo degeneraba las “razas”.³⁴

Igualmente, menciona algunas “ciencias” que ayudaban a que se mantuvieran los ideales de racismo, superioridad e inferioridad, como craneometría y antropometría, entre otras. Muchos estudiosos del siglo XIX centraron sus investigaciones en las “razas”, dando un carácter racista de exclusión a las formas de esclavitud, imperialismo e industrialización. Las ideas de degeneración, superioridad e inferioridad llevaron a significar políticas de muerte en el siglo XX, con prácticas eugenésicas y de limpieza racial, en la cual el otro “inferior” o “degenerado”, debía irse erradicando.

María Eugenia Chaves³⁵ tiene un estudio sobre la genealogía del racismo, incluso, desde lo expuesto en la Biblia y llevado a cabo por sociedades católicas para la exclusión

³⁴ Max Hering, “Raza: variables históricas” ...

³⁵ María Eugenia Chaves, “La creación del 'otro' colonial. Apuntes para un estudio de la diferencia en el proceso de la conquista americana y de la esclavización de los africanos”, en: *Genealogías de la diferencia*.

del “otro” que debía ser desarraigado o eliminado culturalmente. Basados en algunos apartes bíblicos, intelectuales del siglo XVI tenían la idea, extendida, de que lo oscuro del cuerpo correspondía con lo oscuro del alma, y era herencia de una maldición impuesta a Cam el hijo de Noé por haber visto a su padre ebrio desnudo, por lo que fue condenado a la servidumbre; esto se relacionaba en la época moderna con la esclavitud que sufrían los africanos, tal como explica Chaves.

Algunos personajes hispanos letrados, entre los cuales Chaves incluye a Acosta, Juan de Solórzano Pereira, Alonso de Sandoval, etc., se referían a la esclavitud y al origen del pueblo americano como próximo, relacionando el color de piel más oscuro con tendencias bárbaras, opuestas a la civilización que representaba lo blanco. En ese color oscuro se predeterminaban unas tendencias al mal, pues era herencia de una simiente maldita, lo cual puede llevar a inferir que por ello la esclavitud era hereditaria: si el mal se heredaba, la esclavitud también.

En este mismo sentido, las características físicas eran un reflejo de las del alma, la actitud y las tendencias hacia ciertas cosas; la mancha que los “etíopes” tenían en el cuerpo era muestra de que interiormente eran seres inclinados a la maldad, lo que seguramente se convertía en una regla natural general.

Chaves, enuncia que el color oscuro en las personas era una muestra de barbaridad y maldad inherente a los negros y descendientes de africanos, además, significaba que no conocían la palabra de Dios y estaban faltos de evangelización; esto es un aspecto que servía para legitimar la institución de la esclavitud, pues si el cuerpo no se podía salvar por hacer parte de una simiente maldita, el alma, a través de la evangelización, podía llegar a salvarse, lo que convertía en deber de los europeos buscar los medios por extender la palabra y el conocimiento de la religión católica.

Su estudio se centra, principalmente, en cómo las “diferenciaciones raciales” permitían insertarse en las dinámicas de superioridad e inferioridad basadas en el color de piel, por ello, era necesaria la búsqueda de las formas y “tecnologías” que justificaran las

prácticas dominantes sobre la población esclavizada, reforzando la idea de inferioridad de las personas de piel oscura, aspecto que se alimentaba por las teorías que asignaron un argumento “científico” a la diferencia, convirtiéndola en “natural” y que, posteriormente, se corresponderían con la necesidad de una “pureza de sangre”, relacionada directamente con la blanca como superior y ente limpiador, “lustrados peninsulares y criollos”, articularon su pensamiento sobre la diferencia en torno al problema del mestizaje.

Para Kant, las “razas” no eran solo desviaciones activadas por el clima, sino que se producían como consecuencia de la mezcla. A diferencia de Kant, quien se oponía a las mezclas raciales por creer que propendían a la degeneración de la raza blanca, algunos ilustrados hispanos y americanos veían al hombre blanco-español, como motor de la mezcla que redimiría a la población del mestizaje con las “sangres indias y negra”.³⁶

La diversidad de las mezclas de la raza era clasificada, lo que responde a una actitud propia de la Ilustración, y esto, a su vez, llevó a un cuadro de tipologías raciales que estuvieron muy en boga durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Santiago Castro³⁷ estudia la importancia que tuvo el lenguaje científico en el siglo XVIII (lenguaje que, por decirse científico, se creía que era un punto cero, neutral, libre de cotidianidad), en la dominación y expansión europea por el mundo, y sirvió como estrategia de control de los subalternos, a través de diferentes discursos científicos producidos en la época de la Ilustración y su posterior recepción en el territorio de la Nueva Granada, actualmente, Colombia.

Los criollos estudiosos leían de cierta forma la producción europea y se creaban estructuras mentales sobre las razas y la importancia de la pureza de sangre, pero esto no se daba únicamente en una “élite”, sino que la población tenía presente este tipo de ideas respecto a la raza, la superioridad y la inferioridad. El capítulo cinco del texto de Castro es especialmente relevante, porque muestra la relación de las razas con las zonas en que habitaban, llevando a un imaginario con pretensiones científicas, las cuales se pensaban como inamovibles y absolutas, por lo cual, si científicamente se decía algo de cierto grupo

³⁶ María Eugenia Chaves, “La creación del 'otro' colonial...232.

³⁷ Santiago Castro, *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en el Nuevo Reino de Granada (1750-1816)* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005).

humano, inevitablemente era así, debido a ese discurso basado en la ciencia, la observación y la neutralidad.

En ese sentido, los prejuicios negativos contra los habitantes no blancos del territorio iban desde la barbaridad, hasta ser propensos y un eje difusor de enfermedades; por ello, se empezó a notar la importancia de la higiene y la necesidad de practicarla, vista de una forma en las cuales las mismas enfermedades eran expandidas por el pueblo llano, al que pertenecían personas de las “castas”, esto daba un tinte completamente racista a todos los ámbitos de la sociedad. Puede verse, entonces, que los prejuicios tuvieron larga data, se mantuvieron y transformaron a través del siglo XVIII, pero la estructura mental que impelía a prácticas racistas estaba siempre presente en casi toda la sociedad.

1.2 Estudios sobre la raza en Colombia: siglo XIX

Alfonso Múnera,³⁸ en el libro *Fronteras imaginadas, la construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX*, tiene dos importantes capítulos para entender el desarrollo de las ideas raciales en Colombia en el siglo XIX. Múnera muestra que desde los inicios de esta centuria, algunos ilustrados colombianos se dieron a la tarea de pensar el problema de las razas en el país, pero manteniendo las ideas propias europeas, por lo que destaca a dos personajes importantes: José Ignacio de Pombo y Francisco José de Caldas, pertenecientes a la élite, quienes estaban en contacto con la producción intelectual europea, especialmente, porque el primero intentaba hacer circular por todo el territorio: libros, periódicos e instrumentos científicos que le llegaba desde Europa, pasándolos a otros estudiosos.

El contacto con la población negra de estos dos intelectuales fue grande, debido a que ambos nacieron en Popayán y, como señala Múnera, las minas de oro y las haciendas azucareras eran la economía imperante en esa zona del territorio neogranadino, aquellas eran explotadas por mano de obra esclava y, por ello, la presencia de negros era importante.

Pombo, a inicios del siglo XIX (1804), a través del *Informe del Real Consulado de Cartagena de Indias a la Suprema Junta provincial de la misma*, propuso la abolición de la

³⁸ Alfonso Múnera, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX* (Bogotá, Planeta: 2005).

esclavitud pues “se declaró enemigo no solo del comercio de esclavos, sino de la esclavitud misma. Él quería reemplazar la sociedad construida sobre la base de una fuerza de trabajo sometida a la servidumbre por una cuyas columnas fuesen los pequeños productores independientes” (Múnera: 2005: 57). Esto no lo hacía con ánimos de reivindicar a la población negra, pues predicaba prejuicios y miedo hacia los esclavos y negros libres, fortaleciendo la idea de que los negros eran bárbaros enemigos naturales de los blancos.

También estaba a favor del mestizaje, pero solo para hacer desaparecer la “amenaza negra”; esto se entiende en la medida en la cual, los negros eran una parte importante de la población y podían sublevarse tal como hicieron en Haití, ganando espacios de poder al ser libres. Así, mientras promovía la modernización, el libre comercio, la educación y la optimización de las vías para el intercambio, mantenía las ideas precedentes de superioridad e inferioridad de las razas, siendo superior en todos los ámbitos de progreso y conocimiento: la blanca, viendo a la mayoría de los habitantes del territorio como seres bárbaros y salvajes, por lo que el blanqueamiento –a través del mestizaje– era la única forma de obtener desarrollo y prosperidad para la felicidad del pueblo.

Francisco José de Caldas se dedicó más a defender a los habitantes de América de los postulados “científicos” que decían que sus habitantes eran inferiores, pues en el siglo XVIII se hablaba de la influencia del clima sobre las capacidades de las personas y el ser bárbaros o civilizados. Él no se separó de estas teorías, sino que estableció una distinción entre los habitantes de zonas calientes y zonas frías, siendo los de la segunda, los más capaces de progreso, tanto como los europeos. Múnera señala que estos intentos sirvieron a futuro para crear una idea de nación; Caldas concibió “la geografía humana de la nación como escindida en dos grandes territorios: los Andes, habitados por las razas más civilizadas y superiores, y las costas, las tierras ardientes, las selvas, los grandes llanos, habitados por las razas incivilizadas e inferiores” (Múnera: 2005: 24, 25).

Caldas, acentuaba aún más la diferencia entre el europeo y el africano, siendo el primero un ser civilizado, y el segundo solo proclive a la barbarie. Alfonso Múnera,³⁹ nos da una idea de cómo variaron las posturas raciales, centrándose en la idea decimonónica de

³⁹ Alfonso Múnera, *Fronteras imaginadas...* 66-88.

la necesidad de un mestizaje en el cual predominase el componente blanco que ineluctablemente traería el elemento civilizador. A la vez, este discurso racial, permitía explicar los fallos y los procesos por los cuales pasaba el proyecto modernizador de la República, sirviendo casi como justificación de los aspectos negativos o positivos que hubiese tenido el experimento de nación.

A mediados del siglo XIX, con el advenimiento del gobierno liberal, se iniciaron proyectos para un reconocimiento de la nación y la creación de un factor identitario entre sus habitantes; por ello, se recurrió a diversas formas a través de la Comisión Corográfica y sus descubrimientos sobre el territorio, arrojando como resultado un país completamente diverso geográficamente y en componentes étnicos. Tal diversidad se veía como un factor negativo y quien dirigía la Comisión Corográfica (Manuel Ancizar) mostraba sus deseos por la homogenización racial, en la cual lo blanco absorbería lo indígena, creando una “raza homogénea”.⁴⁰

La preocupación por la raza era continua entre las élites gobernantes e intelectuales que estaban construyendo la “nación”,⁴¹ esta inquietud fue tomando diferentes matices, unos interesados en una población mulata (descendientes de la mezcla blanco-negra, trabajadora como los ‘negros’ e inteligente como los ‘blancos’) y otros en una mestiza (descendientes de la mezcla blanco-indígena, utilizada como elemento de una unidad nacional desde lo étnico). Pero el punto común era el deseo porque predominara la “raza blanca”, por lo que también, una parte del proyecto modernizador incluía el arribo de inmigrantes europeos a la Nueva Granada.

Las élites criollas se vieron influenciadas por autores occidentales en la construcción de su imaginario sobre las razas, por ejemplo, el sabio Francisco José de Caldas “no cruzó nunca el océano Atlántico, pero siguió con devoción las ideas de Georges Louis Leclerc, conde de Buffon, y leyó todo lo que pudo encontrar en su medio sobre las nuevas ideas de dicho hombre de ciencias y de otros como Linneo y Camper”.⁴² También las ideas de Jean-Baptiste Lamarck tienen presencia en el pensamiento criollo, su

⁴⁰ Olga Restrepo, “Un Imaginario de la nación, lectura de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica”, *Anuario de Historia Social y de la Cultura*, 26 (1999): 30-58.

⁴¹ Patricia D’Allemand, “De Viajes a Teorías Raciales”, *Hispanic Studies: culture and Ideas*, 46 (2012): 1-43.

⁴² Alfonso Múnera, *Fronteras imaginadas...* 26.

evolucionismo “gozaba de gran acogida no solo en Europa, sino también en América.” (Múnera, 2005: 27).

De esta manera, las producciones intelectuales europeas les sirvieron a los criollos para explicar las variaciones raciales con relación al territorio colombiano en donde habitaban las personas, ubicando en una escala de valoración a la “raza blanca” como ente superior que llevaría a la civilización. También fue común el asociar las razas con el territorio, queriendo dar la idea general de que la “superior” se encontraba situada principalmente en los Andes, siguiéndolos en categoría las regiones costeras, para quedar de último lo que correspondía al territorio selvático, asociando de esta manera un conjunto de la raza con un determinado lugar y unas formas “propias” de actuar.

Es así cómo se ven diversas caras en la construcción de la raza en el imaginario de nación: el buscar el elemento más productivo de las razas para empujar a mejoras económicas como agentes de progreso y el instaurar la idea de pertenencia a una nación mestiza, lo que llevaría a la unión en un imaginario con pretensiones de homogeneizar.

Triunfa la visión —que aún hoy se mantiene— de hacer parte de un país que fue construido en la diversidad y encontró su factor de igualitario en el mestizaje, dando una impresión de armonía casi que total. Esta idea, aparte, tendría la función de servir como un agente democratizador importante en el proceso civilizatorio (D`Allemand, 2012). En este sentido, el mito del mestizaje “era la formulación de uno de los proyectos ideológicos centrales de la intelectualidad criolla del siglo XIX”,⁴³ que servía para eliminar de la historia los conflictos raciales dados por la diversidad étnica del territorio.

Puede notarse, entonces, el alto grado racista y excluyente en el cual se basó la construcción de la nación colombiana, donde los negros, indígenas, zambos, mulatos, etc., no tendrían cabida por representar niveles inferiores e “incivilizados”, que poco o nada podrían aportar al proyecto nacional; esto hace eco de la visión decimonónica y el discurso que establecía las relaciones entre binarios opuestos: unos civilizados y otros salvajes, unos progresistas y otros hombres primitivos, y así sucesivamente.

⁴³ Alfonso Múnera, *Fronteras imaginadas...* 39.

1.3 Situación política y social de Colombia en las primeras décadas del siglo XX

El siglo XX inició en medio de la guerra de los Mil Días, un conflicto de carácter partidista en el cual se enfrentaron liberales y conservadores, se dio entre 1899 y 1902, con un saldo de muertos elevado y que marcó a las generaciones siguientes, llevando a un periodo de relativa paz tras su culminación, pues no hubo otras guerras prácticamente hasta el periodo conocido como *La Violencia*, cuando el país se sumergió nuevamente en actos hostiles y de carácter bélico.

La guerra de inicios del siglo se dio en un período de gobierno conservador, cabe recordar que desde 1886 este partido tenía las riendas del poder en el país y lo hizo hasta 1930, cuando fue relevado por el partido liberal, que duró en el poder hasta el año de 1946. Los conflictos partidistas fueron, entonces, una constante en el siglo XIX, por lo que este cerró con una de las guerras civiles más prolongadas de la historia de Colombia⁴⁴ y que culminó tras tres tratados de paz: el de Neerlandia, el de Wisonsin y el de Chinácota.

La anterior se desarrolló como enfrentamiento entre el ejército gubernamental y las guerrillas liberales, con focos dispersos, en consonancia con la separación del país. Las fuerzas liberales se vieron impedidas a convertirse en una tropa regular, por lo cual “Con la excepción, en parte, de Panamá y Santander, el resto del país vivió una intensa lucha de guerrillas” (Jaramillo, 1989: 90). Esta guerra tuvo la característica de envolver a toda la población, incluso, algunos países intentaron ayudar a uno u otro bando con armamento. Siguiendo a Jaramillo, el conflicto fue prolongado y brutal, porque hasta el machete fungió como una de las armas principales.

Hombres, mujeres y niños se movilizaron al campo de batalla, siendo los únicos lugares no afectados el departamento de Antioquia, las regiones selváticas y despobladas, además tuvo un carácter marcadamente regional, pues Santander fue un punto clave durante los 3 años de guerra. Los liberales tuvieron variadas victorias al principio, a las cuales contribuían las propias peleas dentro del bando conservador, dividido desde hacía varios años. El primer combate de importancia “Piedecuesta”, explica Carlos Jaramillo, fue

⁴⁴ Carlos Jaramillo, “La guerra de los Mil Días. 1899-1902”, en Álvaro Tirado Mejía, ed., *Nueva historia de Colombia. Historia política, 1886-1946*, tomo I (Bogotá: Planeta, 1989): 89-112.

perdido por los liberales, quienes posteriormente lograron ganar algunas batallas, las cuales bien aprovechadas, les hubiesen permitido ganar la guerra si partían a Bogotá, pero decidieron ir a Cúcuta, con la esperanza de obtener muchísimas municiones, cuando ya su ejército estaba nutrido de hombres. En mayo de 1900 se dio el combate de Palonegro en Bucaramanga, largo, terrible y agónico, terminó el 26 del mismo mes con la victoria conservadora.

En el centro del país, Tolima, Cundinamarca y Boyacá, la guerra tuvo como eje fundamental el río Magdalena con combatientes liberales agrupados en guerrillas comandadas por caudillos y gamonales, que se iban nutriendo de combatientes con cada batalla, pero fueron vencidos el 27 de agosto de 1900 por el ejército conservador (Jaramillo, 1989: 100). Se sucedieron desesperadas acciones por parte de los liberales, pero en 1901 los conservadores lograron derrotar definitivamente las fuerzas guerrilleras que actuaban en esta zona.

En la Costa Atlántica también era necesario el control del Río Magdalena, pero no fue liberal por mucho tiempo; estos combatientes al inicio de la guerra se vieron obligados a atacar en forma de algunas escaramuzas, debido a la escasez de hombres y municiones, pero con la llegada de Justo L. Durán, quien traía consigo nuevos armamentos se vio nutrida la fuerza de la Costa (Jaramillo, 1989: 104). Pronto el liberalismo empezó a sufrir derrotas a manos de los conservadores, aunque se lograron replegar bajo el mando de importantes líderes como Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera, aun así, tras ingentes batallas fue el liberalismo quien resultó perdedor. Uribe, previendo que la guerra debía terminar, firmó un tratado que “ofrecía un amplio indulto a todos los revolucionarios que depusieran las armas” (Jaramillo, 1989: 107), dando también inmunidad a los jefes liberales. El Tratado fue firmado el 25 de octubre de 1902.

En la Costa Pacífica y el Cauca, el liberalismo respondió prontamente a la guerra y también se usó la estrategia de guerrillas. Ecuador ayudó al bando liberal, apoyado por su presidente Eloy Alfaro y sirvió como lugar en el cual se escondían las guerrillas, pero el liberalismo sufrió varias derrotas, por lo que perdieron territorios prontamente, sin haber logrado formar un ejército regular, pero con muchísimas guerrillas, a las cuales se

incorporaron indígenas caucanos (Jaramillo, 1989: 108). También fueron vencidas en el sur del país las tropas liberales por las conservadoras.

En Panamá la resistencia liberal fue rápidamente ahogada, aunque se unieron generales liberales con indígenas Cholos gobernados por Victoriano Lorenzo (Jaramillo, 1989: 110); los errores internos hicieron que se perdieran batallas, y cuando los liberales tomaron la ciudad de Colón, el ejército gubernamental la retomó en el año de 1901. En 1902 se reunieron las fuerzas liberales en Panamá, ganando campo y derrotando a los conservadores; Benjamín Herrera decidió iniciar conversaciones de paz, al igual que Rafael Uribe, firmando el 21 de noviembre de 1902 el Tratado de Wisconsin.

Corolario de la sanguinaria guerra de los Mil Días fue la pérdida del departamento de Panamá, que era perteneciente a Colombia y que, con ayuda de los Estados Unidos, se independizó, arguyendo el olvido del departamento por parte del gobierno central⁴⁵ colombiano, pero es bien sabido que el interés del país del norte era el control del canal interoceánico, que se venía proyectando desde el siglo XIX y que no se había construido por diversos problemas de las compañías encargadas de su ejecución.

Entonces, auspiciado por Estados Unidos con sus ánimos expansionistas e imperialistas, Panamá se separó de Colombia en 1903, aprovechando que había una debilidad y desolación general posterior a los estragos que supuso la guerra de los Mil Días. Es entonces necesario el reconocimiento del panorama en el que inició el siglo XX, para entender las posteriores movidas gubernamentales e intelectuales que permearon el país en las primeras décadas del siglo.

Posterior a la guerra de los Mil Días y la pérdida de Panamá, los gobiernos del país buscaron estabilizar el aparato de control, tanto económico como político y social. Se iniciaron gobiernos en relativa calma, y aunque eran los conservadores quienes continuaban en el poder, se buscó empezar a incluir liberales en los ministerios para evitar, a toda costa, nuevas conflagraciones bélicas. Así mismo, la aversión popular en contra de Estados Unidos era constante, pero los presidentes de las primeras décadas buscaron una mejora de

⁴⁵ Olmedo Beluche, "Separación de Panamá: la historia desconocida", *Credencial Historia*, 166 (2003), <http://www.banrepcultural.org/node/86421>

las relaciones con este país, debido a que reconocían la necesidad de ser sus aliados porque era una potencia económica y comercial, Rafael Reyes, Carlos E. Restrepo y Marco Fidel Suárez, fueron algunos de los presidentes que buscaron este fin.

Para 1920 el presidente continuaba siendo Marco Fidel Suárez, quien había asumido en 1918 el cargo, era de carácter antimodernista, clerical, además acorde a los grupos dirigentes más tradicionales⁴⁶ y conservadores; aunque en el país empezaban a entrar otras ideologías, como el socialismo. En el campo internacional, Suárez buscó siempre la mejora de relaciones con Estados Unidos, que tras la primera Guerra Mundial se perfilaba como potencia económica en el mundo y, por ello, quiso atraer capital norteamericano para que invirtiera en el país, principalmente en petróleo.

Los movimientos obreros se iban formalizando, y para 1919 ya hubo huelgas artesanales, dejando un saldo de veinte muertos inculcados al gobierno e iniciándose una oposición más férrea a Suárez, quien en 1921 renunció a su cargo de presidente. Después del gobierno de Rafael Reyes, en el país, se observó cierto auge industrial y afianzamiento de sectores modernos; esto acarreaba el surgimiento de nuevos movimientos sociales (Melo, 1989: 241).

El siglo XX en el país empezó a verse efectivamente en la década de 1920, “como una recepción tardía”⁴⁷, en la que todavía imperaban los valores morales del siglo anterior, debido a la hegemonía conservadora que ya empezaba a resquebrajarse. En la década 1920-1930 hubo transformaciones de carácter económico y social, así como el surgimiento de grupos sociales nuevos que se reunían en torno al artesanado, grupos obreros e intelectuales burgueses. Además, se dieron movilizaciones hacia la ciudad de trabajadores para emplearse en obras públicas, como ferrocarriles. Pese a lo anterior, el país continuaba siendo en su mayoría rural y analfabeta (Colmenares, 1989: 245), las estructuras de poder seguían siendo de corte decimonónico y el regionalismo continuaba como traza principal en los intereses políticos.

⁴⁶ Jorge Melo, “De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suárez. Republicanismo y gobiernos conservadores”, en Álvaro Tirado Mejía, ed., *Nueva historia de Colombia. Historia política, 1886-1946*, tomo I (Bogotá: Planeta, 1989): 215-242.

⁴⁷ Germán Colmenares, “Ospina y Abadía: la política en el decenio de los veinte”, en Álvaro Tirado Mejía, ed., *Nueva historia de Colombia. Historia política, 1886-1946*, tomo I (Bogotá: Planeta, 1989): 243- 268.

El orden internacional “en el que los intereses de los Estados Unidos se iban abriendo paso entre la suspicacia y la retórica anti- imperialista” (Colmenares, 1989: 249) también fue determinante en la década del 20, precisamente por lo que acarreó la presencia de Estados Unidos en Colombia, donde seguía abierta la herida por la pérdida de Panamá.

Marco Fidel Suárez, antes de su renuncia en 1921, aseguró la firma de un tratado con Estados Unidos en el que este país indemnizaba a Colombia por la pérdida de Panamá. A Suárez lo sucedió Pedro Nel Ospina, también del partido conservador, y en su gobierno se inició la llamada “prosperidad a debe”, que consistía en la realización de proyectos y obras públicas numerosos, pero pagados con empréstitos (Colmenares, 1989: 252). Así, varias misiones extranjeras llegaron al país, siendo la más conocida la estadounidense “Kemmerer”, que buscaba ayudar a ordenar los asuntos económicos del país a través de leyes. La destinación de los dineros de la indemnización fue para obras públicas y la construcción de ferrocarriles, pero las líneas férreas no avanzaron mucho. Los departamentos echaron mano de préstamos para abastecerse de servicios públicos, millones se destinaban a las principales ciudades y así se dio la “danza de los millones”.

El movimiento obrero empezó a cuajar en grupos de presión social, que a través de huelgas buscaba obtener mejoras, a partir de 1924 aquellas fueron más frecuentes y eran reprimidas por el gobierno a través del ministro de guerra, Ignacio Rengifo, quien buscaba, a la vez, cortar cualquier brote socialista amenazante. El mayor suceso dado por un movimiento obrero fue el que terminó de quebrar al conservatismo, la tragedia de las bananeras de diciembre de 1928.

En la “huelga de las bananeras”, siguiendo a Colmenares, participaron 25.000 obreros que no fueron escuchados por las directivas de la *United Fruit Company* y declararon la huelga en noviembre, la cual fue reprimida violentamente por el ejército en diciembre, “el general Cortés Vargas ordenó disparar sobre la multitud reunida en Ciénaga” (Colmenares, 1989: 260). Con este acto, los movimientos sociales se vieron ahogados a futuro y el liberalismo aprovechó la coyuntura para denunciar al gobierno conservador por la responsabilidad de este hecho, en el cual murieron –trágicamente– obreros que habían optado por una forma pacífica y silenciosa de resistencia.

El decenio de 1930-1940 inició con la proclamación de un presidente liberal, partido que volvió al poder después de casi cincuenta años relegado de la política. Enrique Olaya Herrera se presentó como la alternativa necesaria y salvadora de un país en crisis, cansado de las políticas “de rosca” del conservatismo. Inició su gobierno en plena crisis económica mundial, pero intentó reformar el aparato estatal y beneficiar diferentes sectores sociales, olvidados durante tantos años y que se habían conformado como grupos importantes numéricamente. Olaya ganó la presidencia apoyado por amplios sectores populares, y aunque todo era conservador, empezó a nombrar liberales en la mayoría de los ministerios;⁴⁸ la crisis económica se sintió desde el inicio de su gobierno y aquellos nuevos sectores sociales empezaron a reclamar sus derechos.

Así mismo, el cambio de gabinetes conservadores a liberales no se dio sin derramamiento de sangre, en algunos departamentos de Colombia hubo actos violentos ante la modificación de gobernadores. Pese a los problemas a los cuales se enfrentó, Olaya Herrera logró implementar diversas leyes en su gobierno, como de regulación para los petróleos, legislaciones proteccionistas, sobre régimen patrimonial en el matrimonio, leyes sobre jubilaciones, prestaciones sociales, jornada laboral de 8 horas, derecho de sindicalización y reglamentación de la huelga. Con la presidencia de Olaya, Colombia entró a girar en la etapa de capitalismo que se estaba dando en el mundo.

Durante la presidencia de Enrique Olaya Herrera se dio el conflicto con el Perú, que había sido preludiado por novelas como *La vorágine* de José Eustasio Rivera (1924), en la que se denunciaba que el Amazonas era asaltado y expoliado por compañías extranjeras que extraían caucho; este tuvo sus antecedentes a inicios del siglo XX, porque los límites territoriales no estaban bien trazados. Entre 1932 y 1933 se sucedieron las noticias de una invasión peruana a Leticia⁴⁹ por parte de un grupo de “comunistas” y apoyada por el gobierno peruano. Este hecho insufló los ánimos nacionales, y no queriendo perder más territorios, las personas, en plena época de crisis, quisieron apoyar de cualquier forma en la

⁴⁸ Mario Latorre, “1930-1934. Olaya Herrera: un nuevo régimen” en Álvaro Tirado Mejía, ed., *Nueva historia de Colombia. Historia política, 1886-1946*, tomo I (Bogotá: Planeta, 1989): 269- 296.

⁴⁹ Germán Arciniegas, “Aspectos de Olaya Herrera y su gobierno”, en Álvaro Tirado Mejía, ed., *Nueva historia de Colombia. Historia política, 1886-1946*, tomo I (Bogotá: Planeta, 1989): 299-304.

guerra, aunque Amazonas estaba muy alejada del centro del país y no había vías que la comunicaran efectivamente, por ser un territorio selvático.

La guerra era “en el fondo de la selva, donde no hay tierra firme, sino capas de hojarasca de muchos metros de espesor bajo las copas de un tupido follaje que no da paso a la luz del sol” (Arciniegas, 1989: 302). Así, tuvo carácter de conflicto aéreo por las dificultades del terreno, y el sentimiento patriótico que levantó fue tal que “entregando mujeres y hombres sus alianzas matrimoniales de oro, fueron muchos los kilos de esta riqueza que llegaron a las arcas nacionales” (Arciniegas, 1989: 303); esto fue, a la vez, una solución económica a la crisis que atravesaba el país.

El gobierno que sucedió al de Enrique Olaya Herrera fue el del liberal Alfonso López Pumarejo (1934-1938), conocido como *La revolución en marcha*, pues sus reformas fueron aún más amplias que las de Olaya y con un carácter social mucho más marcado. Su gobierno y cambios llevaron a Colombia por la senda de la modernidad, con un gobierno de contenido social que buscaba desmontar los intereses seculares. La Reforma Constitucional del 1936 no dejó a los sectores populares por fuera, hubo reforma tributaria, políticas agrarias, políticas educativas con la reforma universitaria, reivindicación del poder civil, política laboral, política internacional de buena vecindad y política modernizante del sector judicial:

Se escucharon los reclamos del campesinado y se expidió la ley 200 de 1936, que tenía en cuenta la función social de la propiedad. Se adelantó una vigorosa política educativa centrada en la educación pública, y a la Universidad Nacional se la dotó de un campus moderno. Se reconocieron los derechos civiles y sociales de la población y se avanzó en el viejo anhelo liberal de garantías y de respeto para los diferentes credos.⁵⁰

A López Pumarejo lo sucedió en la presidencia Eduardo Santos (1938-1942), quien entró a la vida pública con impulsos de convivencia, era periodista, dueño del periódico *El Tiempo*. Gobernó en una época de totalitarismos en el mundo y a inicios de la segunda Guerra Mundial, se reconoce por ser un defensor del “Panamericanismo”, que se traducía en una doctrina de amistades entre países americanos. Su presidencia dejaba la impresión

⁵⁰ Álvaro Tirado, “Alfonso López Pumarejo”, *Credencia Historia*, 109 (1999), <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/enero1999/109alfonsolopez.htm>

de que el gabinete estaba lleno de filósofos y moralistas, como signo de una “democracia ilustrada”. En su mandato se afianzaron las relaciones con Estados Unidos, y fueron recibidos intelectuales exiliados de Europa, principalmente de España, que huyeron de la Guerra Civil (1936-1939); llegaron médicos, filólogos, artistas y ceramistas. Su administración fue de carácter conciliador y con apego al civilismo en momentos de aceptación del totalitarismo en países europeos, también se expandió el intervencionismo estatal en la economía, dentro de los parámetros de la libre empresa.⁵¹

Para 1942, López Pumarejo volvió a la presidencia, pero no fue tan exitosa como su primer mandato, ni siquiera culminó los cuatro años del cargo y fue acusado de corrupción. En 1946 volvió al gobierno el partido conservador con Mariano Ospina Pérez a la cabeza, pero gran parte de los cargos en el país continuaban en manos de liberales; la visión de Ospina, aunque era conservador moderado, continuaba la idea de modernización inaugurada por los liberales.

Su gobierno era de “Unión Nacional”, buscando evitar las pugnas partidistas, y fue inclinado a la cuestión social, así como al intervencionismo en economía; se preocupó por la agricultura, especialmente por el café y su exportación. Durante su gobierno hubo expansión económica dada, precisamente, por la exportación del café y la entrada de capitales extranjeros.

Se preocupó por la construcción de obras públicas, el fortalecimiento de las comunicaciones nacionales y la modernización de la Armada Nacional, entre otros. Lo anterior se vio ensombrecido por el hecho que marcó la culminación de la década de los cuarenta: *El Bogotazo*, acaecido por el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, lo cual recrudeció la violencia partidista que se venía presentando en años pasados y que con la muerte del líder liberal creció hasta convertirse en *La Violencia*, un período de encarnizadas luchas, tanto en el campo como en la ciudad, el cual duró varios años y que signó la vida nacional.

⁵¹ Eduardo Posada, “Eduardo Santos”, *Credencial Historia*, 109 (1999)
<http://www.banrepcultural.org/node/32495>

1.3.1 Movimientos culturales, intelectuales y literarios

A partir de la década de 1920 se empezó a ver cierta modernización en el país, lo que llevó a la movilización de diversos grupos sociales dada por las opiniones y formaciones de agrupaciones intelectuales que por lo general estaban adscritas a algún partido político, siendo los principales el Liberal y el Conservador, los tradicionales del país. Las dos más conocidas fueron, la *Generación del Centenario* y la de *Los Nuevos*.

La primera estaba compuesta por intelectuales nacidos en las últimas décadas del siglo XIX y que sufrieron la guerra de los Mil Días, tuvieron como portavoz principal a Luis Eduardo Nieto Caballero,⁵² en la década de 1910, que coincidía con el centenario de la Independencia de Colombia.

Los intelectuales de la *Generación del Centenario* habían alcanzado su madurez, eran “representantes de lo más selecto de un grupo de escritores colombianos, periodistas, historiadores, educadores y políticos, su inigualada influencia en los asuntos nacionales duraría hasta bien entrados los años cincuenta” (Brubaker, 2004: 75), publicaban en la revista *Cultura* y, para 1918, Luis Eduardo Nieto le dio el nombre al grupo, que buscaba causar gran impacto intelectual. Se caracterizaban por su oposición a la violencia, la búsqueda de la paz y la prosperidad para Colombia, pertenecían a la élite social y económica nacional, y la mayoría había pasado una temporada en Europa, de donde procedían sus influencias más fuertes, sobre todo de Francia; y eran propietarios de los medios de difusión.

Los Nuevos se componía de jóvenes activos a partir de la década de 1920, coincidiendo con la incipiente modernización del país, estaban en contra de la *Generación del Centenario*, y se presentaron a través de una revista como un grupo novedoso, cansado de la tradición literaria que encarnaban sus predecesores y con nuevas aspiraciones políticas.⁵³ Criticaban las políticas conservadoras y a los intelectuales burgueses que no se preocupaban por la clase trabajadora, para la década de 1930, con el advenimiento del

⁵² George Brubaker, “Una 'minoría excelente': la generación del centenario y su impacto en la política colombiana”, *Universitas Humanística*, 26 (2004): 73- 80, <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/10165/8349>

⁵³ Ricardo Rodríguez, “Los Nuevos: entre la tradición y la vanguardia”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 42 (2005): 2-23, https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/707/707

gobierno liberal, algunos ocuparon cargos gubernamentales, al igual que los “Centenaristas”. Buscaban aglutinar en torno a la revista a intelectuales jóvenes, pero con tendencias al liberalismo y la izquierda, “se destacaron en el campo de la poesía y el ensayo, del periodismo y la literatura” (Rodríguez, 2005: 10). Sus figuras más representativas fueron Alberto Lleras, Felipe Lleras, Jorge Zalamea, Germán Arciniegas y León de Greiff.

Estos dos grupos mantuvieron constantes pugnas expresadas en las páginas de periódicos, como *El Tiempo* y *El Espectador*, principalmente porque la nueva generación criticaba seriamente a su antecesora, de forma irreverente, por sus ideales desgastados y con pretensiones aristocráticas, buscando reemplazarlos con vientos nuevos de cambio, que no estuvieran anclados en la tradición y con ideas cercanas al socialismo. Pero *Los Nuevos* no mantuvieron debates únicamente con la *Generación del Centenario*, un tercer grupo se hizo presente en la década de 1920, con fuertes ideas intelectuales y políticas: *Los Leopardos*.

Los Leopardos, jóvenes que se reunieron en la ciudad de Bogotá en torno a ideales derechistas y conservadores, empezaron a hacerse notar en el campo político a partir de 1921, publicando en el periódico conservador *La Nación*, pero este no fue el único órgano en el cual se expresaron, pues también publicaron en *El Nuevo Tiempo*. Durante esta década fueron activos, escribiendo para medios impresos y dándose a conocer por sus colegas en los cafés a los cuales asistían los intelectuales; sus críticas también eran mordaces y el credo conservador que esgrimían no era un impedimento para estar lanza en ristre en contra del partido, que gracias a sus divisiones terminaba de resquebrajarse en bandos para finales de la década.

En 1925, según Ricardo Arias Trujillo,⁵⁴ se fueron radicalizando y alejándose de sus congéneres pertenecientes al grupo de *Los Nuevos*, precisamente porque sus ideales estaban tornándose incompatibles, pues se fueron volviendo extremistas de derecha, tanto que empatizaron con la Italia fascista de Benito Mussolini, en 1924 “ya no ocultaban su

⁵⁴ Ricardo Arias, “*Los Leopardos*” *Una historia intelectual de los años 1920* (Bogotá: Ediciones Uniandes, 2007).

desprecio por las fórmulas democráticas ni sus simpatías por los regímenes dictatoriales, de los cuales el fascismo italiano era el paradigma a seguir” (Arias, 2007: 181).

Así mismo, las ideas nacionalistas, tradicionalistas y el alagar lo rural, no les eran ajenas: “abordaron temas relacionados con la hispanidad, el mundo rural, el amor a la patria, es decir, propios de la doctrina conservadora, al catolicismo integral e intransigente y al naciente nacionalismo criollo” (Arias, 2007: 130); lo cual puede entenderse en la medida en la cual, para la década de 1920, se estaba dando un incipiente progreso en el país, que centraba su accionar en lo urbano, no en lo rural. El grupo de jóvenes de extrema derecha cobró importancia porque, debido a sus ideales y los constantes ataques al conservatismo en el poder, lograron dividir al partido que perdió el control nacional para las elecciones de 1930. Algunos de los miembros de *Los Leopardos* fueron: Silvio Villegas, José Camacho Carreño y Eliseo Arango.

Las luchas se daban por motivos intergeneracionales e ideológicos, Claudia Acevedo da cuenta de las filaciones políticas y el ideario de los tres grupos, además de sus influencias, pues los de la *Generación del Centenario* fueron afectados por la guerra de los Mil Días, la pérdida de Panamá y la dictadura de Rafael Reyes. Las nuevas generaciones, *Los Nuevos* y *Los Leopardos*, se vieron marcadas por “los efectos de la Primera Guerra Mundial, el auge de las vanguardias en Europa y Latinoamérica y la creciente bonanza o ‘prosperidad a debe’ –en palabras de López Pumarejo–” (Acevedo, 2007: 117).

Los sitios de reunión de aquellos intelectuales eran, por lo general, los cafés de Bogotá, ciudad de gran prestigio que atraía personas de todo el país, sobre todo “aquellos que pretendían ocupar lugares de importancia en el mundo cultural y político” (Arias, 2007: 37). Aquellos sitios se presentaban como nuevos espacios de sociabilidad⁵⁵ y discusión, a imitación de las dinámicas europeas. El más importante fue el café Windsor, donde se reunían los grupos intelectuales mencionados, estaba ubicado en un lugar estratégico rodeado de elementos culturales; según expone Claudia Acevedo, quienes tenían más presencia allí eran *Los Nuevos*, aunque los propietarios fueran “Centenaristas”. Pese a lo

⁵⁵ Claudia Acevedo, “Intelectuales, críticos y modernidad cultural. Los casos de Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez y Jorge Zalamea” (tesis doctoral, Universidad Nacional de Colombia, 2013).

anterior, los cafés no se reservaron para los intelectuales, casi toda la vida social capitalina y las transacciones, pasaban por este tipo de establecimientos.

Los cafés, expone Ricardo Arias, fungían como sitios en donde los jóvenes se conocían y se daban a conocer, se frecuentaban y debatían, dando rienda suelta a “sus pasiones por las letras y a sus primeras inquietudes políticas” (Arias, 2007: 32), entonces, Bogotá tenía cafés especializados según la clientela, los de intelectuales eran elitistas, pensados como espacios de conocimiento sobre las novedades artísticas y políticas.

Los movimientos o agrupaciones intelectuales no se limitaban al ámbito capitalino bogotano, tanto Ricardo Arias Trujillo como Raymond Leslie Williams mencionan el caso de la ciudad de Barranquilla por sus círculos intelectuales, que se reunieron en torno a la revista *Voces* entre 1917 y 1920, la cual era similar a otras revistas literarias que circulaban en el país, pero ponía énfasis en el tono humorístico; servía como forma de difusión en la región y publicaba a los escritores del momento.

Sobresalen los círculos barranquilleros porque su figura principal era Ramón Vinyes, un catalán que era el dueño de la revista. Según Raymond L. Williams,⁵⁶ ese sentido del humor sería una constante en la ficción costeña; así mismo, los escritores del *Grupo de Barranquilla* mencionaban que le debían algo al escritor José Félix Fuenmayor y su tono humorístico, extendiendo su influencia incluso hasta Gabriel García Márquez (Williams, 1991: 138).

Vinyes fue decisivo en la constitución de la cultura intelectual barranquillera, explica Arias Trujillo, pues en su librería se reunían escritores y artistas, así surgió la idea de la publicación de la revista *Voces*, que cobró importancia como referencia cultural, porque “descubrió, dio a conocer y promovió ‘los nuevos valores literarios nacionales’. Publicó textos de destacados autores latinoamericanos y europeos, muchos de ellos traducidos por primera vez al castellano, tarea que recaía en Vinyes, verdadero políglota” (Arias, 2007: 39-40).

⁵⁶ Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991).

De Medellín se mencionan los casos de los cafés *Madrid* y *La Bastilla*, lugares de tertulias famosas, frecuentados por Tomás Carrasquilla y el grupo de *Los Panidas*, que publicaban en la revista *Panida*, la cual circuló en 1915 como una revista literaria y de arte. En el grupo sobresalían León de Greiff, Ricardo Rendón, Libardo Parra, Jesús Restrepo Olarte y Fernando González, entre otros. Se reunían en el café *El Globo*, que también ejercía como biblioteca de alquiler, *Los Panidas* representaban una ruptura con sus antecesores en la publicación de revistas sobre arte y literatura.

Más que una propuesta estética definida, el grupo pretendía dar testimonio de su rompimiento con los cánones sociales y culturales imperantes en la pequeña Villa de la Candelaria de 1915 [...] Es la balbuceante expresión de unos jóvenes que iniciaban la construcción de una propuesta intelectual.⁵⁷

En este sentido, el grupo representaba una ruptura con la sociedad tradicionalista medellinense.

Los grupos intelectuales no estaban interconectados, lo cual es entendible en la medida que el país era bastante regionalizado y las comunicaciones entre los diferentes departamentos y capitales no era muy efectiva. Williams menciona que era más fácil para los barranquilleros conocer las modas literarias extranjeras que las producidas al interior del país, hechos dados por la separación regional y la lenta intercomunicación que podía darse a través de la construcción de ferrocarriles, que no avanzaron mucho sino hasta bien entrado el siglo XX.⁵⁸ Pese a lo anterior, intelectuales que hacían parte de los grupos mencionados confluyeron en Bogotá, al desarrollarse una actividad cultural más fuerte durante la década de 1920.

1.4 El discurso como práctica racista de exclusión. Debates y conferencias sobre la raza en Colombia, 1920-1930

Los discursos racistas llevan a prácticas de exclusión y desvalorización del otro, hecho que a inicios del siglo XX estaba avalado por la ciencia de carácter positivista, como herencia del siglo XIX, en el cual, las ciencias tomaron un valor universal de certeza. El racismo se

⁵⁷ León de Greiff, Teodomiro Isaza, Rafael Arango, Bernardo Martínez, et al., *Panida, edición facsimilar*, Universidad Eafit: Fondo Editorial, 2015, <https://repository.eafit.edu.co/handle/10784/8180#.We8XndLibIU>

⁵⁸ Raymond Williams, *Novela y poder...* 35-40.

basa en la creencia de que las diferencias físicas de los seres humanos llevan consigo diferencias de carácter cultural, que hacen a unos pueblos superiores y a otros inferiores. Como se ha visto, desde el siglo XVIII, en el territorio hoy conocido como Colombia, las autoridades intelectuales elaboraron esquematizaciones y teorías sobre las “razas” que habitaban el país, sus inclinaciones naturales y las zonas que ocupaban.

Para la década del veinte hubo algunos debates sobre la raza, el 12 de octubre de 1920, coincidiendo con la celebración del “Día de la Raza y la Hispanidad”, en conmemoración de la llegada de Cristóbal Colón a América, se compilaron las conferencias de diversos intelectuales colombianos en torno a la “raza” en un volumen llamado *Los problemas de la raza en Colombia*.⁵⁹ Miguel Jiménez López (psiquiatra), Luis López de Mesa (psicólogo), Calixto Torres Umaña (fisiólogo), Jorge Bejarano (higienista), Simón Araújo (institutor) y Lucas Caballero (sociólogo) participaron en ese ciclo de conferencias, en las cuales se pueden encontrar los prejuicios comunes de la época y algunas voces en contra de estos, mostrando las dos caras del imaginario “racial” en Colombia que se amparaba en la ciencia y las profesiones ejercidas por los conferencistas.

Desde el título se evidencia que la “raza” y su diversidad se veían como problemas que afectaban a la nación colombiana, cómo el clima tropical y la geografía influían en las capacidades de los grupos humanos y que el color de la piel era muestra de sus aspectos culturales y físicos. Así mismo, es constante el tema de la “degeneración racial”, haciendo alusión a la forma en que se salvarían las “razas” que habitaban Colombia, siendo diferentes según cada autor, pero coincidiendo al más puro estilo decimonónico, con que la mezcla con elementos “blancos” traería progresos y mejoras “raciales” a través de mixturas tendientes al “blanqueamiento”.

También hay espacio para aludir a la higiene y cómo esta influía en la “degeneración”, con miras a solucionar aquellos problemas y llevar el país al progreso y la civilización, al estilo occidental. Aquella “degeneración” se daba física, moral e intelectualmente; y aunque la biología funcionaba como una de las ciencias principales

⁵⁹ Miguel Jiménez, Luis López, Calixto Torres, et al., *Los problemas de la raza en Colombia* (Bogotá: Biblioteca de Cultura, 1920).

usadas por estos intelectuales, también se relacionaba la “raza” con la cultura alcanzada por las etnias y grupos humanos, haciendo alusión a estudios sociológicos.

Miguel Jiménez demostraba preocupación por la “evidente degeneración” que se estaba dando en el país, tema que llevó a estas conferencias, las cuales explicaban “científicamente” los signos del desmejoramiento de los colombianos, correspondiendo precisamente con las características de cada “raza” y sus aspectos negativos. Lo físico como: talla, peso, estatura, forma craneana, etc., eran determinantes para demostrar aquella degeneración.

Así mismo, se reconoce el abundante mestizaje de las zonas céntricas del país; estos aspectos no se quedaban meramente en lo “racial”, discursos valorativos también ponían en un estatus inferior a las clases bajas, dando a entender que a determinada “raza”, le correspondía un lugar en la escala social:

Hay en nuestros hombres una cierta tendencia a la “oxicefalia”, o sea, esa conformación de cráneo alargado hacia arriba y un tanto agudo en el vertex, rasgo predominante en las clases cultivadas; en tanto que en la clase del pueblo, y especialmente en la mujer, es bien de notarse la gran estrechez frontoparietal (“estenocrotafia”). (Jiménez, 1920: 11)

Lo anterior da a entender que quienes eran más capaces de cultura eran los hombres cultivados académicamente, así se unían dos discursos excluyentes, uno clasista y otro machista, pues las mujeres no tenían la forma craneana, según Jiménez, característica de los estudiosos. Era paupérrima la situación, que todos los signos biológicos de los colombianos llevaban a concluir la “degeneración de la raza”, incluso, más que en otros lugares: enfermedades físicas y mentales, enanismo, mortandad, corta longevidad, precocidad sexual “propia del trópico”, etc., lo demostraban. Todo lo anterior era más peligroso porque era producto de la herencia, que se iría degenerando cada vez más. En el análisis de Jiménez el elemento “negro” no sobresale, es poco tratado.

La solución no era sencilla, pues se necesitaba trabajar desde todos los ámbitos en pro del mejoramiento “racial”, la buena alimentación, medidas de higiene pública, hábitos de ejercicio corporal, evitar el agotamiento de los obreros con merecidos descansos, la educación, luchas antialcohólicas y contra la miseria, eran algunos de los aspectos que

podían mejorar la raza, pero el más importante era “una corriente copiosa de inmigración de razas sanas, fuertes y disciplinadas por hábitos seculares de trabajo y exentas, en cuanto sea posible, de las enfermedades sociales que están determinando nuestra regresión.” (Jiménez, 1920: 36, 37).

La “raza” que compensaría la “degeneración” era la “blanca” de Europa central, Suiza, Bélgica, Holanda, Baviera, Tirol, vascos, irlandeses y escandinavos, la mezcla con ellos iría “ahogando poco a poco la sangre aborigen y la sangre negra, que son, en opinión de los sociólogos que nos han estudiado, un elemento permanente de atraso y de regresión en nuestro continente” (Jiménez, 1920: 75, 76).

López de Mesa hizo hincapié en la variedad física del territorio colombiano que producía diversidad en flora, fauna y recursos, así como en personas; reconoció la existencia de blancos, indios, mestizos, mulatos y negros que poblaban determinadas zonas del país, pero cada grupo étnico se componía de gran diversidad de procedencias. Se hace eco del determinismo geográfico al mostrar que, en las zonas altas, de clima un poco frío habitaban descendientes de sangre española, porque era un clima propicio para ellos, pues en zonas más bajas, sufrían “grave merma, y unas han degenerado” (López, 1920: 87).

El elemento indígena aborigen se había ido disolviendo y extinguiendo al contacto con aquella sangre española. Las condiciones de miseria y poca higiene que causaban enfermedades hacían decaer el carácter de la “raza” en estas zonas. La inteligencia no era uniforme en las “razas”, que si eran superiores estaban más inclinados al ejercicio de “saberes cultos”, las inferiores correspondían al pueblo llano, que tenían poco estatus social e inteligencia mermada. Los indígenas, al ser disminuidos en el Altiplano, desarrollaban su existencia en sectores campesinos rurales.

Los estudios de López de Mesa hacían hincapié en el entorno educativo, por lo cual su investigación se daba en colegios o universidades, incluso, el mal uso del lenguaje, que afectaba a las clases sociales por igual, demostraba signos de decadencia que no se daban en otras naciones, cuidadosas de enseñar bien el idioma: “porque el alma de las razas está en su lengua” (López, 1920: 99). Las cualidades morales y estéticas también fueron parte del análisis, encontrando, en las segundas, una elevación por parte de los capitalinos en

aceptar las bellas artes y haber experimentado una mejora en el gusto, aspecto que hace eco del mejoramiento y progreso que empezó a darse en el país para esos años, con la llegada de la modernidad.

López analizó detenidamente a Antioquia, en consonancia con la idea de que la población española encontró asiento en el departamento en grandes cantidades, incluso, en las tierras calientes y bajas, lugar que, según López, habitaban personas negras y sus descendientes, donde la mezcla de “elementos peninsulares” y negros dieron paso a los mulatos, que sobresalían entre la población de estas zonas gracias a la educación y el dinero, “infiltrándose” en altas esferas sociales. En una cuasi elegía al pueblo antioqueño se presenta su mestización como un bien de la “raza”, aspecto que puede tomarse como defensa del territorio nacional y que el clima tropical no producía una “degeneración” en el sentido usado por Jiménez, sino que esta venía por condiciones de vida deficientes, enfermedades, mala alimentación y, sobre todo, poca educación.

Hay alusiones a la población tolimense, principalmente mestiza y a la costera del Atlántico, en la que predominaba la población mulata y negra, en el Cauca la población blanca y mulata como representación de la vida tropical, en la altiplanicie nariñense la mezcla del aborigen con el blanco, y en Tumaco prosperaba la “raza negra”. La zona selvática amazónica no es estudiada.

El análisis de López de Mesa lleva a concluir que se estaba dando un proceso de “oscurecimiento” en Colombia, elemento que no era despreciable pero que diluía lo aborigen y, sobre todo, lo español, del tronco “racial” colombiano; el sentido usado por López (sobre la “raza”) no se reduce a la sangre y a lo físico, sino que se extiende a lo “espiritual”. Las soluciones a los problemas “raciales” estaban en la inmigración de europeos, una educación que animara a luchar por la vida, el amor a la patria, el nacionalismo y el desarrollo económico generalizado con la explotación de los recursos naturales.

Calixto Torres se sitúa en una posición intermedia, en la cual no niega ni afirma la “degeneración racial”, su estudio se centró en el campo de la biología y el análisis de la nutrición. Desde el campo científico biológico afirma que los organismos tienen fases

ascendentes y descendentes, influidos por el medio ambiente, la alimentación y los factores de evolución orgánica. Su estudio se hizo con individuos “blancos”, indios y mestizos, por lo que gran parte de la población del país quedó fuera del análisis.

Los estudios sobre la alimentación llevaban a entender la contextura fisiológica, la absorción y eliminación de nutrientes, y la tendencia a enfermedades comunes en las zonas estudiadas. El peligro radicaba en que muchas de estas enfermedades podían ser transmisibles por la herencia, lo que desembocaría en la temida “degeneración” o “debilidad”, pero los efectos más negativos en la nutrición eran las tendencias poblacionales al alcoholismo, el “chichismo” y la “polimortalidad infantil”, siendo esta última una consecuencia preocupante de la pobreza y la miseria. Entonces, la “raza” no estaba en un momento insalvable de “degeneración”, pero sí había notables signos de inferioridad.

Jorge Bejarano, a partir de sus ideales de progreso planteó una defensa sobre la supuesta decadencia que los autores anteriores denunciaban de la “raza” tropical colombiana; el análisis incluye una reflexión sobre los indígenas de la actualidad, pues según él, su “raza” no estaba en proceso de decaimiento, sino que, al resultar vencida por los conquistadores españoles, a los indígenas se les quitó y alejó de todo lo que conocían, quedando en una posición “abatida y miserable”. Reconoce a los grupos humanos como producto del momento, de su propia época, no como la suma de herencias pasadas que quedan en la sangre, y no se muestra de acuerdo con las tesis expuestas por Jiménez.

Pese a lo anterior, persistía en Bejarano la extendida idea de etnias superiores e inferiores:

La raza europea, superior en lo moral e intelectual e impedida para la multiplicación porque su objeto no era poblar ni asimilar y por indiferencia hacia razas inferiores [nativa indígena y “negra”], se aglomeró, reproduciéndose con lentitud, en las altiplanicies y regiones suaves. (Bejarano, 1920: 192)

También se hace alusión al determinismo geográfico, los lugares propios que poblaban las “razas” en el país, pero estas eran variadísimas, contando incluso, diferenciaciones entre cada grupo indígena que se veían como “razas” distintas, que no

etnias. El efecto político de tal diversidad era, según Bejarano, el advenimiento de la democracia, pero la degeneración no se estaba dando en el país, sino que de cierta forma se estaban homogeneizando los distintos grupos humanos, por lo cual la negativa visión de Miguel Jiménez no estaba acorde con lo que ocurría en el país completo, sino en estudios escasos de la zona del Altiplano. “La raza no degenera, que antes bien tiene nuevos y vigorosos retoños” (Bejarano, 1920: 217).

La conferencia del higienista fue tan bien recibida que le solicitaron presentar una segunda, donde siguiera refutando las estadísticas y conclusiones mostradas por Miguel Jiménez, aspecto que da a entender que no todos los intelectuales estaban de acuerdo en que la “raza” degeneraba, sino por el contrario, debía revitalizarse porque estaba adormecida.

En un pasaje bastante dicente, Bejarano expuso que en los pueblos en los cuales diferentes grupos han coexistido durante generaciones, no es posible llegar a clasificaciones, mucho menos porque estas no corresponden con demarcaciones de la naturaleza, idea que se acerca un poco a las que estarían en boga a mediados del siglo XX, cuando se empezó a negar que existían las denominadas diferencias “raciales”. Las demarcaciones creaban odio entre los hombres.

De ahí el concepto de clases elevadas o superiores o inferiores o despreciables. De ahí las castas aristocráticas o superiores; pueblos que nacen con el imperio del mando o del reinado y pueblos débiles o inferiores a quienes se enseñó a ser humildes y abatidos. (Bejarano, 1920: 131)

Simón Araújo, en su posición de “institutor”, también contradujo las tesis de Jiménez, sobre todo las tendientes al ámbito educativo y a la inteligencia de los colombianos, haciendo hincapié en que la educación se estaba extendiendo hasta las capas más humildes de la sociedad, dejando de ser un privilegio únicamente reservado a los acomodados, lo cual daba muestras de que la “raza” no decaía, sino que, por el contrario, ascendía y se vigorizaba.

La situación de las mujeres estaba cambiando, su lugar en el trabajo había salido del reducido campo de amas de casa o maestras, y se había extendido hasta trabajar en oficinas

públicas y privadas. Así mismo, las capacidades intelectuales de los colombianos no eran inferiores a las de otras “razas”, sino que eran iguales y a veces superiores.

Lucas Caballero, hombre liberal, también tenía una visión positiva sobre la “raza”, inició su exposición con afirmaciones sobre las características que efectivamente hacían a un grupo humano superior a otro, siendo estas las intelectuales, inteligencias cada vez más activas y “luminosas”, pero sumado a ello, los aspectos biológicos, psicológicos, institucionales, económicos, éticos, etc., lo que da a entender que lo “racial” no era atribuible únicamente a determinado color de piel.

En el mundo no había ninguna “raza” pura, todas las variedades étnicas se habían cruzado, los pueblos eran herencias de antepasados y los mestizajes se producían desde tiempo incontable; el valor de cada sociedad, según la psicología colectiva explicada por Caballero, se daba por: cultura, civismo, instituciones fuertes y sentimientos patrióticos; la representación más avanzada en el campo de la política era la forma de gobierno democrática y por ello, el grado civilizatorio alcanzado en Colombia no era repudiable.

Esa misma forma de ver el asunto “racial” tan positiva, demostrada por Luis Caballero, contrastaba con afirmaciones elitistas del campo intelectual y con un profundo respeto por Francia como garante de la civilización en el siglo XIX, la alta cultura se oponía a la de las masas “simplistas”. El camino para seguir por la cultura nacional debía ser pacífico y en línea recta, teniendo como ejemplo los casos de otras sociedades en búsqueda del progreso, las más sanas prácticas políticas y económicas.

La diversidad geográfica del país era muestra de las riquezas y los atractivos turísticos que tenía, por ello el porvenir no podía ser más que halagüeño: “por lo tanto, con la facilidad del cambio de clima, y con los medios que la ciencia contemporánea ofrece para la sanificación de las comarcas, todo el territorio de Colombia puede ser colonizable y de sencilla y agradable explotación” (Caballero, 1920: 321). La inmigración podía funcionar, siempre y cuando no se perdiera la identidad propia, pero la educación era fundamental para el cultivo del pueblo.

Se evidencia en las conferencias una confianza ciega en la ciencia y los progresos que permitirían obtener mejoras incluso de índole “racial” al prevenir enfermedades;

aspecto contrastante con la mentalidad católica y tradicionalista que todavía imperaba en el país para la década de 1920. Gracias a los avances científicos, ciudades tropicales como La Habana, Río de Janeiro y México eran símbolo de la modernidad, aspecto que enfatizaba que la “raza” no estaba perdida y que los aspectos negativos podrían mejorarse, pero no todos estaban de acuerdo con esta visión.

Laureano Gómez –reconocido político colombiano, líder del partido conservador durante muchos años–, el 5 de julio de 1928 pronunció una controvertida conferencia sobre la nación colombiana, en la cual se incluía el tema “racial”. Con el nombre de *Interrogantes sobre el progreso de Colombia*, habló sobre el espíritu nacional y la decadencia “racial”, el lenguaje usado no daba ningún tipo de moral a la “raza” que conformaba el país, pues ni siquiera podría adoptar elementos civilizados por su debilidad y gran degeneración.

En su conferencia⁶⁰ se refería específicamente a que el pueblo colombiano estaba conformado por “razas inferiores” como lo eran la negra (mentirosos e infantiles) y la indígena (maliciosos, resignados a la miseria); incluso para Gómez, los aportes españoles a la cultura humana no eran tan numerosos, por lo que la “raza” no tenía elementos positivos a los cuales aferrarse, ni siquiera “lo blanco”, heredado de España, representaba una segura fe en el progreso. La mezcla de las tres “razas”, siguiendo el espíritu científico del positivismo del siglo XIX, lo único que hacía era producir una amplia degeneración, incluso, más que la de los antepasados.

Los indígenas, habitantes de la selva tenían “costumbres primitivas”, relacionadas con el terreno que habitaban, además “una profunda inercia para la cultura, una letargia invencible” (Gómez, 1928: 10) y hábitos animales. Los recursos naturales no eran explotables, porque su calidad no era la mejor, y las interminables selvas impedían el paso de los ferrocarriles, tampoco la agricultura tenía muchas posibilidades en terrenos cercanos a la selva y selváticos, como Caquetá y Putumayo.

La “desolación” hacía presencia en casi todo el territorio nacional, en la costa del Pacífico, por las constantes lluvias y el terreno selvático, la agricultura era “fofa”, además no existía “una cultura humana de importancia”. Las poblaciones más sobresalientes se

⁶⁰ Laureano Gómez, *Interrogantes sobre el progreso de Colombia* (Bogotá: Editorial Minerva, 1928).

habituaban al clima, pero con difícil supervivencia biológica; Villavicencio, Chocó, Antioquia y Tolima no gozaban de condiciones aptas para la agricultura, como tampoco para culturas humanas.

Respecto a la “raza”, los colombianos descendían de “blancos”, “negros” e “indios”, siendo los dos últimos entes de “completa inferioridad”. De la herencia española se podría sacar algo bueno, aunque no hubiese tenido muchos personajes sobresalientes en las ciencias o en las artes. Los “negros” tenían espíritu “rudimentario e informe, como que permanecen en una perpetua infantilidad” (Gómez, 1928: 20). Los indígenas eran “bárbaros”, con pavor al vencimiento, poco sinceros y maliciosos. Las mezclas de estas tres “razas” daban como resultado una herencia peor, pues las nuevas generaciones únicamente obtenían lo malo de las antepasadas.

La población colombiana la definió Gómez mayoritariamente mestiza, pero esto no servía para crear instituciones fuertes, pues los mestizos heredaban más de indígenas que de “blancos”. Los “negros” y la hibridación con ellos traía herencias “inferiores”, con “voluntad débil”, “poca inteligencia” y dominados por pasiones “groseras”.

Las actividades mineras y extractivas, según mencionaba Laureano Gómez, eran un punto favorable para la producción colombiana y ciertas mejoras económicas, pero casi todas estas industrias estaban en manos extranjeras, estadounidenses o inglesas, por ello, a los colombianos poco les quedaba. Las riquezas naturales no eran disfrutadas por las “razas” pues “no está acondicionada para hacerlo” (Gómez, 1928: 24). Lo anterior tiene un tono de reclamo nacionalista y antiimperialista en contra de las pretensiones norteamericanas, que habían arrebatado parte del territorio colombiano: Panamá.

El grupo de *Los Leopardos* también se manifestó respecto a la “raza”, Ricardo Arias explica que el pesimismo sobre la degeneración se había apoderado de intelectuales de todos los bandos políticos, sobre todo en la década de 1920, cuando los discursos al respecto eran comunes. Estas visiones sobre la “raza” eran elitistas, acompañadas de ideales de civilización que sería traída por inmigrantes de “razas superiores” que mejorarán la colombiana (Arias, 2007: 162).

Los jóvenes con ideales autoritarios veían como superiores las tradiciones aristocráticas que encarnaba la antigua España, ideales caballerescos y con un peso preponderante de la Iglesia en la conducción del Estado, visiones ciertamente racistas se mezclaban en el discurso de los jóvenes conservadores; cita Arias a José Camacho Carreño (*El último Leopardo*) a propósito de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad en Colombia: “puso a danzar los tres vocablos enciclopedistas, sobre el labio tórrido de indios y mulatos. Igualémonos. Lerdos, bribones, pillos, estadistas, mercaderes, letrados, ignorantes” (Arias, 2007: 201).

Puede verse que en los dos bandos políticos tradicionales se encontraban opiniones similares sobre los aspectos “raciales” que se daban en Colombia, tanto liberales como conservadores defendían a los colombianos o hacían referencia a la “degeneración de la raza”, un tema que si bien tuvo su punto álgido en la década 1920-1930, precisamente por los debates y conferencias públicas reseñadas hasta acá, se extendió durante más años, sobre todo con la influencia de los autoritarismos extranjeros (nazismo alemán) que se preocupaban por cómo mantener y cuidar una “raza pura, superior”.

En 1936 se publicó el ensayo del escritor antioqueño Fernando González, llamado “Los Negroides (ensayo sobre la Gran Colombia)”,⁶¹ y reflexiona acerca del ámbito cultural en América Latina, específicamente Colombia y Ecuador. Las ideas expuestas giran en torno a la cultura y el porqué esta no es original en Colombia que, al haber sido colonia española, no dejó de lado las tradiciones y sus intelectuales buscaban la forma de imitación, sin haber, por ende, una cultura propia en el país; aunque esta copia se extendiera al resto de instituciones. Es un llamado a aceptar lo propio, no verse como “raza” inferior por ser diferente, antes aprovechar esa diferencia y dejar de traer modelos lejanos y caducos para tener mejores instituciones y procesos, que fuesen netamente colombianos o suramericanos: “fue una muestra de los que puede ser la raza suramericana, una vez que nos hayamos fusionado. Porque es evidente que solo el hombre futuro de Suramérica, mezcla de todas las razas, puede tener la conciencia de todos los instintos humanos, la conciencia universal” (González, 2002: 6).

⁶¹ Fernando González, “Los Negroides (ensayo sobre la gran Colombia)” Corporación Otraparte (2002) <https://www.otraparte.org/fernando-gonzalez/ideas/1936-negroides.html>

Hay entonces, una alegoría a la importancia de la autenticidad suramericana, que tenía habitantes propicios para generar algo nuevo y no continuar con modas, instituciones y culturas imitadas o amañadas de otros países. Defender lo propio es defender la “raza”, al indígena, al “negro” y al mestizo: el crisol formado en América. Con críticas mordaces a la política de la época y a los presidentes liberales y conservadores, el escritor hace un llamado a respetar las tradiciones culturales de los pueblos aborígenes y abrazar con orgullo el ancestro del colombiano, no el europeo que humilló y maltrató por siglos a los habitantes de la patria. Entraba en sus críticas la ciencia europea, que decía que por ser del trópico los americanos eran inferiores.

Se evidencia la defensa de los indígenas como primera medida y, el llamado a preservar la “mezcla racial”, no encontrando un elemento negativo en la mixtura. Contrastan este tipo de visiones, surgidas desde la reflexión y observación del propio ámbito colombiano, con la idea de la mayoría de los estudiosos y renombrados intelectuales según la cual había que cuidar y evitar el contacto entre diferentes “razas”, pues esto llevaría a la “degeneración”; es tan profunda la crítica de González, que rechazaba la inmigración, sobre todo de “blancos” europeos, contrario a lo que proponían casi todos los intelectuales mencionados. Así mismo, se inserta en un momento de amor por lo autóctono y el surgimiento de movimientos indigenistas, que reivindicaban la figura del nativo, expoliado y humillado por los europeos durante siglos.

En este mismo sentido, se encuentran escritores como Armando Solano con su texto “La melancolía de la raza indígena” (1929), en el cual, según Baldomero Sanín Cano,⁶² el autor escribió sobre los indígenas que habitaban en gran parte del territorio colombiano, basado principalmente en un sentimiento patriótico y de profundo cariño. Continúa Sanín Cano con un análisis crítico de la obra de Solano, en la cual se analiza o reflexiona sobre los indígenas y cómo seguían, después de siglos de conquista, explotados por los descendientes de los colonizadores. Hace notar el autor que las ideas de Solano eran occidentales y aunque reivindicara aspectos indígenas, no podía quitarse de encima teorías y análisis propios de una cultura occidentalizada, de la cual hacía parte.

⁶² Baldomero Sanín Cano, *El oficio del lector* (Colombia: Carvajal S.A, 1978): 75- 84.

El título de Armando Solano responde a que los indígenas, de por sí, son “melancólicos”, un aspecto que se vio profundizado por la colonización española con un sentimiento de inferioridad, no únicamente respecto a los europeos “blancos”, sino a lo africanos “negros”, quienes llegaron a sustituirlos en labores, como si se tratara de una batalla “racial” en el continente americano. Sanín Cano explica al ser indígena con profundo amor por las “criaturas irracionales” (Sanín, 1978: 78) pero poco dado a muestras de alegría, acrecentando la idea de esa melancolía y tristeza interna, “connatural con su fisiología y con su inteligencia” (Sanín, 1978: 78, 79). Hay un llamado, como en Fernando González, al respeto por las tradiciones culturales propias de los indígenas y la necesidad de llevarlos a la educación, sacarlos de la ignorancia y la explotación.

Sanín Cano se ocupó, más desde la literatura, del carácter indígena y aspectos identitarios de Latinoamérica y Colombia: “pretendía impulsar una labor pedagógica política, en la medida en que se puede hacer desde la literatura, e invita a confrontar el mito de la raza y la naturaleza degenerada del ser de América Latina para reincorporarlo o reinventarlo bajo unos criterios o argumentos más racionales (reflexión social y estética)”⁶³. Aunque defiende la idea de “raza” indígena, no está de acuerdo con el movimiento indigenista como lucha contra lo occidental, aunque resalta aspectos identitarios.

La caracterización de los indígenas en estos tres autores, Fernando González, Baldomero Sanín Cano y a través de su visión, Armando Solano, puede responder al contexto intelectual del momento, rescate del pasado indígena latinoamericano y un poco del “negro”, que resulta nuevamente invisibilizado y traído únicamente a colación por la prosa provocativa de Fernando González. Entonces, el indigenismo como movimiento intelectual fue un fenómeno también visto en Colombia, de mano de autores “blancos” o mestizos que pensaron el ser indígena y su lugar en la sociedad, tratando de sacar a los

⁶³ Rafael Rubiano, Juan Gómez, "Revista Hispania: memoria y vigencia de un proyecto político cultural hispanoamericano." En, "Años De Vértigo: Baldomero Sanín Cano Y La Revista Hispania (1912-1916)" (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2016) 17- 120.

oprimidos de su triste y melancólico estado, para que se reclamaran sujetos garantes de derechos⁶⁴.

1.5 Algunas características de la novelística colombiana

Para trabajar con una fuente documental, como lo es la literatura colombiana, producida y publicada entre 1920 y 1950, es importante recordar el estudio hecho por Raymond Williams⁶⁵ en el cual presenta las principales características de la novela colombiana desde el siglo XIX y hasta finales del XX, teniendo en cuenta –como división y caracterización de las novelas– las regiones colombianas tradicionales: Altiplano Cundiboyacense, Costa, Antioquia y Gran Cauca. Esto es importante, según explica el autor, porque hay algunos rasgos de las zonas que influyen en la concepción y producción literaria, demostrando, a su vez, la importancia del espacio que no es escenario de un mero acontecer, sino que influye directamente en los usos y costumbres de las personas e, incluso, en la forma de comportarse y concebir el mundo.

Williams muestra grandes hitos, novelas que han trascendido su propia zona espacial y llegan a todo el país e, incluso, al mundo, mostrándose como ejes centrales, como referentes nacionales de literatura y forma de escritura en ciertas épocas. El estudio incluye la temporalidad marcada por esas novelas relevantes y que han sido más reconocidas en el país. Como elemento muy importante, al final de cada capítulo en donde se estudian las novelas por regiones en donde nacían sus escritores, hay un índice bibliográfico, en él se referencian las novelas de cada zona, escritas desde 1844 hasta 1987.

El mencionado estudio es uno de los más completos sobre las novelas colombianas, pues incluye bastantes características de ellas, sin dejar de lado el contexto de su producción; esto puede acercar más a una mirada sobre la concepción de las razas en las novelas, aquello que pasaba en ciertas épocas y cómo se apropiaban tendencias artísticas de la literatura, su desarrollo y su nivel de impacto. En este sentido, el texto de Raymond

⁶⁴ La idea de lo “propio” tuvo su simiente en el escritor uruguayo José Enrique Rodó, como gran ensayista del modernismo y defensor de Hispanoamérica frente a las influencias norteamericanas. Su ensayo más conocido, *Ariel* (1900) fue una fuente de inspiración para su generación y otras posteriores

⁶⁵ Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991).

Williams es de gran relevancia, y es un eje explicativo en el trabajo sobre los discursos, prácticas y concepciones raciales presentes en las novelas colombianas.

Oscar Almario García,⁶⁶ desarrolla un análisis sobre la obra *María* de Jorge Isaacs, mencionando primero el romanticismo como corriente literaria de la cual hace parte la obra, y que sirvió como “novela fundacional” en un país con un marcado peso colonial; es por eso que la dimensión del presente estudio debe ampliarse e incluir el complejo desarrollo político de Colombia con su pugna liberal-conservadora, al igual que el propio Jorge Isaacs, a quien no se le puede encasillar fácilmente en una sola corriente ideológica.

Almario, propone que Isaacs puede ser continuador de la colonialidad, y que la consolidación del Gran Cauca respondía a ese momento de construcción nacional, que buscaba civilizar y “culturizar”. Las condiciones regionales son rastreadas desde la Colonia, enfatizando la importancia de la gobernación de Popayán como “ciudad letrada”, y algunos imaginarios más que se tenían sobre ella, con talante esclavista y señorial, además, de anclada fuertemente en la tradición española; esto hizo difícil que, con la Independencia, las élites cambiaran su concepción de Popayán y se adhirieran a los nuevos proyectos, manteniendo la tajante división de castas.

Los factores que se tenían como más importantes eran: la lengua escrita (el español, para las élites representaba civilidad y lo que los alejaba de tradiciones orales como la indígena, la negra o la de blancos pobres); la tierra (símbolo de su honor, la civilización debía extenderse sobre una naturaleza agreste), el catolicismo (debía seguir rigiendo el orden moral), y los indígenas separarse de los blancos y de los negros, evitando así la “democracia” racial, manteniendo un orden de poder tradicional, en el que culturalmente debían disolverse las razas “poco queridas”: negra e indígena. Entonces, el análisis de la obra de Isaacs no puede alejarse del estudio de lo que era la tradición payanesa, la cual venía desde la Colonia y se mantuvo durante el siglo XX.

El autor plantea que se debe entender, a su vez, la importancia del pasado esclavista para poder hacer un estudio sobre los negros, pues la institución fue gradualmente

⁶⁶ Oscar Almario, “Los paisajes ocultos y la invisibilidad de los ‘otros’ en Jorge Isaacs”, en *Memorias del Primer Simposio Internacional: Jorge Isaacs el creador en todas sus facetas*, comp. Darío Henao (Cali: Universidad del Valle, 2007): 213-230.

eliminada, pero muchos prejuicios contra la población afro se mantenían debido a ese pasado representado en la esclavitud y en el cual eran vistos como bienes obtenibles, retardando su inclusión en los proyectos nacionales y su ciudadanía. Con la abolición de la institución esclavista, a mediados del siglo XIX, llegaron a “desaparecer de la escena” nacional, manteniéndose excluidos y siendo objeto de discriminación, por no responder con el ideal nacional de mestizaje.

Jorge Isaacs es relacionado con el liberalismo y la tradición escrita caucana; Almario (Almario, 2007: 223, 224) recurre al historiador Germán Arciniegas y su estudio conmemorativo de los 100 años de la primera edición de *María*, para hacer notar que Isaacs, en su romanticismo, alude a un pasado feliz en el que convivían esclavos y esclavistas, comparado con una época (1867) cuando los negros y las etnias no habían sido integrados a la nación, sintiendo los liberales radicales la imposibilidad de llevar a cabo sus proyectos, además, de las propias resistencias que oponían los negros a las formas de modernización.

El tipo de escritura y el estilo narrativo en la época en que Isaacs escribió, era de exaltación de un pasado romántico, ante un presente difícil, lo que da muestras de una nostalgia por un tiempo perdido con los procesos independentistas. De esta manera, frente al pasado esclavista, en el siglo XIX, la hacienda caucana fue convertida por las élites en espacio de civilización, situada frente a la barbarie de los “negros” del Pacífico.

También es mencionada la importancia de la ruta entre el Cauca y el Pacífico, en la novela; señala Almario, que Efraín vuelve de Europa a su hogar, esperando por el reencuentro con María; en esa ruta fue conducido por bogas que entonaban una canción⁶⁷ de su tradición oral (pasaje que Almario enfatiza como muy importante de esta tradición). Igualmente, durante el siglo XIX, el Pacífico es visto como un reto para el progreso, un obstáculo natural que se interpone con la civilización: una visión que se mantiene hasta nuestros días.

En este sentido, cabe recalcar la importancia que la novela *María* tuvo para la escritura posterior del país, pues como se ha mencionado, fungió como un hito en Colombia

⁶⁷ La “canción del boga ausente”, de Candelario Obeso.

e incluso en Hispanoamérica, sirviendo como modelo en la escritura de novelas durante aproximadamente sesenta años y fue remplazada únicamente por *La vorágine*, de José Eustasio Rivera (1924, se estudiará más adelante), aspectos que han sido señalados por Raymond Williams en *Novela y poder en Colombia, 1844-1987*.

La literatura de un pueblo, de una nación, da muestras de los rasgos que a simple vista no pueden ser percibidos en otro tipo de documentos que tengan un carácter más formal. Llevar a la ficción hechos sociales o buscar retratar un determinado momento histórico a través de descripciones con tintes inventivos, puede enseñar una época o momento histórico, sus estilos predominantes, aspiraciones sociales, movimientos políticos o religiosos, incidencia de la cotidianidad o los grandes acontecimientos.

Ubicar la literatura colombiana en un período determinado, como el que se propone en este trabajo, no responde a un capricho, pues es sabido que a nivel nacional se estaban dando cambios políticos significativos, como el cambio de partido en el poder. Para la década de 1920 la hegemonía del gobierno conservador al mando del país estaba perdiendo su fuerza y dividiéndose internamente, lo que en 1930 permitió el paso a la oposición, el partido liberal, para encargarse del direccionamiento del país hasta 1946, año en el cual vuelve a las riendas del gobierno el partido conservador, cerrando la década con uno de los períodos más encarnizados de lucha dada en el territorio colombiano: *La Violencia*.

Esta fue y ha sido una serie de enfrentamientos de carácter violento acaecidos principalmente por las diferencias en la ideología política entre los dos partidos tradicionales del país: liberales y conservadores de todos los estratos sociales se enfrentaron en casi toda Colombia, produciendo miles de muertos y desencadenando conflictos bélicos que han marcado la nación hasta la actualidad.

Es en este sentido que la fuente literaria, a pesar de su rasgo ficcional, representa una forma vasta de conocimiento del pasado, estilos imperantes, contextos o hechos memorables. Tal vez en la literatura colombiana sean sobresalientes los temas que se refieren a las situaciones por las cuales pasaba el país, pues los intelectuales colombianos, en los siglos XIX y XX fueron personas muy comprometidas políticamente, hacían parte de grupos que se reunían en tertulias y cafés para debatir las coyunturas sociales o se adherían

a los partidos tradicionales, –conservador y liberal– o posteriormente, para los albores del siglo XX, a las doctrinas izquierdistas que empezaron a infiltrarse en la nación.

Pero este tipo de aspectos no solo se ha dado en la literatura colombiana, también en la latinoamericana, desde los procesos independentistas, la novela se ha ido erigiendo incluso como predecesora de los aspectos políticos. Esto puede notarse en lo planteado por Doris Sommer al analizar las novelas que sirvieron como “ficciones fundacionales” en la América que fue dominada por españoles y portugueses.⁶⁸ La autora hace referencia a que la literatura se veía muy cercana a la historia, pues a partir de lo escrito podían llenarse los vacíos que hubiera de esta en las nuevas naciones; así mismo, era muy necesario que, a través de ciertas novelas, se respaldaran los proyectos hegemónicos de las élites gobernantes, las cuales eran parte de la cultura letrada.

Esas novelas servirían como un vehículo de enseñanza y coerción a una población que, devastada después de las guerras independentistas, debía asentarse, multiplicarse y poblar la tierra, arrebatada por parte de los criollos, a las metrópolis colonizadoras.

Los romances, al más puro estilo europeo, son copiados en América Latina, pero con finales en los cuales los protagonistas logran un objetivo productivo salteándose los obstáculos sociales que impedirían la conformación de las naciones. De esta manera, la novelística en Hispanoamérica, desde los albores del nacimiento de las naciones, ha estado ligada a los aspectos políticos y sociales, convirtiéndose en documento necesario a la hora de investigar los hechos acaecidos en determinado momento histórico.

Colombia no ha sido la excepción a este comportamiento y mucho más en el sentido que la élite letrada ha estado cercana a los ámbitos del poder incluso desde la época colonial,⁶⁹ en la cual la tradición hispana marcaba fuertemente lo relacionado con la cultura letrada y el poder. Para la época independentista y posindependentista, empezó a crearse cierta literatura en el país, pero no de carácter nacional, como bien es reiterado por

⁶⁸ Doris Sommer, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales en América Latina* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004).

⁶⁹ Estos aspectos pueden verse explicados profundamente en: Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia. 1847-1987* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991).

Raymond Williams en su estudio: la literatura colombiana fue marcadamente regionalista hasta aproximadamente la mitad del siglo XX.

Lo anterior se daba por el aislamiento geográfico entre las regiones del país y la poca interacción entre ellas, aunque pese a esta condición, hubo algunas novelas que trascendieron las “fronteras” y se convirtieron en ficciones conocidas en todo el territorio e, incluso, en el resto de América Latina. Tal es el caso de *María* de Jorge Isaacs,⁷⁰ de *La vorágine* de José Eustasio Rivera y de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, esta última logró fama mundial en la segunda mitad del siglo XX.

Así mismo, estas novelas se convirtieron en modelos para diversas generaciones de escritores colombianos y latinoamericanos, como lo menciona Doris Sommer, Raymond William y Seymour Menton.⁷¹ Al ser tan populares y retomar los estilos literarios de moda en el momento de su producción, las novelas más conocidas en Colombia funcionaron como unos hitos para la producción novelesca siguiente, incluso, con autores que no estuvieran muy de acuerdo en seguir estos estilos. *María* funcionó durante la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX como modelo de novela romántica. *La vorágine*, durante gran parte del siglo XX, fue criticada duramente debido a que sirvió como paradigma de posteriores novelas geográficas, las cuales trataban el tema de la selva en el proceso de ser explorada por el hombre “blanco intelectual”.⁷²

Pese a lo anterior, hubo novelistas que intentaron alejarse de los cánones representados por las novelas “fundacionales”, mostrando en sus escritos diferencias

⁷⁰ La novela *María* fue la ficción que sirvió como fundacional en Colombia, anteponiéndose a otra novela como *Manuela*, de Eugenio Díaz Castro. Según Doris Sommer, este es un caso “anómalo” en América Latina, pues *María* se caracteriza por ser una novela romántica, en la cual los héroes no tienen que vencer obstáculos, no hay un tercero en amores que quiera conquistar a la protagonista, no hay diferencias regionales o económicas. Sommer propone que el amor entre María y Efraín, sus protagonistas, no culmina en matrimonio ni en los hijos que deberían poblar la patria, por los aspectos raciales, pues eran redundantes al descender de judíos. Este aspecto puede verse reforzado en el hecho de que, al parecer, las otras parejas alrededor de María y Efraín, culminan exitosamente unidas, como si esto se diera a costa de la felicidad de los héroes principales, además tenían una descendencia tal vez más “apta” para cumplir la labor de poblar la nación. Así mismo, Sommer relaciona el hecho de que *María* sea la ficción fundacional colombiana, con que durante casi todo el siglo XIX no se logró una efectiva consolidación nacional. Doris Sommer, “El mal de *María*: (con) fusión en un romance nacional”, en *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales en América Latina* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004): 225-262.

⁷¹ Seymour Menton, *La novela colombiana. Planetas y satélites* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2007).

⁷² Seymour Menton, *La novela colombiana...* 93.

radicales con las novelas románticas o de exploración geográfica y que se convirtieron en modelo por los escritores. Aspectos como el señalado pueden verse explicados en *Novela y poder en Colombia*, de Raymond Williams,⁷³ al analizar las novelas *Diana Cazadora* de Clímaco Soto Borda, la producción de José María Vargas Vila, la novela *Cosme* de José Félix Fuenmayor y *Las estrellas son negras* de Arnoldo Palacios. En estos casos, los escritores tenían –en sus novelas– protagonistas alejados de los esquemas idealistas románticos o de los arrojados y bravíos como Arturo Cova, protagonista de *La vorágine*.

Así mismo, los estilos que se fueron dando en la novelística colombiana eran diversos, permeados por modas venidas de otros países, sobre todo en la región costera que, al ser portuaria, tenía más contacto con el exterior que otras regiones colombianas.⁷⁴ Puede notarse que la producción novelística nacional ha sido extensa si se tiene en cuenta que para inicios del siglo XX no había demasiadas imprentas y que la población tenía un alto grado de analfabetismo. Por ello, no se puede caer en la idea extendida de que el país no ha brillado por sus novelas y que los escritores del *boom* latinoamericano y posterior a este fueron “huérfanos” en cuanto a asuntos literarios se refiere.⁷⁵

La novela colombiana ha estado permeada por los aspectos políticos y sociales del momento, además de contar con las características propias dadas por la región de su producción. Variados estilos de reivindicación, de narración de denuncia, de plasmar las tendencias y los acontecimientos por los cuales ha ido atravesando el país, quedaron descritos en las novelas que perduran hasta nuestros días, algunas muy conocidas y otras no tanto, pero con ese bello carácter dado por la ficción, la imaginación, la narración con o sin censuras, la lucha diaria de los escritores y la visión de la realidad que nos presentan.

Andrés Holguín,⁷⁶ analizando la literatura entre 1886 y 1930 sostiene que había un “aislacionismo” y “subjetivismo” en los escritores colombianos, que no plasmaban en sus

⁷³ Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia...* 87-91, 220-228.

⁷⁴ Raymond Williams, *Novela y poder...* 124, 125.

⁷⁵ Se refiere explícitamente al sentido explicado por: Doris Sommer, *Ficciones fundacionales*, 17. En el estudio introductorio hace referencia a que los escritores del *boom* insistieron en el poco valor de la novelística latinoamericana anterior a ellos.

⁷⁶ Andrés Holguín, “Literatura y pensamiento. 1886-1930”, en Álvaro Tirado Mejía, ed., *Nueva Historia de Colombia, Literatura y pensamiento, artes y recreación*, tomo VI (Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1989): 9- 34.

obras la realidad y las transformaciones por las cuales estaba pasando el país, al no ser tema central en la literatura, haciendo eco de la “dura realidad del país y la desenraizada actitud de sus escritores” (Holguín, 1989: 12). Señala, Holguín, que en la época de su análisis la narrativa colombiana fue pobre, únicamente algunos pálidos cuadros de costumbres y realistas que no alcanzaban el nivel de la producción novelesca en otros países, hasta que apareció la figura de Tomás Carrasquilla, como obra de “gran narrador, auténtica, veraz”.

A Carrasquilla, en esos desapacibles años en cuanto a producción narrativa, se le une la figura de José Eustasio Rivera, escritor de *La vorágine*, un intento de nuevo concepto novelístico en Hispanoamérica, donde se unían el hombre y la naturaleza (Holguín, 1989: 20, 21). Sus obras literarias hicieron frente a “una naturaleza real, hostil y abrumadora. Selva y llano, el hombre indefenso, los problemas sociales –en especial los derivados de la explotación del caucho–” (Holguín, 1989: 21). En este autor puede notarse un estudio que privilegia los novelistas canónicos y más reconocidos en Colombia, entrando en contradicción con análisis literarios como los de Raymond Williams.

Juan Gustavo Cobo Borda⁷⁷ hace alusión a la década de 1930 como una época de cambios y nueva conciencia social, con nuevas vertientes artísticas y literarias en toda América Latina, dada por las invasiones estadounidenses y las dictaduras “caudillescas” en gran parte del continente, acaecidas en el siglo XX, coincidiendo a la vez con “las preocupaciones, ya sea por el indígena o por el negro, alimentan una producción literaria que bien puede subordinar la validez estética a la reivindicación social” (Cobo, 1989: 36), en un ambiente progresista de reformismo democrático, que se dio, a la vez, en varios países latinoamericanos, incluyendo Colombia.

Los grupos que tuvieron incidencia en la época de la “República Liberal” (1930-1946), fueron *Generación del Centenario*, *Los Nuevos* y *Piedra y Cielo*, haciendo eco de las transformaciones sociales y políticas que se estaban dando en el país, a la par de una nueva cultura en ebullición: deportes, calle, radio, etc., estuvieron acordes con los cambios sociales y la nueva vida colectiva.

⁷⁷ Juan Cobo, “Literatura colombiana. 1930- 1946”, en Álvaro Tirado Mejía, ed., *Nueva Historia de Colombia, Literatura y pensamiento, artes y recreación*, tomo VI (Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1989): 35-64.

Las figuras sobresalientes, mencionadas por Cobo Borda, son: Baldomero Sanín Cano con su crítica literaria; León de Greiff con poemas; Rafael Maya y sus versos con estilo clásico y “sobriedad expresiva”, distanciada de la modernidad y del progreso; Jorge Zalamea y sus análisis sobre la situación colombiana y de los partidos políticos, contra las tradiciones hispanizantes; Eduardo Carranza, con su poesía renovada e incorporada a la modernidad.

La tradición realista en tono de protesta social hacía sus apariciones en la década de 1930, aunque aún se mantenían estilos vanguardistas; y al estilo de la década de 1920, se mantenía el argumento de incursión en selvas, ríos y llanos, como invitación a conocer Colombia desde los ámbitos literarios (Cobo, 1989: 59). Entonces, los años transcurridos entre 1930 y 1946 pueden resumirse, literariamente, como: “debatiéndose, de continuo, entre un pasado que la constriñe y un futuro que no logra visualizar, del todo, en sus retrocesos y en sus rupturas. En su estabilidad renovadora y en sus avances, a veces no del todo perceptibles” (Cobo, 1989: 63).

Los capítulos II, III y IV, se centrarán en el análisis de las novelas recopiladas, divididas en tres campos temáticos principales que dan cuenta del tipo de obras que son, en sus estilos y carga ideológica: novelas indigenistas escritas por autores criollos y mestizos. Novelas sobre “negros”, escritas por autores afrodescendientes, criollos y mestizos y, finalmente, novelas sobre mestizos y “blancos”, con la finalidad de abarcar el espectro “racial” de la forma más minuciosa posible.

CAPÍTULO II

NUESTRA ES LA TIERRA. NOVELAS PROINDIGENISTAS

Lo que se ha de comprender en un relato no es en primer lugar al que habla detrás del texto, sino aquello de lo que se habla, la cosa del texto, a saber, el tipo de mundo que la obra despliega de alguna manera delante del texto.

Paul Ricoeur, *Del texto a la acción*.

El “indigenismo” en América Latina, tal como fue definido por Henri Favre,⁷⁸ es una corriente favorable hacia los indígenas, con tomas de posición que tienden a la protección y defensa de su población, así como resaltar sus cualidades en diferentes ámbitos, siendo uno de los principales el artístico. Como rastreo histórico se tiene que empezó a darse desde la época colonial, en forma de defensa de pueblos indígenas frente a la extinción a la cual se veían avocados; para el siglo XIX empezó a tomar características ideológicas, unidas a los nacionalismos, y en el XX tuvo su “apogeo” entre los años 1920 y 1970, pero no precisamente como manifestaciones de los propios grupos indígenas, sino como “una reflexión criolla y mestiza sobre el indio” (Favre, 1998: 11). Reflexión que se dio en un repliegue de los americanos sobre sí mismos, con la finalidad de encontrar una identidad propia, dándole valor al pasado indígena redescubierto, tanto en artes, ruinas y políticas estatales para darle cierto sentido a la nación.

Favre analiza la literatura de carácter indigenista americano desde el siglo XIX, acorde con las necesidades de crear Estados nacionales y formas literarias propias, que las personas de cada país entendieran por cercanía. Este tipo de novelas tiene intenciones sociales de crítica contra la sociedad que oprime a los indígenas, aunque el problema era tratado desde perspectivas urbanas y no precisamente por los oprimidos: “El problema

⁷⁸ Henri Favre, *El indigenismo* (México D. F: Fondo de Cultura Económica, 1998).

central de la literatura indigenista se deriva precisamente del hiato existente entre el mundo que la produce y el mundo a que ella se refiere” (Favre, 1998: 68).

Las narraciones de tono indigenista reproducen estereotipos y tratan a los indígenas como masa indiferenciada, una comunidad más que como personas con psicologías complejas; también reproduce situaciones similares de tenencia de la tierra y el abuso de dueños acaparadores; rasgos comunes en las novelas que se tratarán a continuación. Así, la novelística de carácter indigenista no fue propiamente producida por indígenas, caso que se dio en Colombia, donde quienes escribieron entre los años 1920 y 1950 con carácter de denuncia sobre las situaciones de vida y penurias de los indígenas, eran autores mestizos.

El título elegido para este capítulo corresponde a uno de los problemas que más se encuentran en las novelas sobre indígenas,⁷⁹ es el tema de la apropiación de la tierra, aspecto que se relaciona con las luchas y reclamos indígenas a través de la historia colombiana, por su derecho legítimo a la tierra en la cual habitan. Resguardos, leyes y variados mecanismos han intentado mitigar el problema de la apropiación de los territorios que pertenecen a las comunidades indígenas, pero es un proceso permanente de reconocimiento que ha presentado diversos problemas a lo largo de la historia colombiana y se ha visto desde múltiples perspectivas.⁸⁰ Las novelas colombianas estudiadas, que tratan sobre personajes indígenas, hacen eco de este asunto, retratando una lucha que era muchas veces desigual, contra ricos terratenientes o intereses privados que buscaban apropiarse del lugar en el cual habitaban.

Igualmente, frente al rechazo por la pérdida de sus territorios, hay un llamado de “raza” ancestral que debe ser la garante de los derechos territoriales, por ser herederos de los pobladores iniciales ubicados en la zona americana y que fueron expropiados de forma

⁷⁹ Como menciona Raymond Williams, en Colombia no hubo una tradición de novelas indigenistas escritas por indígenas.

⁸⁰ Para entender un poco el asunto sobre los resguardos visitar: Roberto Pineda, “Estado y pueblos indígenas en el siglo XX. La política indigenista entre 1886 y 1991”, *Credencial Historia*, n. 146 (2002), <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero2002/estado.htm>
Marcela Velasco, “Estado, territorio y pueblos indígenas en Colombia”, *Razón Pública*, 8 de septiembre de 2013, <http://www.razonpublica.com/index.php/conflicto-drogas-y-paz-temas-30/7061-estado-territorio-y-pueblos-indigenas-en-colombia.html>

violenta por conquistadores foráneos, para luego pasar por un proceso brutal de exterminio y olvido por parte del gobierno de turno.

También hay novelas sobre indígenas que tienen intertextualidades innegables con *La vorágine*⁸¹ de José Eustasio Rivera (1924, se analizará en este capítulo), tal es el caso de *Toá: narraciones de caucherías*⁸² de César Uribe Piedrahíta (1933) y *En el corazón de la América virgen*⁸³ de Julio Quiñones (1924). En ellas se recurre a un personaje intelectual, “blanco” o “criollo” que se interna en la selva agreste y narra los acontecimientos que van ocurriendo, así como las costumbres indígenas que son mostradas con descripciones idílicas sobre vida en comunidad y armonía con la naturaleza, la cual es dañada por incursiones de invasores bárbaros como los caucheros, con sus actitudes bestiales contra la población nativa. Por lo anterior, el reclamo al gobierno central, en contra del abandono en el cual estaba la población indígena y no indígena en la zona sur del país, es también un aspecto por señalar de las novelas que tienen personajes de esta “raza”.

La novela *José Tombé*⁸⁴ de Diego Castrillón Arboleda (1942), narra la lucha de un grupo indígena por su tierra, se desarrolla en el Cauca y su protagonista siente un odio acérrimo por los responsables del despojo al que son sometidos los miembros de su comunidad, mientras se hace alusión a héroes indígenas que murieron en la búsqueda de justicia en contra de los “blancos”. *Cada voz lleva su angustia*⁸⁵ de Jaime Ibáñez (1944), narra el proceso de pérdida de la tierra en un poblado indígena, pero no por causa del despojo, sino de un enemigo más brutal: la propia tierra en su proceso de dejar de ser productiva, matando de hambre a las personas que se nutren de ella y que no reciben ayudas para combatir este problema.

*La obsesión*⁸⁶ de Daniel Samper (1926), hace alusión a indígenas que son terrajeros de patrones “blancos” que se fueron adueñando de sus tierras y les mantenían en una situación similar a la esclavitud. Muestra las relaciones de tensión habidas entre indígenas y

⁸¹ José Eustasio Rivera, *La vorágine* (Bogotá: Editorial Panamericana, 2000).

⁸² César Uribe, *Toá. Narraciones de caucherías* (Medellín: Universidad CES, 2013).

⁸³ Julio Quiñones, *En el corazón de la América virgen* (Bogotá: Editorial ABC, 1948).

⁸⁴ Diego Castrillón, *José Tombé* (Bogotá: Editorial Antena S.A, 1942).

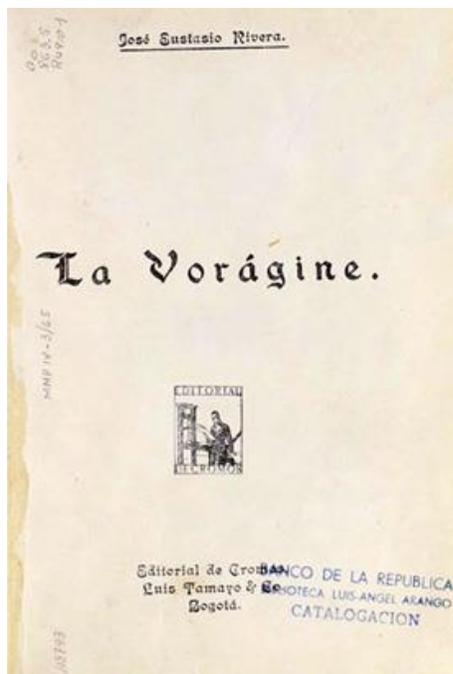
⁸⁵ Jaime Ibáñez, *Cada voz lleva su angustia* (Bogotá: Antares. 1973).

⁸⁶ Daniel Samper, *La Obsesión* (Bogotá: Minerva, 1936).

blancos-mestizos, los unos aprovechándose del trabajo de los otros para su propio beneficio, sin respetar sus derechos, familias y propiedades.

2.1 *La vorágine*, José Eustasio Rivera

Figura 1. Carátula de la 1ª edición, 1924



Fuente: banrepublica.org

La novela escrita por José Eustasio Rivera en 1924,⁸⁷ sigue las aventuras del poeta Arturo Cova y Alicia, su pareja, después de que se escaparon de Bogotá y se fueron internando en la selva del Casanare y el Vaupés, como en un descenso a los infiernos.⁸⁸ Narra el porvenir del par de antihéroes, acompañados por diversos personajes que se encuentran en su camino y que en algunos momentos serán sus guías o rivales, así como reencarnaciones de la selva interminable que devora a los seres humanos. Es una novela rica en descripciones, sobre

⁸⁷ José Eustasio Rivera, *La vorágine* (Bogotá: Editorial Panamericana, 2000), esta es la edición que se citará en este capítulo.

⁸⁸ Seymour Menton, *Novela colombiana*, 91-121. Explica el viaje de Arturo y Alicia como un descenso del cielo al infierno, representado en la selva con personajes bárbaros, explotadores de caucho.

todo de los espacios en los cuales se ambienta, rotulándose como una obra geográfica, pues tiene bastante peso este componente. Por lo anterior, el tratamiento que se le da al espacio es peculiar, debido a que no se presenta como escenario de un mero acontecer, sino que influye en los personajes, sus acciones y formas de ver el mundo.

Es interesante notar en la novela un crisol “racial”, aunque la mayoría de los personajes son colombianos de diversos grupos étnicos, también se presentan extranjeros europeos, de medio oriente y de otros países de América Latina, contando a la vez con representaciones de lo que acaecía en Colombia a inicios del siglo XX, específicamente con lo referente al conflicto colombo-peruano en el Amazonas, por la definición de límites territoriales.⁸⁹

Colombia quedó retratada –en gran parte de su población– por los personajes que atraviesan la narración, mientras visibiliza un grupo olvidado por las políticas del gobierno central: los indígenas. Pero se debe tener presente que la zona del país en la cual se desarrolla la mayoría de la novela, también se muestra como alejada de las leyes y beneficios dados por el gobierno, al ser periférica y separada de los centros de poder, un espacio de llanos interminables y finalmente, una selva espesa en la que perecían los hombres y mujeres que se aventuraban en su vorágine.

La vorágine describe que Alicia y Arturo Cova, un poeta decadente que buscaba nuevas experiencias para inspirarse a escribir poesías, huyeron de Bogotá para evitar el matrimonio de la mujer con un hombre mayor. Desde el inicio de la novela se muestra el carácter difícil de los personajes principales, complejos y alejados del estilo romántico decimonónico. Alicia vio en Arturo la salvación de su problema y él, lleno de arrebatos, decidió ayudarla y convertirse en su pareja.⁹⁰ Alicia quedó en estado de preñez y para evitar las habladurías y conflictos que tendrían en la ciudad, decidieron huir hacia el sur del país, para terminar su travesía en el interior de la selva, yéndose de un espacio citadino, garante de lo que se creería “civilizado” hacia los confines selváticos, “primitivos”.

⁸⁹ Durante las primeras décadas del siglo XX se buscó –a través de tribunales internacionales– definir los límites colombianos, llevando a un conflicto con el Perú en 1932, durante la presidencia de Enrique Olaya Herrera. Parte del interés en definir estos límites territoriales, estaba en que, para la época, la explotación del caucho era rentable para su posterior exportación, actividad que es narrada en *La vorágine*. Para conocer el conflicto con el Perú, ver: Germán Arciniegas, “Aspectos de Olaya Herrera y su gobierno”, en Álvaro Tirado Mejía, ed., *Nueva Historia de Colombia*, tomo II (Bogotá: Planeta, 1989): 299-304.

⁹⁰ La personalidad de Arturo y Alicia son analizadas por Seymour Menton, *Novela colombiana...* 91-121.

Lo interesante es que al expresar la problemática en que se veían inmiscuidas las personas de la ciudad, tampoco se observó como un espacio paradisiaco en el cual los asuntos se resolvían de forma sencilla: en la ciudad hay corrupción, muerte y aspectos infernales, que tomarán un cariz diferente y extremo en la selva.⁹¹

De esta manera, se muestra la complejidad de los espacios, las situaciones y, sobre todo, de los personajes, sin olvidar aspectos sociales propios del tiempo en el cual se desarrolla la novela. Tal vez lo que más llama su atención, es que narra las situaciones cotidianas a las que se enfrentaban los caucheros en la selva; la brutalidad y la violencia son un eje explicativo, mostrando el lado salvaje del ser humano, que se agudiza ante situaciones adversas, pues los personajes son muy propios de cada espacio: Arturo y Alicia, habían accedido a la educación, tenían conocimiento de la cultura escrita y, posteriormente, se encontraron con otros personajes que al estar internados en llanos y selvas, encarnaban la cultura oral y la parte agreste de los paisajes. Aunque no se marca mucho el elemento de la oralidad en los personajes, algunos tienen el acento propio de la región del país de la cual provienen; como es el caso de la mulata Sebastiana o su hijo Antonio.

Es llamativa la forma en que se denotan las profundas diferencias en Colombia y cómo se traslapan al espacio de la ficción en *La vorágine*, pues es conocido que el país tuvo profundas brechas regionales hasta bien entrado el siglo XX: era un país de regiones, más que una nación unificada. Al respecto, puede recurrirse al estudio de Raymond Williams (1991), en el cual se analizan las novelas en sus regiones-lugares de producción. Esa misma división regional y la dificultad para sentirse parte de un país, se hace notoria en los personajes de la novela, pues sentían como su patria, no a Colombia, sino a su lugar propio de nacimiento. Al respecto, la mulata Sebastiana respondió a Arturo, cuando este le preguntó si era colombiana de nacimiento:

–Yo soy únicamente yanera, (sic) del lao de Manare. Dicen que soy craveña, pero no soy del Cravo; que pautaña pero no soy del Pauto. ¡Yo soy de todas estas yanuras (sic)! ¡Pa qué más patria, si son tan beyas (sic) y tan dilataas! Bien lo dice el dicho: ¿Onde ta tu Dios? ¡Onde te salga el sol!⁹²

⁹¹ Aspectos desarrollados por Seymour Menton, *Novela colombiana...* 91-121.

⁹² José Eustasio Rivera, *La vorágine...* 37.

El ser colombiano puede entenderse como algo común para personas del interior del país, no para los lugares periféricos que poco o nada recibían del gobierno central, el cual permitía desagravios, maltratos y los aspectos inhumanos a los cuales era sometida la población más alejada y, específicamente, los trabajadores de las “caucherías”.⁹³ En este sentido, la novela funciona también como un reclamo, una crítica a esta situación y una voz para los muertos silenciosos, que quedaban olvidados en la selva a manos de capataces y jefes caucheros, más bestiales que humanos.

Aunque el aspecto de denuncia adquiere gran relevancia, no debe olvidarse que es una ficción, una novela que muestra la complejidad de los seres humanos, la actividad de la escritura y la experiencia de travesía de la selva que, finalmente, es la perdición de sus personajes y de la cual sobrevive únicamente la narración, como si la escritura fuera un fin en sí misma, tal vez lo más importante.⁹⁴ Para explicar esto, puede recurrirse a la figura circular planteada por Seymour Menton, pues la novela inicia haciendo referencia al manuscrito de Arturo Cova (que es la novela) y finaliza de la misma manera.

En la idea de nación dispersa, frente a la cual los habitantes no tenían un sentimiento de “colombianidad”, puede situarse el reclamo por salvar a los pobladores del sur del país, específicamente a quienes participaban de la empresa cauchera y eran víctimas de extranjeros explotadores que, con poco sentimiento de humanidad, maltrataban, golpeaban o asesinaban sin compasión.

Si la selva se narra exuberante, hermosa y misteriosa, se muestra que el salvajismo provenía de personas que querían extraer sus frutos como productos para un mundo “civilizado”,⁹⁵ y aunque la propia madre tierra a veces era brutal, nunca se igualaba con las acciones realizadas por los personajes, sobre todo, contra los indígenas que habitaban en la zona y que componían la mayoría de población trabajadora, arrastrada con engaños y con promesas de dinero por Narciso Barrera, un “enganchador” mentiroso, quien se convirtió en

⁹³ “Cauchería” es el término utilizado por los trabajadores del caucho o relativo a ello.

⁹⁴ Al respecto, ver: Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia...* 91-99.

⁹⁵ Curiosamente, el caucho se exportaba para la industria de la guerra, la Primera Guerra Mundial se dio entre 1914-1918, coincidiendo con el auge de exportación del caucho. La novela fue publicada en 1924, en el período de entreguerras. Para conocer un poco acerca de las exportaciones colombianas y su destino, ver: David Bushnell, *Eduardo Santos y la política del buen vecino 1938-1942* (Bogotá: El Ancora Editores, 1984).

el principal enemigo de Arturo Cova, al llevarse a Alicia y Griselda al interior de la selva para trabajar. Al final de la obra, en su plan y persecución en búsqueda de venganza, Arturo Cova logró vencer a Barrera⁹⁶ y se describe cómo logró librar a la patria del “hijo infame”.

Se da a entender cómo los mismos colombianos actuaban en contra de sus “compatriotas”, demostrando que –para aquellos– era más importante el beneficio económico que algún lazo comunitario o de solidaridad, pero no eran únicamente personajes del país quienes llevaron a los indígenas a una especie de esclavitud, sino que también extranjeros se internaban en las selvas amazónicas en su propósito explotador. La misma Casa Arana, una de las caucheras más importantes, era peruana y no colombiana; por lo mismo, sus agentes no eran únicamente colombianos o peruanos.

De esta manera se ve una violación a la soberanía del país y sus habitantes, lo que era más delicado teniendo en cuenta el contexto político que precedía a la obra: la independencia de Panamá en 1903, con ayuda de Estados Unidos, una potencia explotadora e invasora, especialmente con los países latinoamericanos (por ejemplo, pueden verse los casos de México y Cuba, en el siglo XIX).

Por lo anterior, la novela puede tomarse como un llamado de atención, intentando evidenciar que las intromisiones extranjeras seguían produciéndose en el país y no tenían que ver únicamente con el territorio, sino con las comunidades que lo habitaban. Un extranjero, “el Cayeno”, era uno de los principales caucheros que propiciaba los tratos mencionados. A su muerte se narra: “¡Así murió aquel extranjero, aquel invasor, que en los lindes patrios taló las selvas, mató los indios, que esclavizó a mis compatriotas!”.⁹⁷

También se nota, según lo analizado por Doris Sommer,⁹⁸ que novelas como *La vorágine*, son conocidas por provenir de escritores políticamente comprometidos con el populismo y en contra de las intervenciones foráneas, sobre todo de un país como Estados Unidos, que empezaba lentamente a entrometerse en los asuntos internos de las naciones que invadía, casi siempre con la complicidad de los gobiernos de turno.

⁹⁶ Barrera era colombiano.

⁹⁷ José Eustasio Rivera, *La vorágine...* 198.

⁹⁸ Doris Sommer, “Amor por lo patria: el romance revisado del populismo en *La vorágine* y *Doña Bárbara*, en *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales en América Latina* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004) 333-369.

Colombia no fue ajena a lo anterior, pues varios presidentes, después de la pérdida de Panamá, intentaron arreglar las relaciones con Estados Unidos, lográndolo para la década de 1920, pero con la crítica de sectores de la población, que veían el caso de Panamá como una herida aún abierta. En este sentido, el expoliar a las comunidades a través de empresas extranjeras y sin intentar hacer algo para arreglar el asunto, era visto como una aceptación silenciosa por parte del gobierno central, pues eran abandonadas a su suerte sin encontrar solución a sus reclamos.

Como se ha mencionado, los personajes que transitan la novela son variados y mantienen sufrimientos que les dan propósito para continuar. Alicia y Arturo salieron de Bogotá huyendo, no son narrados como los amantes tradicionales, sino que sus sentimientos son móviles, debido a la complejidad de su ser. Como lo dice Doris Sommer, ellos “aprenden que el amor es una opción, no una fuerza inevitable de la naturaleza” (Sommer: 2004, 342), contrario a los romances decimonónicos, los héroes se alejan, se engañan y, en algún momento, Alicia abandona a Arturo para irse tras Barrera, con su amiga Griselda.

Arturo no funciona como el macho dominador en la narración, ni como el héroe intachable que salvaría a su patria de los horrores caucheros, él es vengativo, siendo este sentimiento uno de sus principales ímpetus, es consumidor de licor, traicionero y actúa de manera impulsiva. Se fue tras Alicia más por sentir herido su orgullo cuando ella eligió a Barrera y la amistad con Griselda, que el estar con él, lo que demuestra que su vehemencia, no se daba por un amor idílico que buscara sortear todos los obstáculos que se interpusieran en su camino. En la relación de amor-odio de los protagonistas, hay espacio para las dudas, la desconfianza y en últimas, para la traición.

Arturo y Alicia son representados o descritos como los personajes “blancos”, que llegan de la ciudad y la “civilización” a la selva bárbara. Así mismo, son letrados, de origen “honesto” y que se fueron para evitar riñas familiares al no estar casados. Alicia quedó en estado de preñez y su tiempo de embarazo es el mismo de la novela, por lo que otro ímpetu de Arturo al ir tras ella, era posiblemente el instinto de padre protector y salvador de su hijo, cuando no de la patria mancillada por extranjeros.

En su camino de descenso a los infiernos,⁹⁹ en Casanare, se encuentran a Pepe Morillo Nieto, “Pipa”, un personaje bastante curioso, salteador y prófugo, que recurría a la lástima para que le tuvieran compasión; a la menor oportunidad aprovechó para robarse el caballo en el cual se transportaban los protagonistas; posteriormente se cuenta de Pipa que había sido capitán de indios salvajes, instruyéndolos en el arte de la guerra, sabía los idiomas de varias tribus, era boga y vaquero. Posteriormente, se encontró de nuevo con Arturo y se convirtió en un intermediario entre él y los indios cuando, tras Alicia, se empezó a internar en la selva. Pipa era bien conocido y detestado en la zona, puede leerse: “– Miren a ese come-ganao, capitán de la guajibera, salteador de las fundaciones, a quien tantas veces hemos corrió. ¡Ora me las pagás de contao!” (Rivera, 2000: 72).

Luego se encontraron con Rafael “Don Rafo”, quien había sido compañero del padre de Arturo y que los guió por los llanos interminables del Casanare hasta la casa de Fidel Franco y Griselda, llamada “La Maporita”. Griselda se describe como una mujer morena fornida, de estatura media y ojos simpáticos, Fidel Franco, su pareja, es referido de la siguiente manera:

Era cenecño y pálido, de mediana estatura, y acaso mayor que yo. Cuadrábale el apellido al carácter, y su fisonomía y sus palabras eran menos elocuentes que su corazón. Las facciones proporcionadas, el acento y el modo de dar la mano advertían que era hombre de buen origen, no salido de las pampas sino venido a ellas.

– ¿Usted es oriundo de Antioquia?

– Sí, señor. Hice algunos estudios en Bogotá, ingresé luego en el ejército, me destinaron a la guarnición de Arauca y de allí deserté por un disgusto con mi capitán. Desde entonces vine con Griselda a calentar este rancho, que no dejaré por nada en la vida. –Y recalcó–: ¡Por nada en la vida! (Rivera, 2000: 24)

Se da a entender que el origen de las personas es mejor si provienen de zonas céntricas del país, las periféricas abandonadas por el Estado, no coincidían en una calificación de civilizadas y mucho menos si eran tan cercanas a la vida salvaje, lo que denota un prejuicio basado en lo que podían adquirir, por parte del Estado, los lugares del país, tan enorme y desconocido por sus gentes; en ese mismo sentido, si las personas estaban ubicadas en los lugares centrales, adquirirían una mejor educación, origen y justicia, las

⁹⁹ Figura literaria usada por Seymour Menton.

“pampas” eran alejadas del brazo de la ley, que se convertía en una forma de “ojo por ojo, diente por diente”.

Siguen en la narración la mulata Sebastiana, que le ayudaba a Griselda en “La Maporita” y su hijo Antonio, descrito de una manera literaria idealizada: “cuadrado de espalda y tan fornido de pecho que parecía un ídolo indígena” (Rivera, 2000: 25). También se narra como un joven valiente, pues hizo una demostración de “coleo” con un potro que logró domar; a su vez, conocía bien el terreno del Casanare y salía en grupos que cazaban y enlazaban ganado, lo que era una de las actividades económicas más rentables de la zona y por la cual tenían problemas con los indígenas de las selvas cercanas.

Al respecto Antonio le comenta a Arturo que los indios también enlazaban vacas y toros y atacaban a los habitantes de la zona con flechas, que podían coger hasta cuarenta animales por día. Hacían incursiones en las que quemaban hatos y mataban familias enteras, ante aquello, los habitantes de la zona se juntaban para buscar justicia por sus propias manos y “cazar” a los indígenas:

- Blanco, ¡hay que apandillarnos pa echarles una buscaa!
- ¡No, no! ¿Cazarlos como a fieras? ¡Eso es inhumano!
- Pues lo que usted no haga contra ellos, ellos lo hacen contra usted.
- ¡No contradigás, zambo alegatista! El blanco es más leído que vos. Preguntále más bien si masca tabaco y dale una mascaa. (Rivera, 2000: 38)

En consecuencia, puede notarse una vez más que los problemas entre los pobladores del Casanare eran frecuentes, que los indígenas no eran vistos ni siquiera como seres racionales, sino que su contacto con la selva los hacía peligrosos, que se escabullían en su propio entorno para no ser encontrados fácilmente; algo así es narrado por un habitante de la propia zona, porque después, más adentrado en la narración, Arturo Cova, anotará algo diferente. En su búsqueda de Alicia, se fue con Antonio y Fidel Franco, que influenciado por Arturo decidió ir tras Griselda, cuando ellas se fueron a las caucherías del Vichada convencidas por las mentiras de Barrera.

Antes de su partida, ocurrió un evento en el hato de un viejo llamado Zubieta, en donde se cometían desmandes y borracheras. Arturo se fue para allá a retar a Narciso Barrera, y un juego de dados terminó en una trifulca. En el hato estaba Zubieta, que era

gotoso, de barriga protuberante, ojos de lince, cara pecosa y pelo rojizo; Clarita, una mujer que estaba en el ható esperando que Barrera cumpliera la promesa de casarse con ella y devolverla a su lugar de origen y el “Tuerto Mauco”, que se decía amigo de todo el mundo y que cuando Arturo resultó herido por la pelea, le “rezó” la herida para curarlo. Lo sucedido en el ható puede presentarse como un preámbulo de lo que pasaría después, pues el dueño, Zubieta, muere asesinado de una forma espantosa.

Luego, cuando Arturo con su expedición empiezan a internarse en la selva, se encontraron nuevamente a Pipa que les sirvió de guía y mediador con indígenas de la zona, que eran de la tribu guahiba y admitieron acogerlos con la condición de que respetaran a las mujeres y no dispararan, o sea, que les ordenaran a las armas “no echar truenos”. Al respecto también se narra lo siguiente:

Aparecióse una tarde el Pipa con cinco indígenas que se resistían a acercarse mientras no amarráramos los dogos. Acurrucados en la maleza, erguíanse para observarnos, listos a fugarse al menor desliz, por lo cual el ladino intérprete fue conduciéndolos de la mano hasta nuestro grupo, donde recibían el advertido abrazo de paz con esta frase protocolaria: “cuñao, yo queriéndote mucho, perro no haciendo nada, corazón contento”.

Todos eran fornidos y jóvenes, de achocolatada cutis y hercúleas espaldas, cuya membratura se estremecía temerosa de los fusiles. Arcos y aljabas habíanlos dejado entre la canoa, que iba a mecernos sobre las aguas desconocidas de un río salvaje, hacia refugios recónditos y temibles, adonde un fátum implacable nos expatriaba, sin otro delito que el de ser rebeldes, sin otra mengua que la de ser infortunados. (Rivera, 2000: 79)

Al entrar en contacto con los grupos indígenas, se narran muchas de sus costumbres y tradiciones, diferentes de lo que Arturo estaba habituado a ver. Se mencionan las tribus de los piapocos, banivas, barés, cuivas, carijonas y uitotos. Así mismo, se describen formas idílicas, en constante pugna con los habitantes de la zona, aspecto que los obligaba a estar siempre entre la selva y tenerla como refugio, por lo anterior, eran de los grupos que más enganchaba Barrera para esclavizarlos en las caucherías, en las donde perecían sin remedio.¹⁰⁰ El número de sus muertes no se contaba, pues ellos no eran importantes para el

¹⁰⁰ Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia...* 96. Dice al respecto: “El narrador no se refiere a los indígenas como seres humanos, sino como figuras literarias que el narrador-escritor ha leído en otros textos [...]. Evidentemente, la actitud de Cova es la del escritor que se apropia de lo oral y lo externo con propósito literario”.

gobierno; al respecto se narra: “Busté sabe que ese bandido debe más de seiscientas muertes. Puros racionales, porque a los indios no se les lleva número. Dígale a su paisano que le cuente las matazones” (Rivera, 2000: 176).

Los indígenas son descritos profusamente, en sus formas de actuar, algunos de sus mitos, los miedos y su estilo de vida internados en los montes y selvas, a su vez, se explica la forma cómo los atrapaban para obligarlos a la esclavitud de las caucherías, y cómo eran asesinados, sin importarle a nadie por no pensarlos como “racionales”, robándoles a sus mujeres para violarlas desde muy niñas e infringirles vejaciones de todo tipo. También en la descripción se les asemeja con la animalidad por su contacto con la selva.

Aun así, la matanza no estaba dirigida solo contra este pueblo: todos los “enganchados” y aquellos que hacían parte de la empresa cauchera sufrían constantes maltratos, torturas y asesinatos; como ya se ha descrito. Los indígenas únicamente son caracterizados en las diversas tribus, y aunque la novela funcione como una manera de sacarlos a la luz, con los problemas y situaciones en las cuales se veían inmersos, adolece de mostrarlos como una masa indiferenciada, sin nombres, salvajes, cercanos a la barbarie y sin rastros de civilización.

Al continuar su camino por la selva, Arturo se encuentra con otros personajes, como Helí Mesa, un hombre que se había logrado escapar de Barrera, también hallan a Clemente Silva, un mulato de Pasto, viejo, malgastado y con úlceras en los pies. Aquel salió en búsqueda de su hijo Lucianito y en su triste historia comentaba que había trabajado en las caucherías *La Chorrera* y *El Encanto*, de la casa Arana y de otros “peruanos que en la hoya amazónica han esclavizado más de treinta mil indios” (Rivera, 2000: 115).

Clemente se convierte en un segundo narrador en la novela, relatando su historia, llena de peripecias y desdichas, explicaba que, al maltrato de hombres y capataces de las casas caucheras, se sumaba la brutalidad de la selva que, a su parecer, buscaba defenderse de quienes la desangraban.¹⁰¹ Animales, insectos y alimañas se ensañaban con los

¹⁰¹ Doris Sommer, *Ficciones fundacionales...* 333-369, explica la figura de selva que se defiende frente a las agresiones de los hombres y que de alguna manera se muestra “antropomorfizada”, así mismo, mujeres y selva son confundidas en una forma de asimilación, en la cual se describen como madres dadas y

caucheros, que talando los árboles y destruyendo la selva, comprometían el porvenir propio y el de sus futuros hijos.¹⁰²

Clemente Silva contaba en su historia que un día se encontró con un naturalista y explorador francés que se había internado en la selva con la finalidad de retratar, por medio de fotografías, los horrores presentes en la selva. El naturalista era conocido como “musié” y fotografió la espalda de Clemente, llena de cicatrices de azotes junto con un árbol de siringa, lacerado por el hacha de los caucheros, haciendo una comparación brutal de las atrocidades cometidas por los humanos, contra su misma especie y contra la selva. El explorador desapareció, por lo cual la denuncia que pretendía hacer se quedó incompleta, manteniendo a los caucheros en el olvido al que estaban acostumbrados.

También se introduce en la narración, la figura de Zoraida Ayram, una turca que negociaba con caucho y era tratada en forma negativa, se describe, además de compararla con la selva, como una “hembra” viril, siendo mujer no tenía un género específico porque actuaba únicamente en una especie de defensa propia, era agigantada, adiposa y se había acostumbrado a luchar contra las peripecias que se presentaban. Ella fue la causa de muerte de Lucianito, el joven estaba enamorado de ella y se disparó en el pecho porque no le correspondía de la forma en la cual él esperaba.

Posteriormente, en la narración se cuelan las figuras de generales y capataces violentos: Aquiles Vácares “el váquiro” era un general venezolano, visco, borracho y gangoso, tenía el rostro mestizo con cicatrices de algún machetazo. Petardo Lesmes, conocido como “el argentino”, era un capataz violentísimo, que cometió un desfalco en Bogotá y fue a esconderse en la selva. Funes era un indígena famoso por las matanzas que cometía y permitía, de suma violencia y con numerosas víctimas, sin compasión:

Todos aquellos ríos presenciaron la muerte de los gomeros que mató Funes el 8 de mayo de 1913.

amorosas o como brutales vengadoras. Principalmente, los personajes asociados así son Alicia y la Madona Zoraida Ayram, siendo la última comparada con una selva total, con cascadas, árboles y montañas.

¹⁰² Reclamo interesante presente en la novela, muestra algo similar a una consciencia del cuidado de las selvas y ríos, para no comprometer a las generaciones futuras con falta de recursos; aspectos que vemos desarrollados en la actualidad, con el medio ambiente maltrecho.

Fue el siringa terrible –el ídolo negro- quien provocó la feroz matanza. Solo se trata de una trifulca entre empresarios de caucherías. Hasta el gobernador negociaba en caucho.

Y no pienses que al decir “Funes”, he nombrado a persona única. Funes es un sistema, un estado de alma, es la sed de oro, es la envidia sórdida. Muchos son Funes, aunque lleve uno solo el nombre fatídico.

La costumbre de perseguir riquezas ilusas a costa de los indios y de los árboles; el acopio paralizado de chucherías para peones destinadas a producir hasta mil por ciento; la competencia del almacén del gobernador, quien no pagaba derecho alguno, y al vender con mano oficial recogía con ambas manos; la influencia de la selva, que pervierte como el alcohol, llegaron a crear en algunos hombres de San Fernando un impulso y una conciencia que los movió a valerse de un asesino para que iniciara lo que todos querían hacer y que le ayudaron a realizar. (Rivera, 2000: 176)

De esta manera se entrelaza, en la historia, la realidad con la ficción. Los hechos narrados en el párrafo anterior ocurrieron ciertamente,¹⁰³ solo que el gobierno central, ocupado por los aspectos económicos, no prestó atención a las denuncias de Rivera, y menos en el sentido de que los directos afectados eran indígenas, no considerados, siquiera, como seres racionales. El olvido al que estaba sometida la población era una vergüenza, los extranjeros presentados en la obra son quienes expolian a la población, sobre todo, los peruanos y ese remolino de violencia ocupaba a la humanidad en su totalidad.

Respecto al concepto “raza”, no aparece en la novela, por lo cual no hay un sentido en que usarla, solo se menciona al referirse al aullido doloroso que emitían los indígenas después de su fiesta, un dolor de “raza vencida”, que a su vez compartieron los compañeros de Arturo, al sentirse desolados y tristes, sin empezar aún todas las desventuras que les preparaba la selva inerme y malévolas: “Su queja tenía la desesperación de las razas vencidas, y era semejante a mi sollozo, ese sollozo de mis aflicciones que suele repercutir en mi corazón aunque lo disimulen los labios: ¡Aaaaay!...¡Ohé!...” (Rivera, 2000: 88).

Pese a lo anterior, se mencionan muchas etnias y cómo los personajes las encarnaban, con aspectos buenos y malos, además de grupos humanos o nacionalidades que se encuentran a lo largo y ancho del globo. Franceses, venezolanos, turcos, judíos, etc., forman parte de los personajes presentados en la novela. Lo que se extraña es la poca

¹⁰³ Flor Rodríguez-Arenas, “Introducción” en, José Eustasio Rivera, *La vorágine* (USA: Stockcero Inc, 2013): IX-LXXVII.

visibilidad que tienen los negros, más si se tiene en cuenta que formaban parte importante de la población colombiana para la época en cuestión, únicamente se alude a un negro de Martinica, que trabajaba para la empresa Arana. Los blancos son representados por Alicia y Arturo, quienes venían de la ciudad, vistos como los “civilizados”.

Las condiciones culturales encontradas en la novela tienen que ver con ciertas manifestaciones. La cultura un poco más elevada las encarna el poeta Arturo, pero al adentrarse en las zonas de Casanare, pueden hallarse otras formas culturales relacionadas con: creencias, costumbres y espectáculos a los que asistían las personas. Muchos de ellos tenían que ver con el uso de animales y formas de maltrato (peleas de gallos, coleo); pero esto contrasta con las creencias y mitos de los indígenas, y que son descritas por Arturo, en las cuales la fusión de los seres humanos con elementos naturales juega un papel central en las ideas del mundo que tenían los diferentes grupos que se mencionan.

La selva es el elemento agreste que se defiende de la explotación, tiene virtudes humanas y se convierte en un infierno en la medida en que se hace más espesa; los mitos son variados y Arturo los incluye en su narración, dando a entender la riqueza de las creencias de las tribus. Un factor importante, y presente en todas las descripciones, es el licor, que permitía el letargo y estaba –en diversos tipos de alcohol–, presente en las celebraciones y en el día a día de los personajes.

En este sentido, únicamente se une el concepto de “raza” con lo referente a los indígenas, pero se mencionan diversos grupos humanos y nacionalidades, dando a entender que la violencia producida en el Amazonas se daba para conveniencia de empresas de varios países y que nada se hacía por remediar la terrible situación que se presentaba. Un alegato contra el hombre moderno, ese “paladín de la destrucción” quien mataba en pro del capitalismo “salvaje”, y más peligroso que la propia selva con sus venganzas. La “raza” indígena, vista como “vencida”, seguía siendo menoscabada y arrancada de sus tierras, además de esclavizada: “Por aquellas intemperies atravesamos a pie desnudo, cual lo hicieron los legendarios hombres de la conquista” (Rivera, 2000: 91). La conquista en esta ocasión era en pro de intereses empresariales, explotadores, con fines capitalistas.

2.2 Toá. Narraciones de caucherías, César Uribe Piedrahíta

Figura 2. Carátula de la 1ª edición, 1931



Fuente: IberLibro.com. Pasión por los libros¹⁰⁴

La novela fue publicada por primera vez en 1933,¹⁰⁵ tuvo una buena repercusión, en 1942 y en 1945 fue reimpressa por la editorial Espasa-Calpe y se tradujo al ruso con un tiraje de 2000 ejemplares. Es una obra de denuncia, quizás una de las más similares a *La vorágine* escritas durante la primera mitad del siglo XX; desde el inicio de la novela, en la parte de la dedicatoria, la primera persona que se menciona es a José Eustasio Rivera; por ello, la intertextualidad¹⁰⁶ con su obra tan importante; para las novelas geográficas y que marcó la producción literaria posterior, es innegable, además de bastante notoria.

¹⁰⁴IberLibro.com “Toá. Narraciones de caucherías” <https://www.iberlibro.com/TOA-Narraciones-caucher%C3%ADAs-URIBE-PIEDRAHITA-C%C3%A9sar/9909428181/bd>

¹⁰⁵ César Uribe, *Toá. Narraciones de caucherías* (Medellín: Universidad CES, 2013) Las citas en este capítulo son de esta edición.

¹⁰⁶ Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia*, explica el sentido de intertextualidad entre obras, específicamente en las novelas colombianas.

Figura 3. Imagen incluida en la edición de 2013, *Toá*



Fuente: Universidad CES.¹⁰⁷

En el caso de *Toá* se recurre a profundizar ese tono denunciatorio con las atrocidades que cometían los caucheros, contra seres humanos y selva, en el sur del país. También se describe un poco más la relación con los indígenas, pero eso no sobrepasa el mostrarlos como una masa indiferenciada, aunque se nombre directamente a los principales caciques y a los personajes más cercanos al protagonista.

La novela inicia con la descripción del viaje de Antonio de Orrantía, un médico europeo quien era el visitador oficial del gobierno colombiano en las caucherías del Amazonas, descrito con el cuerpo blanco y bien formado: ni muy alto ni muy bajo, joven, delgado y fino, rubio con matices castaños, franco en la mirada y nervioso en sus ademanes, cara fuerte y ojos pardos, expresivos y brillantes. Venía de Europa, al caer su familia en la pobreza y con ansias de aventuras en tierras salvajes, decidió trabajar en las caucherías (Uribe, 2013: 25).

De él se decía que venía de tierras “civilizadas” europeas, lo cual muestra un primer contraste comparativo con la tierra a donde llegaba, no precisamente a la zona urbana citadina que pudiera representar a Bogotá en el siglo XX, sino al continuar su camino hacia el sur del país, lugar donde se encontraban las empresas de caucho, grandes y pequeñas.

¹⁰⁷ César Uribe, *Toá. Narraciones de caucherías* (Medellín: Universidad CES, 2013): 18.

Desde el principio se le describe como poco habituado al país, casi pusilánime en sus múltiples enfermedades y delirios, producidos por el clima y los insectos del trópico, pero a esa situación se le oponen su valentía y terquedad, pues decide quedarse en el Amazonas para documentar lo que sucedía y prestar pelea en las disputas del caucho.

El recorrido de Antonio empezó en Bogotá, como el de Arturo Cova y Alicia, los protagonistas de *La vorágine*, tal vez aludiendo a la idea de salir de un lugar similar al paraíso, para internarse en el infierno selvático. Sus sueños eran delicados y casi infantiles, como los de un conquistador que va a descubrir y domar la selva:

Entonces pensaba estudiar la flora fantástica y la fauna monstruosa de los ríos embrujados y conocer las tribus indígenas, sus costumbres, lenguas, ritos y ceremonias mágicas. Proyectaba recoger en sus carteras todos esos tesoros con ilustraciones originales, croquis y mapas. Por último, publicaría bellos libros sobre los misterios de la selva. (Uribe, 2013: 27)

Contrario a eso, se choca con la realidad cruel, algo que ni él mismo imaginaba y que se sentía incapaz de afrontar por la gravedad del asunto. Es más, ni siquiera el gobierno central hacía esfuerzos por mejorar la situación en la cual se encontraban las tribus sometidas por los caucheros y la representación más brutal en los actos de la casa Arana, la cauchera peruana. Algunas de las tribus mencionadas son: sionas, huitotos, tamas, careguajes.

El viaje de Antonio era por la cordillera oriental, luego por el río Orteguaza, del departamento de Caquetá, con lo cual lograba ver la espesa selva a su lado, sirviendo como preludeo de lo que se encontraría posteriormente. El viaje proseguía con el descenso por los ríos, descansando en lugares en medio del monte e internándose por la llanura amazónica. La anchura y grandeza del río empequeñecía lo que se veía a su lado: los ríos Caquetá y Yarí, profundos y, por lo tanto, peligrosos. El transporte era por sus corrientes y quienes ejercían la función de bogas eran jóvenes indígenas de la tribu siona y entonaban cánticos en su recorrido, ellos trabajaban sin descanso en la conducción por los ríos.

Así mismo, son mencionados diversos grupos indígenas como: uitotos, tamas, careguajes y carijonas. Como en *La vorágine*, estos son descritos de forma literaria, fornidos, con cutis achocolatada, rudos y sencillos; por lo mismo, eran las principales

víctimas de las empresas caucheras que los trataban de forma bestial, como mercancías intercambiables, llevándolos a una esclavitud propia de la modernidad a la cual pretendía entrar el país, al someter lo salvaje y volverlo productivo:

Al paso que va la destrucción brutal de esos infelices, pronto acabarán con ellos. Otra cosa que es muy seria, es el comercio de indios: los cazan como a fieras, los aprisionan y se los llevan a los mercados del Napo y del Alto Amazonas. Esa gente no respeta nada. (Uribe, 2013: 34)

Los indígenas, asimilados con la naturaleza por habitarla y ser reconocidos como cercanos a lo “salvaje”, sufrían vejaciones de todo tipo y las novelas de denuncia no sirvieron mucho para mejorar la situación, además de encontrar la “caza” de indígenas, en la misma página se describe la crudeza de las empresas caucheras con la naturaleza, una víctima silenciosa, que daba caucho y recibía maltratos.

Por primera vez supo que la selva no era más cruel que los hombres brutales que pretendían poseerla. Presentía vagamente que la tremenda lucha que se libraba allí cerca no era solo la lucha biológica. Había algo más terrible: el hombre blanco, lascivo y codicioso, violaba bestialmente la Naturaleza y pensaba dominarla así. (Uribe, 2013: 34)

Se asimilan las dos luchas, el hombre blanco contra los indígenas y el hombre blanco contra la naturaleza, llevando a una única gran lucha, el hombre blanco como epicentro de la destrucción, en sus ansias de poder económico a toda costa. Tal vez podría notarse como una confrontación racial de personajes tipificados como “blancos” e indígenas, o de entes que buscaban una “civilización” o modernidad, en contra de la selva, ganando en la lucha, los primeros, pero comprometiendo su porvenir y su humanidad en el proceso.

Aquellos que pretendían dominar la naturaleza y sus habitantes, lo hicieron por los medios más salvajes y cruentos, convirtiéndose –en el proceso– en salvajes venidos de la “civilización”. Por lo anterior, cabe anotar la variedad de “salvajismo” presente en la novela, pues no es únicamente la naturaleza-selva la que transforma a los hombres, sino que ellos cometen actos terribles en contra de sus semejantes por impulsos más acordes con lo que se querría denominar “civilizado” o “moderno”.

En este sentido y como lo han resaltado algunos críticos de *Toá*, esta es una de las novelas que profundizó la crítica social encabezada por *La vorágine*,¹⁰⁸ pues se llegó directamente a los horrores de las caucherías contra los habitantes y contra el país, sobre todo en lo referente a la soberanía, pues debe tenerse en cuenta que para la época de publicación de *Toá* (1933), se había dado el conflicto territorial con Perú, que tenía su preludio de denuncia en la obra de José Eustasio Rivera.

César Uribe Piedrahita inserta su crítica al respecto, pero no únicamente en contra de las empresas caucheras, en su mayoría peruanas, las cuales invadían el territorio del Amazonas, sino también contra el gobierno central colombiano, que permitía los vejámenes en contra de sus gentes y tierras. Al respecto puede leerse: “los colombianos perdemos los territorios sin darnos cuenta. Así es como se pierde todo entre nosotros: sin darnos cuenta” (Uribe, 2013: 33).

Por lo anterior, cabe anotar la profundidad de los hechos denunciados en la novela, encontrando su punto álgido en el proceso de olvido al que había sido sometida esta zona de Colombia por parte del gobierno central, como si no importara aquella parte del territorio y mucho menos sus gentes. Tal vez la visita de Antonio se pueda tomar como los impulsos por parte del gobierno para informarse certeramente de lo sucedido en el Amazonas, pero que las acciones eficaces y que presentaran una solución verdadera, eran nulas y poco concluyentes respecto al tamaño del problema.

En ese mismo sentido, se puede destacar el desconocimiento por parte del Estado del tamaño del territorio nacional, así como de las personas que lo habitaban; quizás en *Toá* quiera presentarse la diversidad que había en el Amazonas, además de sus riquezas no dadas únicamente por el caucho y la explotación de la selva, sino por los grupos que vivían en el sur del país. Aunque no sean los protagonistas o personajes principales de la obra, los

¹⁰⁸ Yolanda Forero, “‘Toá’ o el rechazo a la civilización dominante”, *Thesaurus*, n. 2 (1991): 315-321, http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/46/TH_46_002_133_0.pdf

Nicolás Pernet, “La novela social en Colombia: el caso de César Uribe Piedrahita”, *Razón pública.com*, 13 enero, 2013, <http://www.razonpublica.com/index.php/cultura/3496-la-novela-social-en-colombia-el-caso-de-cesar-uribe-piedrahita.html>. En estos artículos se puede consultar la idea de la novela *Toá* como denuncia social.

indígenas atraviesan la narración y son compañía constante de Antonio al internarse en el amplio horizonte selvático.

De la misma manera, se describen los ritos indígenas y algunas de sus costumbres, el espectro cultural queda delineado por el contacto con los diversos grupos que habitaban la zona, su vida sencilla y las carencias a las que se veían abocados, pues en ocasiones se narra la dificultad que presentaba la caza de animales. Por lo anterior, son idealizados constantemente en sus costumbres, y Antonio presenciaba algunas, mostrando interés por aprender para consignar en sus cuadernos de notas lo que iba conociendo, algo muy propio de la cultura escrita de la cual provenía. Al respecto, puede notarse el siguiente pasaje, en una conversación entre él y Tomás Muñoz, un veterano piloto de embarcaciones quien acompañó al protagonista en su viaje y sabía algunas lenguas indígenas:

Realmente los nuevos bogas eran buenos y soportaban la dura labor con alegría: cantaban y reían, bogando acompasados y tenaces. Antonio no se interesaba en el paisaje; observaba los cuerpos fornidos de los indígenas y ansiaba comprender su lengua no exenta de melodía. Al fin se decidió a hablar:

–Tomás, usted que conoce bien estas lenguas sionas, tiene que enseñarme algo para ver si llego a entender.

–Yo qué voy a saber nada, doctor. Apenas ai me gusta travesiar con estos indios; algo conozco del “coriguaje”, conozco el “huitoto” y el “carijona” también. Desde que andaba con mi patrón “El Pastuso”, tenía que hablar en carijona, porque él era como jefe o rey de los carijonas del Cuemañí. El se vino de allá pa estos ríos de arriba y los indios lo siguieron, pero cuando murió se desbandaron unos y otros se bajaron otra vez pa sus tierras o pal Yará. (Uribe, 2013: 41)

El párrafo anterior muestra pues, las descripciones idealizadas del mundo indígena chocando con la realidad directa: Tomás afirmaba que no le gustaba del todo relacionarse con los indígenas y que su conocimiento se lo debía a su antiguo patrón, un hombre conocido como “El Pastuso” y que llegó a ser jefe de la tribu carijona, además de haberse casado con una indígena y formar una familia, teniendo dos hijos: Diomedes y Nina Cuellar, mujer que, posteriormente, atormentará los sueños de Antonio y se convertirá en su amor en medio de la selva; cabe anotar que ellos eran mestizos y la relación del protagonista con Nina, no representaría un choque “racial” fuerte, sino más bien cultural y de costumbres.

Algo de eso puede verse en que cuando Arturo, por fin, tras sus deseos y delirios, puede encontrarse con la mujer en su travesía por la selva (pues ella era famosa por su belleza y Arturo se eclipsó sin siquiera conocerla) le enseña aspectos de la cultura escrita, distinta de la puramente oral en la cual estaba inserta Nina.

Lo anterior muestra el choque entre ambas culturas y “razas”, en la que quería predominar la “blanca” de Antonio, porque él decidió renombrar a Nina Cuéllar como “Toá”, aspecto que puede ser visto como parte de su idealización de lo indígena,¹⁰⁹ pues la palabra significaba “candela” en las lenguas siona y carijona. Por el contrario, el renombrar a Nina, una mujer mestiza descendiente de madre indígena y padre “blanco”, quien hacía parte del grupo carijona, puede significar la idea de colonización y apropiación por parte de los “blancos”, algo con lo que soñaba Antonio desde que inició su travesía.

Algunos indígenas que son mencionados con nombre propio y que representan papeles importantes en la narración son: Ifé, cacique de la aldea de Dictoró y que recibió complacido a Antonio porque le dijeron que era un médico, o un “gran brujo blanco”, Faustino era un indígena de la tribu siona que acompañó al protagonista en el viaje, alto y fornido. El resto de indígenas se pierden como una masa de salvajes en la narración, por lo que la novela no puede considerarse enteramente como indigenista, aunque sí con esta temática. Las descripciones de las tribus y sus costumbres contienen un tono exótico, que remarca la profunda diferencia entre el protagonista letrado, venido de la “civilización” y la gente con que se encontraba: caucheros e indígenas.

Para los últimos pueden anotarse descripciones tales como las de Tomás, quien conocía los lugares por los cuales transitaba y a los grupos indígenas que se encontraban en el camino. Decía que los uitotos comían gente, tenía el pensamiento de que los indios eran “fregados” y que los “blancos” los habían puesto peor. Esto lleva a pensar que la novela funciona como crítica a la colonización brutal, hecha por parte de los caucheros y que, a pesar de ella, los indígenas continuaban en la selva con sus costumbres, por ello se mantenía la idea de que los indígenas que habitaban esa zona eran malas personas, que no había nada qué hacer al respecto.

¹⁰⁹ Yolanda Forero, “‘Toá’ o el rechazo a la civilización dominante”, *Thesaurus*, n. 2 (1991): 315-321, http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/46/TH_46_002_133_0.pdf

Las descripciones de las fiestas indígenas, aunque dan muestra de la cultura, sirven para ensanchar la diferencia con lo “civilizado”, pues de ellas se decía que eran salvajes y que primaba la borrachera. Existía también la creencia en lo sobrenatural, la brujería y seres como “El Poirá”, los duendes, los micos encantados y la “Pata sola”. Por lo anterior, la cultura descrita se centra más que todo en las tradiciones indígenas, fiestas, creencias, tomas de yagé, etcétera.

Frente a la visión negativa de los indígenas, en la narración, se presenta que los culpables de su comportamiento eran los “blancos” venidos a la selva en misiones caucheras y que los contagiaban con sus enfermedades, además de los acostumbrados malos tratos:

En las agencias colombianas se acumulaba el caucho y faltaban mercancías para intercambio. Los indígenas diezmados por la sífilis, las infecciones pulmonares y la disentería, eran escasos en el territorio ocupado por los conquistadores del Caquetá y el Putumayo. Se sentía en el ambiente la sombra del abandono y de la muerte. Cada día perdían los caucheros centenares de indígenas aprisionados por los hombres de Arana. La trata de indios en el Napo, el Algodón y Alto Amazonas contribuía a despoblar las caucheras, a tal punto que las comisiones de persecución habían internado ya hasta el Caquetá y sus afluentes en la banda izquierda. (Uribe, 2013: 117)

Por ello, puede notarse nuevamente, qué lejos quedaba la vida idílica del buen salvaje, la narración muestra lo terrible de la selva y lo que esta deparaba a quienes se internaban en ella, pero compite en crueldad con los terribles hombres dueños de caucherías y sus capataces, que mataban a los nativos a montones y por los motivos más ínfimos. Las matanzas eran rápidas, a tiros o a machetazos, pero no reducían lo terrible de los actos y los principales responsables de ello eran los peruanos de la casa Arana, el grupo cauchero más grande y contra el cual se quedaron a luchar los pequeños caucheros; pero era una batalla perdida, pues los intereses peruanos sí eran cuidados por el Estado del Perú, mientras que los colombianos habían sido olvidados e ignorados desde el principio.

Lo anterior puede apreciarse en que los capataces no confiaban mucho en Antonio, pues al ser enviado por parte del gobierno central, suponían que iba a recaudar impuestos. El protagonista abandona por un momento su misión inicial por ir tras Nina-Toá, pero al perderla se centra nuevamente en sus motivos y ensueños de ayudar a los caucheros, por lo que se interna en la selva, mientras el resto de caucheros huían de su voracidad.

La palabra “raza” no es mencionada en la novela, pero sí aparecen diversos grupos étnicos en la narración, cada cual con sus características. También las nacionalidades son tenidas como una diferenciación entre unos y otros; de esta manera, los indígenas hablaban de los “colombianos” caucheros, como si ellos no lo fueran también, lo que demuestra el olvido estatal al cual se hizo referencia anteriormente.

Los “colombianos” eran reconocidos como “blancos”, diferenciándolos de los indígenas que habitaban en la zona y que no se sentían pertenecientes a ninguna patria. Aunque no haya un referente específico de “raza”, la que más se menciona en la novela es la indígena, pues atraviesa la narración y las relaciones del protagonista quien, a su vez, es “blanco” venido de la civilización y por ello, los elementos negros no son muy tenidos en cuenta, son poco mencionados.

Los blancos pueden ser a su vez colombianos o peruanos que estaban en la zona de las caucherías, aunque esta empresa llamaba a diversos tipos de personas y profesionales, hay presentes extranjeros “blancos”: europeos y estadounidenses, entre otros. Los colombianos, seguramente eran del interior del país, por lo cual no había un sentimiento de “colombianidad”, aunque la zona en que se desarrollaban los hechos pertenezca, en efecto, a Colombia. Al judío Jacobo lo muestran como un ser terrible, asesino a sangre fría que quería tomar a Toá por la fuerza para venderla, lo que tal vez responda a algunos prejuicios en contra de los judíos, vistos como inmovilistas comerciantes.

Hay personajes negros, pero no sobresalen mucho en la narración, no son visibles o protagonistas, pues Choro, un zambo (hijo de negro e indígena), en el primer momento que es introducido en la novela se muestra como un borrachín que empieza a antagonizar con Antonio, hasta que se van a los puños, al final es un hombre valiente pero bruto. Por lo que se ve, se recurre a una invisibilización de la población afro, en aras de entonar una defensa en favor de los indígenas que perdían sus vidas en la selva.

Se nota en la novela *Toá* que hay claras intenciones de denuncia en contra de las caucherías y de la invasión peruana al Amazonas, y aunque se quiera resaltar a los indígenas como víctimas directas y principales de la empresa, la obra no logra trastocar la visión dominante en la que eran tenidos como salvajes, lejanos a la civilización y a las

normas estatales. Por eso, los personajes y los grupos indígenas al final se retratan de forma exótica, algo que Antonio quería descubrir y conocer, para posteriormente describirlo y llevar esa anécdota de vida tan distinta, a la civilización; el protagonista se ve abocado al fracaso prácticamente desde el inicio de la narración.

2.3 En el corazón de la América virgen, Julio Quiñones

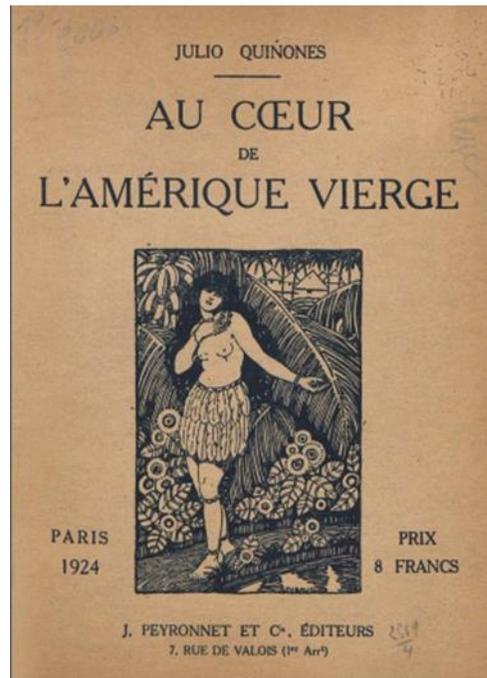
Novela escrita en 1948,¹¹⁰ en la cual se narra, de forma marcadamente romántica, la vida en la selva del grupo nonuya, pertenecientes a la etnia huitoto. Tiene un tono más indigenista que *La vorágine* y *Toá*, las novelas de denuncia la explotación cauchera. Aunque en la obra de Quiñones se insinúa el problema de la invasión de las casas caucheras al Amazonas, se recurre principalmente a contar la vida tradicional de los indígenas, sus costumbres, actividades y creencias, dejando en segundo plano la llegada de un “blanco” extraviado que había vagado por la selva en huida de los horrores de las caucherías, en donde le habían robado sus pertenencias y asesinado a sus amigos.

Si bien puede ser una novela de denuncia, el tono más sobresaliente es precisamente el de las tradiciones y la vida en comunidad, haciendo narraciones idílicas de los indígenas y describiéndolos de una manera romántica y literaria, aunque también tenga algo del estilo modernista en las detalladas descripciones de la selva.

El texto de Julio Quiñones se presenta desde el inicio como una narración verídica, casi un trabajo antropológico sobre la vida del grupo indígena que visitó; la obra fue publicada primero en Francia en 1924, el mismo año de publicación de *La vorágine*, y aunque tuvo un buen recibimiento y comentarios positivos, evidentemente no alcanzó la magnitud de la novela de Rivera, siendo una alternativa de lectura bastante cercana a la realidad, pues el autor –en el prólogo– menciona que lo anotado en la novela en realidad sucedió, pues él convivió con los “güitotos” durante cuatro años, entre 1907 y 1911, época en la cual comenzó a expandirse la actividad cauchera con la casa Arana y donde, precisamente, cazaban los indios de esta tribu para esclavizarlos en las caucherías, llevándolos casi a su extinción.

¹¹⁰ Julio Quiñones, *En el corazón de la América virgen* (Bogotá: Editorial ABC, 1948). Las citas pertenecen a esta edición.

Figura 4. Carátula de la 1ª edición, publicada en Francia, 1924



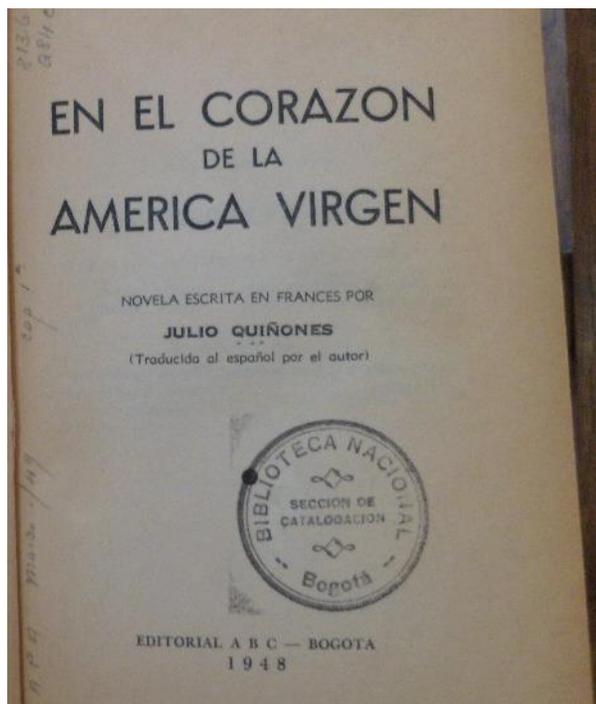
Fuente: Julio Quiñones, *Au cœur de l'Amérique vierge* (París: J Peyronnet et Cie, 1924).¹¹¹

Al parecer, Julio Quiñones fue cauchero en el Amazonas durante la época de la narración, por lo tanto, su descripción sí puede ser un testimonio verídico con características etnográficas de lo que estaba sucediendo en la zona,¹¹² como lo reitera en su prólogo, diciendo que tenía como finalidad que la obra sirviera para geógrafos y viajeros. Así mismo, desde el inicio, puede notarse la forma en que se veía la diferencia entre “civilización” y “salvajismo”, pues las tribus son tratadas como salvajes, en oposición al público civilizado, sobre todo europeo, al que estaba dirigida la obra. También podía funcionar como una invitación para los viajeros y exploradores, pues anota que “El corazón de la América del Sur no está completamente explorado” (Quiñones, 1948: 5).

¹¹¹ La imagen pertenece a la portada de la primera edición de la obra, publicada en Francia en 1924 y digitalizada por Manioc: Bibliotheque Numerique Caraibe Amazonie Plateau des Guyanes, <http://www.manioc.org/gsd/cgi-bin/library?>

¹¹² Camilo Hoyos, “El redescubrimiento literario del año: el hermano perdido de 'La vorágine'”, *Arcadia* (2016), <http://www.revistaarcadia.com/impresa/literatura/articulo/los-pasos-perdidos/50004>

Figura 5. Contraportada, *En el corazón de la América virgen*, 1948



Fuente: Foto tomada por la autora. Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá, 2016.¹¹³

Para la segunda edición, traducida por el autor al español y publicada en 1948, se incluyeron las notas críticas positivas de periódicos franceses y suizos que había obtenido la obra, además de algunas correcciones a la primera edición,¹¹⁴ también se reitera que los propósitos de la obra no son meramente novelescos, sino geográficos y con la intención de transmitir conocimientos sobre los “güitotos” que habitaban la región del río Caraparaná en la Amazonía, en 1911, contradiciendo la creencia general de que los moradores de la selva no tenían tradiciones ni corazón, por una visión más idílica en la cual se incluyen ideas de Rousseau: “‘el hombre sale puro de las manos del creador[...]’ y que sus sentimientos son elevados, como hermosos sus ideales” (Quiñones, 1948: 11).

¹¹³ Contraportada, Julio Quiñones, *En el corazón de la América virgen* (Bogotá, Editorial ABC, 1948).

¹¹⁴ Alexis Uscátegui, *En el corazón de la América virgen* de Julio Quiñones: una alternativa en la novelística colombiana”, *Estudios de literatura colombiana*, 39 (2016): 61-77.

Hay en la “nota al lector” una descripción de lo indígena como algo salvaje y ajeno a la “civilización” occidental, aunque a la vez, hay un rescate de sus tradiciones y cultura en desaparición, dada por los procesos de modernización y avance económico, señalando que el lenguaje y las formas de vida de la tribu son bellos y elocuentes, así como recalcar que los personajes mencionados fueron reales, conocidos por el autor que vivió durante cuatro años con los “uitotos”.

La novela inicia con una loa a la selva, describiéndola en dimensiones poéticas como algo hermoso pero aterrador, que atraía o espantaba al hombre; espacio que sirve precisamente como la ambientación de la obra, pues transcurre en las profundidades del Amazonas, donde se encuentran tribus indígenas siendo una de las más grandes la uitoto, pero protagonizando la narración el grupo nonuya, con el valiente Fusicayna como jefe, quien es llevado a una descripción literaria, propia de los líderes protagonistas de novelas románticas: parecía la estatua de un coloso por su alta talla, tenía los cabellos largos y negros, ancha espalda y gruesos músculos, era amado y admirado.

A la tribu la atacaba un tigre, que nadie había podido matar, ni siquiera Fusicayna ni los más valientes jóvenes, se creía que este animal era la encarnación de un enemigo de otra tribu, y funcionaba como un presagio de desgracia, atacando casi a diario a las personas del grupo. La esposa del líder era Nonoray, de los yahuyanos y su hija era Moneycueño, de porte altivo, facciones regulares, ojos negros, mirada dulce, sombría y cabellera de ébano. Nonoray era hermana del legendario y valiente Ifé, mencionado también en la obra *Toá* y que murió por culpa de los caucheros que lo atraparon.

La novela, siguiendo la división hecha por Alexis Uscátegui, se compone de dos líneas narrativas principales: la situación con el tigre y su asesinato, y lo que debía suceder después de la muerte de Fusicayna, una tradición que involucraba directamente a Moneycueño y que al final no se lleva a cabo por su suicidio.

El texto es rico en la explicación de las tradiciones indígenas y en el valor dado al pasado, las costumbres y la vida en comunidad, por ello las narraciones son idílicas, como si se mantuviera una relación con la naturaleza bastante armoniosa y el mal estuviera representado por los enemigos de la propia tribu y los denominados “biracuchas”, que eran

los “blancos” caucheros que invadían sus tierras y los secuestraban para llevarlos a la esclavitud, además de que los infectaban con peligrosas fiebres de paludismo y viruela, conocida en la tribu como “tutucco”, una enfermedad exótica que fue llevada a esos climas. El enemigo es, por lo tanto, el hombre extranjero.

Con lo anterior puede notarse el tono diferenciado que tiene la novela de Quiñones respecto a las otras novelas de denuncia: *Toá* y *La vorágine*, pues *En el corazón de la América virgen* la naturaleza no es enemiga, ni cumple un papel dual de madre-asesina, sino que es un ente que provee y da, con lo cual los seres humanos pueden vivir tranquilamente. Incluso, los animales que afectaban la supervivencia de la tribu, por ejemplo, el tigre que los atacaba, se consideraba la reencarnación de un enemigo.

En este sentido, los culpables de las atrocidades seguían siendo los caucheros, lo que puede notarse en el pasaje en el que se describe la muerte de Ifé, el cacique tan admirado por su tribu:

– Los biracuchas [...] ellos mataron a Ifé, hermano de mi madre. Todos saben en la tribu que el gran jefe de los Yahuyanos fue abandonado en las soledades del Giddima y su cuerpo fue pasto de las voraces hormigas; por eso nuestra raza ha consagrado su odio a ellos, que nos han traído las enfermedades, los dolores y la muerte. Tú eres de esa raza, pero no tienes la culpa; tú también has sufrido como nosotros, tú no puedes ser malo, porque nosotros te hemos hecho bien. (Quiñones, 1948: 132, 133)

Esta conversación entre Moneycuello y Willy, el extranjero que buscó refugio en la tribu, denota que el odio hacia los caucheros era una constante en las tres novelas de denuncia, además de que los malos tratos en contra de quienes eran sus esclavos, fue un asunto más que probado, y que el gobierno central no tuvo la pericia de afrontarlo de una manera seria, en donde se defendieran los habitantes de la nación. Aunque, al parecer, estos indígenas internados en la selva no eran considerados como colombianos: el sentimiento de identidad nacional estaba disuelto, no hay un amor por la patria, que resulta siendo un concepto móvil, cambiante, pues las personas de la zona sentían que, precisamente, su patria, era el lugar donde nacían o la tribu a la que pertenecían.

En esta novela no se hace mucha referencia a la idea de la “patria”, pero sí puede notarse el concepto “racial” usado de diversas maneras, aunque el principal era para una

diferenciación entre indígenas y el resto de seres humanos, o entre las diferentes tribus. La “raza” es un motivo de orgullo para los indígenas, pues, aunque sabían que se enfrentaban a problemas traídos por personas invasoras, no se sentían víctimas y no se menciona el Estado central como un garante de políticas en pro de la supervivencia de los grupos indígenas, tal vez por desconocimiento o por haberse acostumbrado al abandono de un gobierno inoperante.

La “raza” es un concepto diferenciador en la novela, de los indígenas respecto a otros grupos humanos y también entre las mismas tribus, se usa de una manera funcional y móvil, cercano a las disparidades entre las personas, su lugar de nacimiento y crecimiento. El referente principal es, entonces, la “raza” indígena que protagoniza la novela, sin prestarle mucha importancia a Willy, que era tratado como un extranjero y que seguramente hacía parte de los enemigos caucheros.

El peso fuerte de la obra está, como se ha mencionado, en la descripción de las tradiciones, el amor al hogar con la creencia de que era la obra maestra del hombre, y el medio permitido para satisfacer las leyes de la naturaleza. La mayoría de las actividades de subsistencia se hacían en comunidad, lo que seguía fortaleciendo lazos sociales, por ejemplo, la pesca y su preparación llevaban varios días y todos participaban en esto; así mismo, las fiestas y actividades cotidianas eran un espacio de socialización, siendo la tribu una familia.

Había brujos espiritistas en la tribu, se embriagaban con un líquido negro y amargo extraído del tabaco que permitía ver visiones del futuro, de los acontecimientos venideros, también tomaban “yera”, una bebida para inspirarse y hablar en comunidad. Los ancianos se mostraban como personas importantes dentro de la comunidad, eran el orgullo de la “raza”, pues tenían el peso de contar hazañas y creencias, por ejemplo, las “Bakaki” que eran tradiciones mitológicas, del principio del mundo corporal y del origen del hombre: “Su cerebro era el arca sagrada que guardaba todo el simbolismo de los mitos de su raza” (Quiñones, 1948: 45).

La importancia de la tradición puede notarse en el siguiente pasaje:

Nuestros antepasados, decía el mismo jefe, fueron como nosotros, sin embargo, nosotros no somos como ellos. ¿Dónde está la diferencia? Nuestros antepasados vivían del porvenir y nosotros vivimos del pasado, porque en nuestra ignorancia, vivimos siempre atormentados por la añoranza de las cosas desaparecidas. (Quiñones, 1948: 33)

Así mismo, Moneycucño, la protagonista, decide suicidarse al no poder cumplir la tradición de casarse con el guerrero Quega que los salvó de la amenaza del tigre, pues estaba enamorada de Willy el extranjero y no podía serle fiel a las costumbres de su tribu.

La obra *En el corazón de la América virgen* presenta una alternativa de lectura¹¹⁵ a las novelas de denuncia sobre la situación cauchera en el Amazonas: esclavitud y maltrato. Pero la obra de Julio Quiñones logra adentrarse en las tradiciones indígenas, para comprenderlas y admirarlas, aunque se continúe tratando como un “mundo” primitivo y alejado de la modernidad occidental, se muestra capaz de paz y de convivencia con la naturaleza, lo que convertía a sus habitantes en seres superiores: “Estaba feliz en ese medio primitivo porque él tenía confianza en las bondades y en la nobleza de esos seres superiores, y su vida pasaba sin preocupaciones. Por la primera vez había visto hombres que vivían en paz” (Quiñones, 1948: 106, 107).

Es la idealización de lo indígena una manera de reivindicación que, a su vez, logra introducir el tema del exterminio cauchero visto desde la perspectiva indígena, y aunque no pueda tomarse como una verdad innegable, es evidente el hecho de que el autor sí logro relacionarse con los uitotos e hizo un esfuerzo etnográfico para intentar salvar a los grupos de la tribu, del olvido causado por el exterminio de sus miembros.

2.4 José Tombé, Novela folklórica Diego Castrillón Arboleda

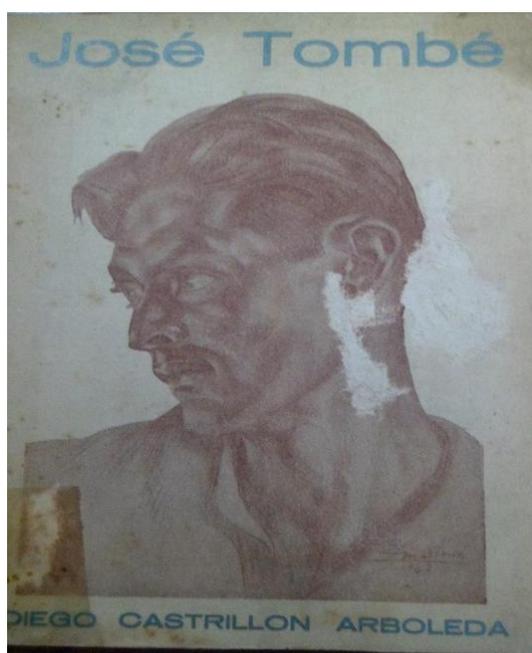
Es una novela escrita por Diego Castrillón Arboleda,¹¹⁶ publicada en el año 1942 y que tuvo algunas ediciones posteriores, siendo una de ellas la del Ministerio de Cultura en el año 1973. Se describe como una novela indigenista y folklórica, pues entra también a narrar la situación de los indígenas respecto a la lucha por la tierra en Tierradentro- Cauca, en una confrontación directa con los “blancos” quienes les robaban sus propiedades y de los cuales

¹¹⁵ Alexis Uscátegui, *En el corazón de la América virgen* de Julio... maneja esta idea principal en su artículo.

¹¹⁶ Diego Castrillón, *José Tombé* (Bogotá: Editorial Antena S.A, 1942). Edición que se citará en el presente apartado.

tenían que huir. Castrillón escribió sobre la memoria social, tradición oral, historia y biografías de su ciudad, Popayán, además fue columnista en los periódicos más vendidos, como *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Siglo*, *El País*, etc., ocupó algunos cargos burocráticos y fue nombrado director del Archivo Central del Cauca, fundó el Instituto de Investigaciones Históricas “José María Arboleda Llorente”.¹¹⁷ Fue una figura intelectual importante, sobre todo, en el campo de la historia de su ciudad.

Figura 6. Carátula de la 1ª edición, *José Tombé*, 1942



Fuente: Foto tomada por la autora. Biblioteca Pública Piloto, Medellín, Colombia, 2016.

La novela *José Tombé* se desarrolla en Popayán, un caserío llamado Moscopán a donde huyeron familias indígenas en búsqueda de libertad, allí tenían sus “ranchos”, en unas montañas que se hundían en el cielo, se menciona la vasta flora, cerros, explanadas y diversos ríos. Así mismo, es una novela que describe las actividades y costumbres tradicionales de los indígenas de la zona, los “coconucos” y la mención constante al consumo de licor, sobre todo aguardiente en reuniones y celebraciones.

¹¹⁷Ismenia Ardila, “Perspectiva Historiográfica”, Popayán perdió a su historiador de cabecera, <https://historiografica.wordpress.com/2009/06/01/popayan-perdio-a-su-historiador-de-cabecera/>

El tema principal es la venganza y la tenaz lucha entre indígenas y blancos que los atropellaban, robaban y estafaban sin reparo y compasión. Se convierte prácticamente en una lucha “racial”, en la cual los personajes recalcan su procedencia, por ejemplo, el enemigo principal es Hilario quien se precia de ser blanco y superior a los indígenas, a costa de quienes vive.

Así mismo, se muestra la situación paupérrima de los arrendatarios, que equivale casi a una esclavitud, en la cual los dueños de la tierra se sienten dueños de sus apareceros y reclaman a las mujeres para ellos. Los indígenas tenían que acceder a este tipo de vejaciones porque contraían una deuda que se iba agrandando a través de métodos de estafa, se ve el provecho que sacaban aquellos dueños de tierras ricos y denominados “blancos”, de la ignorancia y la situación de desventaja en la cual se encontraban los indios.

Así mismo, se muestra la situación paupérrima de los arrendatarios, que equivale casi a una esclavitud, en la cual los dueños de la tierra se sienten dueños de sus apareceros y reclaman a las mujeres para ellos. Los indígenas tenían que acceder a este tipo de vejaciones porque contraían una deuda que se iba agrandando a través de métodos de estafa, se ve el provecho que sacaban aquellos dueños de tierras ricos y denominados “blancos”, de la ignorancia y la situación de desventaja en la cual se encontraban los indios.

Entonces, deciden huir de la zona e internarse en otra, iniciando una resistencia armada que recuerda y recurre a la idea de ser la “raza” milenaria perteneciente al suelo que habitan y vejada por los invasores que se apropiaban de sus posesiones y de sus mujeres. Es un alegato también en contra de la colonización, y evidencia las dinámicas de explotación y maltrato a la que habían estado sometidos los indígenas desde la llegada de los “blancos”, actividades que continuaban vigentes siglos después y que únicamente cambiaban en sus formas.

La violencia se enlaza como uno de los temas principales, dada en contra de grupos que se podrían considerar objetos de diferentes tipos de vejámenes, y es que en la novela el maltrato, por parte de “blancos” no va dirigido únicamente hacia los indígenas, sino que las mujeres sufrían en silencio y con aceptación, los golpes de sus propios esposos y eran víctimas de actos sexuales violentos, aunque en ese sentimiento de lucha compartido por la

población indígena, ellas también intentaban defenderse, sobre todo de las violaciones hechas por los hombres “blancos”, no así de los golpes propinados por sus familiares.

Se menciona ese aspecto porque como argumento de desarrollo de la novela, el enemigo principal es Hilario, seguramente un hombre mestizo, pero se autodenominaba “blanco” como una muestra de superioridad que le permitía llevar actos en contra de los indígenas; desde el principio se describe como alguien desagradable que ascendió económicamente a través de la usura y el robo, convirtiéndose en el dueño de gran cantidad de tierras que arrendaba a los indígenas, además de prestarles diversos artículos de consumo diario.

Así endeuda a un hombre llamado Pedro Calapsú, un indio de casi cincuenta años, rudo, sencillo, fornido y con rostro aceituno, vivía en un rancho gris y tenía una hija a la que le decían “La Chola”, descrita con amplias caderas y busto erguido, tenía 16 años y estaba comprometida con Claudio Tombé, un indio honrado que trabajaba en un trigal y vivía en una casa en la montaña. Hilario se encapricha con “La Chola” y se la pide a Pedro como pago de sus deudas, él se inclina por este pretendiente para su hija, principalmente por los beneficios económicos que le traería la unión.

“La Chola” accede a la unión por mandato de su padre, pues la obligó a casarse con Hilario, pero en realidad sentía repulsión y asco; para acceder al cuerpo de la muchacha, el hombre intentó hacerlo por la fuerza y ella “se defiende con todo el coraje de su alma, con toda la lealtad de su raza[...] la acoge una ira inaudita, una fiereza salvaje, levanta las manos y desgarrar con una especie de placer loco ese rostro diabólico y sudoroso que la soba” (Castrillón, 1942: 33).

La narración del acto violento, acerca a su vez al sentimiento de defensa de la mujer como un instinto animal, igualándola a lo salvaje, tal vez por su condición de indígena (que es acertada al recurrir en la misma oración, a que le tenía lealtad a su “raza”), o por comparar a las mujeres con la fiereza de los felinos. Aun con lo anterior, sí permitían maltratos de sus padres o hermanos mayores, bofetadas, alegatos y el obligarlas a hacer cosas que no querían, son algunos de los casos narrados en la novela.

Cuando le sucedió a “La Chola” lo narrado, intentó huir con Claudio Tombé, pero Hilario los alcanzó y terminó matando al joven. La mujer huyó a las montañas y dio a luz al hijo de Claudio, al cual le puso por nombre José, quien, al cumplir 18 años, inició una carrera de venganza en contra de los “blancos”, sobre todo de Hilario, pues su madre lo crio con odio por este hombre, quien había estafado y maltratado a indígenas durante tres generaciones.

Es en este punto donde se inicia una batalla que podría denominarse “racial”, con la que se recurre, desde los pensamientos y reflexiones de los personajes, a introducir cómo se sentían los indígenas respecto a los “blancos”, quienes les habían maltratado desde hacía siglos y que continuaban haciéndolo. Era la idea de libertad y de raza milenaria la que los impulsaba; así mismo, se describe cómo eran las cosas en la zona y algunas de las tradiciones de la siembra, que se hacían en comunidad.

No se explica tanto como en las novelas *La vorágine* o *En el corazón de la América virgen* las costumbres de los indígenas, pero esta novela –de denuncia– pone su peso en la lucha, cuando los indígenas logran vengarse de los blancos, y cómo su ira los ciega, hasta llevarlos a cometer actos reprochables. Pueden verse como una “raza” vencida y maltratada durante siglos que toma las riendas de su porvenir encabezando una resistencia que casi logran culminar al quemar el pueblo, pero el protagonista se da cuenta de que no estaba siendo muy diferente al invasor, con sus técnicas crueles y extremistas, así que abandona la resistencia al casi culminar su venganza contra Hilario.

El desagradable personaje enemigo atraviesa la narración, tres generaciones aprovechándose de que los indígenas necesitaban los productos que vendía y de sus tierras, era el hombre más rico del pueblo y siempre se había valido de los pobladores para obtener beneficios personales, a través de la usura y el engaño. Se evidencian las relaciones que había entre los terrajeros con los patronos y el problema por la tierra, teniendo que huir de los tratos injustos.

Para algunos personajes, romper la relación tradicional era impensable, pero igual quedaban con el germen de la lucha en su interior, se puede leer:

Se le ocurre recordar que un día José Tombé le habló en el pueblo de los derechos que tenían a las tierras de las haciendas; de la reivindicación de su raza; de reaccionar contra los blancos que los sometían. Entonces no comprendió. Le dijo que se iban a levantar contra los patrones, y terminó invitándolo a que lo acompañara [...]. Él no le hizo caso, el muchacho estaba loco. Levantarse contra los blancos era un absurdo. Siempre habían sido mandados por ellos. (Castrillón, 1942: 51)

En este sentido, se evidencia nuevamente la idea de que eran mandados por “blancos” y que remediar la situación era imposible, además, las reivindicaciones “raciales” no tenían cabida al ser una situación de “siempre” estar mandados y sometidos por otras personas, en este caso los “blancos” que, como se mencionó, eran seguramente mestizos que usaban el apelativo de blancura para sentirse superiores. Una conversación de Hilario con Pedro lo ilustra de la siguiente manera:

–Indio asqueroso– gritó de súbito dándole una patada al mostrador – ¿Te creés que porque me das a tu Cholita sos igual que yo? No, no, no...soy blanco. [...] ¿Pertenece a una raza maldita acaso? ¿Los blancos eran más humanos que ellos por ventura? ¿Algún pecado terrible pesaría sobre su sangre que ellos purgaban con la esclavitud? [...] No se podía explicar por qué los trataban como a bestias [...] ¡Sí, tenía que haber algo superior en los blancos, él lo presentía! (Castrillón, 1942: 22)

Entonces, sí hay una idea de superioridad de lo blanco respecto a lo indígena, además se mantenían las prácticas similares a la esclavitud, en las cuales los indígenas tenían pocas cosas como propias y estaban sometidos a los mandatos de quienes fueran sus jefes o aparceros.

Se ve en la novela que el tono “folklórico” anunciado desde el subtítulo va referido a la utilización de las formas del habla popular en las conversaciones de las personas de aquella zona en Popayán, un lenguaje de campesinos que acerca al lector a la oralidad sobresaliente en los sectores menos letrados, que coinciden en ser campesinos indígenas, aunque el vendedor Hilario, con su creencia de ser superior, también hablaba de una forma marcada por la oralidad de la zona en cuestión.

Por su parte, la cultura relacionada con lo que se llama “folklórico”,¹¹⁸ se refiere principalmente a las tradiciones indígenas, aunque no son muy detalladas, hay algunas generalidades dicientes, por ejemplo, el sitio de reuniones era la taberna del pueblo y las actividades estaban mediadas por el consumo de licor, también se reunían en las galleras y alrededor del espectáculo de las peleas de los animales, planeaban el ataque próximo a los blancos; el maltrato animal es también constante en la novela; por ello, la violencia se muestra encarnada en diversidad de maneras.

Se describen también los velorios, pues era un espectáculo pintoresco en donde el cadáver se envolvía en un “estapullido” (similar a una falda tejida de lana), sentaban al muerto en un banco y lo amarraban para que no se cayera. Ante el cadáver encendían ramas de helecho y velas, mientras las mujeres oraban, después ocurría una especie de baile, en el cual hombres y mujeres danzaban ebrios en el velorio; en este sentido, puede notarse que no se trataba de un acto tan solemne como suelen ser los velorios ni el tratamiento dado a la muerte en la tradición cristiana.

Respecto a las prácticas sociales, se muestra el caserío de Moscopán, a donde huían los indígenas en busca de su libertad, como un lugar en el que convivían tranquilamente, haciendo las actividades en comunidad, por ejemplo, en la época de la cosecha, la familia se reunía en torno a esta actividad, las mujeres recogían la cosecha y llevaban los bultos hasta un lugar dispuesto para ello, los hombres los iban alzando y preparaban de nuevo la tierra para sembrar prontamente. Con la cosecha también llegaba una fiesta de celebración, y al masticado de coca, se le sumaba el beber guaro.

La “raza” se utiliza para entenderse entre personas de la misma etnia, cada que un personaje indígena piensa para sí mismo sobre su situación y la de la comunidad, los ve como “su propia raza”. En este sentido no se muestra al otro como perteneciente a una “raza”, es decir, a los blancos o mestizos, ellos únicamente son “blancos” enemigos de los indios. Esa “raza” haría referencia a una comunidad indígena milenaria, ancestral, que fue atropellada y esclavizada por los españoles y los blancos durante cuatro siglos, por lo que

¹¹⁸ *Diccionario de la lengua española*, s. v “folclore”, <http://dle.rae.es/?id=I9k9xD7> Define “Folclore” o “Folklor” como: m. Conjunto de costumbres, creencias, artesanías, canciones, y otras cosas semejantes de carácter tradicional y popular.

debía haber una venganza y una recuperación de lo que anteriormente les pertenecía por derecho. También la “raza” hace referencia a un pueblo común, un ascendiente indígena.

La lucha guerrillera en contra de los “blancos” casi culmina, pues la mayoría de indígenas de Moscopán se unieron a la resistencia, pero como se dijo, la novela acaba con el arrepentimiento de José ante los actos crueles que cometieron sus compañeros que se habían cebado con el espíritu sangriento de la situación. Entonces, es una lucha de carácter “racial”, en donde aquellos indígenas se vengan de los “blancos” cruelmente, incluso se podía ver que las madres del pueblo corrían con sus hijos entre los brazos, huyendo, y sobresalían las “cabecitas rubias”; aspectos como este hicieron desfallecer los ánimos vengativos del protagonista.

Aun así, el llamado a la lucha por los derechos y la libertad no se apaga, hay un personaje de nombre Juan Lame, que recuerda el espíritu esperanzado e irreductible de Manuel Quintín Lame¹¹⁹, quien luchaba en contra de los propietarios blancos que robaban las tierras de los indígenas. También, en José se encarnan las descripciones milenarias de los más valientes indígenas:

Los indios de la región observan el aire apacible, sereno de su jefe y encuentran la reencarnación de algún cacique guerrero; un ser que tiene de Dios, de sangre y de misterio [...]. Por ello lo siguen. Es el símbolo de la libertad. Cuando les habla del crimen se creen libres. Han vivido tan sometidos por siglos y siglos que hoy, al sentirse dueños de su voluntad, quieren usar de ella con todo el vigor de su ancestro salvaje. (Castrillón, 1942: 83)

También hay descripciones que lo asimilan con Tupac Amaru¹²⁰ y la idea de recuperar la tierra milenaria que les pertenecía por ancestro indígena, así como liberar a sus compañeros del yugo que los sometía a obedecer a los “blancos”.

¹¹⁹ Manuel Quintín Lame fue un hombre indígena, de la comunidad de los paeces, que luchó incansablemente por los derechos de los indígenas colombianos, principalmente los de Ortega y Tolima, orgulloso por no haberse humillado ante la justicia de los hombres blancos, que le exigía doblegarse en su lucha por los resguardos indígenas. Estuvo varias veces encarcelado, pero su espíritu permanecía inquebrantable, llegando a sublevar algunos grupos indígenas para que reclamaran sus derechos y sus tierras. Ver: Manuel Quintín, *En defensa de mi raza* (Bogotá: Editextos Ltda, 1971).

¹²⁰ Tupac- Amaru fue un indígena peruano que se declaraba descendiente de los incas, él inició sublevaciones que tuvieron repercusión no solo en el virreinato de Lima, sino también en el de la Nueva Granada, el movimiento de Tupac-Amaru II inició como protesta en contra de los abusos de los funcionarios de la corona, pero tuvo repercusiones en la independencia del Perú, ver: Aldo Olano, “La independencia del Perú”,

La novela, entonces, recurre al tema de la venganza por medios violentos para denunciar la situación de los indígenas en Popayán, que perdían sus tierras y estaban en situaciones similares a las de la esclavitud, obedeciendo al mismo amo durante siglos. Se describen las imágenes de las luchas indígenas recurriendo a la idea de guerra “racial” aumentada por la mención de personalidades indígenas reconocidos por su acérrima defensa de los de su “raza”. De la misma manera, se muestra que la violencia únicamente engendra más violencia, pues aquellos guerrilleros se cebaban con la idea de sangre y de sentir la libertad encarnada en el hecho de matar blancos, o dedicarse al pillaje, amparados por la lucha que servía de excusa principal.

2.5 La obsesión, Daniel Samper Ortega

Es una novela escrita en el año 1926,¹²¹ y que para 1936, contaba con una tercera edición. Trata, como *José Tombé*, de la situación que vivían los indígenas que trabajaban para un “blanco” y eran arrendatarios del mismo patrón, llevándolos a una situación de sumisión, presentándose también, como una novela de denuncia. Es una lucha por la tierra perdida siglos atrás a manos del invasor que los conquistó y colonizó, pero situada en una zona diferente del país, ya no es del Gran Cauca como la novela de Diego Castrillón Arboleda, sino del Altiplano Cundiboyacense,¹²² pues se desarrolla en La Sabana de Bogotá.

Credencia Historia, 246 (2010)

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/junio2010/peru.htm>

¹²¹ Daniel Samper, *La Obsesión* (Bogotá: Minerva, 1936) Edición que se citará en este capítulo.

¹²² La división regional presentada corresponde a la hecha por Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia*, 1991.

Figura 7. Carátula de la 1ª edición, 1926



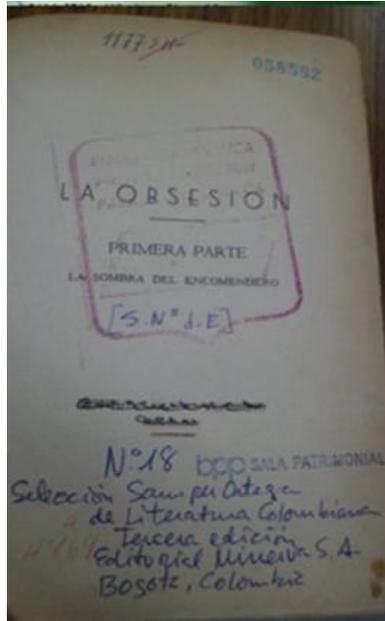
Fuente: Bogotá: Casa Editorial Cromos.¹²³

La novela se adentra en el tema de la “raza” y su relación con las clases sociales, los indígenas son pobres arrendatarios sometidos al sistema de esclavitud propio de la época: pagaban con tiempo y trabajo el arriendo de la parcela en donde vivían, la cual no era de ellos sino de ricos propietarios relacionados con lo “blanco”, personas que sí accedían a una forma de mundo privilegiado en el cual obtenían lo que deseaban.

Frente a ellos se situaban los indígenas, en una clase social pobre y dependiente de la misericordia de sus “amos” para la permanencia en la tierra. Se encuentra incluida la idea de los indios como “raza” ancestral, a quienes la tierra les pertenecía por derecho y que, finalmente, les fue usurpada por los “blancos”, continuando las dinámicas de cuatro siglos de dominio español y de sus descendientes. Hacen presencia, entonces, personajes blancos ricos e indígenas pobres, que vivían en la tierra de sus patronos.

Figura 8. Contraportada de la tercera edición, *La obsesión*, 1936

¹²³ Daniel Samper, *La obsesión* (Bogotá: Casa Editorial Cromos, 1926).



Fuente: Foto tomada por la autora. Biblioteca Pública Piloto, Medellín, Colombia, 2016.

La obsesión se desarrolla en La Sabana de Bogotá, y la acción transcurre en la hacienda de un hombre llamado Pedro, rico arrendatario que también tenía casa en la ciudad; había ido a Europa donde tuvo una vida de excesos eróticos y volvió a su país para buscar jóvenes “rústicas” con quienes saciar sus deseos. Cuando estaba un tiempo en la zona urbana, decidía volver a su hacienda y allí se aprovechaba de las mujeres, hijas o esposas de indígenas que le llamaban la atención sexualmente; satisfacía sus deseos por cualquier medio, llegando hasta la violación y calmando su conciencia al creer que era su propio derecho el quitarles la virginidad a las hijas de los estancieros, pues él era el amo y el dueño de la tierra y, por ende, de las personas que la habitaban. Los indígenas, con la idea de sumisión heredada, no podían hacer algo en contra de sus patronos ni de las reprochables hazañas cometidas en contra de las mujeres.

La protagonista es una mujer llamada Nieves, huérfana de madre y vivía con su padre Higinio, creyente fervorosa y desde pequeña era imaginativa, pues hacía sus propios juguetes, tenía una muñeca en la cual vertía todas sus tristezas y pesares, pues su padre, aunque la amaba, era adusto y callado con ella, a veces hasta cruel. Ambos eran indígenas y vivían en la hacienda estilo colonial “La Noruega”, que era de Pedro, el hombre rico.

La familia del dueño llegó en un diciembre y la empleada doméstica y cuidandera, Nicasia, no daba abasto con el trabajo a realizar, por lo que Nieves fue a ayudarlo; desde ese momento Pedro empezó a mostrar interés en ella, pero la muchacha no le prestaba atención, hasta que un día, él fue a la casa de Nieves aprovechando que su padre no estaba, y la forzó sexualmente violándola. De aquel acto nació un niño con severas discapacidades, no tenía ojos, era mudo e “idiota”, según se narra en la novela.

Higinio pensaba constantemente en la violación de su hija, pero sentía que no podía hacer nada porque el acto había sido llevado a cabo por el patrón, que tenía cierto derecho sobre las personas que vivían en la hacienda. Pedro años antes había violado también a la mamá de Nieves. Los habitantes de “La Noruega” sabían lo que hacía el hombre con casi todas las mujeres de allí, pero no realizaban ninguna acción en su contra porque sentían, como Higinio, que era su derecho de patrón el acceder carnalmente a las indígenas, así fuera por la fuerza. Entonces, el padre de Nieves tenía sensaciones contradictorias, a veces maldecía la herencia de servidumbre que le imponía su “raza” dominada durante cuatro siglos, pero luego pensaba que era un orgullo, de cierta forma, que el amo se hubiera fijado en su hija:

– No es justo, no, que el rico disponga así de las hijas de los pobres; pero, ¿quién va a cambiar las costumbres, que casi son ley? ¡Así hubiese sido otro el atrevido, y ya no estaría vivo!

¡Pero tratándose del amo!... Tratándose del amo, sobre el espíritu del señor Higinio pesaba esa resignación que, como un estigma, quedó en el alma indígena, esclavizada tan cruel y largamente por los conquistadores y encomenderos españoles. Servidumbre de cuatro siglos le fue transmitida con la sangre. (Samper, 1936: 38)

Tal conducta se daba también por el miedo a ser echados de la estancia donde vivían.

Son esas actitudes contradictorias las que evidencian las dinámicas que se llevaban a cabo por parte de los patronos, aprovechándose de que el dinero y el poder los amparaban en sus fechorías, así la justicia estaría de su lado y no de los indígenas pobres, que lejos veían el poder resarcir su herencia de esclavitud o cambiar la forma como eran vistos y tratados. Hay variadas menciones a la desigualdad “racial” que llevaba intrínseca una

diferencia de clase social, en la que los poderosos hacían lo que se les antojara a los indios y a las mujeres, sin tener acciones opositoras por el miedo que provocaba la falta de medios legales que amparara a las víctimas. Eran actos sufridos en silencio y, así mismo, aceptados, que daban tristeza y rabia, pero se mantenían sin modificación, pues esposos y padres tenían temor a perder lo poco que tenían, su lugar de asentamiento.

Posteriormente, Nieves se casa con un joven indígena, José Tobo, nacido en un lugar entre Paipa y Sogamoso, y quien había sufrido maltratos desde pequeño, sobre todo por parte de sus brutales padres. Su vida fue un constante sufrimiento y sus únicos amigos en la infancia, eran los animales, su perro Clavel –quien murió atropellado por un carro–, un gallo y un gato de ojos amarillos. Trabajaba tres días a la semana para el amo y dueño de la tierra donde vivían, y los sábados en ocupaciones que le imponía el alcalde, las cuales eran sin paga.

Más tarde, el alcalde lo envió al ejército para que reemplazara al hijo del sastre, hecho que da muestras de que los pobres no se escapaban del servicio militar, mientras a través de artimañas, los adinerados y de mejor posición social sí podían evadirlo. El muchacho se había ganado el desprecio del alcalde porque el hombre se interesó por la novia de José, y para saciar sus impulsos envió al joven lo más lejos que pudo. Así empezó a tomarles rabia a los corruptos mandones del pueblo y a incubar algunas ideas rústicas de resistencia.

En el batallón aprendió a leer, escribir y hacer cuentas, pero después de algunos años lo acusaron de robo y así lo despidieron. Su camino lo llevó a pedir trabajo en la hacienda de don Pedro donde conoció a Nieves, con ella se casó y tuvieron una hermosa hija, Antonia, que fue una sombra en la casa pues su belleza y perfección, contrastaban con el “hijo idiota” de Nieves y el patrón.

El matrimonio era exitoso al principio, pero con el tiempo José empezó a maltratar a Nieves y a dudar de ella por culpa de la violación que le había infringido Pedro años atrás. Los maltratos se hicieron reiterativos, los golpes y la violencia intrafamiliar empañaron la vida de Nieves, quien empezó a mostrar cierto interés por el “paisa” Teófilo, un hombre que había llegado pobre al pueblo y fue ganando dinero gracias a su espíritu de

comerciante, asociado con las personas procedentes de Antioquia. Así, se encontraba con él al lado del río y se besaban, Teófilo le coqueteaba constantemente, pero José no se dio cuenta de ello.

El esposo de la muchacha seguía manteniendo ideas de venganza e ira en contra de quien fue primero que él en la vida de Nieves, llegó incluso a culparla por la violación, hecho que lo enloquecía más y se le volvió una obsesión. Sus ideas de resistencia se enmarcaban por las tertulias y conversaciones a las que asistía en la taberna del pueblo, y que los hacendados y ricos de la zona, Serafín y Santiaguillo, despreciaban la actitud incorrecta de Pedro al aprovecharse de sus arrendatarios. También debatían sobre política y derechos, un mundo al que pertenecían los ricos y que era vedado para los indígenas, pero que llamaba especialmente la atención de José. De esta manera, el hombre no aguantó más sus inseguridades, la injusticia, desigualdad y odio hacia Pedro, su patrón, así que enceguecido por la ira, fue a su casa con la determinación de matarlo, pero el viejo ganó la lucha.

La novela enlaza, entonces, el tema de la violencia encarnada en el maltrato a los más desprotegidos, los niños eran golpeados brutalmente por sus padres, las mujeres eran maltratadas por sus esposos, sus padres y violadas por los patrones, que amparados por su posición hacían lo que les viniera en gana. Se muestra como una cadena interminable, una situación repetida durante siglos, que cambiaba en sus formas, pero no en su esencia.

Las reflexiones y devaneos, pensando en la injusticia, no solucionaban nada, pero la figura de José se erige como la de un vengador que trastocaría las relaciones de mando, llevando al menos al patrón a respetar y tratar de mejor manera a los indígenas, pero por un movimiento fallido murió a manos de Pedro, dando la sensación de que aquel orden injusto no iría a cambiar nunca, que el “blanco” siempre vencía al indígena. En la cadena de maltrato mencionada, ni siquiera los animales se salvaban, pues eran golpeados constatare y arbitrariamente, y su valor solo coincidía con el precio de venta.

Otro tema que atraviesa la novela de forma sutil es el progreso, cómo se entendía y vivía en aquella zona de La Sabana, siendo algo visto de una manera un tanto negativa por lo cual implicaba que no era precisamente: igualdad. Tal vez las personas accedían más

fácilmente a las nuevas teorías y grupos que proponían mejor trato para trabajadores y peones, pero el grado de analfabetismo era altísimo, por ejemplo, José era uno de los pocos indígenas de la hacienda que sabía leer, gracias a la instrucción que obtuvo en la milicia.

La educación no era para todos ni extendida, únicamente los ricos accedían al mundo privilegiado del conocimiento, incluso, la lectura en voz alta hecha por José a sus compañeros era vista con una fascinación casi supersticiosa; este hecho ensanchó más la división entre ricos y pobres o lo que es lo mismo en la novela, entre “blancos” e indígenas.

El progreso, entonces, no llegaba como un manto benéfico a cubrir a todos los habitantes de la zona con ilustración y mejor vida, era para las personas de las capas sociales superiores. Se narra el paso de uno de los primeros automóviles y que fue este el que atropelló al perro de José Tobo, cuando él era niño, como un preludio de las vejaciones que le esperaban el resto de su vida. Así mismo, el progreso encarnado en la actividad del nuevo médico del pueblo con medicinas y técnicas más avanzadas puso en entredicho la pericia de la curandera Crisanta y su negocio fue decayendo. En este sentido, el progreso beneficiaba solo a una parte de la población, que había nacido “entre sedas” y con beneficios de clase social alta, a la que pertenecían los “blancos”.

La situación de las mujeres se refleja en la novela y se narra de diversas formas, una de ellas y principal es el asunto de la violación, como un caso de opresión y maltrato hacia un grupo que se puede tomar como minoría desprotegida; así mismo el describir una sociedad machista con actitudes que se recrudecían más en el campo por el tosco habitar. Golpear a las mujeres era habitual y casi naturalizado, permitir las violaciones por alguien de una clase “superior” se había convertido en costumbre y el querer cambiar ese orden impuesto era visto como irracional, que no tenía que ver con lo que se acostumbraba desde hacía siglos. La igualdad era improbable, si no se daba entre los mismos hombres, no se podía dar entre mujeres y hombres.

La defensa de la situación a la cual se veían sometidas las campesinas pobres era mera retórica; Serafín y Santiaguillo estaban en desacuerdo con las acciones de Pedro, pero no hacían nada desde su posición, también privilegiada, para remediar el asunto, se

quedaban en críticas arrojadas al vacío. Acerca del engañar a las mujeres para acceder sexualmente a ellas se lee:

Eso [...] podría pensarse si el hombre y la mujer se hallaran en igualdad de condiciones. Si un tenorio de ciudad seduce y rinde a una mujer que ocupa su misma posición, que tiene educación suficiente y tal vez más talento – porque tengo observado que los tenorios de profesión suelen ser asnos completos– él no tendrá sino media culpa, pues la otra mitad corre a cargo de la mujer, por su falta de temor a Dios. Pero otro cuento es cuando escogen para saciar sus caprichos de bellacos ingenuas empleadillas de comercio, costureras [...]. Eso ya pasa a ser crimen. Todos sabemos lo que significa para una campesina el amo. Ahí entra ya el abuso de autoridad. (Samper, 1936: 131)

La novela es una crítica a la situación de desigualdad social, presente en los estratos y formas de poder dadas por el dinero, que, a la vez, se reproducían en lo “racial”, siendo los ricos personas relacionadas con lo blanco y vistas como superiores, y los pobres, en desventaja y como víctimas de los primeros “blancos”, a los indígenas que trabajaban en las tierras pertenecientes a aquellos ricos. Es una crítica a la colonización que dejó a los indígenas como aparceros y trabajadores, en condiciones de semi-esclavitud, de los poseedores descendientes de los conquistadores españoles.

Lo económico toma tinte “racial”, una lucha perdida desde el inicio por los indígenas, que se repetía innumerables veces y de diversas formas, cuatro siglos después del arribo de los europeos. Los indígenas, un grupo milenario al que la tierra debería pertenecerles por derecho de herencia, vivían “malamente” a la sombra de un patrón que los trataba como quisiera. Es la colonización vista desde su peor ángulo, de manera destructiva y sedienta de oro, mancillando tradiciones antiquísimas, religiones e ídolos; Tobo representaba a la “raza” vencida que en ese nuevo siglo (XX) estaba sedienta de sangre y venganza.

2.6 Cada voz lleva su angustia, Jaime Ibañez

La novela escrita por Ibañez,¹²⁴ es tal vez una de las más complejas en lo relacionado con el tema indigenista, pues se incluye una idea desarrollada del mestizaje, con personajes “blancos” en oposición a los indígenas nativos. Es sobre la pérdida de la tierra, pero no por

¹²⁴ Jaime Ibañez, *Cada voz lleva su angustia* (Bogotá: Antares, 1973). Edición que se citará en este trabajo.

culpa de invasores, sino por el mismo proceso de deterioro en la fertilidad del suelo, como una venganza silenciosa de la naturaleza. Se desarrolla en La Sabana, específicamente en Choachí y los protagonistas son indígenas, se narran las actividades diarias y la vida en comunidad. Los personajes negros son excluidos, ni siquiera se mencionan, pero hay profundas reflexiones sobre el carácter de mestizaje de las personas que habitaban la zona, aquellas que no eran propiamente indígenas y que, incluso, entraban a antagonizar.

Figura 9. Carátulas, *Cada Voz lleva su angustia*, 1973



Fuente: Foto tomada por la autora. Biblioteca Pública Piloto, Medellín, Colombia, 2016.

Desde el inicio de la obra, el autor aclara que no va a usar palabras deformadas por el uso diario que le daban al lenguaje los campesinos, porque quería alejarse de las novelas de tono costumbrista, las cuales recurrían al elemento del habla como una de sus características principales. Tampoco se interpone la idea de una lucha “racial”, sino que es diferente a las novelas de denuncia, se describe la vida comunitaria, las tradiciones y personajes de diversa índole, pero no la forma de explotación de un grupo por otro, aunque sí se muestran algunos aspectos de discriminación basada en ideas de “raza” y las diferenciaciones entre colectividades humanas que habitaban la zona. La novela al parecer obtuvo una buena acogida; publicada por primera vez en 1944, tuvo subsecuentes ediciones, entre ellas una en francés. La obra en castellano recorrió casi todo el continente americano.

Se presenta una comunidad indígena que vivía en la montaña, misma que estaba empezando a deteriorarse desde arriba hacia abajo y quedaba estéril, los primeros que se vieron afectados por la falta de producción fueron los que vivían en la parte alta de la montaña, iban muriendo de hambre o se tenían que enfrentar a abandonar sus hogares y buscar nuevas formas de sustento.

Los personajes principales se verán llevados a aquella difícil situación y a presenciar cómo iban desapareciendo sus alimentos en un proceso de deterioro, pero es el factor principal que sirve para mostrar las relaciones comunitarias de solidaridad que se entretejían entre quienes vivían en la montaña. Entre los protagonistas están: Jacob, un joven de 22 años, con tez morena, labios delgados, ojos negros, cabello lacio, que le caía sobre la frente y manos duras y encallecidas; era un trabajador de la tierra con la que sentía una estrecha intimidad, se le reconoce como un indígena.

Había un medio hermano por parte de la madre, Isidro, de piel blanca y ojos claros, con labios finos y tristes, como en un gesto de abatimiento; empezó a perder su sustento rápidamente, porque vivía en una parte alta de la montaña. Jacob vivía con María del Carmen, una joven de veinte años, indígena, hermosa, menuda, delicada, morena, con pómulos salientes y ojos negros brillantes. Era prima de Jacob e Isidro, pero vivía con el primero en una tierra que ella había heredado de su propia madre, cabe recalcar que no había una relación romántica entre Jacob y María, se querían con afecto filial y profundo.

Se describe, entonces, la relación con la tierra, una madre bondadosa que se iba desgastando y que estaba en conformidad con el alma de los indígenas que la habitaban, hasta quedarse desgarrada y sin posibilidades de continuar sosteniendo a sus “hijos”, los cuales iban adelgazando y muriendo de hambre, pues había algunos testarudos que se negaban a abandonarla por sentirla precisamente como eso, una madre que los había estado sosteniendo durante generaciones. Al respecto, se puede leer lo que Jacob, “Cob”, imaginaba que la propia tierra le decía:

¡Oye, Jacob! Todos los siglos sostuve tu sangre. Tú no lo sabes, criatura; miles, miles de años [...]. Qué hubiera sido de ti, de tu raza, si cuando destruyeron tu pueblo otras gentes poderosas, no hubiese tenido tu sangre este miserable regazo mío, estas colinas que hoy quieres abandonar. Cob, criatura, mi pequeño Jacob. (Ibáñez, 1973: 46, 47)

El párrafo anterior, tal vez funcionaba como una manera de acercar a los indígenas a la tierra, algo que se había creído y que está presente en las novelas con personajes de “raza” indígena, relacionados con la tierra y, en ocasiones, con lo salvaje, en oposición a los habitantes de los centros citadinos. Al respecto, en la novela se incluye el rasgo del mestizaje, que hace diferentes a los moradores del pueblo y a los de la montaña, donde se encuentran las narraciones y reflexiones más profundas y curiosas.

Jacob, al ver mermados sus alimentos e ingresos, decidió ir a vender leña al pueblo, lugar en donde lo maltrataban y se referían a él como “este indio”, de una manera despreciativa que desconcertaba y enfurecía al joven, sobre todo, porque podía reconocer en las personas que lo insultaban –que por cierto se creían blancas–, sangre indígena. A primera vista parecían vacíos, maltratadores y con una forma de ser “asquerosa”, actitudes repelentes, pero luego, analizando un poco más, veía en aquellas personas algo que les iluminaba y llenaba el corazón, un elemento indígena que lo acercaba a ellos, en quienes se libraba una batalla de dos sangres. Esa batalla era ganada por la “otra” sangre, la cercana a la “blanca”, que traicionaba y los volvía esquivos.

La idea de mestizaje funciona para abarcar a los pueblerinos o citadinos, y no precisamente para la blancura de la cual se ufanaban y con la que sentían que eran opuestos a los indígenas. La sangre ancestral corría por las venas de las personas de la zona, ignorar y tratar a los indígenas como inferiores, hacía parte de la traidora sangre “blanca”, pues no actuaba de la misma forma en los habitantes. Isidro, el hermano de Jacob era también un mestizo, pero criado con costumbres indígenas que lo alejaban de la desidia de los blancos, era un hombre humilde y trabajador, quien decidió quedarse en su parcela de tierra infértil, llegando a la desnutrición y que una pequeña herida se le infectara por no tener suficientes defensas; en él no había una disputa de sangre, pues se sentía indígena, así su piel lo definiera como mestizo.

Opuesto a Isidro era Nicolás, un hermoso niño mestizo que era cuidado por su presunto padre, Antonio, apodado “Ferro”, un indígena no muy atractivo, pero con un alma pura y acomodada. Era amigo de Jacob e Isidro y estaba interesado sentimentalmente en María. Cuando “Ferro” cumplió 21 años lo reclutaron para el servicio militar, la vida en la

ciudad lo endureció, se casó con una mujer “blanca” llamada Clementina, que lo engañaba con otros hombres. Al enterarse, Antonio se fue con Nicolás nuevamente al campo. La figura del niño demuestra que, en la novela, se trata lo “blanco” como enemigo y opuesto de las personas indígenas; el niño es una personita compleja, desde el principio se muestra agresivo, solitario, maltratador de animales y de personas, no ayudaba en las labores del hogar, era callado y hermoso.

En el padre y el hijo se encuentra el contraste, Nicolás hermoso por fuera y monstruoso por dentro, Antonio, no tan bello por fuera, pero sí hermoso por dentro. Nicolás se narra con una constante lucha interna, dos fuerzas querían predominar en él: la malvada con toda criatura viviente, y una buena, parecida a la de su padre y que en ocasiones de bondad lo hacía parecerse a él. Es un personaje complejo, pues los indígenas mostrados en la novela están llenos de bondad, orgullo y amor a la tierra; mientras tanto, Nicolás está entre dos mundos, la ciudad –de su madre– y el campo –de su padre–; lo blanco y hermoso de su cutis, con lo indígena de su padre Ferro; la bondad de este y lo malévolo de su interesada madre. En este sentido, el niño es una transición, un punto medio que no sabe hacia dónde inclinarse, tal vez más desposeído que los indígenas con su tierra infértil; así mismo, Nicolás se sentía poco amado e incapaz de amar.

Posteriormente, María y Jacob se van a vivir con Antonio que los acoge en su hogar, después de que Cob obligara a María, con una bofetada, a aceptar el ofrecimiento del enamorado “Ferro”. Mientras tanto, Nicolás se fue haciendo amigo de Isidro y le ayudaba, aunque con un placer escondido, que era verlo sufrir por su herida infectada. María se muestra como una figura similar a la bíblica, no solo por su nombre, sino por ser una mujer virginal en la cual se sentían apoyados quienes la rodeaban, como una madre; así mismo, hay una consonancia en la descripción de la mujer con la tierra, “Era una mujer y su instinto le decía que frente a la tierra estéril, ella era una fuerza fecunda. Había entre la tierra y la mujer una contradicción constante en este sentido” (Ibáñez, 1973: 72).

María sería la salvadora, la luz en la oscuridad y la esperanza en el hogar, lo que puede darnos a entender la situación a la cual estaban obligadas las mujeres, desde su

nacimiento, sobre todo las más pobres que no accedían a la educación. María dejó que su primo, quien representaba al hombre a cargo de ella, la mandara y la golpeará.

Las similitudes con los relatos bíblicos no se dan únicamente en el personaje de María, pues la misma narración incluye el nombre de Jacob, que puede corresponder con el pasaje del Génesis, en donde Jacob se casaba con su prima Raquel a cambio de laborar las tierras que algún día habitaría, como herencia de ella. En la novela, la tierra que trabajaba Jacob era de María, pero ellos no se casaron, por el contrario, el primo abandonó a la muchacha para ir a buscar mejor fortuna en los Llanos Orientales.

Entonces, las enseñanzas bíblicas se entrelazan en la narración a través de los personajes, con la idea de labrar la tierra habitada, y las mujeres en una posición determinada, principalmente, para el servicio de los hombres, contrastando con las visiones tradicionales del rol de las mujeres en una sociedad patriarcal. En la novela no se recurre a una reivindicación profeminista, por el contrario, se resalta el deber familiar de las mujeres.

La reivindicación puede encontrarse por el lado indigenista, bondadoso y cercano a la tierra habitada, además de compasivo y colaborador con sus semejantes. Opuestas eran las personas “blancas”, habitantes del pueblo o ciudad, lugares más modernos y diferentes a la montaña en donde desarrollaban los indios su diario vivir. Se entiende que aquellos “blancos”, que se preciaban de ser completamente diferentes a los indígenas, eran realmente mestizos y que sus diferencias no eran tan grandes, tal vez lo que los hacía más fríos, distantes y vacíos, era el habitar en la zona urbana. Las diferencias raciales no son grandes, pero sí las culturales, esos “blancos” son descritos como seres sin alma. La “raza” se usa como comunidad indígena, como una patria a la que se debe ser fiel, lo mismo que a la tierra en donde habitan.

Podría decirse que la novela se enmarca en la idea de nación-patria mestiza, pero entre lo blanco y lo indígena. No hay mención a elementos o personas de color negro que resultan invisibilizados, un diálogo de “Ferro” con el médico del pueblo trae a colación la idea de patria mestiza:

- No sé. Es difícil decirlo. No por ser un hijo sino por ser de quien es. Usted sabe. Nosotros allá en la colina somos indios, puros indios, tenemos nuestra comunidad, nuestro cabildo, nuestra organización.
- Había oído algo.
- El muchacho es un elemento extraño. Tiene otra sangre que le pelea dentro, que le contradice y le ha hecho así, hosco, triste, incomprensible. Además es una mala sangre, doctor, verdaderamente mala. Fue un error inmenso de mi parte –bebió de nuevo—Y lo he pagado caro.
- Isidro también es blanco.
- Es mestizo. Pero de otro modo. Su madre era india; la madre de Cob. Una mujer muy bella y muy buena. Ahí está Jacob; no podrá decir que no es un hermoso joven. Pero el padre de Isidro era un hombre blanco. Tenía algún dinero y trató de radicarse aquí en las colinas pero seguramente previó lo que iba a suceder y un buen día se fue y nadie volvió a saber de él.
- Creo que lo natural entre nosotros es el mestizaje –dijo el médico—. Es lo que debe favorecerse y propagarse. Olvidarse de que lo indio es malo y torpe, como cree la gente –bebió—. Hay que decirle que tienen una cultura india que explica y respalda todo lo que no se puede explicar de otra manera. Que respete esa cultura y la ame.
- ¿Usted es mestizo? – preguntó Ferro.
- No sé. Seguramente sí. Casi todos tenemos algo. Pero hablemos de su tierra que ahora se está acabando. (Ibáñez, 1973: 85, 86)

De esta manera, el mestizaje era la mezcla racial que debía propagarse en la nación, con elementos indígenas importantes, sobre todo en las formas culturales, zanjando las diferencias entre quienes se creían “blancos” y los nativos, manteniendo amor por aquella patria en donde habitaban y que, precisamente, se volcará ese sentimiento a la historia y héroes nacionales, como un elemento aglutinador.

Es una descripción idílica de convivencia entre “razas” las cuales diluiría las diferencias y las dificultades, pero que es ensombrecida por los sucesos del final de la novela, pues el joven Nicolás cede a su impulso “malvado”, que le viene por parte de su madre mestiza, provocando una tragedia que marcaría la vida en la desgastada montaña. “Ferro” y María se quedan solos en su casa, como una esperanza de lucha por la tierra que nunca acabaría, un reclamo hacia el poco espacio y posibilidades que tenían los indígenas de la zona.

CAPÍTULO III

BESADOS POR EL SOL. NOVELAS DE “NEGROS” Y SOBRE “NEGROS”

Edmund Stephen Urbanski¹²⁵ explica que la temática negra no es nueva en Hispanoamérica, pero sí sufrió un descuido histórico. Remonta sus menciones hasta el pasado colonial, pero reconoce que empezó a tomar fuerza en la modernidad a partir de las Independencias, cuando en la literatura se empezó a notar una sociedad multirracial, aunque para el siglo XIX y primeras décadas del XX quienes escribieran sobre “negros”, fueran en su mayoría autores criollos y mestizos.

En el siglo XX el tema empezó a cobrar importancia, siendo Bernardo Arias Trujillo con su novela *Risaralda* uno de los primeros en retomar la importancia literaria, cultural y folklórica en la novelística negra. Obras como la anterior tuvieron resultados significativos, pues para la década de 1940, autores “negros” empezaron a escribir novelas con conciencia “racial”; en esto, según menciona Urbanski, influyó también la corriente indigenista, que se pronunciaba contra la violencia y abusos de índole racial.

Así los escritores “afrohispanoamericanos”, como los denomina Urbanski, se enfocan principalmente en el tema “negro”, aunado a la tradición de la novela regional y costumbrista, adentrándose en la idiosincrasia “negra” porque están unidos a ella, y no quedando descrita esta de forma superficial, como puede ser el caso de novelas sobre “negros” no escritas por personas “negras”, con énfasis en las relaciones de carácter “interracial” y un tono de protesta social.

Nina S. de Friedman y Jaime Arocha¹²⁶ mencionan el “afrocriollismo” como un fenómeno de toma de conciencia sobre lo “negro”, logrando resonancia en el campo literario, siendo los “negros” protagonistas y autores. Recurriendo a la figura de Jorge

¹²⁵ Edmund Urbanski, “Tres novelas negras hispanoamericanas” (Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, vol. II, 1971, pp. 747-756), https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/aih_ivb.htm

¹²⁶ Nina Friedman, Jaime Arocha, *De sol a sol. Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia* (Bogotá: Planeta, 1986).

Artel, poeta afro de Cartagena del siglo XX, los autores señalan que “encarna la búsqueda de la afirmación étnica del hombre negro latinoamericano” (Friedman, Arocha, 1986: 44). Así mismo, Artel inició un reclamo de derechos sociales, políticos y culturales que continuaron autores “negros” como Arnoldo Palacios, con *Las estrellas son negras* y su descarnado realismo denunciatorio. Así, se fortaleció el movimiento “afrocriollo” en la literatura, reforzándose el orgullo de ser “negro”. La década de 1940 funcionó como palestra para afirmar la presencia “negra” en los ámbitos académicos e investigativos.

En el presente capítulo se recurrirá a novelas escritas por personas afro y sobre afros, publicadas entre 1920 y 1950, época en la cual se encontraba un poco invisibilizada la cuestión negra por estar de moda el indigenismo, como se vio en la parte anterior. La cantidad de novelas es menor, se recurrirá a cinco obras sobresalientes, ya sea por la fama de sus escritores o por la repercusión de las mismas.

Los temas centrales van desde la subordinación a otros grupos sociales o “razas”, el trabajo duro, la huida, el hambre y la miseria, la idea de superación y las relaciones con otras “razas”, tema recurrente que también hace uso del pasado para señalar las diferencias de castas y cómo incidía en la posición social. La reivindicación se da desde reconocer –en los afrodescendientes– una lucha constante y que, desgarrados y alejados de su tierra ancestral natal, han sido valiosos por su trabajo duro.

El título elegido en esta parte funge como un pequeño homenaje a una de las obras más importantes y reconocidas hasta el momento: *Las estrellas son negras*,¹²⁷ de Arnoldo Palacios que trata sobre las diferencias sociales y “raciales” en un entorno pobre y un tanto hostil. *Risaralda*¹²⁸ de Bernardo Arias Trujillo, recurre a la fundación de este lugar para explicar una historia folklórica y con gran colorido, en donde los protagonistas son negros fugados de patrones y amos blancos.

De Manuel Zapata Olivella, un reconocido autor colombiano afrodescendiente, se estudia la novela *Tierra mojada*,¹²⁹ que trata sobre una población negra con sus costumbres

¹²⁷ Arnoldo Palacios, *Las estrellas son negras* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010).

¹²⁸ Bernardo Arias, *Risaralda* (Bogotá: Alma Máter, 2010).

¹²⁹ Manuel Zapata, *Tierra Mojada* (Bogotá: Iqueima, 1947).

diarias y formas de trabajar la tierra. *El hombre bajo la tierra*¹³⁰ es una novela de José Antonio Osorio que narra la vida de los mineros negros, con el trabajo rudo y peligroso en las minas en que se desarrollaba su diario vivir, las formas de ayuda y comprensión entre ellos, así como ciertas reminiscencias la obra más famosa de la época, *La vorágine*, con el argumento de naturaleza explotada que se venga de quienes la maltratan.

La bruja de las minas, obra de Gregorio Sánchez Gómez¹³¹ narra la historia de una mujer que perdió todo por culpa de compañías que se querían apropiarse de su hogar, y cómo se fue transformando mentalmente hasta llegar a ser una bruja que desarrollaba su diario vivir en una zona minera: Remedios (Antioquia) ayudándole a las personas “negras” que requerían sus servicios, pero con un odio acérrimo por los hombres “blancos”, causantes de su desgracia.

3.1 *Las estrellas son negras*, Arnoldo Palacios

Figura 10. Carátula de la edición del 2010



Fuente: banrepcultural.org

¹³⁰ José Osorio, *El hombre bajo la tierra* (Bogotá: Oveja Negra, (s.f)).

¹³¹ Gregorio Sánchez, *La bruja de las minas* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010).

La novela del chocoano Arnoldo Palacios¹³² cuenta con una curiosa coincidencia, pues la terminó de escribir en Bogotá el 8 de abril de 1948 y se quemó con los disturbios del día siguiente, 9 de abril, en un movimiento conocido en la historia como “El Bogotazo”, donde muere el caudillo liberal, Jorge Eliécer Gaitán, hecho que recrudecería los episodios de violencia partidista que se estaban dando en el país desde años anteriores. Palacios tuvo que reconstruir su novela en dos semanas, lo cual logró gracias a su buena memoria. La entregó a Clemente Airó, de la revista *Espiral* y fundador de la editorial *Iqueima*.

En 1949 se publicó *Las estrellas son negras* con un tiraje de quinientos ejemplares, posteriormente se tradujo a varios idiomas y obtuvo nuevas ediciones en Colombia, incluso, en años recientes como homenaje al autor, quien murió en 2015.

Antonio Cruz Cárdenas,¹³³ describe que la novela de Arnoldo Palacios no tuvo el impacto que debía por la época en que fue publicada, pues ocurrió en el prelude del recrudecimiento de La Violencia partidista en Colombia, y aunque funciona como un valiente relato sobre las condiciones de vida de “la raza” negra que habitaba en el departamento del Chocó, su realidad se sentía lejana a la del resto del país. De la novela, se ha mencionado que conserva su frescura, tal vez porque las condiciones del Chocó no han cambiado mucho, así como las de la “raza” negra en gran parte del territorio colombiano, sobre todo en el lugar del que procede la obra, que funge como una descripción certera, pues se cree que, incluso, conserva parte autobiográfica.

El Chocó ha sido una zona de disputas, “en tensión y conflicto con sus procesos más profundos y los sujetos que lo animan”,¹³⁴ además, ha estado bajo una marginalidad social y académica hasta años recientes, cuando coincidieron fenómenos globales sobresalientes, como el ambientalismo y el multiculturalismo.

¹³² Arnoldo Palacios, *Las estrellas son negras* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010). Edición que se citará en el capítulo.

¹³³ Arnoldo Palacios, *Las estrellas...* 24. Cita inserta en el prólogo de la edición de 2010 de la novela, en homenaje hecho por el Ministerio de Cultura de Colombia.

¹³⁴ Oscar Almario, *Hacia un nuevo siglo XIX del noroccidente colombiano*, t.3, *El Chocó en el siglo XIX: encrucijada histórica, social, territorial y conceptual* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2015): 35. Tomo que brinda valiosos aportes sobre la historiografía chocoana y la historia de la región desde su colonización.

Oscar Almario explica que desde el siglo XIX, viajeros y geógrafos resaltaron las riquezas de la región, pero poblada por indígenas y negros, caracterizados como inferiores, imaginarios que perduraron en concordancia con las ideas del determinismo geográfico y en la mente del muy reconocido geógrafo Agustín Codazzi; el pensamiento de una avasalladora, rica y hermosa naturaleza, contrasta en las descripciones con la condición de miseria de sus habitantes; explicaciones hechas para el siglo XIX y que pueden encontrar alguna resonancia con la situación narrada por Palacios en el siglo XX, en el año 1949; aunque sin ver en los habitantes negros seres “inferiores” y poco civilizados, como era la creencia extendida del siglo XIX, marcado por ese determinismo geográfico, en el que la población y sus capacidades eran acordes al ambiente en que vivían.

Contrario a lo anterior, se muestra al protagonista de la novela como un joven con deseos de superarse y sortear los obstáculos que se le presentaban, su nombre era Israel y lo apodaban “Irra”, la narración trata sobre él en la cotidianidad del lugar donde vivía, Quibdó, con sus casas y habitantes miserables.

Aunque al principio parece una novela de denuncia de desigualdad, sobrepasa la idea de diferenciación por la “raza” a la que pertenecen los personajes, puesto que el estado de miseria los asolaba a todos; tanto “blancos” como negros sufrían por no satisfacer sus necesidades básicas, lo que no lleva la novela por los caminos de una batalla “racial”, sino más bien, un reclamo por el abandono en que el gobierno central mantenía a los chocoanos. La pobreza los cobijaba a todos, aunque se ensañaba más en unos que en otros, las cocinas destartaladas son una muestra: “en la orilla derecha veían la ciudad de Quibdó, con una profusión de puntales esqueletudos sosteniendo las cocinas de las casas. Sí, las cocinas destartaladas de las casas de los negros y los blancos” (Palacios, 2010: 32).

Israel era muy pobre, la novela se centra en sus múltiples necesidades, pero sobre todo en el hambre que aguantaba junto con su familia, lo cual le hace cuestionarse sobre el estado de diferencia en que se encontraba respecto a otras personas del pueblo, imaginándose que era de índole “racial”, en el sentido en que él pensaba que los antioqueños y los sirios eran los que tenían mejores posibilidades y estatus económico en la zona, así como que eran “blancos” los que estaban en el poder público, rabia que impulsará

algunos de sus actos y luego le hará caer en la cuenta de que la pobreza era general, que sus reclamos deberían ir dirigidos a un gobierno central, casi siempre sordo a las necesidades de sus habitantes, sobre todo de los que vivían en zonas periféricas del país.

En este sentido, hay similitudes con otras novelas que se produjeron durante la época estudiada y que sirven para entender la ineficacia de las políticas estatales, el brazo protector del Estado no era para todo el país, indígenas, negros y personas pobres estaban para hacerle frente a un sinnúmero de tragedias, preludiadas desde *La vorágine*, dando a entender la inmutabilidad de la situación y que era similar en muchas zonas colombianas, más de lo que se podría creer.

Israel era un joven chocoano huérfano de padre, vivía con su madre y sus hermanas en una mísera casita que ni siquiera tenía baño, la pobreza los conducía a aguantar hambre, a comer una vez al día alimentos deficientes y pocos, el recuerdo de una comida abundante le aguaba la boca a Irra, mientras sus entrañas se retorcían del hambre que aguantaba el día en que transcurre la narración. La crudeza y realismo de las descripciones dan a entender y a abrazar los sufrimientos del joven, sentir tristeza por sus necesidades y reflexiones y, a la vez, tener cierta rabia por la situación.

Irra inicia el día intentando pescar algo para compartir con su familia, pero sus esfuerzos fueron infructuosos, lo que le llena de rabia y lo lleva a reflexionar sobre la injusticia que era casi divina, su madre trabajaba duramente todo el día como lavandera, pero no les alcanzaba ni siquiera para comer, estaban soportando hambre y carecían prácticamente de todo, la muerte se le presentaba al joven como una salida rápida.

Nuestro protagonista había accedido a la educación básica y soñaba con continuar sus estudios, pero por las mismas injusticias no pudo acceder a una beca, culpaba de esa situación a los blancos que eran cercanos a los poderosos o lo eran ellos mismos. Tampoco podía tener un trabajo que le garantizara el sustento diario, los porteros de los hoteles e instalaciones eran “blancos” o negros cercanos a ellos. La situación no tenía solución para Israel, por lo que pensaba en marcharse a trabajar a otros lugares, ciudades con fama de tener opciones de vida laboral para quienes lo necesitaran, una de ellas era Barranquilla, así escapaba de ese infierno de pobreza que lo acechaba a él y a su familia.

Entonces, las respuestas que buscaba el joven son extremas, la muerte o alejarse para siempre de su lugar de nacimiento, pues pocas oportunidades tendría él en la vida. Pero había accedido a algo de educación, lo que le daba una pequeña esperanza, el hecho se reflejaba en que sabía leer y escribir, además no hablaba de la misma forma como lo hacían los habitantes del Chocó, marcados por la cotidianidad, Irra procuraba usar bien el idioma, como algo que lo separara de esa masa llana de pobreza y, en algunos casos, de ignorancia.

La narración de sucesos abarca medio día y una noche en la vida de Irra, se describen sus sentimientos y frustraciones, con rabia, hambre y necesidad. Las calles del Chocó y el diario vivir de los habitantes muestran de una manera descarnada, sin limitaciones románticas, sino con realismo hiriente, la situación que afrontaba la región en la época. Hay moscos, heridas abiertas y alimañas, no tiernas lágrimas de enamorados al leer poemas tristes; tal como señala Raymond Williams,¹³⁵ esta novela del gran Cauca es una toma de conciencia social opuesta al paradigma anterior, que era *María* de Jorge Isaacs (1867), de la misma región.

Las estrellas son negras presenta personajes empujados por pulsiones físicas y con emociones contradictorias, rabia, ira y, a veces, compasión por sí mismos y por los demás, una toma de conciencia sobre la desigualdad, que no se queda únicamente en el señalamiento de las diferencias tendientes a lo étnico-“racial”, sino que, siguiendo la interpretación de Williams, podría extenderse al ámbito de la humanidad sobre todo si se reflexiona sobre la opresión a la que se ven sometidos unos grupos humanos respecto a otros, por factores sociales, económicos o de clase. En este sentido, la crítica llevada a cabo por Arnoldo Palacios sigue vigente, aunque en 1948 esta hubiese estado encarnada en la población que habitaba el Chocó y que protagonizó la novela de Palacios.

El realismo de lo físico es, entonces, opuesto al amor idílico y marcado por emociones románticas en *María*, con amantes que tuvieron una relación idealizada y no llevada al plano del contacto físico, interrumpido por la muerte de la joven que deja al protagonista absorto en la tristeza. En la novela de Palacios, con índole social, el “cuerpo” protagoniza las acciones, y aunque hay reflexiones profundas y narraciones de las

¹³⁵ Raymond Williams, *Novela y poder...* 224-228.

situaciones y sentimientos que atravesaba Irra, son aquellas acciones, llevadas al plano físico, lo más determinante. El amor aparece cercano a la preocupación y la impotencia de no poder hacer nada por su familia en ese momento, en no tener qué comer ese día, el sentimiento de hambre y miseria está en los personajes que se encuentra Israel en su camino, a veces siente odio por sí mismo y rabia por sus hermanos de “raza” que no progresaban y se dedicaban a mendigar, sucios, harapientos, heridos y paupérrimos.

No hay espacio para el amor idílico, el peso de la realidad abruma con sufrimientos a los personajes, hay pulsiones físicas, deseos de poseer a las mujeres sexualmente, pero también contención, no todas las acciones son llevadas a cabo. La realidad terrible los avasalla y desborda, las posibilidades de ascenso social y cambio son nulas, el instinto de supervivencia predomina en los personajes. Pero Irra tiene mucho orgullo, que no le permite desfallecer y que ve mancillado al tener que pedir fiado a los tenderos de la plaza de mercado del pueblo, lugar que se muestra como un purgatorio en el que vivían inmersas las personas que allí trabajaban.¹³⁶

Una mujer en embarazo y en estado de desnutrición se lamentaba de que en el hospital no hubiese cupo para los pobres, el olor a comida y putrefacción se unían, pues el alcantarillado estaba deteriorado y traspasaba al pueblo con olores desagradables, los moscos tenían festines en las vitrinas y en las heridas de los enfermos. Irra no pudo pedir fiado, su orgullo le ganó, ser pobre era terrible y él lo sentía hasta en los huesos; pero esto no era suficiente para el joven.

Arnoldo Palacios nos muestra que por culpa de la necesidad se intercambiaban favores sexuales por dinero, la primera mujer con la que intentó estar sexualmente Irra fue una prostituta de Antioquia, que estaba contagiada de sífilis, él quería “poseer a una blanca”, tal vez con deseos de reivindicarse en su propia “raza” y situación desprotegida.

El intercambio sexual se extendía hasta a los muchachos, pues don José el “sirio”, un hombre presuntamente bueno, se aprovechaba de su ventaja económica para acceder sexualmente a los jóvenes necesitados, Irra se acercó a su casa para pedirle dinero y salió de ella con dolor anal, escozor y lo inundaban las lágrimas de vergüenza, que le recordaban

¹³⁶ Figura literaria similar a la que usa Seymour Menton para explicar *La vorágine*.

que estaba en el mundo para sufrir, sin merecer tales injusticias. El joven buscaba dinero para poder huir de aquel purgatorio, que no infierno, en el que vivía y buscar otras ciudades para trabajar y poder ayudar a su familia, que estaba pasando hambre. Irra era tan pobre, que, incluso, su orgullo se lo quitaron.

El sentimiento de venganza funciona como llama encendida para impeler a Irra a buscar acabar con la desigualdad por medio de actos violentos y el impulso de matar al intendente –un blanco–, como medio de mejorar la situación, fracasa estrepitosamente y sale herido de la casa del hombre. Preámbulo de la Violencia son noticias que venían en el periódico *El Tiempo*, uno de los más populares del país y que llegaba desde Bogotá hasta Chocó; Irra veía que era un periódico muy bonito, nada parecido al que se publicaba en el pueblo, con columnas bien delineadas y caricaturas.

Se leían noticias sobre disturbios en Barranquilla, choques con la policía, saqueos y muertes, que seguramente tendrían repercusión en Bogotá y Medellín. Se incluía una noticia sobre Jorge Eliécer Gaitán, haciendo alusión a su oratoria y discurso populista que no les gustaba a los liberales porque los atacaba y tenía tintes “nazifascistas”, muchos redentores habían recurrido al pueblo oprimido para servirse de él en épocas electorales.

En el pasaje se pueden notar algunos aspectos llamativos, la lectura en voz alta como algo propio de sociedades con rasgos de oralidad, pues no todos los habitantes habían accedido a la educación y pocos sabían leer, es interesante que se quedaran perplejos y sumamente concentrados al lado de quien leía, que para resaltar su importancia fue llamado “hombre-lector” en la novela, aunque su figura física también resalta: era un hombre negro que tenía la nariz y los pies heridos, llenos de moscos y manchas sanguinolentas, posteriormente se suicidará volándose la cabeza con un torpedo.

Hay referencias a los problemas y diferencias entre los partidos políticos, se hace un llamado, por parte de los liberales columnistas de *El Tiempo*, a unirse sin distinción de ideología política, en contra de la amenaza que representaba el radicalismo del caudillo Gaitán, que prometía dar el poder a la “chusma desarrapada y miserable” (Palacios, 2010: 76); lo cual da a entender que en los puestos políticos no había cabida para las

reivindicaciones del grueso poblacional, gente pobre y con pocas posibilidades de mejorar su situación.

La alusión a las ideologías más nuevas llegadas al país, como el comunismo, se ven recibidas con poca gracia, pues suponían un peligro para la propiedad privada, pero aquellos pobres no tenían nada para que les quitaran e, incluso, así se quejaban de la gravedad que supondría un líder comunista; el pensar y discutir sobre política como una opción del día a día, aunque no hicieran parte de ella, es muestra de la penetración de aquellos discursos político-sociales en la población de todas las clases, como un preámbulo a la situación que se recrudecería con la muerte de Gaitán, la Violencia partidista entre liberales y conservadores, luchas centradas en las diferencias ideológicas.

El periódico incluía una noticia sobre el linchamiento de un negro, que llamó la atención de Irra, haciendo referencia al racismo llevado al extremo de la intolerancia y la muerte:

Nueva York. Febrero 25. u. p. –Linchado un negro en Macon, Ga., a eso de las cuatro de la tarde. Horrenda carnicería hicieron de él. Parecían quererle comer la carne caliente. “No me despedacen”, gritaba. “Soy inocente [...]”. No se había registrado un linchamiento en que la pasión humana manifestara semejante salvajismo. Otras informaciones agregan que se verificaron choques sangrientos entre negros y blancos durante cuarenta y cinco minutos. Se acusa al Ku-Klux-Klan. (Palacios 2010: 75, 76)

Sirve para entender la potencia del problema racista, como una denuncia de la situación a la que se podía ver enfrentada la población afrodescendiente en un mundo desigual, en el cual unos se creían superiores a otros por el simple color de piel, en el que la diferencia física marcaba el lugar social de las personas y donde los negros eran excluidos o maltratados, aun después de abolida la esclavitud, por representar una diferencia con las élites dominantes. Llama la atención que Palacios recurriera a anotar que era un caso que se dio en Estados Unidos, donde el racismo de principios del siglo XX llevó a actos severos en contra de la población negra.¹³⁷

¹³⁷ Kenneth Little, “Raza y sociedad”, en *El racismo ante la ciencia moderna. Testimonio científico de la UNESCO* (Vizcaya: Liber, 1961): 59-110.

Los artículos periodísticos no fueron realmente publicados por el periódico *El Tiempo*, que era el más famoso en la zona de Chocó en que se desarrolla la novela, sino que fue el mismo Palacios quien redactó, con el estilo imperante del momento, los artículos que lee el joven Israel. En una entrevista, Arnoldo Palacios confirmó que él lo había escrito y que por eso no estaba en los periódicos de la época, que quería reproducir fidedignamente la atmósfera sociopolítica que se vivía en el país, dando peso al testimonio histórico que puede representar *Las estrellas son negras*.¹³⁸

Por lo anterior, Irra era únicamente un joven negro que vivía a orillas del río Atrato, sufriendo por no suplir las necesidades básicas propias y de su familia, pero encarna la situación de los sectores marginados y pobres que poco pueden hacer por mejorar su situación, en un mundo desigual que los obligaba a permanecer subordinados y minoritarios; Palacios hizo una denuncia, no únicamente de una circunstancia dada por el color de piel como garante de políticas excluyentes, sino de las diferencias entre poseedores y desposeídos, injusticias ancestrales que se van manteniendo con el tiempo y que cambian en sus formas, pero no en su esencia.

Aunque no hayan claras batallas de índole “racial”, sí hay diferencias de estatus y formas de comportarse de las personas de acuerdo con su color de piel, el aparentar era importante en aquella zona, los “blancos” se creían cercanos a las esferas del poder y al buen acceso económico, hacían fiestas y bailes a los que únicamente invitaban a los otros blancos del pueblo y a los negros adinerados, que accedían al tipo de vida que se podría creer más elevado en Quibdó, con actividades culturales de reunión. Era sabido que muchas veces quienes hacían esos bailes, no tenían ni para comer; lo substancial era guardar la apariencia de poder y de diferencia, así se mantenían con buen estatus en el pueblo.

“Blancos” y negros sufrían las mismas necesidades, sus cocinas y casas eran destartaladas, sus lechos inermes y pobres, solo que algunos preferían mantener la apariencia de estabilidad que los diferenciara de la masa de pobreza. Lo importante no era tener, era dar la sensación de que estaban bien económicamente, que la situación social que

¹³⁸ Arnoldo Palacios, entrevista por Juan Pablo Angarita, Banrepublica.org, agosto de 2011, <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biblioteca-afrocolombiana/las-estrellas-son-negras-afro/multimedia/entrevista>

se veía en el Chocó era lejana para aquellas personas que se acercaban a la pretendida “superioridad” blanca, en oposición a los negros indiferenciados en sus necesidades. Se describe el espacio de la ciudad como un lugar en donde las obras públicas brillaban por su ausencia, las enfermedades se propagaban por doquier y las personas morían de hambre sin ser atendidos en el hospital, debido a su pobreza. La misma ciudad era pobre, la injusticia cubría a todos como un manto.

En los devaneos de Irra y sus múltiples pensamientos como búsqueda de mejorar su situación, de que sus cuatro hermanos y su madre lavandera tuvieran algo que comer, decide irse del pueblo, no sin pesar, pero antes, en la noche, pasa a casa de Nive, su amiga mulata de 14 años, para despedirse; hay una reflexión por parte del protagonista:

De continente apartado por océanos vinieron hombres blancos, desembarcaron con las manos vacías, zapatos rotos, ropa deshecha por el viento y la sal de los mares. E instalándose en cualquier pueblucho comenzaron a trabajar. Levantaron el primer tinglado, bajo el cual fundaron hogar. Y fue la madre una mujer negra, pobre, analfabeta, de estirpe igual [...]

Irra auscultaba en estos instantes en el fondo íntimo de su corazón inundado de la angustia del mensaje de las sangres: Nive era la naturaleza humana salvaje, más la sangre exótica, civilizada y dinámica. «Yo el negro de aquí. Ella la mulata». La voz de la tierra le gritaba a Irra acerca del imperio de la fusión de las sangres. Y, como en película proyectada lentamente, le mostró concretamente las casas de los extranjeros, con mujeres negras como la madre de Irra y como la madre de Nive [...] Y unos hijos mulatos. Casa donde se vivía en orden y no faltaba el pan. Donde vibraba la alegría en torno a la mesa. (Palacios, 2010: 121)

Se introduce la idea de la mezcla “racial” que produce a los mulatos, conservando rasgos de ambos antecesores y refiriéndose al factor “negro” como “salvaje”, en oposición a lo exótico, civilizado y dinámico, que correspondería a lo “blanco”; así no hay una idea negativa de la mezcla “racial”, sino que se ve como una forma de mejoramiento de las familias, lugares alegres en donde las necesidades se sorteaban de la mejor manera. Irra piensa en Nive de una manera sexual, y en la casa de ella, al momento en que el joven va a despedirse, ocurre una situación llamativa, Nive estaba pálida y medio dormida, era hermosa, con pestañas y cabello oscuro en bucles, que caía por sus hombros.

Irra tenía un presentimiento horrible de que ella iba a morir, pero estaba embargado de impulsos sexuales por Nive y terminan teniendo coito, perdiendo ambos su castidad y sirviendo como una despedida, pero por parte de la muchacha, que muere en la noche, aspecto que puede entrelazarse con el romanticismo decimonónico, en el que la mujer que sirve como pareja para el hombre, irremediamente muere. Irra, pierde el barco y no logra irse de su pueblo, lleno de barro logra salir del río con un sentimiento de amor y purificación, incluso, de libertad.

Entre los rasgos culturales y de creencias, se tiene una amplia gama de agüeros y supersticiones, muy propios de culturas orales si se siguen los planteamientos de Walter Ong,¹³⁹ culturas en las cuales se les da un peso importante a las palabras como hacedoras de acciones. Un ejemplo que puede observarse en *Las estrellas son negras*, es que Irra, aun habiendo accedido a la educación básica y la cultura escrita, pensaba que con unas palabras, un “secreto para enamorar” que le había vendido un campesino, podía rendir a Nive de amor por él recitando una especie de “hechizo” que sería efectivo. También hay creencias en espantos y en la transformación de personas en animales, pero todo con una ferviente creencia en el catolicismo, mezclando diversos mitos populares.

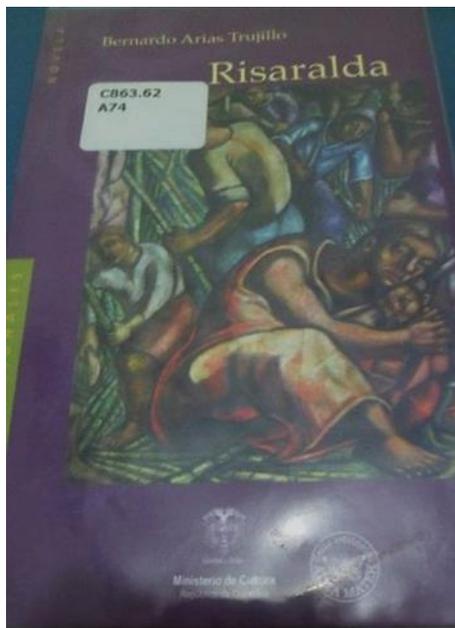
La “raza” en la novela está encarnada por personajes negros, Palacios quiso evidenciar la población chocoana negra en la novelística caucana, que poco había tratado sobre los afrodescendientes libres. El sentido del término “raza” se usa poco en la novela, pero tiene un sentido de grupo étnico, al que el protagonista pertenece y a veces desprecia por su oposición a los blancos ricos; aunque también veía en ellos, los negros, hermanos de “raza”, por lo que sentía que debía haber una especie de unión con la finalidad de ayudar y socorrerse ante las injusticias y necesidades.

Los “blancos” no se tratan como “raza”, sino únicamente como personajes que, creía el protagonista, obtenían todo lo que los pobres del pueblo no podían tener como: becas, trabajos y comida, entre otras prebendas. Un grito en contra de la desigualdad y de la discriminación, en contra de aquellos que se aprovechaban del pueblo llano y nunca le retribuían nada.

¹³⁹ Walter Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006).

3.2 *Risaralda*, Bernardo Arias Trujillo

Figura 11. Carátula de la edición del 2010, *Risaralda*



Fuente: Foto tomada por la autora.

Biblioteca Efe Gómez, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2016.

La novela de Bernardo Arias Trujillo¹⁴⁰ fue publicada por primera vez en 1935, generando polémicas por tratar temas que eran tabú para la época de su publicación, incluso, el escritor, Arias Trujillo, era en sí mismo bastante contestatario y relacionado con el liberalismo populista, por lo que –en su propio partido– no era bien visto.

En esta obra se relata la fundación y poblamiento del valle de Risaralda por parte de negros libertos y fugados que iban allí para huir de los blancos, preludiando, desde el inicio, un antagonismo de carácter “racial” bastante fuerte. Fue escrita por el autor como un homenaje a la “raza” negra que huyó en búsqueda de su libertad y planteada como una narración apta para llevarla al cine, introduciendo los personajes principales, las secuencias y el decorado (la película no se ha hecho hasta el momento).

¹⁴⁰ Bernardo Arias, *Risaralda* (Bogotá: Alma Máter, 2010). Edición que se citará en este texto.

La novela fue influenciada por el estilo del criollismo, como se puede leer en el prólogo a la edición del 2010, encontrando consonancias con *La Vorágine* de José Eustasio Rivera, que como ya se ha visto, fue la obra más importante de inicios del siglo XX en Colombia. Así mismo, variados elementos presentes en la obra de Rivera pueden verse reinterpretados por Arias Trujillo, quien intentó visibilizar a la comunidad negra en la novelística y aunque adolece en mostrarlos desde fuera, con estereotipos frecuentes en la cotidianidad, no se presentan como una masa indiferenciada.

La figura de Bernardo Arias Trujillo es en sí misma curiosa, hasta el momento no se ha esclarecido la causa de su muerte, que al parecer se dio por su adicción a la morfina,¹⁴¹ llevándolo a un deceso prematuro a los 34 años, en la plenitud de su carrera literaria. Las décadas han ido apaciguando el impacto de su obra, pero se hacen esfuerzos por revivir novelas tan importantes como *Risaralda*.

En *Risaralda* se asiste, en una similitud con *La vorágine*, a la exaltación del espacio, no siendo enteramente geográfica pero sí dándole importancia al lugar en que se desarrollan los hechos; así que no se toma el espacio geográfico como escenario parco de un mero acontecer, por el contrario, el ambiente y el lugar influyen en las personas, las descripciones detalladas y, al final, la inundación que limpia el poblado, son una narración en “cámara lenta”¹⁴² del espacio y la intervención de la lluvia, al igual de cómo quedó el lugar salvado de las personas que lo habían explotado.

En este sentido, la naturaleza es una madre vengadora, visto también en la novela de José Eustasio Rivera, pues proveía a sus habitantes de lo necesario, pero con la incesante explotación y el acelerado poblamiento se vio afectado el lugar natural, llevando a que al final ocurriera una especie de venganza por parte de la propia naturaleza mancillada. Las descripciones espaciales son amplias y adornadas con epítetos grandilocuentes de belleza inconmensurable, el valle de Risaralda, al cual llegan los negros libertos, se convierte en algo querido, con dinámicas propias y alejadas de lo “blanco” que es su opuesto, pero que

¹⁴¹ Albeiro Valencia, *Bernardo Arias Trujillo. El intelectual* (Manizales: Centro Editorial Universidad de Caldas): 129.

¹⁴² Raymond Williams, *Novela y poder...*183. Usa la referencia a la “proyección en cámara lenta” de la inundación.

luego los alcanzará y les quitará aquello que habían obtenido, en el contexto de la “colonización antioqueña”.

La novela cubre dos generaciones, desde que el valle se empieza a poblar por los negros que buscaban su libertad y huían de las instituciones propias de los “blancos”, sus costumbres y leyes. Por ejemplo, el primero en pisar el lugar fue Salvador Rojas, un negro que iba huyendo de una de las guerras civiles, en el siglo XIX, lo que da a entender que eran usados como carne de cañón para las guerras en donde pocos beneficios obtenían para ellos mismos y sus necesidades.

Como en otras novelas de la época, se nota el desprecio por la ley y la indiferencia frente al gobierno central, que poco es mencionado. Lo que sí es evidente es el antagonismo de carácter “racial”, dado entre negros y “blancos”, aunque no se oculta el elemento indígena, tomado como parte de sincretismos culturales formadores de la comunidad que fue naciendo en el valle de Risaralda.

El primer negro en llegar se instaló y fue a buscar amigos de Cartago, también negros, para poblar el valle; aunque la tierra le pertenecía a Hersilia Sánchez por derecho de herencia desde el “colonijaje” (Arias, 2010:34), ella dejó que se instalaran los nuevos habitantes y pronto se llenó de mulatos caucanos, negros de Marmato (municipio minero del actual Caldas), zambos de Antioquia y al poblado se le puso como nombre “Sopinga”, una palabra usada propiamente por los negros y que demuestra la efectiva ocupación del lugar por este grupo de personas, que iban a intentar construir una forma de identidad y vida nueva.

La ocupación fue marcada por el deseo de libertad y el acaecimiento de algunas tragedias, pero buscando evadir la tiranía “blanca”, personas que habían llegado a vivir al valle, o sus ancestros inmediatamente anteriores habían sido esclavos, maltratados y explotados por los “blancos” y venidos del trabajo minero. Pacha Durán, una de las fundadoras y figura principal en la novela, era de Cartago, no sabía quién era su padre, pero

su madre era una esclava que la trataba cruelmente, por ello se fue para Antioquia a trabajar en las minas, pero como el “patrón” la maltrataba, decidió fugarse y llegó a Sopinga.¹⁴³

Pacha Durán era la mujer más rica del poblado y tenía una fonda donde se celebraban las fiestas semanales, cascarrabias, avariciosa y siendo joven era bella, ya atardecida y entrada en años engordó bastante; su preocupación más grande era su hermosa hija Carmela, más conocida como “La Canchelo”, a quien quería ver casada con un blanco rico y no con un negro de Sopinga, lo que contrariaba a los habitantes del valle, porque aparecía nuevamente la idea de que todo lo que le pertenecía al negro iba a parar finalmente a los blancos.

El texto es una resonancia de la idea anteriormente mencionada, y aunque pueda ser un pretendido homenaje a la vida de los negros que se merecían la libertad, cae en el tópico de mostrarlos siempre como descendientes de la institución esclavista que los minimizaba como personas y los hacía opuestos a lo “blanco”; los personajes se van relacionando con el concepto de esclavitud y una diferencia “racial” que los conducía a ser peones de sus enemigos o doblegar su orgullo frente a ellos.

Finalmente, la comunidad cae en manos de los colonizadores antioqueños que cambian el nombre negro del valle por el insulso “La Virginia”, la elegía de Bernardo Arias Trujillo logró rescatar los personajes negros en la literatura, que poco se habían tratado como agentes libres y no dependientes de los “blancos”. Entonces, aunque quisieran alejarse de las normativas de sus enemigos, ellos finalmente llegan a invadir, ocupar y transformar el espacio que los “sopingos”, por años, habían adecuado a sus necesidades. Los “blancos” llegan con signos y elementos de progreso y arrasando el espacio natural y la vida “primitiva”¹⁴⁴ que habían construido los negros en su idílico pueblo.

La narración de la novela es de un estilo modernista, con descripciones densas y un peso importante del espacio agreste en el que acaece la narración, además es crítica con el

¹⁴³ Actualmente La Virginia municipio del departamento de Risaralda.

¹⁴⁴ Bernardo Arias se refiere a la vida de los negros en Sopinga como “primitiva”.

progreso que implicaba la colonización antioqueña. Según Albeiro Valencia Llano,¹⁴⁵ investigador de la vida y obra de Bernardo Arias Trujillo, el escritor hacía parte de una corriente denominada “grecoquimbayismo” que se dio específicamente en Caldas entre 1920 y 1950, departamento del que era oriundo Arias.¹⁴⁶

Al parecer, aquella corriente era un modernismo tardío y se vio empujada por el protagonismo político que tenían sus integrantes, el mismo Bernardo Arias Trujillo participó como diplomático con el cargo de Secretario General en la Legación de Argentina y estuvo pendiente de puestos públicos cuando el partido liberal llegó al poder en 1930. No le fue posible acceder a ningún cargo, pues como ya se ha mencionado, su liberalismo crítico y populista no era muy bien visto; contrario a eso, recibió más ayuda del lado conservador, donde tenía amigos en la extrema derecha, siendo Silvio Villegas y José Camacho Carreño algunos de los más cercanos, quienes eran reconocidos miembro del grupo “Los Leopardos”, el cual fungió durante la década de 1920 como una agrupación de jóvenes residentes en Bogotá, quienes tenían intereses en la extrema derecha y que influyeron en el partido conservador y su posterior desmembramiento.

Raymond Williams¹⁴⁷ señala que Arias Trujillo siguió la tradición estilística de Tomás Carrasquilla, escritor antioqueño que en su obra se recurre al “criollismo antioqueño” resaltando la vida cotidiana y comunitaria, con cierta tradición de “igualdad” muy propia de la literatura de esta región, y aunque hay antagonistas, vistos como personajes que ponen en peligro la libertad igualitaria de la zona, debe reconocerse que es una novela atípica, al tener como centro la vida de los negros y no de los mestizos o indígenas, dando a entender que son un grupo susceptible de novelar y llevar a la ficción, teniendo en cuenta sus formas de habla y estilo de vida.

¹⁴⁵ Roberto Vélez Correa, *Bernardo Arias Trujillo. El escritor* (Manizales: Universidad de Caldas, 1997); Albeiro Valencia Llano, *Bernardo Arias Trujillo. El intelectual* (Manizales: Universidad de Caldas, 1997). Los aspectos biográficos de Bernardo Arias Trujillo son tomados de ambos textos.

¹⁴⁶ En las divisiones de las novelas por regiones colombianas, hecha por Raymond Williams se toma a Caldas como perteneciente a “Antioquia la Grande”, pues la separación del departamento de Antioquia se dio entre 1905 y 1908, durante el gobierno de Rafael Reyes. La división territorial fue hecha con el propósito de evitar levantamientos de caudillos. Al respecto ver: Humberto Vélez, “Rafael Reyes: Quinquenio, régimen político y capitalismo (1904-1909), en Álvaro Tirado, *Nueva historia de Colombia. Historia política, 1886-1946*, tomo I (Bogotá: Planeta, 1989): 187-214.

¹⁴⁷ Raymond Williams, *Novela y poder...* 183.

Con esto último se recurre a un rasgo importante y llamativo de la novela, pues los personajes principales son propios de la cultura oral, personajes fuertes en consonancia con la tierra y alejados de la cultura escrita, con estilos de vida particulares que se convirtieron en normas de la zona. Era una forma de vida agreste, la brutalidad y violencia estaban al orden del día y acorde con descripciones realistas, alejadas de los personajes, y narrados de una forma puramente literaria, son feos o bonitos, amables, brutos o crueles. Entonces, las descripciones idílicas corresponden al espacio geográfico y a la vida en libertad, más no a los personajes.

La forma de vida en la comunidad estaba mediada por espectáculos violentos, se describe que la riña era la diversión y que un hombre, si huía de una pelea o no había asesinado a nadie, era despreciable, lo que lleva a entender que hay una idea innata de “salvajismo” y agresividad en las personas negras del campo; según el autor, en Sopinga había criminales peligrosos que huyeron de la ley, por lo que no era un lugar apto para “blancos civilizados”; dando a entender que ellos podían ser más débiles físicamente que los negros, o que simplemente, un lugar agreste no era acorde con personas venidas de sitios con costumbres “civilizadas”.

Semanalmente había bailes para los cuales las mujeres se engalanaban con sus mejores atuendos y peinados, los hombres se arreglaban e iban bien vestidos; el licor y la danza de talante exótico y sensual eran comunes, además de las peleas. El lugar al que concurrían era la fonda de Pacha Durán, y las fiestas que allí se daban fueron famosas durante mucho tiempo.

Para “obtener” a una mujer, el hombre debía hacerlo peleando contra un adversario y ella aceptaba al ganador como su pareja, las peleas eran por lo general con machete, instrumento importantísimo para las faenas diarias y la colonización que pobló el valle de Risaralda, Sopinga. Las mujeres eran sumisas y obedientes, el matrimonio no era usual entre los negros de la zona y el maltrato hacia el género femenino era una costumbre aceptada, las mujeres trabajaban durante toda la semana, como una de las pocas ideas de igualdad entre ambos sexos.

Respecto al trabajo, en la novela se mantiene un argumento según el cual las personas negras tenían una “pereza incorregible” y eran dadas al consumo de licor, aunque las mujeres eran trabajadoras. Así mismo, se hace referencia a que el lugar tenía:

Hedor de negredumbre, pero excitante y afrodisiaco. [...] El puerto es un manicomio y arde en fogatas de lascivia y todos expresan su entusiasmo con gritos de alegría brutal y animalizadora, y con esa barbarie espontánea que tiene la efusión de las razas primitivas. (Arias, 2010: 80)

Es de notar que algunas de las características mencionadas sobre los afrodescendientes, corresponden a las propias del determinismo geográfico decimonónico, además de tener en escalas de valoración a las “razas”, con un relato de “salvajismo” cercano a la animalidad, a los grupos étnicos “primitivos”, o sea, los diferentes a lo “blanco”. Tal vez el autor da cuenta del tipo de prejuicios y creencias “raciales” para la época en cuestión, o quizás sea una forma de sátira social a aquellas, lo cual, conociendo su ideología contestataria, no sería de extrañar, aunque sea más factible que lo único escandaloso en la novela fuera el tema de la cotidianidad en una comunidad negra, tratado con naturalidad, incluyendo la sexualidad y la lascivia.

Se cuenta en la obra con la idea de que los negros extrañaban su lugar de origen, hay constante referencia al pasado étnico de esta población, señalando la esclavitud como el más importante, algo que casi que llevaban en la sangre, como un lastre difícil de arrancar. Así mismo, las descripciones hechas por Arias Trujillo los acercan a la naturaleza, tal vez enmarcando un estado de “salvajismo”, consonancia con elementos naturales, árboles y algunos animales. También incluye una relación al relato bíblico de la maldición de *Cam*, conocido como patriarca padre de la “raza oscura”.

Entonces, da la sensación de tratar a los afrodescendientes como despatriados, alejados y arrancados de su lugar de origen e insertados en otro por medio de la violencia esclavista, esto los convertía en seres tristes, que enmascaraban aquella tristeza con “alegría cimarrona”; una reflexión que, para la época, servía como reivindicación de quienes habían sido ultrajados durante siglos. Así mismo, con la abolición de la esclavitud, los negros pudieron “diseminarse” libremente por todo el territorio, aumentando el crisol “racial” al

mezclarse con “blancos” e indígenas, regándose por el país como el color sepia, aunque seguían teniendo el grillete de un pasado de servidumbre, el cual es recalado en la novela.

Es constante la relación al pasado de esclavitud de los negros y las trazas de tristeza y melancolía que en ellos dejaba, vertidas en canciones y ritmos que les recordaban su pena de esclavos y el maltrato recibido por sus ancestros y por ellos mismos; se incluye la *Canción del boga ausente*¹⁴⁸ como un llamado a la tradición negra, por contar con un oficio muy propio de aquella población en siglos anteriores. Así, se delineaba una determinada forma de ser de los “sopingos”, que era ajena a personas de otros lugares y grupos étnicos, eran opuestos a los “blancos” y las personas que vivían en zonas urbanas, lugares en los que no tenían cabida sus costumbres, tradiciones y cotidianidad, que era más acorde a espacios montunos, cercanos a la pura naturaleza.

Lo común era el trabajo semanal, sobre todo de las mujeres, para los fines de semana estar en la fonda de Pacha Durán, bebiendo y compartiendo; la oralidad impera, rasgos de cultura escrita son de poco notar; únicamente cuando el autor se eleva en reflexiones y odas a los elementos que conformaban la vida diaria de los campesinos, como: poncho, carriel, aguardiente, machete y música tocada con tiple, entre otros.

El segundo momento narrativo cuenta la llegada de los colonizadores antioqueños a Caldas, quienes iban llevando los rasgos de modernidad y cambio con ellos, dominando la selva un tanto agreste y eliminándola, para formar ciudades y espacio urbano en el cual habitar. Los responsables de las gestas eran precisamente personas “blancas” quienes entraron con violencia a arrancar lo que habían construido los negros, aunque se logra ver que aquellos “blancos”, gente de “buena” cuna y sangre “limpia” buscaban imponerse nuevamente, como siglos atrás, frente a los negros; el líder de la gesta era Francisco Jaramillo Ochoa, que curiosamente, respetaba a las personas negras en su diario vivir.

¹⁴⁸ Candelario Obeso, “Canción del boga ausente”, *Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango, Banrepublica.org* <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/musica/cantostierra/cantostierra5.htm>

“A los señores Rufino Cuervo y Miguel Antonio Caro

Qué triste que está la noche; La noche qué triste está, No hay en el cielo una estrella. ¡Remá, remá!/ La negra del alma mía, Mientras yo briego en la mar, Bañado en sudor por ella, ¿Qué hará? ¿Qué hará?/ Tal vez por su zambo amado Doliente suspirará, O tal vez ni me recuerda.., ¡Llorá! ¡Llorá!/ Las hembras son como todo Lo de esta tierra desgraciada; ¡Con arte se saca el pez Del mar, del mar!.../ Con arte se ablanda el hierro, Se doma la mapaná... ¿Constantes, firmes? ¡Las penas! No hay más, no hay más.../Qué oscura que está la noche, La noche qué oscura está, Así de oscura es la ausencia. Bogá, bogá!”

El cambio de nombre de “Sopinga” a “La Virginia”, es una muestra del predominio que adquirieron los invasores. Lo “blanco”, que tantos odios despertaba en los habitantes iniciales del valle de Risaralda, que despreciaban con fuerza y ahínco, se fue imponiendo lentamente, mientras que la naturaleza era arrasada. Los negros se acomodaron a esa fuerza de mando, pero las diferencias y odios permanecían latentes.

A la llegada de los colonizadores se suma, en ese momento narrativo, el arribo de Juan Manuel Vallejo, un joven “blanco” proveniente de Manizales, de buena estampa, aventurero, sentimental, poeta y mujeriego, amansador de potros y mujeres, audaz y musculoso. Contaba con 26 años, tenía cabellos de color miel, blanca cutis, ojos azules, dientes blancos y un colmillo de oro, era de “buena cuna” y había huido de su casa debido a la rigidez de la educación de su padre, había estudiado, pero la vida de las letras no eran lo de él y se aburrió, por lo que decidió alejarse de su hogar e ir a andar por el país, llegando a lugares agrestes que irían modelando su forma de ser.

Juan Manuel llegó a La Virginia en época decembrina, cuando los festejos eran constantes, al ver bailar a “La Canchelo” quedó prendado de ella, su belleza, gracia y hermosura. Como preludio de una joya que le será robada a los negros, ella bailó con Manuel y empezó a sentirse atraída por él, aunque se mostraba altanera y esquiva.

Pacha Durán, que soñaba ver a su hija casada a la “manera de los blancos”, permitió que Carmelita “La Canchelo” bailara con Juan Manuel, que era un joven “blanco”. Ella se había esforzado toda la vida para que su hija tuviera una posición estable y dinero, y así no tenía que verla casada con algún “negro vulgar del puerto, ordinario y despreciable” (Arias, 2010: 161), dando a entender que la exclusión por motivos “raciales” no era únicamente por parte de “blancos” contra negros, sino que algunos negros no confiaban en su propia etnia, llevando a recelos e inconformidades por parte de los habitantes de la zona, que veían a Carmelita como un orgullo propio por su belleza, y que tendría que quedarse con alguien de allí mismo, aunque no acostumbraran casarse.

Tal vez “Pacha” lo que veía con malos ojos era las propias costumbres que ella vio durante gran parte de su vida y la formación de Sopinga, no queriendo que su hija se fuera a

vivir con un hombre sin casarse o, simplemente quería que Carmelita, su hermosa hija, se casara con un “blanco” que la igualara en estatus social.

Los negros del pueblo vieron con malos ojos al recién llegado Juan Manuel Vallejo, por ser un “blanco” y provenir de la “raza” que ellos despreciaban, además porque se fijó en Carmelita, la más hermosa de las mujeres del poblado; así empezaron a dudar más de las intenciones de Juan Manuel, pues para ellos no era posible que un “blanco” se enamorara sinceramente de una negra, se acercaba a ella con intenciones turbias y no de amor abnegado por no ver en ellas a unas iguales respecto a la “raza”; tal vez pensaban aquello por haber visto casos similares en el pasado, porque simplemente se deshonraba la mujer negra y el “blanco” se iba, o se veían completamente desiguales a su antagonista, tal vez inferiores. Intentaban convencer a Pacha de que no alentara los amoríos en los jóvenes, pero ella no cedió y permitía que su hija y Juan Manuel se acercaran.

Haciendo ecos de la oralidad, como una forma “criollista” de deformación de las palabras por el uso de los campesinos, Bernardo Arias anota un diálogo frecuente con Pacha y los negros que se oponían a la relación de Carmela y Juan Manuel:

— ¿Cómu es posible, comadre Pacha, qui usté eje engañá la niña por un cochino blanco que a lo mejó solo quere desgraciála, pa en después dejála com’un trapo viejo? [...] Yo no intiendo cómo la virtù dí una negra se puede guardá pa un blanco bandido. La negra es pal negro, comu el agua pal pescao, sin matrimonios ni náa, que entre negros todo sobra. ¿Aloye? (Arias, 2010: 265, 266)

La mezcla “racial” entre negros y “blancos” representaba una traición al grupo de ébano, pues de sus antagonistas no se podía esperar nada bueno, pues siempre buscaban quitarle al “negro” todo lo que poseyera. La cultura oral permanece presente en la novela hasta el final, sus personajes son duros y curtidos por la vida campesina y las faenas diarias, el estudio tal vez es visto como una señal de debilidad.

El romance entre los jóvenes fue progresando y Carmela quedó en estado de preñez de Juan Manuel, que no tenía muchas ganas de casarse, pues en el pasado había tenido un matrimonio con una mujer negra y ella murió, al igual que su hijo. Estaba enamorado de Carmelita, pero no sentía la necesidad de casarse, aspecto que le daba la razón a los negros que se oponían a la relación. Uno de los pocos amigos que hizo Juan Manuel fue Desiderio,

un negro que se sentía contrariado por aquella situación y le reclamaba al joven por no casarse o “juntarse” con Carmela, diciéndole que para los “blancos” los negros únicamente servían como mulas de cargas y para desgraciarles a las mujeres.

Pese a lo anterior, Juan Manuel fue ganando fama, pues gracias a haber viajado por los Llanos y diversos lugares del país había adquirido experiencias que le servían para vivir en aquel medio agreste y un tanto hostil. Enlazaba ganado, bailaba, ganaba en enfrentamientos de trovas y era buen peleador; cualidades valoradas por los “sopingos”.

Juan Manuel era un hombre muy valiente, tanto que logró vencer a Víctor Manuel Restrepo, “Víctor Malo”, un cuatrero de Anorí, Antioquia que tenía mala fama, pero aun así era respetado, su vida era una leyenda, una especie de Robín Hood que le robaba a los ricos, pero nunca a los pobres, a quienes incluso les ayudaba. Era “blanco”, ni alto ni pequeño y con ojos de simpatía, malvado y peleón desde chiquito, atravesado y siempre salía airoso de las dificultades, lo que servía para acrecentar su celebridad. Juan Manuel y Víctor “Malo” se ensartaron en una pelea, saliendo vencedor el primero, pero con una herida que lo dejó en cama durante varios días; Carmelita lo visitaba y cuidaba con devoción, más porque sentía que él pronto la abandonaría y ella estaba completamente enamorada de él, entregada en cuerpo y alma, como una esclava feliz de servir a tan hermoso señor.

Posteriormente, cuando ocurrió la inundación de 1915 que lavó y purificó la zona, en un acto con reminiscencias a *La vorágine*, dado por una madre naturaleza que se cansó de maltratos y explotaciones, se inundó el valle, con el agua llevándose todo a su paso; incluso Juan Manuel murió montado en su caballo, intentando ensartar un toro para quitarle los gusanos. Murió en su ley, aquel joven tan admirado y amado por Carmelita, que se sintió aliviada porque él, finalmente, no la dejó.

La “raza” se usa en el sentido de diferenciación por el color de piel, las costumbres y las posibilidades sociales. Es así, la negra tomada como principal, aunque siendo subyugada al elemento “blanco”, pero con unas costumbres propias, violentas y ancestrales, cercanas a lo salvaje en el relato de Bernardo Arias. Son los mismos negros el elemento

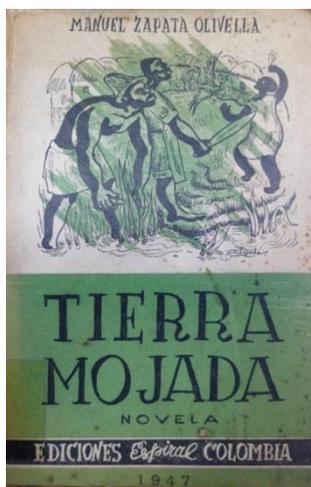
“racial”, pues, aunque hay “blancos” y se mencionan indígenas, el apelativo de “raza” se describe para referirse a los negros protagonistas de la obra.

El ancestro de esclavitud africano se menciona constantemente, “La Canchelo” es una muestra de ello, pues se sentía diferente e inferior a Juan Manuel por este ser blanco y ella una “pobre negra” que no lo merecía, dando cuenta de las profundas desigualdades sociales e, incluso, en los imaginarios de las personas sobre la “superioridad” de quienes se sentían “blancos”, algo interiorizado y que se replicaba en las capas sociales campesinas.

El progreso era únicamente dado por el ingreso de la modernidad en forma de autos, puentes y construcciones, acordes con el momento de expansión y auge cafetero, del que fueron escenario las regiones colonizadas por antioqueños, principalmente Caldas y Risaralda. En ese mundo no tenía cabida la vida paradisiaca –y casi armoniosa– de los negros que huyeron de los “blancos” para formar su amada Sopinga. Ellos serían barridos y ultrajados como lo fueron durante siglos por los “blancos”, quienes nuevamente ganaban una batalla “racial” siempre desigual, en la cual los negros perdían todo, hasta sus mujeres les eran arrebatadas.

3.3 *Tierra mojada*, Manuel Zapata Olivella

Figura 12. Carátula de la 1ª edición, 1947



Fuente: Foto tomada por la autora. Biblioteca Pública Piloto, Medellín, Colombia, 2016.

Novela de Manuel Zapata Olivella¹⁴⁹ publicada por primera vez en 1947 por la editorial Iqueima, su escritura se hizo en los años del peregrinaje del autor por América, como una gran aventura en la cual Zapata Olivella decidió salir a conocer el mundo, incluso, caminando bajo el sol y la lluvia, en Centro y Norte América; el autor no dejaba de escribir la novela y mejorarla; finalmente, fue publicada y una posterior edición salió en 1972, de la editorial Bedout.

Manuel Zapata Olivella es tal vez uno de los autores afros más reconocidos en el país, fue médico, antropólogo, folclorista y escritor, sus años de peregrinaje se dieron entre 1943 y 1947, de los cuales obtuvo numerosas experiencias, siendo preso en varias ocasiones, lo que llevo a que se enterara de las condiciones a las que eran expuestas las personas afrodescendientes a causa del racismo. En sus obras se exaltan la identidad negra colombiana, la dignificación de la negritud y los orígenes míticos ancestrales presentes en las creencias yorubas.¹⁵⁰

Zapata Olivella era oriundo del departamento de Córdoba, la novela *Tierra mojada* está ambientada en él, específicamente en el municipio San Bernardo del Viento, a orillas del río Sinú, donde una comunidad de mulatos, o sea, la mezcla entre “blancos” y afros o negros, se dedicaba a la siembra del arroz, en casas muy cercanas al río, que se convierte en el escenario principal, determinante de las acciones de los personajes que desarrollaban sus vidas en torno a la agricultura.

No es precisamente una novela geográfica, pero el espacio es importante, al igual la naturaleza y sus ciclos, en aquella comunidad campesina ribereña, era garante de la organización de la vida cotidiana, con dinámicas propias de la siembra, cultivo y recolección del arroz. Los personajes introducidos en la novela son mulatos, aunque también hay negros, siendo uno de ellos el enemigo principal de la comunidad, por su avaricia y el quitar las tierras de siembra comunitarias para anexionarlas a su finca. También se mencionan personajes indígenas, amigos de los protagonistas y en los cuales

¹⁴⁹ Manuel Zapata, *Tierra Mojada* (Bogotá: Iqueima, 1947). Edición que se citará en el texto.

¹⁵⁰ William Atehortúa, *Zapata Olivella, Manuel*, Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango, Banrepublica.org <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/manuel-zapata-afro>

era notorio su ancestro aborigen por los rasgos del rostro, pues había mezcla entre indígenas y negros.

La obra cubre dos generaciones y la narración inicia con la preocupación de perder la tierra, pues al no ser propia sino una especie de “invasión”, por medio de leyes podía ser expropiada. Hay diversos temas y tramas que van desde la discriminación hasta la organización comunitaria de los pobres para exigir los derechos, además del amor y la injusticia, críticas al Estado central y a la preferencia que tenía la ley por favorecer a los ricos. Jesús Espitia, el enemigo principal en la narración, era un hombre negro quien se fue enriqueciendo a través de artimañas y de despojar de las tierras a los campesinos, a través de dudosos métodos como el endeudamiento y leyes que, él decía, le favorecían, aunque se sabía que, por ser rico, en el pueblo le permitían hacer cuanto deseara.

Un tema recurrente en esta y las novelas indigenistas, es el problema de la tierra, evidenciando las relaciones entre poseedores y arrendatarios, que estaban sometidos a una especie de esclavitud contraída por deudas y por la necesidad de estar en una vivienda; salarios bajos y vejaciones eran una constante, además, las mujeres estaban expuestas a las violaciones de los patronos que se creían dueños de las personas.

El primero en partir de la zona que le arrebató Espitia, según el orden de la novela, fue Gregorio Correa “Goyo”, un negro sembrador de arroz que tenía dos hijos: José Darío, de diez años y Rosa Aura, una pequeña con paludismo. La esposa se llamaba Estebana Segura, mujer costeña, con cabello largo y grueso que revelaba su ancestro indígena, tal vez caribe. Ante el peligro que acarrearía para su familia el exponerse a los despojos y maltratos de Jesús Espitia, decidió marcharse y armar un “rancho” a orillas del río Sinú, para continuar su vida de agricultor junto a su familia, que le ayudaba en las labores cotidianas. El lugar al que llegaron lo denominaron “El seco”, porque estaba en una orilla del río. Se marcharon animados por las injusticias y porque no querían entregar a su hija, Rosa Aura, a Espitia en un futuro. Pronto empezaron a llegar más personas despojadas a “El seco”, preferían ir hacia una vida incierta que la esclavitud que suponía su vida de arrendatarios.

Otra actividad mencionada y que puede ser relacionada con *La vorágine*, es la extracción de mangle para la venta de leña y corteza a “gringos”, una forma de contrabando

no regularizada por el gobierno central, debido al abandono en que se encontraba la zona; las leyes no alcanzaban a toda la población, mucho menos a los pobres, y las zonas periféricas estaban olvidadas, a disposición de los apetitos voraces de los extranjeros, algo similar a la icónica novela de Rivera, donde los caucheros pasaban su vida en la extracción de siringa.

Los gringos explotaban a los cortadores de mangle, pagándoles una miseria por canoa llena de leña; eran odiados por la población, vestían overoles azules como sus ojos y se sabía bien de las irregularidades en los pagos a los trabajadores, el hambre empujaba a los lugareños a negociar con los “místeres”, personas que despertaban odios, incluso, con índole “racial”.

El peso de la “raza” en la novela es dado para los habitantes negros y mulatos que aparecen, y a pesar de ser una palabra poco mencionada, se usa como una forma de diferenciación étnica que lleva implícitas desigualdades sociales y económicas, también se incluye una palabra que puede funcionar como sinónimo de “raza”: estirpe, para relacionar a las personas que conformaban alguna comunidad.

El ancestro antiquísimo es referido a la vez como “raza olvidada”, haciendo alusión al trabajo de alfarería de los campesinos, que tenían en sus manos un saber tradicional heredado, precisamente, de las “razas olvidadas”. En el crisol étnico de la zona en que se desarrolla la novela incluye mestizos, herederos de “blancos” e indígenas, que descendían de personas en afán de conquista (“blancos conquistadores”), dejando a su paso la sangre mezclada, parecida a la pura en los rostros que se tornaban rojizos por el trabajo duro. También se mencionan indígenas, señalados con rasgos “aborígenes preñados de melancolía”, contrastando con los pícaros ojos de los negros y mulatos; se da a entender que confluyen varias “razas” en aquella zona.

Los negros son relacionados con el pasado de esclavitud y la lucha constante por sobrevivir, una “raza” vejada durante siglos, lo cual tenía consecuencias en sus descendientes en forma de amargura y trabajo duro; el problema era que continuaban siendo tiranizados, pero ellos, con ese ánimo de pelear por lo propio, no desfallecían y buscaban nuevas formas de organizaciones para exigir los derechos de los que eran

garantes; un paso lento pero diciente, en el cual los pobres y las clases sociales bajas conocidas como “perrata”, un término despectivo para referirse a la mayoría de la población, lograban acercarse a la igualdad.

A la pobreza se sumaba el maltrato por no ser poseedores y por ser, precisamente, negros, pero con una buena orientación por parte de alguien letrado quien quería ayudar a mejorar la situación. Los trabajadores lograron –a través de efectivas maniobras– que sus sueldos fueran aumentados; la lucha por derechos es un tema trasversal en la obra, que culmina de manera feliz.

La “raza” es relacionada directamente con el estatus económico, aunque Jesús Espitia, el enemigo de la mayoría del pueblo, era negro. Constantemente se lamentaba por su color de piel, no entendía por qué tenía que ser negro y no “blanco”, algo más acorde con su estatus económico. Sus antepasados fueron fundadores del poblado, pero él no se sentía orgulloso por su herencia afro, aunque siguió incrementando las riquezas familiares. Posteriormente logró casarse con una mujer “blanca” que tenía un hijo, pero había quedado estéril después del parto, por ello Espitia adoptó al hijo de su esposa, que pasó a ser el primer Espitia “blanco”.

La riqueza permitía acceder a la educación básica y más avanzada; ir a la universidad demostraba ser privilegiado económicamente, Espitia y su hijo habían accedido a educación superior, pero como eran ruines y mezquinos no colaboraban con la comunidad, buscaban únicamente el beneficio propio sin importarles a quienes atropellaran y perjudicaran en el intento.

El profesor del pueblo era un caso contrario, un joven preocupado por el bienestar de la comunidad y los trabajadores menos favorecidos, les ayudó a organizarse, aunque el cura del pueblo y los ricos lo tildaban de comunista, como una forma peyorativa de desacreditarlo frente a los católicos e interesados en los partidos políticos, el lazo de comunidad fue más fuerte, se organizaron efectivamente y los trabajadores campesinos lograron obtener mejoras salariales y condiciones laborales. Como si se sentara un precedente o se quisiera aleccionar, mediante la novela, de la necesaria unión entre los trabajadores para luchar por sus derechos, con la guía intelectual de alguien apersonado del

movimiento, en este caso, el profesor del pueblo, quien también funciona como un personaje llamando a los intelectuales para que se unieran en pro de los menos favorecidos.

Quienes se iban a vivir a la orilla del río Sinú lo hacían en ranchos hechizos con caña brava y palma, los cuales, por estar tan cercanos al río, se inundaban en las crecidas, llevándose algunas pertenencias de las personas, pero este hecho no representaba un impedimento para que la vida del creciente poblado se viera llena de más personas cada día. Los sembrados de arroz requerían bastantes cuidados, la familia entera se reunía en torno a la actividad de siembra y cosecha, para luego ir a vender al pueblo.

La comunidad de “El seco” estaba cohesionada culturalmente, todos se ayudaban y funcionaban similar a una familia, como en una narración idílica de entendimiento entre los habitantes, quienes, a falta de tierras, tenían su orgullo y una forma de vida tranquila con algunas costumbres; por ejemplo, en las noches se reunían en la casa de “Goyo” a escuchar sus historias, siempre con encanto. La creencia en las supersticiones, también, se cuenta en la narración, como algo muy propio de comunidades rurales y campesinas; la pobreza no era extrema pero no estaban habituados a comodidades, aunque se sentían libres en su nuevo hogar.

El pueblo era habitado –en su mayoría– por personas negras y sus descendientes, el río que bañaba las tierras era El Sinú, como ya se ha mencionado, muchas de las actividades se hacían en torno a este y no únicamente de la siembra. Las fiestas eran concurridas, tanto las religiosas como las profanas, en las que había bastante jolgorio y reuniones en torno a “Carrillito”, un personaje famoso en el pueblo que entonaba canciones y porros, bailados con “lujuria” por las personas.

La descripción de las danzas de estos ritmos concuerda –en las novelas tratadas– con poseer sensualidad y un llamado al goce corporal, que se asocia, por lo general, con los negros. Las canciones de “Carrillito” trataban sobre el pueblo y sus habitantes, tocaba un tambor “embrujado” que era la fascinación de las personas, sus hazañas eran también reconocidas, dándole un hálito de cariño, respeto y admiración, siendo un personaje típico de la cultura oral que se mezcla con la escrita en la narración de eventos y personajes.

Respecto a la oralidad y la escritura se presentan contrastes, los personajes hablan según su procedencia, es decir, como negros habitantes de una zona costera, el habla es reproducida cortando un poco algunas palabras y acentuándolas en la sílaba final, la educación no era bien vista por “Goyo”, pues consideraba que quienes iban a la escuela se olvidaban de su pasado de carencias y de las personas que hicieron parte de él. Varios personajes del pueblo, al adquirir riquezas y cierto nivel educativo reforzaban este punto, pues se habían distanciado de la “perrata” y fungían como sus opuestos. Ser pobre y sin educación era una condición de la mayoría de la población, la justicia no los cubría y esta era únicamente para quienes tenían dinero y podrían pagarla:

¡La justicia! Gregorio Correa no imaginaba que hubiera gente que creyera en tales cosas. Desde que supo en carne propia lo que significaba ser pobre, no tener amigos en el gobierno y ver la Ley apoyando los intereses de los ricos, perdió la fe en la justicia. Pero había otros hombres, y hombres educados, que luchaban por ella. (Zapata, 1947: 67)

A la cultura escrita empezaron a acceder las nuevas generaciones; los hijos de “Goyo” y los niños de la comunidad de “Los secos” iban a la escuela, pero con muchos sacrificios y ayudados por el profesor del pueblo, Marco Olivares, un alma bondadosa y querida, alguien preocupado por los desfavorecidos, veía la enseñanza como una misión para mejorar el mundo y ayudar a las personas a obtener los derechos básicos. Era alto y de piel oscura, su padre fue maestro, por lo cual él pudo acceder a la educación, incluso a la superior; estaba dispuesto a ayudar a los habitantes del pueblo, sobre todo en contra de las movidas de Espitia, porque tenía conciencia de las leyes que debían cobijar a los pobres y a los trabajadores.

Finalmente, esto se puede ver como el arribo de ideas modernas sobre los derechos de los jornaleros e, incluso, de las mujeres, pues colaboró con la huida de María Teresa, la joven de la cual se enamoró José Darío y con quien, posteriormente, se fue a vivir a “Los secos”.

María Teresa había sido vendida por su padre al “Mono Espitia”, pero con el escape se frustraron los planes de aquel hombre y luego tomará venganza recurriendo a la violación de la muchacha, dejándola preñada y llenando de rencor el alma de José Darío. El

hijo que nacerá, producto de la violencia, será un recordatorio de las pugnas “raciales”, un mulato de rostro claro, una muestra de la búsqueda de los “blancos” por sobreponerse siempre a otras “razas” y el aliciente de José Darío para acabar con la vida del violador de su “mujer”, María Teresa.

Como ya se ha mencionado, el tono de la novela es esperanzador, los bachilleres no son todos iguales y algunos se preocupan por sus semejantes, el trabajo conjunto, aunque complejo y demandante da sus frutos: la ley. Después de mucho buscarla, llega a cubrir a los pobres y no se queda únicamente en manos de los corruptos adinerados del pueblo, quienes verán que la “perrata” se levantará contra ellos, pues ya tienen una voz, y unidos pueden lograr las mejoras que se propongan.

La vida ruda es idealizada, el esfuerzo por el alimento diario era hecho por todos los habitantes de “Los secos”, no tenían muchas cosas y el río, con sus crecidas, se llevaba constantemente sus posesiones, pero se habían formado costumbres propias y se cimentaba el amor por el pequeño poblado creado y la necesidad de defenderlo. Entonces, los personajes presentados en la narración son “fuertes”, en el mismo sentido usado por Raymond Williams,¹⁵¹ muy propio de la cultura oral, aunque ingresando poco a poco en la escritura, con personajes como el profesor y los niños de “Los secos” que iban a la escuela, pero, además, ayudaban en sus hogares.

Jesús Espitia era odiado en el pueblo, pero su maldad se acrecentaba al despojar de tierras, por medio de artimañas y jugarretas, a quienes tenían propiedades colindantes con las de él, al final, quería anexionarse “Los secos”, para quedar con un terreno mucho más grande; además, los habitantes de allí eran una clara competencia para sus negocios y la venta del arroz; finalmente, podrá ser poseedor de la orilla del río, pero este, como venganza silenciosa de la madre naturaleza que protege a sus hijos, desviará su cauce, ocasionándole serios perjuicios a la cosecha de Espitia.

Se ve, nuevamente, en estas novelas con tono terrígena la actitud defensora de la naturaleza, no únicamente por acciones en contra de ella, sino también de los habitantes

¹⁵¹ Raymond Williams, *Novela y poder en Colombia...* 81, 82.

necesitados y pobres, explotados y maltratados por los ricos, aunque el tono geográfico de la obra no es muy marcado, como ya se ha mencionado.

La venganza de Darío pudo concluirse, el orgullo de hombre herido por el “Mono Espitia” y la violación infringida a su mujer, de cuyas entrañas nació un niño blanco, como su verdadero padre, enfureció más a José Darío, quien no pensó ni siquiera en que el bebé podría obtener ciertos beneficios al ser hijo de alguien “importante”. Zapata Olivella recalca que era posible acceder a la herencia, pero el orgullo de los campesinos era más importante, sobre todo cuando el terrible acto de violación contra María Teresa no se llevó ante la justicia ordinaria al ser esta amañada, y porque la sexualidad forzada era vista como un acto ordinario, del cual culpaban a las mismas mujeres abusadas, terminando de contrastar con la idea de rudeza y machismo campesinos, pues el hombre siempre era el jefe del hogar, y la mujer estaba encargada de las labores de crianza de los hijos y del trabajo hogareño.

El tono reivindicatorio no se da respecto a una igualdad de las mujeres, sino de los hombres, en un sentido casi populista de obreros, apelando a mencionar el comunismo, aunque no como doctrina a adoptar, sino de manera peyorativa con la cual era susceptible desacreditar a las personas. Tampoco hay muestras evidentes de incompatibilidades de índole “racial”, sino hasta la segunda generación que se narra en la obra. Jesús Espitia deseaba ser blanco para que correspondiera el color de piel con su situación económica, su hijo adoptivo, “Mono Espitia”, sí es un personaje antagónico que usa apelativos hirientes contra los negros, creyéndose superior por su color de piel y la ventaja económica que tenía sobre los habitantes de la región, aunque a ellos no les caía bien.

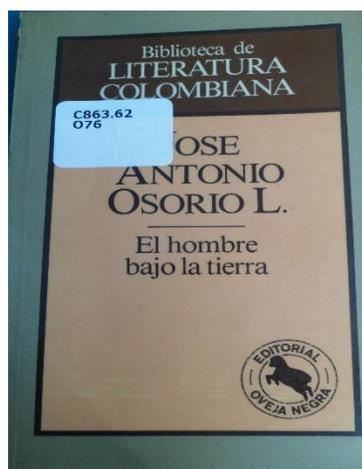
Finalmente, aquella pugna “racial” será mantenida en el hijo nacido producto de la violación, viviendo con mulatos iba a ser de color “blanco”, como si fuera el descendiente que el desagradable Espitia siempre había querido, aunque criado por otras personas. Su fortuna se vio menguada por el desvío del cauce del río, infringiéndole pérdidas considerables, las cuales achacó a la “brujería” que le había hecho “Goyo” como venganza.

La comunidad de “Los Secos” se trasladó a otra tierra, pero también colindaba con la de Juan Espitia y, seguramente, con el tiempo intentaría arrebatarla nuevamente,

asemejando una historia repetida constantemente, de vejaciones contra los pobres, que pudieron salvar su comunidad gracias a aquella “brujería”, la cual era la unión inquebrantable entre los habitantes.

3.4 *El hombre bajo la tierra*, José Antonio Osorio Lizarazo

Figura 13. Carátula, *El hombre bajo la tierra*



Fuente: Foto tomada por la autora. Biblioteca EFE Gómez, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2016.

Novela publicada en 1944 por la Biblioteca Nacional¹⁵² y escrita por José Antonio Osorio Lizarazo, autor no tan reconocido como debería en el país, pues fue uno de los primeros en tratar la “novela urbana”, en la cual la protagonista de las acciones era la ciudad, como una forma novelesca en Colombia, específicamente Bogotá fue la protagonista de sus relatos, entre los cuales se incluían crónicas políticas y de vida cotidiana, con contenidos sociales y preguntas con “tintes marcadamente moralizantes”,¹⁵³ que se relacionaban con sus afiliaciones políticas, las cuales eran el liberalismo y el socialismo.

¹⁵² José Osorio, *El hombre bajo la tierra* (Bogotá: Oveja Negra, (s.f.)).

¹⁵³ José Rueda, *Osorio Lizarazo, José Antonio*, Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango, banrepublica.org <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/osorjose.htm>

Osorio fue colaborador de gobiernos dictatoriales latinoamericanos como el argentino de Juan Domingo Perón y el de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana. En Argentina fue reconocida y premiada su novela *El hombre bajo la tierra* y contó con una segunda edición en 1950, en el mismo país. Osorio nació en 1900, sus actividades a realizar –desde muy joven– estuvieron relacionadas con la escritura y el periodismo, siendo activo en diferentes diarios del país desde el año 1923, posteriormente, en 1935, fue director del *Diario Nacional* y en Barranquilla de *La Prensa*. Fue secretario privado de los Ministerios de Guerra y Educación, además, cercano a Jorge Eliécer Gaitán, aunque se fue del país alejándose de su amigo e instalándose en Argentina, en 1946.

Estuvo comprometido políticamente, y no únicamente con cargos de carácter público, sino como escritor social, que no populista, de la vida cotidiana, la pobreza y la ciudad que presenciaba en su día a día, pero la novela a tratar –en este capítulo– no es una de aquellas novelas de ciudad, en la cual esta influye en sus habitantes, sino una novela rural, en donde se trata la vida cotidiana de los mineros, ruda, sencilla, con trabajos y peligros constantes. Los personajes protagonistas son negros, oscuros como los socavones de las minas que explotan y lo importante en esta no es el espacio en sí, sino las acciones y las relaciones entre los personajes, el recuento de una vida, no idílica, pero sí llena de responsabilidades que los personajes van sorteando, convirtiéndose ellos en los protagonistas del espacio.

De esta manera, se sale del canon de las novelas geográficas que inició *La Vorágine* de José Eustasio Rivera, aunque no se aleja completamente, manteniendo bastantes similitudes, pues se muestra a la naturaleza como vengativa, los hombres son mezquinos, pero ella defiende sus entrañas de los explotadores, haciendo que se produzcan derrumbes que aplasten a quienes la rasguñan día tras día para sacar sus valiosos productos.

La novela, que no es de ciudad, como las más reconocidas del autor, tampoco es precisamente geográfica, se desarrolla en una región minera, siendo el pueblo o ciudad más cercano: Manizales, resaltaban como espectáculos naturales los valles neblinosos en los que estaban ubicados los personajes, las minas y el trabajo cotidiano. En esos mismos valles se

inicia la narración, cuando Ambrosio Múnera, joven de 18 años proveniente de Bogotá, subía desde Manizales, en ascenso hacia las minas para buscar trabajo.

Desde el comienzo de la novela es notoria la incursión en un ámbito rural, alejado de la ciudad y con personajes fuertes, tan propios de la cultura oral, pues el trabajo en las minas era “para machos”, aunque no haya muchos rasgos de la oralidad propia de la zona en la región, algunas palabras usadas sí son pertenecientes a esta; es decir, no se incluyen las deformaciones del habla en la novela, como se ha visto en otras obras tratadas hasta el momento. El joven protagonista huía de la casa paterna por los maltratos que le infringían y al no encontrar trabajo en la ciudad, decidió ir a probar suerte en las minas, por consejo de un amigo.

No había trabajado nunca, sus manos sin callosidades revelaban el ocio y que recientemente había terminado el colegio; entre el agreste panorama del trabajo minero, él era de los pocos letrados que había, no por haber accedido a la educación superior, pero sí a la básica. En la obra también puede notarse que la educación se estaba extendiendo, no todos los trabajadores de la mina eran analfabetos, pero habían caído al trabajo en los socavones por falta de oportunidades.

Pese a lo anterior, el lugar se ve como un reducto de ideales anteriores, tiempos pasados, como si se hubiera detenido la marcha forzosa de los acontecimientos para los mineros, que se jactaban y entrenaban en la lucha a mano limpia, el manejo del cuchillo y ciertos ideales de tinte caballeresco o de “machos”, acciones más propias de la cultura oral.

Los personajes, incluyendo las mujeres, son rudos y habituados a las actividades diarias, ningún trabajo es fácil y se realiza todos los días desde la mañana; la cultura y costumbres mineras eran específicas, repetitivas y casi estandarizadas; los días de descanso se aplicaban en lo mismo que era ir a beber aguardiente hasta emborracharse, aunque la responsabilidad primaba en la mente de los trabajadores, los lunes estaban sin falta, a la hora habitual, para empezar una nueva semana de trabajo. Así, también eran reconocidos por su alegría y el cariño que despertaba su franqueza en la gente; los mineros se ven como un colectivo, actuando de forma similar y con creencias parecidas.

Sus personajes cargaban con una historia tras de sí, como algunos ideales que abandonaron por las dificultades a las cuales se enfrentaba la masa poblacional pobre, llegaban a las minas como último recurso de trabajo, pues al ser duro, siempre esperaba nuevos peones para rasguñarla en búsqueda de oro.

Ambrosio no tuvo problemas para que lo recibieran, aunque era temeroso debido a la personalidad ruda y fuerte de los mineros, tan distinta a la suya, proveniente de la ciudad. Lentamente se fue adaptando a la vida de allí, reemplazó al anterior vigilante y se convirtió en un minero, de aquellos que lo asustaban al principio, y que empezaban una pelea ante cualquier provocación, incluso, por diversión, siempre respondiendo al apelativo de que eran “machos”, diferentes de los ciudadanos.

Vemos, entonces, un tránsito en sentido inverso, un joven letrado se va adentrando en la cultura oral, personajes fuertes y rudos, convirtiéndose en uno de ellos, y no salir precisamente del analfabetismo de las sociedades orales y entrar en la ciudad; la travesía del protagonista es en dirección opuesta, no como un Arturo Cova que va en búsqueda de aventuras, un joven letrado que buscaba inspiración para su “poesía decadente”.

Ambrosio¹⁵⁴ recurre a buscar las formas de supervivencia, el alimento diario, en donde lo pueda encontrar, sus posibilidades en la vida eran reducidas si se quedaba en la ciudad, por lo que se interna en el ámbito rural, no como un personaje propio de la cultura escrita, incluso siendo bogotano, sino como alguien que simplemente debe sobrevivir el día a día. Posiblemente por eso su transformación no es tan chocante en la narración, porque empieza como un joven tímido que se adapta rápidamente a la mina y adquiere el respeto de todos.

En el inicio, el protagonista como Arturo Cova en Casanare, veía en la mina algo transitorio que le permitiría obtener dinero para luego adquirir un negocio y regresar rico a su casa, demostrándole a su padre sus capacidades de supervivencia, pero como el héroe de

¹⁵⁴ Ambrosía tiene varios significados: 1. f. Mit. Manjar o alimento de los dioses. 2. f. Vianda, manjar o bebida de gusto suave o delicado. 3. f. Cosa deleitosa al espíritu. 4. f. Planta anual de la familia de las compuestas, de 20 a 30 cm de altura, ramosa, de hojas recortadas, muy blancas y vellosas, así como los tallos; flores amarillas en ramillete y frutos oblongos con una sola semilla. Es de olor suave y gusto agradable, aunque amargo. *Diccionario de la lengua española*, f. “ambrosía”, <http://dle.rae.es/?id=2IEBMQ2>

Rivera, le gana la estadía en terrenos rurales. Aspectos como este hacen la intertextualidad entre las obras, innegable.

Ambrosio llegó joven, ocioso y sin conocer el trabajo, luego se fue haciendo hombre rudo, como los mineros y empezó a amar la mina, la cual todas las mañanas se tragaba hombres en oscuros socavones, para en las tardes escupirlos, después de una dura jornada laboral, todos ellos eran hombres buenos a los cuales la mina transformaba, así tuvieran vicios, eran limpiados por la faena diaria, se volvían honestos y trabajadores. Funcionaba entonces como una limpieza del alma, agarraba a los hombres y muchas veces, los sepultaba en sus entrañas, vengadora, para nunca dejarlos salir.

La representación femenina de la mina es una metáfora muy utilizada en la obra –como se ha mostrado–, engulle como una vagina y retiene como las entrañas, igual a la naturaleza, enamora a los mineros y los deja nostálgicos de estar siempre en su presencia, es difícil zafarse del encanto que posee, aunque su trabajo sea difícil y vuelva duros y rudos a los hombres “machos”, quienes son descritos en forma literaria por sus poderosos cuerpos, moldeados por las faenas diarias; la mina acogía a quienes la necesitaran, las personas que huían de otros lugares, por algún pleito, iban a parar allí para encontrar su sustento diario.

Las creencias en espantos y almas en pena de quienes morían aplastados por las minas eran tenidas por todos, así como un ferviente catolicismo y temor del demonio. Por ejemplo, a un hombre llamado Epifanio Muñoz le decían “Diablo”, era un hombre negro, alto, “olía a moho, y el tufillo característico de los negros se había acentuado en él”, su apodo le venía por estar llamando a gritos al diablo, apremiándole a que fuera por él, debido a eso nadie se le acercaba, le tenían un miedo casi místico. La vida era tratada de forma indiferente y aunque eran afectuosos, cuando alguien moría no se llevaba mucho tiempo el luto.

Ambrosio se acostumbró a la vida minera y al significativo tránsito, pero se sentía superior, y aunque buscaba la compañía de los mineros para que lo aceptaran, quería prevalecer sobre ellos, pensando en cómo ser superior, no solo por sueldo, sino por conocimiento, con la necesidad de resaltar entre sus compañeros. Se sintió más orgulloso

cuando por azar lo ascendieron a encargado del almacén, uno de los puestos más altos en la mina. Poco a poco, por su actitud, obtuvo el respeto y la admiración de sus compañeros, aprendió a pelear, salía a beber aguardiente con ellos los fines de semana y se comportaba como un minero más, actitud distinta a la de los vigilantes y despenseros, que se sentían completamente superiores al resto de los mineros.

Las diferenciaciones en la novela no se ven precisamente por aspectos raciales,¹⁵⁵ la mayoría de los personajes eran negros y mulatos que se dedicaban al oficio de la minería, algunos habían tenido contacto con las minas desde su niñez y era impensable para ellos otro estilo de vida, unos llegaban huyendo de la autoridad y, como el caso de Ambrosio y parte de sus compañeros, llegaban allí porque no encontraban otro medio de sustento.

Lo fascinante del oficio en las minas, era que casi nadie podía sustraerse de su encanto, si no se morían en los desplomes de los socavones, lo hacían en las riñas o morían de vejez en ella, como Ramiro, un viejecillo que intentó alejarse del puesto de vigilancia por motivos de salud, pero no fue capaz de vivir ocho días lejos de su oficio. Algunos lograban marcharse, el trabajo era difícil y demandante, y no todos pensaban la minería como un oficio para mantener toda la vida.

Temístocles “Don Temis” era el patrón de la mina a la que llegó Ambrosio, era un hombre alto, delgado, de piel rojiza y ojos negros y pequeños, fue enviado allí por la compañía dueña de la mina, pero no le satisfacía el trabajo, no se sentía un minero y aunque era respetado, no lo querían. Arcángel Duque, un vigilante, era serio y un poco solemne, en sus rasgos se adivinaba sangre extranjera, tal vez británica; se sentía muy diferente al resto de los trabajadores, no precisamente por “blanco”, sino porque era educado y había sido maestro de escuela, además, tenía un rango superior como vigilante. En este sentido, las diferencias en los puestos de trabajo que ocupe cada persona son las importantes, no tanto las diferencias físicas.

¹⁵⁵ Luis Javier Ortiz, *Hacia un nuevo siglo XIX del noroccidente colombiano*, tomo 2, *Caldas, una región antigua y nueva, tradicional y moderna, local y nacional* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2015): 295-335. Explicación sobre la heterogeneidad en la que se fue construyendo Caldas, además de las actividades mineras se relaciona el componente socio- “racial” y su ubicación dependiendo las zonas productivas de las minas, desde la época de la Colonia y la colonización dirigida decimonónica.

El crisol “racial” en la novela es variado, sobre todo al tratarse de minas pertenecientes a una compañía y que los trabajadores eran móviles, porque la mayoría lo tomaba como última opción, quienes más se mencionan son las personas “negras” y mulatas, venidas desde diversos lugares del país, principalmente de Antioquia, Bogotá o el mismo Caldas. También se encuentran personas “blancas”, pese a que no hay mucha distinción respecto al color, porque la mina volvía la piel grisácea.

Al referirse explícitamente a la “raza” y aunque poco es utilizado el concepto, es para hablar sobre los “negros”, que tenían ciertas características acordes con sus antepasados y por ser de este color, por ejemplo, *el Diablo*, un trabajador, tenía el “tufillo” que se supone, caracterizaba a los “negros”, bastante acentuado; también son vistos como cercanos a la naturaleza y las peripecias que supone enfrentarla, sanaban más rápido y su complexión era más fuerte, asemejándolos con la animalidad, la cual se acrecentaba al tener que ser rudos por el trabajo diario.

Un compañero apodado “El Cura” dejó sus estudios de seminarista porque su padre había muerto y perdió las ganas de ser sacerdote, pero luego confesaba de forma burlona que no creía que un cura “negro” pudiera persuadir a la gente de no pecar, como si el mismo color fuera una mácula. La “estirpe” no es usada como sinónimo de “raza”, sino como una forma de hacer referencia a la familia, las costumbres y algo ancestral en el comportamiento de las personas, dependiendo de su procedencia.

El trato era casi igualitario, incluso las mujeres se volvían rudas al contacto con los mineros, bebían licor y muchas ejercían la prostitución, teniendo un cariño especial por los hombres fuertes que las visitaban a final de mes, los días de pago. El maltrato y frialdad es una constante, las condiciones difíciles y extremas tocaban a todos en el lugar, la indiferencia ante la muerte era parte de quienes allí desarrollaban su cotidianidad; no hay señas de pobreza, pero sí de dificultades, la vida podía perderse rápidamente, cada día era como un juego de azar, apostando la propia existencia, la ley del “macho” y la supervivencia de los más aptos y fuertes parecía encarnarse en este tipo de actividades.

Ambrosio logró cerrar el círculo de miedo, pronosticado desde el primer día que llegó al lugar cuando el minero Pedro Torres, bastante peleón y borrachín, lo retara a pelear

siendo Augusto un joven recién llegado y asustadizo; finalmente logró vencer el miedo por las experiencias que adquirió y se enfrentó a Pedro, matándolo y atando su vida a las minas al haber cometido un crimen.

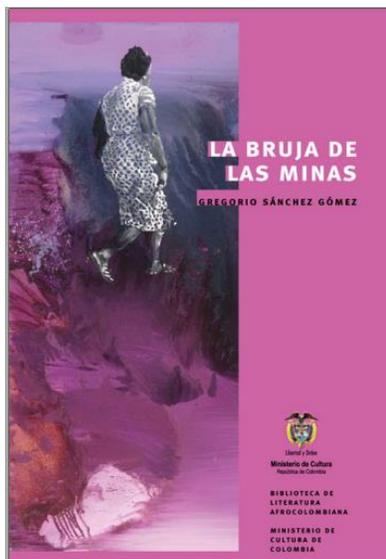
Las intertextualidades con *La vorágine*, son bastante notorias, el protagonista gira en “vorágines”, los espectáculos son deprimentes y casi infernales, don Félix el cantinero funciona como una especie de demonio garante de la depravación, la tierra es una mujer y las mujeres muy semejantes a la tierra, se pierden en la bestialidad y en la naturaleza que despierta los instintos más salvajes, los hombres no se sustraen a los encantos femeninos, que nunca son gratis, por ello, casi todas las mujeres descritas son prostitutas o están interesadas en ver qué pueden sacar de los mineros, quienes eran queridos precisamente por eso, trabajar duro, obtener buen pago y gastárselo rápidamente. Inés como una flor en medio de la hostilidad, no es menos bestial que sus congéneres, interesada y mentirosa quien se vale de su belleza para atraer a los incautos y que le regalen cosas.

Clara Henao una mujer “viril” como Zoraida Ayram –la matrona de José Eustasio Rivera– bebía y jugaba a los dados igual que los hombres, era descrita como un minero en el cuerpo de una mujer. Así se presentan a las mujeres, acompañantes de los mineros en las aventuras de fin de semana, interesadas en el oro y el dinero, como todo lo que rodeaba la existencia y el trabajo de la minería.

Las desigualdades no son palpables, se daban principalmente por el puesto de trabajo y la actitud asumida por los hombres respecto a este, no tanto por color o “raza”, aunque quienes estaban en puestos mejor remunerados y con trabajos más fáciles coincidían con no ser precisamente “negros”, el trabajo era acorde a las capacidades de las personas, llevando la narración a entender que había cierta igualdad, estando los ideales mineros aún como estancados en el tiempo, con algunas actitudes caballerescas de pelea frontal. La “raza” no es determinante, la igualdad en la actividad relacionada con la minería queda idealizada en las descripciones de José Antonio Osorio Lizarazo, que sumerge al lector en una narración de lugares mejores en los que se lograba ver que el trabajo duro era recompensado con una vida llena de emociones.

3.5 *La bruja de las minas*, Gregorio Sánchez Gómez¹⁵⁶

Figura 14. Carátula de la edición de 2010



Fuente: *La bruja de las minas*, Ministerio de Cultura, 2010.

La novela de Gregorio Sánchez fue escrita en 1938 y anunciada su edición en 1940, pero solo la publicaron cinco años después de la muerte del autor, 1947. Sánchez nació en la zona minera de Itsmina, Chocó y llevó a sus prolíficas novelas, las realidades y cotidianidad de la población chocona, la cultura oral “negra”, así como: conflictos, violencia y los valores morales decadentes que afectaban, de cierta forma, a sus personajes.

Fue abogado y escribió más de diez novelas, aunque aún algunas se encuentran perdidas; su filiación política era cercana al liberalismo, tal vez por ello expresaba determinada conciencia social en sus obras y una somera denuncia política. Se rodeó de varios intelectuales de la época, y publicaba tanto en periódicos conservadores como liberales, pero sus obras fueron publicadas en diversas editoriales, como Editorial América, Editorial Santa Fe de Bogotá y la Moderna de Panamá, entre otras.¹⁵⁷

¹⁵⁶ Gregorio Sánchez, *La bruja de las minas* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010). Edición que se citará en este texto.

¹⁵⁷ Gregorio Sánchez, *La bruja...*9-27.

Raymond Williams señala que Sánchez hizo parte de una generación de escritores “mediocres”,¹⁵⁸ que aprovecharon el auge de las editoriales dado a partir de la década de 1920, aprovechando para publicar constantemente y de una forma más comercial, además de que estaba en crecimiento la clase media lectora, lo que garantizaba que muchas novelas se leerían. Estos novelistas recurrían a los códigos decimonónicos más usuales, *María* continuaba funcionando como canon y modelo romántico, en algunas novelas de Sánchez, según explica Williams, la tragedia se anuncia desde la primera página.

Pero no se puede afirmar que Sánchez se iba por el camino facilista del éxito asegurado, porque en *La bruja de las minas* recurre a un modelo literario más similar al de *La vorágine*, pues hay denuncias de una situación social y económica por la cual atravesaba el país, precisamente en las zonas mineras; la obra de José Eustasio Rivera fungió como modelo durante varios años, muchos escritores, como ya se ha mostrado, seguían las huellas de Rivera, por lo que no es de extrañar que también Gregorio Sánchez se viera influenciado por el estilo narrativo y temático usado por el autor de *La vorágine*.

Cabe aclarar que la novela fue publicada nuevamente en 2010 por el Ministerio de Cultura de Colombia, en un proyecto de Colecciones por el Bicentenario de la Independencia de Colombia y hacía parte de la denominada “Biblioteca de literatura afrocolombiana”, en un esfuerzo por recuperar y recopilar novelas y novelistas. *La bruja de las minas* hace parte de aquella colección sobre los pueblos afro, pero en este texto no fue incluida en la sección dedicada a personajes “negros”, precisamente porque el personaje principal, la bruja, no es una mujer perteneciente a dicho grupo étnico, los “negros” únicamente se muestran como personas dedicadas al trabajo minero y que solicitan los servicios y conocimientos de la mujer, detrás de quien hay una historia de violencia, desposeimiento y denuncia.

Tal vez es el tono denunciatorio el más importante en la novela, que no terrígena, pero sí nacionalista, en contra de los grupos transnacionales que explotaban recursos y habitantes del país, en complicidad con los gobiernos de turno.

¹⁵⁸ Raymond Williams, *Novela y poder*...63, 64, 222, 223.

Se desarrolla en Marmato, y desde el prólogo escrito por Jairo Henry Arroyo Reina¹⁵⁹ se evidencia que, por ser una zona de la minería de oro, había estado en disputas desde el período colonial, siendo principalmente de la jurisdicción de Nariño, pero pasando a ser de Caldas en el gobierno del presidente Rafael Reyes, entre 1904 y 1909, cuando hubo una reconfiguración territorial en el país.

Es durante estos sucesos, cuando se inicia la novela, dando a entender que las minas en Marmato pasarían a ser parte de un propietario¹⁶⁰ que, finalmente, concedió su explotación a una compañía extranjera, expropiando violentamente a los dueños originales para instalarse como legítimos explotadores de las minas, concertada esta expropiación con entes gubernamentales. Así, hay también una denuncia, en el mismo estilo de novelas como *La vorágine*, *Toá*, *En el corazón de la América Virgen*, etc., del expolio de los recursos colombianos por parte de comerciantes extranjeros, cuando no de los habitantes, maltratados y mal pagados.

La bruja es una mujer que enloqueció al perder a su esposo e hija, a manos de hombres del ejército, que lo asesinaron para adueñarse de la mina que explotaba, Florencio era de buena familia, educado y trabajador; al casarse con Cecilia, en oposición a lo que querían sus padres, queda proscrito de su núcleo familiar, pero todo se recompensaba con el amor de su esposa y su pequeña hija, Donatila. Padre e hija mueren, a manos de los gendarmes de la policía, causando locura en Cecilia, que se queda a vivir en la zona de Marmato y la empiezan a reconocer con el nombre de Aspasia, una bruja en quien confiaban los mineros, para aspectos curativos y elementos de “hechicería”, eran infalibles sus recomendaciones.

El primer elemento por mencionar es que Aspasia, aun siendo mujer “blanca”, tenía un odio acérrimo a los hombres dueños de las minas, también “blancos”, porque representaban el ente despojador de sus pertenencias y su vida pasada, así como los

¹⁵⁹ Jairo Arroyo, “Prólogo”, en, Gregorio Sánchez, *La bruja de las minas* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010), 9-27.

¹⁶⁰ En el prólogo se menciona que los hechos de violencia y despojo se dieron en el año de 1906, con la ocupación hecha por parte de Eduardo Vásquez Cobo, hermano del ministro Alfredo Vásquez Cobo e hicieron una concesión a la empresa The C.W. Syndicate Limited, durante veinte años. Jairo Arroyo, “Prólogo”, en, Gregorio Sánchez, *La bruja...* 11.

culpables de su tragedia y soledad. Contrario a esto, era amable con los mestizos, “negros” y mulatos, quienes solicitaban sus servicios de bruja curandera. Su rabia e ira iba en contra de aquellos “gringos”, los cuales representaban una clase alta minera, poseedora y, por ende, explotadora.

Por culpa de ellos, y en compañía de los “gendarmes” de la policía, su familia había sido asesinada, por eso el desprecio mostrado a la autoridad era palpable, pues no se sentían las leyes de un Estado central, las autoridades del pueblo funcionaban –prácticamente– como adorno, y los garantes de las normas era la compañía dueña de las minas; profundizando ese tono de denuncia al imperialismo de los países desarrollados que, con sus empresas, invadían mercados y naciones pobres, implantando leyes propias y adueñándose de los recursos de la nación.

Es señalado en el prólogo que la novela tiene una estructura circular, pues inicia y termina de forma similar, con la policía atacando a Cecilia-Aspasia, pero ella finalmente muere quemada, con su cuerpo calcinado y negro, como el color de los socavones y de los “negros” que trabajaban, explotados, en la mina. La estructura circular rememora, nuevamente, a *La vorágine*, y no sobra señalar las similitudes e intertextualidades que hay entre la novela de Rivera y muchas de las producidas posteriormente, específicamente en el país, pues este hecho da cuenta de una nueva conciencia social, una toma de distancia crítica, producida en los intelectuales y alguna parte de la población, sobre lo que ocurría en el país y cómo estaba siendo expoliado por intereses extranjeros, obviamente con la complicidad de los gobiernos de turno.

Las novelas terrígenas que estaban de moda en esa época, entonces, denunciaban situaciones de despojo y maltrato, los pobladores quedaban indefensos ante la autoridad, y aunque no representara un ente a respetar, por no cobijar a todos por igual, contaba con el poder de la fuerza pública para obligar a los ciudadanos a obedecer por medio de la fuerza.

Pese a las similitudes con *La vorágine*, el espacio o elemento geográfico en *La bruja de las minas* no es tan importante, únicamente se describe al inicio de la novela el pueblo donde se desarrolla la acción, un caserío similar a un pesebre, irregular y bordeado por montañas que asemejaban las olas de un encrespado mar, también había variados cruces

de caminos que llevaban a otros departamentos del país, pero alejándose del casco principal del pueblo, se encontraban con montes, montañas rústicas y caóticas, lo que da a entender el ambiente semi rural del desarrollo de la novela, así como la permanencia, atrasada, de un país casi rural, y en una difícil cruzada en pro del desarrollo.

El espacio es únicamente un escenario, no influye directamente en las personas, lo que sí cambia el ánimo de los mineros es su trabajo, como ya se vio en *El hombre bajo la tierra*, los mineros eran seres endurecidos por las labores diarias, ni siquiera la muerte los inmutaba por mucho tiempo, el impacto inicial causaba tristeza y una dura sensación de certeza, en la cual se dan cuenta que podría haber sido cualquiera de ellos, pero rápidamente se olvidan con las duras labores diarias.

Se mencionan también a mujeres dedicadas a las labores mineras, por lo tanto, no era un trabajo reservado únicamente para hombres, dando indicios de cierta igualdad, producida por el hecho de compartir las labores diarias, aunque las relaciones entre los sexos son narradas de una forma patriarcal; por ello no es precisamente una novela que hace un llamado al igualitarismo. Las diferencias son palpables y tenidas en cuenta, los aspectos raciales son sobresalientes y determinan la situación de las personas, sino social, sí su posición en las minas.

Por ejemplo, el conglomerado descrito como “gringos”, personas visiblemente “blancas” y extranjeras, que no eran solo de Estados Unidos, accedían a la educación y tenían quehaceres fáciles en la mina, el trabajo duro no era para ellos, por ser extranjeros y la mayoría tenía una profesión y unos conocimientos que aplicar en la labor minera.

Mestizos, “negros” y mulatos eran los encargados de la extracción del oro, difícil, demandante y peligrosa. No se mencionan elementos de pobreza; en torno a la mina había relativa prosperidad, y aunque los pagos no eran justos, no había situaciones de hambre o pobreza extrema; pese a ello, los peligros hacían difícil la vida en las minas, la constante presión y una autoridad que buscaba aprovecharse y brindar favores para su propio beneficio, afectaban la existencia en el pueblo, así como el vago recuerdo de la apropiación violenta por la cual la compañía era dueña de la mina.

La bruja, Aspasia, era un puente entre el pasado y el presente, aunque ella misma vivía en un eterno presente por su locura, su historia era contada a veces como leyenda y pocos la conocían, pero su figura se erigía como parte de la vida comunitaria, pues ella ayudaba, curaba y la gente confiaba más en ella que en el médico oficial de la compañía. Este aspecto da a entender un choque brutal, entre la creencia y la ciencia que se encontraban y luchaban silenciosamente.

El médico, Zacarías Eusse de 45 años, aunque cobraba grandes sueldos a la empresa, se quejaba por la insistencia de los peones en no acudir a él en consulta, sino a la bruja, pues confiaban más en ella y sus recetas sí le servían. Este aspecto fue uno de los que ayudó a que las autoridades se fijaran en la bruja, llevándola a su trágico final. La peonada minera, dispersa de sus lugares de origen y sin arraigo por ningún sitio, representaba un aspecto propio de las culturas orales, un rechazo por lo que olier a profesión, ciencia y medicamentos, en sus ideas aquello no funcionaba, pues tampoco había mucha aplicación del médico en querer verlos bien, fuertes y sanos, según pensaban.

Por el contrario, el saber tradicional, cercano a la tierra, primaba como efectivo y elemento de confianza para los trabajadores. La parafernalia que rodeaba a la bruja: hierbas, ropa raída y muñecos vudú, entre otros elementos, reforzaba la idea de su efectividad, y en la estima de la gente su trabajo era mejor que el del médico. El choque entre la tradición y la ciencia es palpable en este momento, y aunque pareciera que la ganadora sería la primera, es la segunda la triunfadora, como un preludio del progreso que debía implementarse y mantenerse.

Las narraciones de la cotidianidad y algunas fiestas son profusas, incluso, es elogiada –desde el prólogo– la riqueza, casi como estudio sociológico, de las descripciones sobre la vida minera, cómo al ser centro de actividad y trabajo era un crisol de “razas”, aunque la mayoría eran personas oscuras, había cruces pues: “el blanco y el negro puros se barajaban allí, en el azar de la vida, con el mulato, el mestizo y el zambo, y con el cuarterón vigoroso. También había ejemplares indios, sin cruzamiento” (Sánchez: 2010, 36). Entonces, el prejuicio respecto a la “raza” era profundo, tenido en cuenta y mantenido en las relaciones cotidianas, se creía que los indios eran malos trabajadores de la mina, pero

buenos en los oficios domésticos, como una servidumbre impartida durante siglos, a la cual no podrían sustraerse.

Así mismo, las descripciones son literarias, el físico de los hombres es como el de ídolos indígenas, asemejándose a otras novelas tratadas hasta el momento. Entre esos prejuicios no hay únicamente una visión de las personas mestizas y morenas como obligados al trabajo duro por ser de determinada “raza”, sino que los “blancos” son encasillados como “gringos”, diferentes al resto de la población y con algunos derechos arrogados, aunque los gustos del grueso poblacional terminaban siendo similares. Las fiestas, el disfrute del licor “hecho por indios”, el salir los fines de semana a gastarse el sueldo en báquicos festejos, era un elemento que cobijaba a quienes estaban alrededor de la mina, lo que cambiaba era el lugar de cada uno.

Respecto a las fiestas, se incluye una profusa descripción sobre las celebraciones de los “negros”, siempre cercanas a la animalidad y a la sexualidad, como un estereotipo remarcado sobre la población, las reminiscencias de la música eran africanas, todo lo relacionado con esta población recurre a una tradición antiquísima, desarraigada de su población original y trasplantada a otra, por lo que era música con un hondo pesar, pese a la alegría de las personas de esta “raza”. Sus fiestas eran vistas como orgiásticas, pantomimas de celebraciones, a las que únicamente podían asistir “negros” y se emparentaban con aquellarres y expresiones de tipo sexual. Celso Barrera, el consultor legal de la compañía se coló a la fiesta de fin de año que celebraban “los negros”, la actividad se narra a través de sus ojos, estando entre fascinado, asustado y con repulsión.

Los bailes de los “negros” eran bárbaros y salvajes, como su pasado, además de marcados por el instinto. El currulao, un baile relacionado precisamente con los descendientes de africanos, era la danza usada en esta ocasión, todos los asistentes a la fiesta –que eran “negros”– se unían en el baile, mientras una figura desnuda danzaba en la mitad de la estancia. Así mismo, la descripción de la mujer que bailaba desnuda, Pascuala, es hecha de forma literaria, algo lejano, como una diosa de ébano y semejante a árboles y tierra, palmeras y agua, en una similitud con los elementos naturales, como todos los de su

“raza”. En aquella fiesta, la “voráGINE abre sus fauces rojas para tragarlos” (Sánchez: 2010, 145-148).

En la novela se incluyen las deformaciones dadas por el habla en el lenguaje, como rasgo propio de la cultura oral, los negros hablaban cortando las palabras, con alusiones a lo cotidiano y lo visible, preferiblemente elementos del propio entorno y animales. Por el contrario, algunos personajes evidencian su extranjería al mezclar el español con el inglés y algunas referencias desconocidas para los lugareños. Los “gringos” más esforzados, sí hablaban bien el español, como elemento que los alejaba de los peones y gentes de oficios más rudos.

La palabra “raza” es usada frecuentemente en la novela para referirse principalmente a las personas “negras” o mulatas, para recalcar no solo el color de su piel, sino la posición social en que estaban. Así mismo, al ser un lugar donde había cierta prosperidad, confluían diversos tipos humanos, por lo que también se menciona que Marmato era un crisol de “las razas” humanas, se contaban “gitanos” que iban de pasada por el poblado como adivinos y hacían rápida fortuna gracias a las supersticiones de los pobladores, también había italianos, dedicados principalmente a las ventas, y “gringos” quienes, como se ha mencionado, llegaban como intelectuales y trabajadores de la compañía minera, ganaban mejores sueldos y su trabajo no era manual ni tan complicado como la extracción del oro, a su vez, conseguían a las mujeres que querían, pero se sentían atraídos principalmente por las “negras”, causando cierto recelo y desconcierto en el resto de trabajadores. Los principales referentes de “raza” son el “negro” y el mestizo, por ser la mayor parte de la población que se encontraba en la zona descrita en el relato.

La denuncia, el descontento, es un elemento que atraviesa toda la novela, aunque no se menciona directamente: la lucha y diferencia entre nacionales y extranjeros, pertenecientes a países hegemónicos occidentales; esto representaba el principal problema, pero la novela no sirvió como forma de mejorar la situación, así como tampoco sus antecesoras que tenían la misma finalidad, pues los elementos naturales y las personas siguieron siendo explotadas, no solamente en el sector minero, sino como se ha visto, en todo lo que implicara una extracción de recursos naturales de países pobres, para ser

trasladado a potencias ricas. Así mismo, la pugna entre lo tradicional y lo moderno es un correlato del desarrollo y el atraso, los conocimientos y creencias populares, en oposición a las científicas y modernizantes que se querían implementar para las técnicas de extracción de oro y la medicalización de los cuerpos de los trabajadores.

CAPÍTULO IV

“NOSOTROS LOS BLANCOS”.

NOVELAS SOBRE BLANCOS Y MESTIZOS

En este capítulo se tratarán novelas sobre temas relacionados con la idea de lo “blanco”, y aunque es más preciso recurrir al término “mestizo” porque es bien sabido que la pureza “racial” respecto a lo “blanco” era escasa o inexistente en América, los personajes de las novelas se tipifican como pertenecientes a estos grupos étnicos. Son obras con sentido social y político marcado, además con espacios geográficos determinados que logran influir en la narración, incluso, novelas urbanas que se desarrollan en las nacientes ciudades, con esplendor venido propio de los años en cuestión, 1920-1950, cuando se puede notar que en el país se afianzó la idea de progreso, las migraciones del campo a la ciudad, nacientes grupos en pugna por sus derechos básicos, desempleo, cambios políticos y de algunas mentalidades, y algunos brotes de violencia, que se recrudecería en la década del cuarenta.

Aunque en novelas anteriores se han visto aspectos como los señalados, ya se podrán observar desde un ámbito diferente, de personas que tal vez eran más privilegiadas, no por su color de piel, sino por el acceso a la educación básica, correspondiendo entonces con desarrollarse en zonas céntricas, la acción, o también en ciudades, aspecto que señala que sí había diferencias regionales en cuanto al acceso de las personas a lo básico o a algunos privilegios, pues el ir a la escuela se contaba casi como un privilegio, pues cabe recordar que gran parte de la población continuaba siendo analfabeta.

El sentido “racial” no cambia mucho, pero el hincapié de las diferencias se notará en la clase social a la que pertenecen los personajes, algo que finalmente determina su lugar en el mundo y las posibilidades a las cuales tenían derecho, no como algo constitucional o de leyes, sino como tradiciones y costumbres difíciles de modificar y que se irán transformando al adentrarse el siglo XX, coincidiendo con los cambios de gobierno que se dieron en el país durante aquellos años. A este capítulo pertenecen:

Los dos tiempos novela escrita por Elisa Mujica,¹⁶¹ compleja y con bastantes temas a tratar, sigue la vida de una mujer desde su infancia hasta su adultez y los cambios que fue sufriendo en su mentalidad, correspondiendo con algunos conflictos y situaciones políticas dadas en Colombia y con cierto paralelismo con el vecino país, Ecuador, lugar al cual viaja la protagonista y descubre un inmenso sentido social en los movimientos reivindicatorios dados en la época que trata la novela.

Chambú de Guillermo Edmundo Chaves,¹⁶² trata sobre el progreso que fue llegando a Nariño en forma de vías, en las cuales trabajaban obreros durante largas horas y que representaban un peligro por significar el modificar la piedra, como una superposición de la novedad, el progreso, sobre la firme roca de la tradición. Contiene diversas reflexiones sobre el ser americano, trascendiendo el ámbito geográfico del desarrollo de las acciones, haciendo reflexiones sobre la tierra de pertenencia, la tierra nativa que debía permanecer en manos de sus hijos.

Memorias de un tal Pastrano de Dionisio Arango Vélez¹⁶³ es un interesante ejercicio de rescate de la picaresca española, iniciando con un pillo pobretón, quien a través de sus aventuras logra obtener un buen lugar en la escala social, con tono humorístico llama la atención su tardío momento de escritura y producción, pero se asemeja bastante a aquellas novelas españolas del denominado “Siglo de Oro”, sirviendo como homenaje criollo de ellas.

*Los de en medio*¹⁶⁴ de Augusto Morales Pino no es una novela que trate precisamente sobre la “raza”, pero sí sobre la clase social, por ello tendrá una mención especial, pues describe bellamente y en forma un tanto dramática la vida de un niño hasta que se vuelve adulto, sus peripecias y vivencias hasta tomar conciencia de que hace parte de la clase social que titula la novela, es uno de los de en medio.

¹⁶¹ Elisa Mujica, *Los dos tiempos* (Bogotá: Iqueima, 1949).

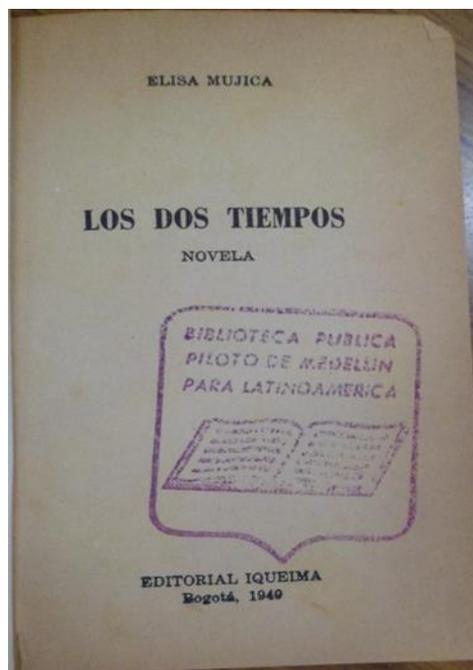
¹⁶² Guillermo Chaves, *Chambú* (Manizales: Biblioteca de Autores, 1946).

¹⁶³ Dionisio Arango, *Memorias de un tal Pastrano* (Bogotá: Editorial Cromos, 1931).

¹⁶⁴ Augusto Morales, *Los de en medio* (Pasto: Talleres de Imprenta del Departamento de Nariño, 1938).

4.1 *Los dos tiempos*, Elisa Mujica

Figura 15. Contraportada de la 1ª edición, 1949



Fuente: Foto tomada por la autora. Biblioteca Pública Piloto, Medellín, Colombia, 2016.

La novela de Elisa Mujica¹⁶⁵ publicada en 1949 retrata densamente las vivencias de una mujer, desde su infancia hasta su adultez, centrándose precisamente en cómo era la situación de las mujeres en la sociedad que planteaba los nuevos fenómenos sociopolíticos acaecidos en Colombia y en el continente, aunque se mencionan también los movimientos que se estaban dando en Ecuador en las décadas de 1930 y 1940.

Elisa Mujica nació en 1918 y murió en 2003, correspondiéndole vivir gran parte del siglo y las transformaciones sociales que se dieron en Colombia y el mundo en el siglo XX, llevando a su narración parte de estas y también algunos hechos de su vida; tal vez por ello *Los dos tiempos* conserva algo de autobiográfico, pues la misma autora viajó a Ecuador en el año de 1942, tiempo en el que escribió la novela bajo la insignia del marxismo.

¹⁶⁵ Elisa Mujica, *Los dos tiempos* (Bogotá: Iqueima, 1949) Edición que se citará en este capítulo.

En el vecino país fue asistente de la embajada colombiana durante la época de un marcado indigenismo, aspecto que influiría en sus novelas, aunque tuvieran un tono político por su pertenencia al ideario marxista. Después viajó a España donde escribió y publicó un par de novelas, en los sesenta volvió a Colombia y se reconvirtió al catolicismo. Era asidua colaboradora en periódicos y revistas culturales del país, por ello publicaba constantemente.¹⁶⁶

La vida como revolucionaria de la escritora la marcó para su producción novelesca, especialmente en sus primeras obras entre las cuales se cuenta como la inicial, precisamente: *Los dos tiempos*, en ella se narra la historia de Celina y su esfuerzo por abrirse paso en un mundo dominado por hombres, que empezaba a cambiar gracias a los movimientos sociales dados a inicios del siglo XX¹⁶⁷ y en el cual, las mujeres iban accediendo lentamente al espacio público. Contiene bastantes temas relacionados con la situación social y política colombiana, además de la vida cotidiana y la inmersión en el mundo real, pues la narración inicia desde que ella era pequeña.

En ese mundo empieza a conocer las diferencias y desigualdades, intentando luchar en su contra, uniéndose a organizaciones con fines políticos claros, su inteligencia era sobresaliente y su compromiso con las causas a defender era admirable, pero así mismo, lograba encontrar los fallos en aquellos movimientos, como un retrato de la sociedad, fidedigno en la medida en la cual se cuenta la aparición de gran diversidad de personajes, el tipo de profesiones recurrentes en la ciudad y la forma de entretenimiento, la vida cotidiana y algo del ambiente intelectual de la época.

La novela transcurre durante la primera mitad del siglo XX, haciendo referencia a conflictos colombianos, incluyendo la guerra de los Mil Días, un importante conflicto bélico entre liberales y conservadores, dado entre 1899 y 1902 y apoyado por algunos

¹⁶⁶ Oscar Torres, *Raíces del cuento popular en Colombia*. Elisa Mujica, 2004, <<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/ensayo/elisa.htm>>

¹⁶⁷ Deben tenerse en cuenta principalmente las influencias marxistas y comunistas, que se expandieron después de la Primera Guerra Mundial, y los movimientos por los derechos de las mujeres, de talante principalmente occidental y que permearon la cotidianidad, permitiendo que, a partir de la lucha, se ganaran los espacios públicos como derecho para las mujeres.

países vecinos, la guerra contó saldos impresionantes de muertos de ambos bandos;¹⁶⁸ tuvo su punto álgido en algunas poblaciones del país que sintieron con más fuerza la guerra, siendo uno de ellos el departamento de Santander, que coincide con ser el lugar de procedencia de la familia de Celina y reconocido como territorio guerrero con bastiones liberales importantes.¹⁶⁹

Su padre era conservador, legitimista, aunque influido por las lecturas francesas, especialmente de Víctor Hugo, lo que da a entender la aceptación de algunos modelos extranjeros en el país en el ámbito ideológico. Francisco Ríos, el padre de Celina, recordaba sucesos de aquella guerra, los acontecimientos gloriosos y las batallas más importantes y sonoras que ganaron los conservadores a los liberales; además, la narración da a entender la magnitud de la guerra, la cual no dejó a ninguna persona de la población indiferente; las mujeres que en una sociedad patriarcal como aquella estaban relegadas al ámbito doméstico, sintieron en carne propia los estragos y efectos de la guerra, pues algunas se vieron involucradas como informantes o enfermeras. Cristina, la madre de Celina, a los veinte días de casada, vio marchar a su reciente esposo tras el ideal de la guerra, quedando ella sola y preocupada por su ausencia.

Lo anterior da a entender que la guerra de los Mil Días fue un suceso traumático, un período de muerte y violencia partidista que marcó profundamente a la población colombiana, la cual, cansada de guerras, logró entrar en un período de relativa paz, o sea, sin levantamientos grandes o guerras civiles, hasta la década de los cincuenta del siglo XX.

Aquella cicatriz no estaba del todo cerrada en la memoria de las personas, más porque el fenómeno partidista y su violencia política continuaba separándolas, una de las diferencias más importantes, dadas en la población, era definirse como liberal o conservador, la pertenencia partidista era algo familiar, incuestionable, inquebrantable, que obligaba a las personas a actuar de una forma determinada con sus vecinos. En ocasiones se obvia este aspecto en pro de un ideal de progreso y mejoramiento, pero siempre queda latente en el trato que deben propiciarse los habitantes de la misma zona.

¹⁶⁸ Carlos Jaramillo, “Antecedentes generales de la guerra de los Mil Días y golpe de estado del 31 de julio de 1900”, en Álvaro Tirado Mejía, ed., *Nueva historia de Colombia. Historia política, 1886-1946*, tomo I (Bogotá: Planeta, 1989): 65-88.

¹⁶⁹ Carlos Jaramillo, “La guerra de los Mil Días. 1899-1902”, en *Ibíd.* 89-112.

La novela cuenta algunos de estos hechos, pero su punto inicial es el año 1924, cuando Celina estaba pequeña y mostraba una inteligencia especial, siendo una niña de provincia con dos hermanas y a quien se esforzaban en educar; era despierta y le encantaba la lectura; en un mundo ideal de cuidados y cariños maternos, empieza a notar que hay diferencias y desigualdades, y aunque ella puede contarse como parte de una población privilegiada que podía acceder a la educación y cuyos padres eran alfabetizados e, incluso, con una profesión, no eran las personas más ricas, hacían parte de una clase media, tenían empleados y bienes económicos, pero no eran de la clase alta como los padrinos de la niña, que sí eran ricos y estas personas, coincidían con tener apellidos rimbombantes de herencia española, dando a entender cierto abolengo correspondiente a asuntos “raciales”.

La importancia política atraviesa la obra, siempre se vio marcada la vida de Celina, la niña de Santander, por este tipo de avatares que se daban en el país, el cambio de gobierno, sobre todo el paso del conservatismo al liberalismo en 1930 hizo que su padre perdiera el trabajo y tanto ella como su madre, empezaran a trabajar.

Así mismo, esos cambios políticos y de administraciones fueron culpables de que la familia dejara su Santander natal para abrirse paso en la ciudad de Bogotá, como medio para buscar la supervivencia, correspondiendo con épocas de migraciones a las zonas urbanas, en las cuales había más oportunidades de trabajo, las personas dejaban sus provincias y casas para irse a la ciudad, que necesitaba constantemente mano de obra.

Entre avatares políticos determinantes para la existencia de Celina, quien se fue apagando en la ciudad, debido a que sus compañeras de estudio se burlaban de ella por ser provinciana, transcurría su existencia, hasta el día en el cual su padre murió y ella se sintió dueña de su vida y destino, dejando la situación relegada que había tenido hasta el momento, al ser una mujer en una sociedad patriarcal y que debía obediencia al hombre de la casa. Es significativo que sus familiares fueran todas mujeres, pues ella pudo hacer de su vida lo que deseaba, aunque de cara a sobrevivir con el trabajo que tenía. Aun así, no desaparecía la influencia masculina en su cotidianidad, pues sus jefes eran hombres y aunque tenía compañeras mujeres, también había hombres desempeñándose donde trabajaba como mecanógrafa.

Se muestra que las mujeres tenían destinos –en la vida– determinados, su madre únicamente tuvo la opción de casarse porque no quería parar en un convento, pero ella, en ese siglo naciente de progreso, pudo acceder al trabajo y a decidir qué hacer con su vida. Una de sus primeras amigas de adultez era una mujer muy bella, de familia anteriormente rica y que había tenido que trabajar porque habían caído en la pobreza, pero al irse acercando a Leonor, empezó a surgir una amistad, aunque ellas eran diferentes y provenían de clases sociales también distintas:

Se marca una distancia entre ella y la suya. Las dos concurren a sitios distintos, tienen preocupaciones diversas, se examina como si ofrecieran características que mutuamente excitaban su atención. Son mil cosas indefinibles. Y la apartan. (Mujica, 1949: 61)

Así fueran jóvenes y con cantidades de dinero similares, no provenían de la misma clase social, eran diferentes y ellas lo sentían, esa diferencia social marcaba la forma de ser de las personas, sus intereses y el transcurrir de su cotidianidad.

Por lo anterior, es remarcado en la novela el tono de denuncia respecto a los fenómenos sociales, y aunque de una forma un tanto inocente inmiscuyen al lector a pensar en la necesidad de la obtención de la igualdad, pues las personas de clase media debían esforzarse el doble o triple para obtener lo que, quienes nacían ricos y en familia de abolengo, obtenían fácilmente. Aspectos como estos distanciarían a Celina de sus amigas de posición social más elevada a la de ella, no por complejo, sino porque estaba latente y casi a la superficie las diferencias de clase social y cómo influían en los ámbitos cotidianos, permeando actitudes, gestos, inquietudes y creencias.

Celina por las lecturas que hacía, era cercana a las ideas marxistas, soñaba con las gestas revolucionarias comunistas y en Bogotá se aplacó un poco este ánimo. Al irse para Ecuador, volvió a sentir el llamado de la revolución y la necesaria igualdad. Aspectos importantes le suceden en el vecino país, pues con los movimientos que se estaban dando llega nuevamente al ideal comunista y se rodea de personas comprometidas fuertemente con aquel, sus amigas también tenían presente el ideal feminista, por lo tanto, Celina estaba en un ambiente político y social que denotaba fuertes cambios.

Las protestas, conferencias y actos sociales desprendidos del ideario político llamaron la atención de la protagonista y se narran diferentes acontecimientos, por ejemplo, se hizo novia de Esteban Figueres, un joven izquierdista que atraía muchas personas al partido por su vehemencia admirable, también despertando este sentimiento en Celina.

Ecuador tenía bastantes similitudes con Colombia; se describen historias de las amigas de Celina, cómo sus vidas habían sido difíciles por ser mujeres que querían alejarse del molde patriarcal al cual estaban sometidas, igualmente, el efecto que tenía la sociedad y la política sobre ellas, por esto eran más avocadas al feminismo que propiamente al movimiento proletario, pero veían en este tipo de ideología una forma de reivindicación de los oprimidos.

Las historias de vida de aquellas mujeres eran complejas, relacionadas con embarazos fuera del matrimonio, el venir de familias pobres, o en el caso de Sylvia Donato, provenir de familia adinerada, con abolengo y apellidos rimbombantes que evocaban la época colonial española, pero las dificultades y odios familiares la alejaron de la mayoría de sus parientes, así mismo, se sentía relegada por ser homosexual y criada en Quito, una sociedad tradicionalista y crítica que no aceptaba las libertades de las mujeres.

Se ha mencionado que la novela hace bastantes referencias a las diferencias dadas por la clase social a la cual pertenecen las personas, pero se suma a ello la “raza”, y esta funciona como un concepto relacionado con la afiliación a algo, como un legado familiar y social importante que hace que las personas sean de cierta manera, desde su nacimiento.

Así mismo, esa “raza” debe ser un motivo de orgullo para las personas, algo a lo que pertenecen por herencia y nacimiento, y para nada era un motivo de vergüenza. Se hace alusión constante a una pugna inacabada entre conquistadores y nativos; los conquistadores se perpetuaron a través de sus descendientes, quienes tenían cargos públicos y pertenecían a las familias más adineradas, rasgo valorado positivamente en la sociedad, mientras lo indígena, tal vez a modo de denuncia, es señalado como un aspecto que adornaba el paisaje, sobre todo en Ecuador, dando a entender que la situación a la cual eran sometidos no había cambiado, pues seguían siendo vejados, relegados a andar por las calles como meras muestras exóticas y trabajando duramente para sobrevivir.

Igualmente, los indígenas eran una muestra de la “raza” vencida, pobres y sin acceso a los derechos que tenía el resto poblacional, en oposición a ello, los “blancos” introducidos en la novela eran todos adinerados y con buena posición social. El grueso poblacional narrado era el mestizo, el cual debía hacerse un hueco en el mundo si quería triunfar, con el estudio, esfuerzo extra y apoyo a algunos movimientos buscaban hacer de su situación algo más igualitario, aunque se ve que difícilmente cambiaría, los movimientos prontamente se desgastaban, los ideales caían en desuso y no eran llevados a cabo plenamente cuando se tenía oportunidad.

Frente a la idea de indígenas vencidos, tristes y relegados a ser estancieros dependientes de un patrón que se apropiaba de ellos y sus familias (tal como se ha visto en las novelas indigenistas tratadas hasta el momento), se erigía el movimiento indigenista, en búsqueda de reivindicar en América Latina, precisamente, la herencia indígena que hacía de los mestizos una “raza” orgullosa, no debiendo avergonzarse de su pasado y plasmarlo en una novela con tono terrígena, y aludiendo a gestas pasadas que dieran soporte a la idea de la fuerza “racial” de los habitantes del continente: “quería que sus compañeros miraran las montañas, el cielo y el mar sin avergonzarse por ser indios” (Mujica, 1949: 225).

Este reclamo era extensivo para los mestizos, que descendían de las dos “razas” y que conformaban la mayoría poblacional. Los “negros” son poco mencionados, son personajes transitorios como jefes, amigos y no se hacen reivindicaciones al respecto, el tono marcado, como ya se ha mencionado, está en lo mestizo.

Es interesante –en la novela– el hecho de intentar abarcar un amplio espectro contextual, como inicia en la década de 1920, pero con reminiscencias a la Guerra de los Mil Días, se ha mencionado el problema bipartidista colombiano, pero también se hace referencia al conflicto con el Perú, esbozado en novelas sobre caucherías como *La vorágine* y *Toá*, en *Los dos tiempos* el conflicto es visto desde el interior del país, Bogotá, y cómo la población sintió herido su amor patrio por la intromisión peruana, insuflándose de ideales guerreros con la finalidad de salvar los límites geográficos nacionales.

También hay una pequeña mirada al ambiente previo a la segunda Guerra Mundial, el ambiente racista y excluyente con los judíos que llevó a tildarlos de espías y expulsarlos

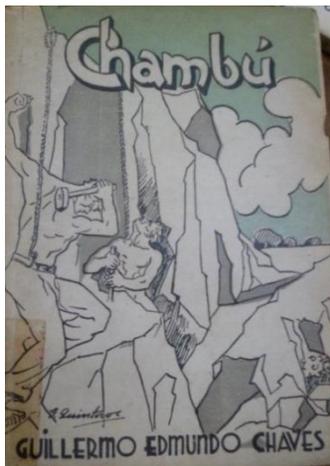
de algunos países, el ser de esa “raza” los llevaba a ser potenciales sospechosos. Hay también ciertos estereotipos que se rescatan en la novela, idea de la pereza de los indígenas y sumisión y a los judíos como personas finas y complejas.

Los dos tiempos es una novela amplia, que intenta abarcar diversos ámbitos y luchas sociales que se estaban dando en Colombia y en parte de América en la primera mitad del siglo XX, es narrada en tercera persona y la protagonista es partícipe de los hechos, por verlos directamente o escucharlos de otras personas, enseña una época de reivindicaciones, pero también los fallos de los movimientos que conmovían el espectro sociopolítico.

Celina no estaba nunca completamente inmiscuida en algo, era una persona un tanto intermedia, no porque fuera cobarde, sino porque las ideologías no llenaban completamente sus expectativas de la necesaria igualdad entre los seres humanos; movimientos incompletos estaban destinados al fracaso y ella lo vivió, pero siempre vio a su país con nostalgia y al presenciarlo desde fuera, supo que lo que ocurría en Colombia se estaba dando en otros lugares de América Latina, que debía tener un cambio para salir efectivamente de los cánones y actitudes coloniales, imperantes desde hacía siglos y que ya debían ser removidas en pro del progreso y la igualdad.

4.2 *Chambú*, Guillermo Edmundo Chaves

Figura 16. Carátula de la 1ª edición, 1946



Fuente: Foto tomada por la autora. Biblioteca Pública Piloto, Medellín, Colombia, 2016.

Novela del escritor nacido en Pasto (Nariño) Guillermo Edmundo Chaves¹⁷⁰ publicada en 1946, trata principalmente el tema del progreso en Colombia, dado con ingentes obras públicas durante la primera mitad del siglo XX y evidenciado en la construcción de carreteras, como forma de comunicar efectivamente el país, separado por accidentes geográficos y dividido en regiones.

La novela ha sido una de las más importantes producidas en el sur del país y por eso se ha reeditado en varias ocasiones, pues Guillermo Edmundo Chaves, ha sido también uno de los autores más reconocidos en Nariño, abogado de profesión y no alejándose de la labor escritural, aunque su producción novelesca no fuera numerosa; según Raymond Williams,¹⁷¹ Chaves hace parte de una ficción nacida en la década de los cuarenta del siglo XX, que era más madura y marcada por las realidades sociales y políticas del país, así como la búsqueda de la identidad, con elementos triétnicos propios del gran Cauca, de donde procede el autor.

La novela, siguiendo el análisis de Williams, no debe considerarse indigenista, pues el escritor-protagonista, observa los elementos indígenas y negros desde fuera, parece conocer bastante la cultura indígena, y se muestra que es un hombre letrado, algo de gran importancia en la cultura escrita caucana, en oposición a la oral más propia de capas poblacionales pobres. Así mismo, no hay reivindicaciones hacia algún grupo étnico, más bien es un llamado al mestizaje, necesario en el despertar de aquel siglo.

Algunas de las situaciones denunciadas tienen un tono similar al de *La vorágine*, pero se ubica en un terreno distinto, con trabajadores de las vías, que perdían sus vidas en pro del progreso; Raymond Williams señala que la novela es una crítica nostálgica al progreso, y si lo es, no es en el tono costumbrista más reconocido en las novelas marcadamente “criollistas” (por ejemplo, las de Tomás Carrasquilla), sino como una forma de denuncia, que logra evidenciar, a su vez, los problemas a los cuales se estaba enfrentado la población “negra” e indígena del Cauca, en las zonas cercanas a Nariño, donde se desarrolla la acción.

¹⁷⁰ Guillermo Chaves, *Chambú* (Manizales: Biblioteca de Autores, 1946). Edición que se citará en este texto.

¹⁷¹ Raymond Williams, *Novela y poder...* 223, 224.

El protagonista es Ernesto Santacoloma, un joven abogado de Pasto, proveniente de una familia en regular posición económica, tenía otro hermano, un ingeniero llamado Pedro y varias hermanas, de las cuales no se menciona su profesión, seguramente porque no habían accedido a la educación superior, por el contrario, se describen con sus gracias físicas, evidenciando el papel que tenían las mujeres en la sociedad tradicionalista y patriarcal nariñense (relegadas a la esfera privada, pendientes de los oficios del hogar siendo amas de casa), en la cual los patrones sociales eran rígidos y poco cambiantes.

En este sentido, la novela conserva prejuicios y actitudes propias de la zona en desarrollo e, incluso, de Colombia; pues en algunos momentos, al referirse a asuntos “raciales”, pueden notarse ideas propias del determinismo geográfico decimonónico, que asociaba las “razas” a un clima específico para el que serían aptas según el tono de piel, aunque también, según las diferencias “raciales” correspondía a una clase social, la cual, como en otras novelas revisadas hasta el momento, podría decirse que era: alta para “blancos”, personas de apellidos rimbombantes descendientes de españoles, media para una capa poblacional altísima de mestizos, y baja para “negros” e indígenas.

Entonces, si conservaba algo del estilo de *La vorágine*, es precisamente el tono de denuncia y crítica al progreso, que arrasaba la vida de muchísimos hombres, solo que en *Chambú* no era la fiebre del caucho, sino el afán de construir carreteras, un propósito más loable si se compara que podría ser un beneficio para la población de aquellos parajes, la cual transitaba por los caminos recién construidos. En cambio, en la novela de Rivera las caucherías eran empresas privadas que únicamente buscaban un lucro personal para sus dueños, sin importar las poblaciones que perecieran en el proceso.

La explotación ambiental es un tópico recurrente en varias novelas revisadas, igualmente, cómo la naturaleza logra una venganza en contra de los trabajadores. En la novela de Chaves, la piedra agrietada muchas veces no soporta y se despeñan grandes pedazos, matando a los hombres que trabajaban en romperla incesantemente.

Luis, el hermano del protagonista, laboraba como ingeniero en el proyecto de construcción de la vía Tumaco-Pasto, en un paso conocido como “Nariz del diablo”, una zona bastante peligrosa en la cual muchísimos hombres habían perecido, como una “cuota a

la civilización”, pues con la destrucción de esa gigante roca, vendría el progreso pues se comunicaba más fácilmente Pasto con el resto del país.

El desfiladero de Chambú era el lugar preciso en que trabajaban aquellos fuertes hombres, horadando la piedra día con día y poniendo su vida en riesgo por ello; posteriormente los desmanes en contra de los hombres que trabajaban en compañías extranjeras se van dando a conocer, no precisamente porque haya maltrato evidente como contra los caucheros, sino por las condiciones a las cuales eran sometidos aquellos trabajadores de la minería y los ferrocarriles, siendo mano de obra no muy bien tratada por las empresas extranjeras, como una denuncia del imperialismo en el cual seguía inmerso el país, dependiendo de empresas extranjeras que trajeran sus ideas y materializaciones concernientes al progreso.

El nacionalismo puede notarse como ese rechazo al progreso traído por entes foráneos, los cuales ruñían y explotaban con dinamita las rocas, que pueden verse como el cimientamiento de la tradición, pero no el evocar un pasado o nación cualquiera, sino la necesidad incuestionable de la nación mestiza, basada en elementos “blancos” e indígenas, como un llamado al orgullo “racial”, haciendo fuerte su peso en la novela.

Aquella parte del sur país se muestra como un crisol étnico, social y económico, en el cual las diferencias se podrían apreciar fácilmente, dando a entender que los cánones y comportamientos tradicionales eran rígidos, tenidos en cuenta y mantenidos por la población, estando en aquella zona la representación de las “razas” principales que habitaban el país. “Negros”, “blancos” e indígenas componían el gentilicio pastuso y se van introduciendo en la novela de forma llamativa.

El recurrir al pasado indígena recordando gestas heroicas puede ser un elemento “indigenista” que tiene la novela, pero no precisamente un rescate de los indígenas que desarrollaban su vida en la cotidianidad de Pasto en el siglo XX. El heroísmo y la herencia mestiza, que tenía su cuota indígena, era querida en cuanto a las tradiciones de decenios anteriores, y por ello no el indígena actual, visto como malicioso y con obediencia casi obligada, por herencia de tradiciones, a los “blancos”. Es dicente el propio nombre de la novela, “Chambú” era una palabra que el protagonista creía proveniente del quechua, una

familia de idiomas propia de los Andes, pero en una conversación se da cuenta que proviene de los Sindaguas:

– Los Sindaguas? Acaso Chambú no es quechua?

– No. Es caribe. Los Sindaguas fueron de esa gente que avanzó por el Orinoco y cruzó por el Putumayo. Sin tocar a los Quillacingas se establecieron en las cabeceras de nuestros grandes ríos. De esa tribu fue Telebina quien dio su nombre al río que usted conoce. De esa tribu fue Chambul, un guerrero fabuloso, hijo de uno de los grandes caciques sindaguas. Eran gentes de guerra. Valientes. Feroces. Cuenta la historia de esos tiempos que Chambul atacó con sus hombres la población de Madrigal que los españoles habían fundado en las cabeceras el Telebí. (Chaves, 1946: 304)

De esa manera se resalta que el elemento indígena a tenerse en cuenta era el tradicional, guerreros bravíos, los cuales eran orgullo “racial” y estuvieron en pugna con los españoles, plantaron batallas, aunque finalmente resultaron perdedores y reducidos a pequeños grupos que habitaban el país tímidamente, haciendo constantes reclamos de tierras y relegados a zonas selváticas y relacionados con un contacto directo con la naturaleza, hacían delicias exóticas y cuadros costumbristas hermosos, pero ajenos al transcurrir citadino y pueblerino, pues los días de mercado bajaban a vender los productos que cultivaban. Por ello, en la actualidad que narra la novela, eran reducidos a un pasado glorioso y a artesanías, figuras hermosas adornando las casas de las personas adineradas, haciendo alusión a la riqueza cultural antiquísima de los nativos.

Las personas “negras” no son mejor tratadas, en la novela son introducidos de formas prejuiciosas, dando cuenta de lo que se solía pensar de las “razas” y su lugar en el territorio nacional, relacionados directamente con los lugares calientes y las costas, el protagonista, al tener un primer contacto con “negros” se queda ciertamente sorprendido, porque en la novela los ve en una típica posada de camino, era una familia que allí vivía, en las soledades de la montaña, y describe a Ernesto pensando en que hasta allí subía el oleaje moreno de los habitantes de color, que normalmente se veían diseminados en las costas.

Las ideas del determinismo geográfico decimonónico, como ya se ha mencionado, son evidentes en la novela, pues era extraño para el joven abogado, Ernesto, ver que había “negros” en las montañas frías, siendo más normal, según se entrevé, que estuvieran en las zonas costeras.

Al prejuicio del protagonista se aunaba una actitud hacia las personas “negras”, pues trataba con más desparpajo a aquellas mujeres, como si no debieran ser tratadas con el mismo respeto que las “blancas” y mestizas. La belleza de las “negras” era algo lejano al protagonista, pues, aunque notaba su hermosura, la extrañeza de su color, diferente al de él, significaba un distanciamiento casi natural, siendo a la vez relacionadas con la tierra, como se ha visto en varias novelas: asemejar a las mujeres con la tierra, en este caso negra, pródiga y con brazos abiertos como frutos.

Este primer encuentro con los elementos “negros” de la población, sin duda representó un choque para el protagonista, pero en la narración se va avanzando hacia la idea del mestizaje, y en oposición a otras novelas de la época y que se han tratado hasta acá, no se invisibilizan las personas de “color negro”, de hecho, se toman como parte de la nación y la novela funge como un llamado a incluir –a esta población– en el mestizaje americano.

Su pasado de esclavitud era un elemento que no se olvidaba, arrancados de su continente original llegaron a América como propiedades, trabajaron en minas y socavones, su dolor se confundía con el de la tierra, pero alcanzaron la libertad, que los vinculó a la vida del continente americano.

Aunque no se invisibilice la “raza negra”, no funciona como un elemento central en las mezclas de sangre y “raciales” que llenaban el continente al despertar del siglo, el mestizaje era importante, Ernesto lo entendía porque había conocido varias ciudades y pueblos del país, había encontrado diversas culturas, costumbres y personas, pero en sus reflexiones era el mestizaje “blanco” e indígena el que debía perdurar, anteponiéndose el primero al segundo, que iría diluyendo las diferencias “raciales”. Otras sangres serían como un “vago aliento” en el cuerpo del mestizo ideal para poblar América, lo cual lleva a relacionar este ideal con algunas de las doctrinas e ideas de intelectuales colombianos, quienes proponían que el elemento “blanco” debía predominar, yendo el mestizaje hacia un necesario “blanqueamiento” de los habitantes del país.

El tema “racial” en la novela es fuerte, preponderante, por el llamado al mestizaje que ya se ha comentado, hay alusiones a los conquistadores “blancos” que llegaron a

América, aventureros y audaces impregnaron a sus descendientes y se reflejaron en los “pueblos vencidos”, de estos personajes descendían mestizos y criollos, pero los primeros, venían además de los indígenas, idealizados en la narración, mostrados de una manera literaria, aunque sometidos a los designios de los “blancos”, lo cual llevó al fácil mestizaje; una “raza” nueva propia de América y garante de la tierra, llevando los motivos étnicos una esencia propia y tranquila en quienes descendían de esta mezcla. Los indígenas continuaban bajo el yugo de siglos de servicio, luchando por la tierra que debía ser suya por herencia, pero que pasaba a los dueños “blancos” y mantienen sus actitudes sencillas y serviciales.

La “raza” es muy mencionada en la novela, como ya se ha visto, funciona precisamente para hacer alusión a diferencias étnicas dadas por el color de la piel de las personas y comunidades que veía Ernesto, así como los grupos de trabajadores con quienes entraba en contacto. Este sentido “racial” no se limita a Colombia, se extiende a toda América con un claro referente mestizo, el cual debería significar orgullo, consciencia de la tierra y de la sangre, apropiación de lo que se caracterizaba como propio, tal vez en detrimento de las compañías extranjeras que expoliaban a los trabajadores colombianos. Aquella “raza” mestiza era la heredera de la tierra, la roca tenía el color característico de los mestizos, aquella roca nombrada con una palabra indígena y que dejaba el regusto tradicional en el lenguaje: el mestizaje era, en últimas, una esperanza para América.

La novela es narrada en tercera persona, y aunque el protagonista es propio de la cultura escrita y relacionaba su vida y descripciones con lo literario que le era cercano, por su trabajo se encontraba rodeado de personajes con actitudes fuertes, relacionados con la oralidad, traspasando a la narración de la novela las deformaciones del lenguaje que producía el habla.

Ernesto trabajaba como abogado y tenía el cargo de “Visitador Especial del Ministerio de Obras Públicas”, llegaba para observar los procesos realizados en la construcción del ferrocarril de Nariño, y estaban alertados por las noticias de que morían muchos hombres en la ciénaga; las condiciones descritas son difíciles, pero no tan extremas como en *La vorágine*, aunque los trabajadores morían de inanición y muchas veces de sed, no había maltrato pero sí mala alimentación y jornadas laborales excesivas, los salarios eran

bajísimos y pronto quedaban desnutridos los hombres que pagaban con sus vidas, la cuota a la civilización y progreso propio de la cultura occidental, que en Europa se estaba sumiendo en una guerra, la cual tendría posteriormente el carácter de ser un conflicto mundial.

Entonces ¿el progreso representaba un ineluctable avance? Evidentemente no, la novela es muy clara en mostrar el lado terrible de las empresas civilizatorias, los hombres morían por cientos en las carreteras, entregando su existencia a la construcción de vías y en los países más desarrollados y ricos, se sumían en terribles guerras que impactaban el resto del mundo, incluso en aquella zona del país, que se podría creer alejada, se veía el desabastecimiento y las dificultades en la propia construcción por falta de suministros, ese viejo mundo se estaba destruyendo, tal vez era la hora de los mestizos, que por fin se apropiarían de su herencia y su tierra.

4.3 Memorias de un tal Pastrano, Dionisio Arango Vélez

La novela de Dionisio Arango Vélez¹⁷² es un homenaje a la tradición picaresca española, que si bien no carece de errores e incongruencias respecto a las fechas usadas como referencia, y a algunos hechos históricos descritos, intenta mantener la forma de la típica narración de aquellas novelas del viejo continente, representando un ejercicio interesante que se aleja del canon establecido para las novelas de la época, con denuncias de tono terrígena y siendo el exponente principal *La vorágine*, como se ha reiterado. La narración es en primera persona, característica de la picaresca española, y los elementos de humor en las descripciones son insistidos, así como la alegría que transmite la misma narración, y aunque el “pícaro” pase por diversas necesidades y malos momentos, son acicalados con humor, alivianando el trasegar de una vida de redención o ascenso social.¹⁷³

La nota al lector deja entrever que el autor quería no, únicamente, hacer un homenaje, sino servir como ejemplo para que se cultivara el género de la picaresca en el país, pues era una forma de aleccionar a las personas y a la sociedad, como un novelista que

¹⁷² Dionisio Arango, *Memorias de un tal Pastrano* (Bogotá: Editorial Cromos, 1931).

¹⁷³ Erwin Haverbeck, “La novela picaresca española”, *Documentos Lingüísticos y Literarios*, n. 12 (1986): 15-24, http://www.humanidades.uach.cl/documentos_linguisticos/docannexe.php?id=469

se autoimponía el deber de enseñar, a través de su obra, las buenas costumbres y haberes sociales, además de una crítica a la corrupción, al periodismo y al clericalismo, que cubría como un manto a la mayoría del país.

También era un rescate del español tradicional, uno que no era precisamente hablado en Colombia, pero que debía implementarse por su belleza y sonoridad musical. Entonces, es una loa al pasado y a la tradición, pero no la propia, sino la herencia de la “madre” España, que serviría como ejemplo en la escritura y las costumbres; es pues un homenaje a la cultura española, la cual era conveniente adaptar, por el mismo derecho de herencia, a la cotidianidad colombiana.

Dionisio Arango Vélez,¹⁷⁴ jurista de la Universidad Nacional de Colombia, quien publicó varias obras e hizo parte de un estilo tradicionalista que no era ajeno a su época. Varios autores recurrían, en sus obras, a elementos de la literatura del siglo de oro español como forma de mantener la tradición o describirla, Ramiro Lagos¹⁷⁵ señala que en Colombia hubo dos ciudades foco para la escritura de novelas con tono picaresco: Medellín y Bogotá, siendo la segunda un centro para su producción, y no solo como novelas costumbristas y realistas. Juan Rodríguez Freile (siglo XVI) y José Manuel Marroquín (siglo XIX) son ejemplos de la picaresca bogotana, reflejando “el lenguaje, la actitud y la psicología ambiental del mundo social que sus autores enfocan” (Lagos: 1999: 215).

En Medellín o en Antioquia se contaba con la figura de Tomás Carrasquilla que, si bien no era autor de picaresca, su costumbrismo tomaba algunos elementos de este estilo, con obras en tono humorístico en las que el “pícaro” o protagonista pasa por situaciones

¹⁷⁴ Los datos biográficos de Dionisio Arango Vélez se encuentran dispersos, es complicado acertar sobre quién era y a qué se dedicaba, pero por un artículo periodístico aparecido en el periódico *El Tiempo*, seguramente sí era un abogado y se desempeñaba como tal, además tenía algunas labores periodísticas, ver: (s.a.) “Un selecto material de la revista ‘Justicia’”, *El Tiempo*, 4 de mayo (1936): 2 <https://news.google.com/newspapers?nid=1706&dat=19360504&id=J9kbAAAAIIBAJ&sjid=61AEAAAAIIBAJ&pg=5300,226702&hl=es> Así mismo, no se sabe muy bien el lugar de procedencia de Arango Vélez, en la cronología de la Costa, incluida por Raymond Williams, *Novela y poder...* 162, el autor aparece como costeño. En: Ramón Illán, *Escribir en Barranquilla* (Bogotá: Editorial Universidad del Norte, 2014): 71, Dionisio Arango Vélez es barranquillero. Por el contrario, Ramiro Lagos, *Ensayos surgentes e insurgentes: intravisión literaria de temas hispánicos* (Madrid: Editorial Verbum, 1999): 215, 225, señala que Dionisio Arango Vélez era un escritor de raigambre antioqueña.

¹⁷⁵ Ramiro Lagos, *Ensayos surgentes e insurgentes: intravisión literaria de temas hispánicos* (Madrid: Editorial Verbum, 1999): 214-227.

graciosas o hilarantes, entonces estas novelas, si bien no eran propiamente “picarescas”, mantenían un tono que las asemejaba a las obras de aquel estilo.

En opinión de Ramiro Lagos, la obra de Dionisio Arango Vélez, *Memorias de un tal Pastrano*, es la más lograda respecto a seguir el estilo picaresco, pues fue escrita de una forma apegada a los patrones clásicos, incluyendo sonetos de algunos personajes al inicio de la obra, pero la obra completa es narrada desde lo humorístico. Lucas Pastrano y Villamarquí es quien cuenta la historia, su propia historia, era un huérfano que nació en Sutatausa, un municipio de Cundinamarca, desde pequeño sufrió variadas necesidades por ser pobre, pero en el transcurso de la novela, hará algunas acciones que lo llevarán en la senda del enriquecimiento: el estudio, la contemplación e, incluso, la gobernación, como actividad política.

La nota humorística del Lucas joven es que había nacido con un grave defecto, le gustaba mucho el “chisme”, las murmuraciones e inmiscuirse en los asuntos de otras personas, no por maldad, recalca, sino por un impulso natural que lo guiaba. Así, desde pequeño, decidía entrar a trabajar en determinados lugares, como en la iglesia con el cura Modesto Guardado, únicamente por estar cercano a enterarse de los chismes del pueblo. A raíz de unos incidentes con las limosnas, el cura acusó a Lucas de ser ladrón y el alcalde Diego Torices lo amarró todo el día en el cepo para que la gente le arrojara objetos y lo golpeará, el joven al final del día, aporreado y magullado se va del pueblo, iniciando un peregrinaje hacia Bogotá.

Es en la salida de Lucas de Sutatausa, herido y humillado, donde hay una oda a la pobreza, en el sentido en el cual se queja de que más le ayudó una familia pobre, pues los de su propio pueblo lo repudiaron. La mayoría de ricos son vistos en la obra como personas ambiciosas y tacañas, que en poco o nada le ayudaban a los más necesitados, recayendo este deber de humanidad y de buena fe en los pobres, que se desprendían de todo por colaborar con el prójimo.

Al contrario, entonces, los ricos se preciaban de su ancestro y abolengo, que casi siempre relacionaban con pertenecer a una “buena familia” o ser de “buena sangre”, lo cual podría tomarse en sentido socio-racial, pues aquellos ricos, haciendo eco de su rancio

abolengo, lo rastreaban hasta siglos atrás, reyes y nobles, sobre todo con la familia que trabajó Lucas un tiempo; el tener apellidos rimbombantes como “Verduguillo y Ventaquemada” lo asociaban con descender directamente de españoles y tener una determinada posición social, siendo esta elevada y preferencial, aunque en ello se escondía que eran una familia empobrecida, jactándose únicamente de un apellido que, en situaciones de necesidad, era un simple adorno.

Contrario a los Verduguillo y Ventaquemada, la familia de los Marqueses de Mendoza, era completamente noble, el dinero y las propiedades los respaldaban y la acción que redimió a Lucas fue el salvar a su hijo del encierro y el encarcelamiento, ellos quedaron en deuda con el protagonista y, por ello, lo adoptaron como hijo, le dieron educación y pudo eliminar los malos hábitos de sí, pero finalmente, vuelve al pueblo que lo traicionó y lleva a cabo una venganza, pues llegó con el cargo de gobernador, fue escalando socialmente y al fin pudo mejorar su situación. Pese a lo anterior, era el sentimiento de venganza el que lo mantenía atado a su vida pasada, dando cuenta de que ni siquiera la educación podría transformar a las personas.

La obra se presenta principalmente como una denuncia a la corrupción en todos los niveles, pero sobre todo la eclesiástica y gubernamental, y aunque hay partes en las cuales se tiene en cuenta el siglo XVII (el decreto de Lucas, gobernador, 1639) como momento en el que se desarrolla, realmente ocurre en el siglo XX, pues se hace referencia a viajes en ferrocarriles, alumbrado público y pugnas partidistas entre liberales y conservadores.

Se aprovecha el cura del pueblo para dar cuenta de la manipulación eclesiástica, pues Modesto Guardado obligaba a los fieles del pueblo a votar por los candidatos conservadores, mientras maltrata a las personas liberales, incluso estuvo tras la muerte de un liberal del pueblo. Así, los poderes conservadores se unían, a través de todos los medios, en contra de los liberales. Los conservadores tenían el beneplácito religioso, Modesto era amigo del alcalde porque era precisamente conservador:

No tengas escrúpulos, pues les repito que eso no es pecado. Por el contrario: Dios habrá de premiarles por ello, pues todo lo que sea exterminar herejes y liberales, enemigos de Cristo Rey y del Papa y de nuestra santísima religión, que la Trinidad

ampare, es bien hecho, meritorio y digno de recompensa. Por ahora guarden estos realitos, que después que cumplan serán más. (Arango, 1931: 52)

Otra cosa de que quería hablarles son las elecciones del domingo próximo. Ya se los tengo dicho y repetido y ahora vuelvo a recordarles la obligación en que están los católicos de sufragar por los candidatos conservadores. Votar por ellos es votar a conciencia y delante de Dios, porque tales candidatos representan los intereses de la Religión, de la sociedad, de la familia y de la Patria. (Arango, 1931:56)

Entonces, la corrupción de la Iglesia y de las esferas oficiales queda denunciada, y sirve como parte explicativa o testimonial de los precedentes de la violencia partidista en Colombia, que llegó a su punto álgido en la década de los cuarenta en el siglo XX. La religión y el fervor de los creyentes eran usados como arma política, no siendo esta la única novela que denuncia un proceder así, porque las encarnizadas luchas entre los banderizos de ambos partidos se daban incluso desde el púlpito.

El mal proceder no se daba únicamente en asuntos políticos, económicamente las autoridades, tanto el sacerdote como el alcalde se aprovechaban de las personas para arrancarles algunos “reales”, pero el momento preferido eran las fiestas que se celebraban en los pueblos, de carácter religioso y en las que participaba toda la población, tomando chicha y gastando su dinero, que se convierte en un elemento importante en la narración, recalcando que la ambición no se aleja de ninguna esfera social.

La “raza” se ve relacionada, entonces, con la procedencia de las personas más que con su color de piel, tal vez porque al parecer, en la novela, los personajes presentados son “blancos” o mestizos que pueden pasar por “blancos” por su mismo color. La diferencia se da por la escala social a la que pertenecen las personas, su estatus económico y por sus apellidos. La palabra “indígena” se usa como un insulto, refiriéndose a personas ignorantes e indeseables, mientras la referencia a los “negros”, es dada por el color de piel y ancestro africano, sirviendo como forma de hacer algunos chistes y tener dichos propios respecto a los “negros”.

La “pura raza” es española, y era usada para referirse al Juan Belmonte, se describe como exponente de una “raza heroica y alegre, de la raza de Pelayo y del Cid, de Juan Tenorio y de Cisneros” (Arango, 1931: 212), pero al lado de esta alabanza a la sangre

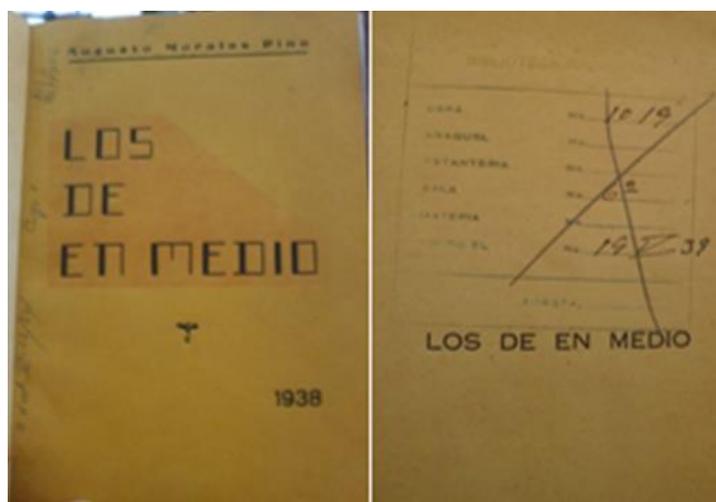
española hay una crítica por parte de un personaje catalán, que decía que aquellos espectáculos de toreo eran “africanos”, para hacer referencia a su barbarie y dar muestras del atraso en el que se mantenía Colombia, al no invertir los dineros en educación, sino en espectáculos burdos.

En este sentido ¿quiénes eran las personas atrasadas y bárbaras? o ¿la barbarie correspondía con no ser una persona educada? Tal vez la “raza” se menciona y acompaña a algunos personajes, pero no es un elemento tan importante en la obra, pues era primordial solucionar los aspectos de corrupción, maltrato y desigualdad de las personas, acción que les incumbía a todos los colombianos, sin distinción.

La novela no es un llamado a la igualdad, pero sí permite reflexionar sobre los aspectos del país que debían solucionarse, no precisamente para entrar en la senda del progreso, pues el autor es bastante tradicionalista, sino para mejorar la convivencia y vida de los habitantes. La “raza” no era determinante, pero ha de reconocerse que había diferencias sociales por el color de piel o el grupo étnico, precisamente desde el lugar que ocuparan las personas en la escala social. Lucas es un ejemplo de que, con educación, siendo un niño pobre y mañoso, pudo ascender en la vida, conseguir sus propias cosas, trabajar profesionalmente y llegar a las esferas del poder, donde pondría en orden lo que desde pequeño criticaba.

4.4 Mención especial: *Los de en medio*, Augusto Morales Pino

Figura 17. Carátula y contraportada de la 1ª edición, 1938



Fuente: Foto tomada por la autora. Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá, 2016.

La novela de Augusto Morales Pino,¹⁷⁶ escritor bogotano, no trata precisamente el tema “racial” mostrado hasta el momento en otras novelas, aunque él hacía parte de la corriente indigenista latinoamericana dada en el siglo XX, incluso, en Guatemala hizo parte del grupo los Tepéus, quienes tenían como objetivo enaltecer al indio americano. En Centroamérica y Colombia trabajó como periodista.¹⁷⁷

Los de en medio, novela con tono dramático, en la cual el lector recurre a una toma de conciencia de diferencias sociales desde la infancia del protagonista, Enrique, quien desde niño empezó a darse cuenta que era de la clase social de “en medio”, se narran sus sentimientos y que fue consecuente con todo lo que le rodea, pero de una forma profunda, en donde se cuestionaba las cosas, las creencias y su propio lugar en el mundo, su situación como niño pobre, distinto, casi desigual a su enemigo, un niño rico que lo maltrataba.

Se desarrolla en Bogotá, mostrada como una ciudad monótona y tóxica, de la cual sus habitantes querían escapar, al menos por un tiempo, pero no era posible por las ocupaciones diarias que mantenían a las personas pegadas a su puesto de trabajo. El tiempo en la narración es pesado, el enorme reloj de la torre de la iglesia, que puede mirarse desde bastante lejos, funciona como un recordatorio a aquellos habitantes anónimos de pertenecer a un horario definido y una actividad cansina, no vista precisamente como esclavitud, pero sí como trabajos que les mantenían encerrados y sin posibilidades de ascenso social. El pasado y el presente se mezclan en las descripciones, la historia de los padres de Enrique, Leonor y Alejandro, chocan con la infancia del niño, sus delicados sueños y existencia tranquila bajo el regazo materno.

La historia de amor entre Leonor y Alejandro, tal vez demuestra cómo podría desarrollarse el cariño precisamente en la clase media, ambos trabajaban, aunque ella se esforzaba más, para ayudarlo a cumplir sus sueños políticos, un hombre liberal que alcanzó a llegar a la Cámara de Representantes, pero que hacía mucho tiempo había abandonado a

¹⁷⁶ Augusto Morales, *Los de en medio* (Pasto: Talleres de Imprenta del Departamento de Nariño, 1938).

¹⁷⁷ Augusto Morales, *El moxa. Novela chibcha* (Bogotá: Editorial Kelly, 1984).

su hijo y a su pareja, dejándolos sin ayuda y pasando necesidades, mientras él se habituaba a una vida más adinerada, dejando enfriar los ideales que lo empujaron una vez. Por ello, Enrique era un niño desamparado, que cuando murió su madre, quedó casi solo en el mundo y tuvo que abandonar sus sueños de estudiar ingeniería, pero que como sabía leer y escribir, pudo conseguir trabajo.

Desde muy pequeño tuvo la certeza de que era pobre, lo que implicaba inferioridad y sufrimiento, fue a la escuela a un instituto para niños pobres, separado del de los niños ricos, como para remarcar las diferencias sociales que los perseguirían toda la vida. La misma ciudad estaba trazada con la consciencia de las clases sociales, en barrios para pobres y ricos, los segundos a Enrique le parecían hostiles, él nunca haría parte de ellos.

Los hechos pasados entremezclados con los presentes, son contados por un narrador omnisciente, casi siempre tristes, de maltrato y abandono, como si la esperanza no fuera un sentimiento propio de aquellas personas pobres, que se tendrían que acostumbrar a trabajar para sobrevivir y ganar un bajo sueldo. El niño rico, Luis, blanco, rubio y larguirucho, humillaba a Enrique, quien sentía que había diferencias grandes, no precisamente por envidia, pero sí porque era consciente de que él no tenía todo lo que Luis y sus padres mostraban; esa certeza de pobreza lo acompañó siempre.

Cuando se enamoró de Olga, una niña rubia y hermosa, que le prestaba atención, sabía que algo los separaba, no únicamente el barrio en el que cada uno vivía, sino que la casa de ella era lujosamente amoblada. Pronto la alejaron de él, Enrique presentía que se la llevaban lejos de sí precisamente porque eran diferentes, él tenía incluso los zapatos rotos por el desgaste. Cuando estaba en la adolescencia vio a Olga, que había crecido, intentó saludarla, pero ella lo ignoró, ya no había nada del cariño de niños, ella era guapa y bien vestida, mientras el traje de oficinista que él usaba estaba desgastado por el uso.

En la novela no hay referencias a la “raza”, pero la situación social y económica de los personajes sí trae algunas diferencias, dadas precisamente por el tono de piel, los adinerados eran rubios, con tonos altivos y despreciativos, vivían en barrios ricos, que contrastaban con las trazas de los pobres, quienes eran mestizos, personas que trabajaban toda la semana, inmersos no como obreros, porque habían accedido a la educación básica,

pero sí como oficinistas que no podían cambiar su situación social, como una escala inamovible, sin esperanza.

Ni siquiera el amor se muestra como una opción, las empleadas creían que su oficio no les permitiría casarse, las mujeres bellas tampoco corrían mejor suerte, aquella clase media, las personas de “en medio”, estaban destinados a mantener una vida llena de esfuerzos y trabajos extenuantes. Las distracciones de los trabajadores estaban muy mediadas por los espectáculos religiosos, la visita en las tardes a cafés, el ir al cine era un entretenimiento extendido, como haciendo parte de una ciudad moderna, en la cual sus habitantes estaban destinados a permanecer, inamovibles, en sus ocupaciones diarias.

CAPÍTULO V

REFLEXIONES: “RAZA” Y LITERATURA

No creo que los escritores estén mecánicamente determinados por la ideología, la clase o la historia económica, pero sí creo que pertenecen en gran medida a la historia de sus sociedades, y son modelados y modelan tal historia y experiencia social en diferentes grados.

Edward Said, *Cultura e imperialismo*

Las novelas presentadas y analizadas ofrecieron algunas visiones sobre el tema de la “raza”, siendo muchas las coincidencias encontradas entre cada novela respecto al asunto que se quería hallar. Las descripciones contextuales son amplias y permiten dar cuenta de los acontecimientos por los cuales atravesaba el país y la situación de los habitantes. Aunque el espectro “racial” no haya sido motivo principal de las novelas tratadas, sí se encontraron variadas referencias respecto a cada grupo humano que aparece en la obra, “racializado” en aspectos de exclusión dados por motivos étnicos.

Los discursos presentes en las obras tienen bastantes coincidencias con los que se vieron durante el siglo XIX y principios del XX dados por el positivismo científico, y que tuvieron su eco en la vida intelectual nacional, al ser un tema de preocupación en el proyecto de identidad colombiano desde los dos partidos políticos en el poder. La intención de los discursos oficiales era dar la generalizada idea de homogeneidad, en la que las diferencias “raciales”, dadas en el país, se habían ido diluyendo por procesos de mestizaje, siendo Colombia un país precisamente mestizo, y esa idea fue también replicada por los conferencistas que presentaron sus pensamientos y análisis en *Los problemas de la raza en Colombia* (1920).

El país mestizo defendido por las élites encuentra su correlato, precisamente, en producciones como las novelas analizadas, que evidencian problemas profundos respecto a los grupos étnicos habitantes de la nación colombiana; el proyecto mestizo correspondía a determinadas zonas del país, céntricas, mientras otras eran olvidadas. Es curioso que la misma producción novelesca y los escritores fueran únicamente de la parte occidental del

país, como un olvido de la oriental, ejemplificada únicamente con inmensos llanos y selvas, habitados por personas “salvajes” que quedaban fuera de los discursos oficiales.

El indigenismo no fue muy fecundo en la novelística colombiana, según se ha mencionado siguiendo lo expuesto por Raymond Williams, pero se pudo ver que hay novelas que intentan rescatar, con tono de protesta, esta población, tanto en las partes andinas del país como en las selváticas, encontrando similitudes en que eran expoliados sin importar el lugar del que vinieran, y tenían pocas formas de resistencia, excluyendo las iniciadas en el Cauca pero que, finalmente, no fueron tan fructíferas para obtener mejoras para la población nativa, que si bien se reconocía desde las novelas, pronto caía en un olvido sistemático.

La población “negra” relegada durante tantos años en un proceso de ese olvido sistemático posterior a la abolición de la esclavitud en Colombia, en el siglo XIX, empezó a ser notada de nuevo en su novelística, como corolario del movimiento indigenista e, incluso, de los cambios que se estaban dando en el país, así como la influencia de diversos movimientos en América Latina y el mundo. Los autores que siendo mestizos o criollos recalcaron la importancia de los afrodescendientes en Colombia, al ser una población numerosa, dieron un paso para el reconocimiento que, posteriormente, cuajaría en que novelistas “negros” escribieran y publicaran obras desde su propia experiencia como afrocolombianos en un país y período caracterizado por ser excluyente.

Los novelistas, desde sus estilos propios, ideología, partido político y experiencia plasmaron en sus obras lo que percibieron como habitantes y testigos de la Colombia de la primera mitad del siglo XX, y aunque algunas obras fueran en tono satírico y cómico, como se ha expuesto, casi siempre terminaban en tragedia, los finales felices no eran propios de un país formado a medias, en el cual la violencia y los enfrentamientos, sobre todo, políticos, eran constantes.

El proceso creativo, el sentirse como personajes letrados, acordes a lo que requería la modernidad capitalista, tampoco era una garantía de éxito social y económico, los fundamentos de poder elitistas eran muy estáticos, el ascenso social era improbable. Entonces, si la educación no lograba salvar a los personajes que atraviesan las novelas, era

muy posible que la situación denunciada se quedara tal como estaba, profundizando el estilo triste y las tragedias a las cuales estaban destinados quienes transitaban por las páginas de estas obras en el siglo XX.

En un acercamiento a la situación de los indígenas puede notarse, como se ha mencionado, que el estilo indigenista latinoamericano estaba vigente en las novelas con un rescate de la población nativa, con su sufrimiento y explotación fue la forma de sacar a relucir los problemas que la afectaban. Luis Villoro anunciaba en *Los grandes momentos del indigenismo en México*¹⁷⁸ el enfoque idealista del movimiento indigenista, por presentarse como un proceso histórico concienzudo, a través del cual los indígenas eran *comprendidos, juzgados* por personas no indígenas, precisamente, como un correlato de procesos en el cual la población nativa estaba explotada por la que no lo era. La toma de conciencia sobre el indio correspondía, según Villoro, a un movimiento dialéctico, en el que primero el indio era negado –por ejemplo, en el período colonial– y luego “recuperado”, liberado en una sociedad donde se abolieran las distinciones sociales y “raciales” (Villoro, 1987: 9, 10).

El caso mexicano expuesto por Villoro, quien hace alusión a que las leyes coloniales que buscaban proteger al indígena lo aislaron, produciendo una situación que no se había solucionado con los movimientos independentistas, puede compararse al colombiano con la Ley 89 de 1890: “Por medio de la cual se determina la manera como deben ser gobernados los salvajes que vayan reduciéndose a la vida civilizada”,¹⁷⁹ mostrando una visión negativa de los indígenas como salvajes, “Los indígenas quedaron al margen de la ‘legislación general’ de la República, bajo la tutela de las misiones católicas, y fueron considerados como ‘menores de edad’ en lo que atañe al régimen civil y penal de la Nación” (Pineda, 2002).

El tutelaje del catolicismo sobre los indígenas duró hasta bien entrado el siglo XX, aunque a partir de 1920, según expone Pineda, los nuevos movimientos sociales empezaron a preocuparse por la visión que se tenía sobre ellos, con la intención de dignificar su cultura

¹⁷⁸ Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México* (México D.F: Lecturas Mexicanas, 1987).

¹⁷⁹ Roberto Pineda, “Estados y pueblos indígenas en el siglo XX. La política indigenista entre 1886 y 1991”, *Credencial Historia*, N° 146 (2002).

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero2002/estado.htm>

y sociedad. Pese a esto, se mantenían los presupuestos de la Ley 89 de 1890, viéndose a los indígenas como inferiores sociales, como un “otro” en una alteridad “racial”.

Las situaciones estudiadas por Villoro, a partir de intelectuales mexicanos del siglo XIX tienen también consonancia con el caso colombiano, sobre todo, el descrito en las novelas analizadas: personas que habían quedado en libertad con los procesos independentistas, pero que se veían desde una óptica de inferioridad social, por lo que eran expoliados en las haciendas, no únicamente por los dueños criollos, sino también por los funcionarios mestizos, perdurando un régimen casi colonial en el que continuaban en situación de servidumbre y semi esclavitud, mantenida a través de las épocas, siendo su historia una de “lágrimas y sufrimientos” (Villoro, 1987: 177).

Entonces, es el “clamor de raza vencida” visto en *La vorágine* el constante para describir a los indígenas, siempre explotados de diversas formas y según el lugar en que se situaran. El régimen de haciendas se presentaba en la zona andina, acorde con las actividades agrícolas que se desarrollaban en casi todo el país al predominar la ruralidad; los indígenas quedaban bajo la tutela del dueño de la hacienda, que los tenía prácticamente como seres de su propiedad, aprovechándose de las familias indígenas en todos los sentidos, incluso, violando a las mujeres. Tal vez esta situación era amparada por la forma paternalista en que fueron tratados los indígenas desde las leyes, con un estatus de infancia e inferioridad socio racial, arrancándoles sus tierras y siendo prácticamente olvidados e ignorados en sus reclamos.

La situación de los indígenas en la zona selvática no era mejor que la de quienes habitaban en la andina, olvidados completamente por parte del Estado central, ni siquiera sentían ser parte de Colombia, hecho que se replicaba en los habitantes de llanos y selvas, como se pudo ver en *La vorágine*, cuando Arturo Cova fue descendiendo hacia estos lugares y se encontraba con diversidad de personas que únicamente hacían parte del terreno donde nacieron, remarcando más aún las distancias regionales y culturales. Los indígenas de la selva, aquellos que lograban escapar del holocausto cauchero que se dio con la fiebre de las “caucherías” peruanas, se internaban para continuar viviendo acorde a sus

costumbres, aunque fueran hostigados constantemente por el resto de población que habitaba las mismas zonas.

Según lo visto en las novelas y dado lo que los escritores observaban o creían por el contexto de su producción, que los indígenas no eran una población adecuada a los imaginarios nacionales, estaban al margen de toda identidad colombiana, como seres en pugna constante, por el derecho a la tierra y a sus propias vidas, en contra de la semi esclavitud que suponía su entrada en contacto con grupos de mestizos, criollos o “blancos”. La principal acción para realizar al respecto era la reivindicación de la cultura y el ser indígena, tal como era propuesto por las corrientes del indigenismo, quienes veían en el nativo la “raza” ancestral con el llamado a la tierra.

Aunque haya posibilidad de comparar a los dos tipos de indígenas descritos en las novelas analizadas, ya que algunos estaban en la zona andina, mientras otros en las selváticas, coinciden las formas de percibirlos de los escritores, según el punto de observación. Tanto en la selva como en el entorno rural estaban supeditados a violencia y luchas constantes, aunque en la selva podían mantener sus estilos de vida tradicionales y propios, con costumbres, prácticas y saberes ancestrales. En las zonas rurales hay una casi completa asimilación del catolicismo y la convivencia sumisa con patrones criollos o “blancos”, en una situación de semi esclavitud y maltrato que, finalmente, terminaba cansando a los nativos que explotaban en acciones violentas.

En el Cauca, con la novela *José Tombé*, las acciones por el cuidado de la tierra llevaron a la resistencia armada de un grupo de indígenas, quienes más que en contra de un hombre, se rebelaron contra el sistema de represión y abusos que este representaba; mostrando indígenas abusados económicamente, hay una cercanía con las situaciones que se estaban dando bajo el mando de Manuel Quintín Lame, quien precisamente en el Cauca inició escaramuzas y levantamientos de grupos indígenas, en lucha por los resguardos que les pertenecían y que lentamente les estaban arrebatando a las tribus indígenas de Ortega. Esta resistencia se extendió a Cauca, Nariño y Valle, además intentó empezarla en Tolima, donde no había una figura de resguardos porque: “Colonos de espíritu expansionista y emprendedor, al estilo de Don Ignacio Muñoz, habían expropiado por las buenas o por las

malas, a la mayoría de los indígenas de su ‘derecho a la tierra’ que les había tocado en las reparticiones, y los habían convertido de dueños en arrendatarios y peones.”¹⁸⁰

El conjunto de novelas estudiado revela, entonces, aquel contexto de luchas y problemas a los cuales se enfrentaban los indígenas en la zona andina, relegados a trabajar las tierras que otrora les pertenecieran, únicamente como arrendatarios pendientes de un “amo”, remarcando la idea de que su “raza” había resultado vencida en una lucha de siglos atrás, y que la situación no cambiaba, sino que únicamente se modificaban las formas de explotación. Ante esto la solución era la rebelión, enfrentarse a sus explotadores, pero difícilmente por medio de la justicia ordinaria, pues esta no les favorecía porque además de pobres, eran indígenas, y no precisamente ciudadanos con derechos e igualdad ante la ley.

En el Amazonas los indígenas y pobladores estaban alejados del gobierno central, su situación era aún más paupérrima que la de los trabajadores rurales, pues no había formas de protección para ellos, internados en la selva, siendo masacrados y esclavizados por las casas caucheras que representaban la maldad encarnada en “enganchadores” y capataces brutales, acciones terribles son narradas en las novelas que se desarrollan en la zona suroriental del país, como si la selva influyera en el comportamiento de terribles personas aprovechadas de lo lejos que se encontraban de la justicia ordinaria, para llegar y hacer carnicería con las tribus que allí habitaban, las cuales debían organizarse para intentar la defensa de su gente y hogar.

La “raza” indígena se desarrolla en las novelas estudiadas a partir de lo que los escritores percibían de ella, al encontrarla sometida y maltratada durante siglos. Visiones tristes y vencidas, contrastan un poco con lo que Manuel Quintín Lame percibía de ellos mismos y que le enseñaba al resto de indígenas para que se defendieran de la “discriminación social y racial” a la que eran sometidos por parte de “blancos” y mestizos, quienes eran incapaces de amistad con el indio (Quintín, 1971: XXXIII), le robaban y maltrataban constantemente.

Los indígenas debían asumir su propia defensa, como él mismo lo hizo ante los tribunales de la justicia ordinaria de los hombres “blancos”, hecho del que se orgullecía al

¹⁸⁰ Manuel Quintín, *En defensa de mi raza* (Bogotá: Editextos LTDA, 1971) XXIV.

ser un hombre autodidacta. Puede resumirse que la lucha de los indígenas tenía como aliciente el legítimo derecho a la tierra, poseerla y trabajarla en libertad e igualdad, sumando a esto un llamado en contra de la discriminación de la que eran partícipes por ser indígenas, vistos como inferiores. Así, los motivos “raciales” son primordiales para entender la lucha e inconformidad de los indígenas, durante siglos y hasta en la actualidad.

Las novelas colombianas de la época tratada, pese a ser ficción el género literario al que pertenecen, narran el contexto nacional colombiano de una forma sorprendentemente fiel, permitiendo entender en amplitud lo que estaba ocurriendo, las formas de ver el mundo, la situación de diversos sectores sociales y las luchas que se empezaban a dar por el reconocimiento de derechos e igualdad. Hay también apuntes sobre el contexto internacional de guerras mundiales y totalitarismos, así como el imperialismo de países grandes que tomaban como laboratorios y productores de materias primas a países más pequeños y con menos desarrollo capitalista, siendo el caso de mayor resonancia el de Estados Unidos en América Latina.

Las novelas evidencian cierto sentimiento “antiyanqui”, por los motivos expansionistas que el país del norte mostraba; estas novelas terrígenas buscan crear un sentimiento de defensa del territorio y de la necesaria unidad entre colombianos para defender el país de los colosos que querían atacarlo e, incluso, de los vecinos, como fue el episodio de las disputas con el Perú.

El llamado a la nacionalidad es claro, pero difícilmente este sentimiento podría darse en la totalidad del territorio si se tiene en cuenta que las mismas novelas muestran las desigualdades regionales, “raciales” y sociales que separaban a sus habitantes, no solo mentalmente, sino fronteras físicas de geografías complicadas. Si las novelas de tono indigenista daban cuenta de la situación a la que se enfrentaban los nativos en sus comunidades y diario vivir, las novelas sobre afrodescendientes mostraban las dificultades y miseria a la que se veían sometidos por su condición socio “racial” e histórica. Estas obras fueron escritas por criollos y mestizos, y también por autores afros, que describieron aspectos relacionados con su lugar de procedencia y de pertenencia “racial”.

Al ser descritos desde fuera, hay algunos rasgos predominantes, como la idea de que al ser “negros”, descendientes de esclavos, de décadas pasadas y al haber sido arrancados de su propia tierra, había un sentimiento trágico de desarraigo y tristeza en su interior, expresado en tradiciones y formas musicales propias, relacionadas con los “negros”. En las descripciones de autores “blancos” o mestizos, también son tratados de forma acorde a los postulados decimonónicos y que fueron revisados con las conferencias *Los problemas de la raza en Colombia*, pero no cambió mucho la percepción acerca de los diversos tipos de “razas” que habitaban el trópico colombiano.

Muchas veces se muestran como dominados por instintos e impulsos sexuales, ajenos a la razón y sumamente violentos, y con formas de diversión cercanas a lo erótico, que sirven de ejemplo en casi todas las novelas. Frente a la sensación trágica o triste, se sitúa también la supuesta alegría inherente a los afrodescendientes, con bailes y música propios de su población con aires felices y dispuestos a la celebración.

Las dificultades narradas también se relacionan con el sitio en el cual habitaban y que no era suyo propio, arrancados de sus lugares ancestrales de procedencia, estaban en un país en donde no poseían nada, las tierras que ocupaban de forma “ilegal” les eran arrebatadas con el paso del tiempo. Tampoco hay mucho espacio para narrar que eran personas ilustradas o que accedían a la educación, aunque sí que hacían trabajos duros, brutales y se curtían, a su vez, de una forma de ser acorde a sus labores. En la minería se dejaban caer ante la impersonalidad de la muerte, si algún compañero perecía, el sentimiento de miedo al darse cuenta de que pudieron haber sido ellos mismos, pronto se desvanecía. También el trabajo allí era para sobrevivir al día, sin miras a buscar fortuna personal, sino como medio de supervivencia diaria.

Las costumbres guerreras y violentas son narradas por los escritores criollos y mestizos, como si fueran una característica del ser “negro”, cercanos a la tierra sin poseerla, con formas de ser tildadas de “primitivas” o “brutales”, los afrodescendientes encaraban el diario vivir acorde a los trabajos asignados cuando tenían ganas de laborar, porque según describía Bernardo Arias Trujillo en *Risaralda*, los hombres aunque fuertes eran perezosos, y las mujeres tenían que trabajar cada día para la manutención.

Las descripciones hechas por autores afrocolombianos en sus novelas tienen tonos diferentes, empezando por mostrar el ambiente de necesidad o miseria en el que se desarrollaba la vida de los protagonistas. Chocó es narrado como un pueblo pobre, con muchedumbres de mosquitos y personas hambrientas, no porque fueran perezosas, sino por la imposibilidad de encontrar un trabajo, así fuera mísero, para obtener el sustento diario. Las familias tenían varios hijos que, al parecer, estarían condenados a un ciclo de miseria, pues los alimentos escaseaban, a veces era difícil conseguir hasta el pescado, y eso que el río Atrato bañaba la zona.

Novelas escritas por autores afros profundizan el sentido “racial” de las narraciones, porque los actores que participan de ellas dan cuenta de que su situación es inferior a la de los “blancos” que habitaban la misma zona, produciéndose desigualdades tangibles, de la cual tomaban conciencia por las posibilidades que les eran negadas a ellos mismos. Aunque la pobreza también correspondía a la zona, por ser esta periférica y alejada del gobierno central, es cierto que los “negros” tenían una situación más difícil por su estatus socio “racial”.

La formación académica se interrumpía por las dificultades económicas, así que tampoco era común denominador el que las personas “negras” accedieran a la educación, sobre todo si tenían que dedicarse a trabajar desde temprana edad para ayudar con el sostenimiento del hogar, como describió Manuel Zapata Olivella en *Tierra mojada*, donde los niños que accedían a la educación básica lo hacían con muchísimo esfuerzo y complementaban esta actividad con la siembra y recolección. Por el contrario, Israel en *Las estrellas son negras* de Arnoldo Palacios, no pudo continuar sus estudios porque las becas no estaban destinadas para los “negros”, pues los “blancos” eran prioritarios.

Ben Vinson III y Bobby Vaughn¹⁸¹ en un análisis histórico sobre la población afrodescendiente en México, exponen que las investigaciones sobre negros en este país no habían tenido un lugar preponderante, sobre todo, porque el fenómeno académico y cultural del indigenismo “difuminó la visibilidad de la herencia afromexicana” (Vinson, Vaughn, 2004: 16), herencia que no era muy deseada en aquella población, pues los “negros” habían

¹⁸¹ Ben Vinson III, Bobby Vaughn, *Afroméxico. El pulso de la población negra en México: Una historia recordada, olvidada y vuelta a recordar* (México D.F: Fondo de Cultura Económica, 2004).

dejado como legado la “enfermedad” y el “mal de la sensualidad”, contrario a los indígenas y españoles. Entonces, hay una especie de negación en torno a la presencia negra, pero no únicamente en México sino en el resto de América Latina, lo que lleva a quitarle visibilidad a fenómenos tabú como el racismo, pues se parte del presupuesto de una “democracia racial”, en la cual se diluyen las diferencias, siendo estas únicamente de clase y no precisamente de índole de “raza”.

En Colombia no fue tan diferente la situación, la población “negra” no era muy tenida en cuenta en las políticas, pues a pesar de ganar el estatus de ciudadanos, y conseguir la libertad con la abolición de la esclavitud, esta población quedó prácticamente olvidada. Se observa que para el siglo XX, con el ambiente de reivindicaciones y movimientos sociales, los afrodescendientes lograron entrar nuevamente en escena, y en la literatura se puede ver, con intentos de criollos o mestizos por mostrarlos como grupo poblacional presente en el país, aunque cargados de prejuicios en sus descripciones.

Luego, hay una toma de riendas, los mismos autores “negros” describieron sus experiencias como parte de esta población, evidenciando dinámicas racistas y excluyentes, que de otra manera quedarían únicamente esbozadas y no, precisamente, como problemas “raciales”, que son en últimas los causantes de esta situación que ha perdurado varios siglos. Pietro Pisano¹⁸² refuerza el punto anterior, al mostrar que la población “negra” ha sido considerada, equivocadamente, como sin historia por no tener procesos sociales que los caracterizaran como un grupo específico o sin movimientos reivindicadores, pues pocas personas hablaron de la gente “negra”, así que parecían sin voz. Los “negros” no estaban fuera de los discursos, pues se reconocía su presencia en el país e, incluso, la mezcla con ellos era un causante de la “degeneración racial”, pero la “calidad humana e intelectual” sí que era negada, no reconocida y mucho menos para la construcción de la nación colombiana (Pisano, 2012: 76).

Enlazado con el argumento anterior y siguiendo a Pisano, hay un asunto que hace presencia en todas las novelas tratadas, en mayor o menor medida: la correspondencia “racial” con la clase, expresada, según Pisano “en la contraposición entre una élite ‘blanca’

¹⁸² Pietro Pisano, *Liderazgo político “negro” en Colombia. 1943- 1964* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012) 24.

y un pueblo ‘mestizo’” (Pisano, 2012: 41). Es diciente que en la mayoría de las novelas tratadas, casi todos los personajes pobres pertenecían a esa población “racializada”, quienes podrían ser calificados como mestizos, en una posición inferior a los “blancos” que resultaban siendo los poseedores y quienes abusaban de trabajadores indígenas, mestizos, “negros”, mulatos, etcétera.

En *La vorágine*, la población “blanca” representada por los protagonistas no se mostraba como poseedora; en esta novela de sufrimientos todos tenían sus propias necesidades, al contrario, sí eran las personas que habían accedido a educación, quienes mostraban superioridad en ese aspecto. Las novelas de inmersión en la selva no tienen personajes que encarnen la idea de “blancos ricos”, pero sí de letrados que se sobreponen a la población local de alguna manera.

Por el contrario, en las novelas indigenistas desarrolladas en el área rural andina, se nota que hay un patrón “blanco”, por lo general malvado y abusivo, que se apodera del trabajo de los indios, quienes terminan viviendo como aparceros pobres y dependientes, dejando continuar un ciclo de maltratos. En *José Tombé* el elemento antagónico era un hombre mestizo que se fue enriqueciendo de forma ilegal, abusando precisamente de los indígenas de la zona y que, al obtener dinero, se sentía “blanco”. Es en este sentido que las correspondencias de clase social revelan que hay en el fondo aspectos relacionados directamente con la “raza”.

En las novelas escritas por autores afros existe también este elemento de diferenciación. En *Tierra mojada* de Zapata Olivella, el hombre rico que asediaba a la comunidad de “Los Secos” era alguien “negro”, pero que por su dinero siempre había querido ser “blanco”, hasta que se casó con una mujer de este color que ya tenía un hijo; de los Espitia no nació un descendiente mulato legítimo. Por otra parte, en *Las estrellas son negras*, las pocas posibilidades que se presentaban en el Chocó no eran para los “negros”, pues los “blancos” se las reservaban para sí, negando cualquier posibilidad de ascenso social –en un lugar tan pobre– a la población mayoritariamente afrodescendiente.

En las novelas que se desarrollan en espacios mineros no hay miseria como la que se ve en el Chocó o en Córdoba, descritos por Manuel Zapata Olivella y Arnoldo Palacios;

las diferencias presentes, en estos lugares de trabajo, se dan por los mismos oficios en las minas a los que acceden las personas en consonancia con su color de piel. “Gringos” y personas “blancas” tenían trabajos más fáciles que el resto de los mineros, quienes arañaban la mina de sol a sol. Esto tiene como corolario un interesante hecho: eran ellos, quienes que hacían trabajos menos difíciles, los que habían accedido a la educación.

En las novelas sobre “blancos”, criollos y mestizos, este problema de consonancia “raza”-clase social es también evidente. Los protagonistas son mestizos que ven desarrollar sus vidas con la imposibilidad del ascenso social, tomando clara conciencia de que hacen parte de la clase media, obligada a trabajar, pero nunca a cambiar la situación en que nacieron. Siempre se veían superados económicamente por personas “blancas” quienes entraban a antagonizar directamente con los protagonistas, afirmando la correspondencia de clase con la de “raza”. Ellos hacían parte del pueblo, clase media trabajadora, y aunque no se determine su pertenencia a un grupo “racial” específico, queda implícito que eran del grupo poblacional mestizo, diferente del “blanco” poseedor.

“Negros” e indígenas terminan siendo parte, en las narraciones de mestizos, de una masa indiferenciada, que sufre las consecuencias del racismo, como dinámicas de explotación y olvido de los derechos de los cuales debían ser garantes, así como relacionados con pasados de sufrimiento, siendo víctimas de diversas formas de exclusión, la cuales, si bien tampoco expresan la “raza” directamente, eran obvias las diferencias y desigualdades que tenían las comunidades por este motivo. Los indígenas de *Los dos tiempos* adornaban el paisaje de exotismo, cargando en sus espaldas una lucha diaria en contra de los arrendatarios que se aprovechaban de ellos. Los “negros” en *Chambú* eran la población propicia para los oficios brutales, pero nunca para los trabajos intelectuales, y los indígenas son expresados como antigüedades de valor, adornando las salas de las casas de personas ricas, que por lo general pertenecían al grupo social de los “blancos”.

Los mestizos, aunque no llegaran a ser de la clase alta, no se asumen como pertenecientes a una “raza” específica. Al ser desde la institucionalidad y los proyectos nacionales los garantes de la patria, el elemento de homogenización y la gran mayoría del país, al menos podían acceder a la educación, para tener un trabajo diario, aunque no todos

lo hacían y, por ello, cabe recordar que las tasas de analfabetismo eran bastante altas para la primera mitad del siglo XX. El “racismo” no afectó únicamente a los grupos de “negros”, indígenas y sus descendientes, las dinámicas imperialistas estadounidenses, que instalaban sus empresas en países como Colombia, llevaron los actos racistas de exclusión a identificar a los pueblos latinoamericanos como “inferiores” respecto a los habitantes de Estados Unidos (aspecto explicado por Pisano, 2012: 43), pagando más dinero a los estadounidenses que a la mano de obra local.

El imperialismo de Estados Unidos en Latinoamérica (y en Colombia en particular) funcionó como un nuevo colonialismo, incluso, en sentido “racial”, porque los países que sirvieron como colonias o productores de materias primas se vieron disminuidos por las fuerzas imperialistas. Ejemplo de ello es que Estados Unidos se veía auspiciado y respaldado en estos países por los gobiernos de turno, dando la sensación de que podían hacer lo que desearan sin encontrar mucha resistencia. Las denuncias hechas desde diversos sectores sociales, y por los novelistas en las obras que han sido analizadas, no fueron de mucha utilidad, pues Colombia siempre estuvo alineada con los intereses estadounidenses, prueba de ello son las presidencias que intentaron una mejora de relaciones y la del período 1938-1942, de Eduardo Santos, quien se esforzó por mantener la doctrina de la buena vecindad y de la “Estrella polar”.

La idea del mestizaje es importante debido a que no era cualquier tipo de mezcla el que se esperaba sucediera en Colombia. Desde el siglo XIX se sostenía que era necesaria la mixtura “racial” con preponderancia de lo “blanco”, diluyendo los elementos “negros” e indígenas de la sangre de las generaciones venideras de colombianos y obteniendo una homogenización tendiente hacia el blanqueamiento. Así, la nación mestiza servía también para diluir las diferencias “raciales” y el reconocimiento de los habitantes de Colombia como ciudadanos iguales; Pisano expresa que lo anterior llevaba a afirmar que el fenómeno del racismo no se daba en Colombia, sino que provenía del exterior, precisamente de las dinámicas imperialistas estadounidenses, en una relación unilateral de exclusión por motivos “raciales” propios para los latinoamericanos y, en este caso, colombianos, considerados inferiores frente a los nativos de América del Norte (Pisano, 2012: 43).

Presupuestos como los anteriores servían al propósito de restarle importancia al racismo que se daba en el interior de Colombia y que era practicado por los propios colombianos:

Las dinámicas de este repitieron las del colonialismo externo, lo cual contradecía muchas de las ideas igualitarias expresadas oficialmente. Así, la imagen de ‘armonía’ y de igualdad escondió la existencia de formas de racismo local y actual, que en algunos casos hasta se volvieron políticas de Estado. (Pisano, 2012: 43)

Debe reconocerse que el mito de nación mestiza ha servido para ocultar los problemas de exclusión que se han dado por motivos “raciales” desde la Independencia, y que dejan su huella hasta nuestros días. Es innegable que los propios colombianos han hecho uso de las prácticas de racismo en diferentes niveles; desde lo académico hay ejemplos que cubren el siglo XX con ideas como el “mejoramiento de la raza”, médicos y psicólogos de diversos lugares del país hicieron eco en sus investigaciones de los presupuestos de la eugenesia como método para evitar la decadencia de la “raza” y que esta mejorara a partir de la selección hereditaria. Entre ellos destacaron: Miguel Jiménez López, Jorge Bejarano y los postulados de Luis López de Mesa, entre otros, que participaron de las conferencias *Los problemas de la raza en Colombia*.

El racismo en Colombia es un fenómeno que ha estado presente prácticamente desde la época colonial y ha revestido diferentes formas de exclusión con el paso de los años, porque cabe recordar que se manifestaba que, en Colombia, dadas las mezclas “raciales”, se habían ido produciendo ciertos problemas que era necesario atacar para evitar el colapso de la “raza”. Las políticas estatales en pro del mejoramiento iban desde la búsqueda de medios para optimizar la higiene y disminuir el consumo de alcohol, hasta la medicalización de los cuerpos y leyes migratorias, para atraer extranjeros “deseables” que con su sangre “revitalizaran” la de los mestizos colombianos.¹⁸³

¹⁸³ Algunas de esas leyes fueron: Ley 48 de 1920, Ley 114 de 1922, Artículos 10 y 11, Ley 74 de 1926 Artículo 46. Decreto 2233 de 1931, Artículo 30, Decreto 1060 de 1933, Artículo 10, Decreto 138 de 1935 Artículo 60, Decreto 397 de 1937, Artículo 10 y 11, Decreto 1723 de 1938, Artículo 10, Decreto 1205 de 1940, Artículo 7. Reglamentaban las condiciones de inmigración y qué tipo de extranjeros eran deseables. Ver: Jaime Carrizosa “Eugenesia y discriminación en Colombia: el papel de la medicina y la psiquiatría en la política migratoria a principios del siglo XX”, *Revista Colombiana de Psiquiatría*, N°. 1, 43 (2014), http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0034-74502014000100010

Liberales y conservadores hicieron eco de las visiones “racistas”, aunque desde los gobiernos fueron tomadas de diferente forma. Laureano Gómez, como líder conservador durante el período estudiado en este trabajo, mostraba una visión pesimista de los colombianos, al descender de tres “razas” ya de por sí “degeneradas” y que poco le habían aportado a la humanidad. Las ideas liberales, no eran muy diferentes y hacían eco de la idea de degeneración o de “superiores e inferiores” y al reconocer los problemas que enfrentaba el país, buscaba solucionarlos en sus años de gobierno; entonces, las élites de ambos partidos tenían idearios similares respecto al asunto “racial”, aunque cuando algunas facciones de derecha se alinearon al ideario nacional socialista, representado por la Alemania nazi o el totalitarismo italiano, resaltaron las concepciones “raciales” que veían en los “blancos” a humanos superiores, diferentes a quienes habitaban el trópico, en una época en la cual el nacionalismo colombiano no estaba conformado completamente y las identidades se marcaban principalmente por diferencias regionales.

Conclusiones

Manuel Garrido en la introducción de *Raza y cultura* de Claude Levi- Strauss,¹⁸⁴ señala que nadie es racista por tomar nota del color de piel de una persona, sino que los discursos se tornan racistas al caer en falacias de tipo moral y científico, asignando órdenes jerárquicos de los grupos humanos según escalas de valores, y creyendo que hay fundamentos biológicos para determinar por el aspecto externo de las “razas”, sus cualidades mentales y morales (Garrido, 2015: 12, 13), actitudes que han estado presentes durante siglos y que se mantienen en la actualidad.

La lucha contra el racismo ha sido sistemática porque las formas de expresarlo han sido variadas e interiorizadas por poblaciones que se sienten “superiores” o “inferiores” y atacadas por las políticas y acciones de tono racista. A través de los siglos han ido cambiando los tipos de racismo, pero el de la época moderna que se dio con el

¹⁸⁴ Claude Levi- Strauss, *Raza y cultura* (Madrid: Cátedra, 2015). Análisis incluido por primera vez en el Testimonio Científico de la Unesco sobre la raza, 1952. Unesco, *El racismo ante la ciencia moderna. Testimonio científico de la Unesco* (Vizcaya: Ediciones Liber, 1961).

advenimiento de las ciencias fue aún más brutal, porque le daba estatutos de saber científico a los prejuicios que habían primado contra comunidades y grupos humanos enteros. El siglo XIX estuvo lleno de teorías y científicos de diferentes ramas que buscaban las mejores formas de obtener para sus países “razas superiores” y “mejoradas”, teniendo en cuenta a la vez leyes de la genética y la herencia, comportamientos que se replicaron en la cultura occidental con devastadoras consecuencias, sobre todo con la Alemania nazi en el siglo XX.

En Colombia, como se ha señalado, también los principales intelectuales hicieron referencia a aspectos “raciales” que cubrían el país, los problemas latentes y las posibles soluciones que conllevaran al mejoramiento de las “razas” que habitaban el territorio, y con la creencia de que la “superioridad” se encontraba en el acercamiento a los valores físicos y morales europeos.

Ideas y prejuicios de este tipo podían hallarse en personas de todas las capas sociales y con diferentes expresiones, como leyes, artículos periodísticos e, incluso, literatura. Se ha mostrado que el medio literario, las novelas escritas en Colombia durante los años 1920-1950, lograron dar cuenta de los discursos, prácticas y prejuicios sobre el tema de la “raza” y cómo se pensaba en el país. Pero, más que lo anterior, las novelas de esa época manifestaron el contexto nacional, de manera muy precisa, como si se tratara de crónicas, pero obviamente con los elementos ficcionales que acompañan a las expresiones literarias y novelescas.

En las novelas pudieron encontrarse diversos estilos narrativos, aunque varias se vieron marcadas por la obra de José Eustasio Rivera, *La vorágine*, con un estilo terrígena, de denuncia e inmersión en la selva. Referencias a los movimientos políticos pero, sobre todo, a los problemas que estaba atravesando el país, en el interior y en el exterior, siempre con el marcado tono de denuncia social, reclamo para mejorar las condiciones de los habitantes y las zonas más desposeídas.

Se ve también un intento por hacer obras de dimensiones nacionales, colombianas, incluyendo gran parte del país en sus narraciones, pero curiosamente, las novelas elegidas marcan un patrón, y es que se produjeron en la zona occidental del país (ver mapa en los

anexos), mostrando al resto de departamentos –los que quedan al oriente y al sur–, sin narrativa propia. Este problema puede salvarse con novelas que hacen referencia a la inmersión en la selva, y mencionan lugares de descenso hacia Caquetá, Vichada, Casanare, Vaupés y finalmente, el Amazonas, pero no precisamente por una narrativa escrita en estos lugares, sino como relatos de viajeros que se desplazaron por aquellas zonas; coincidiendo entonces con ser las novelas de “caucherías”, las cuales hacían hincapié en los problemas fronterizos, pero sobre todo, en los colombianos que eran sobre utilizados por las actividades en torno a la explotación del caucho.

Son novelas de inmersión en la selva, como de descenso a los infiernos y no únicamente por los peligros que representara la naturaleza agreste, sino principalmente los hombres que desarrollaban sus vidas allí, los caucheros eran seres bestiales, curtidos por las faenas diarias, con capataces y patronos crueles que efectuaban matanzas. El trabajo era prácticamente de esclavitud, y las comunidades indígenas las principales víctimas. También se hace un llamado a la presencia del gobierno central, no únicamente para regular estas actividades y el trato humanitario hacia las comunidades que habitaban la zona, sino a cuidar los límites territoriales de los invasores externos, con un sentimiento de patria que hace eco del antiimperialismo y que se desarrolló en otras novelas.

Los discursos sobre la “raza” que hay en las novelas trabajadas, coinciden con lo que esferas científicas y políticas replicaban para la época (o sea la élite), conservando ideas del determinismo geográfico y ubicando a los habitantes según zonas de barbarie o civilidad. Aunque se mantengan los prejuicios, las novelas hacen reclamos y denuncias, dando cuenta, a la vez, del surgimiento de nuevos actores sociales en el ámbito de la inserción colombiana en la modernidad, así como movimientos reivindicatorios y defensores de diversas ideologías.

La corriente del indigenismo, aunque no fue trabajada por los propios aborígenes, sino por criollos y mestizos, es un llamado a preservar y reconocer la “raza” ancestral que habitaba Colombia, no simplemente como elementos exóticos para la observación, sino como ciudadanos garantes de derechos y de tierras, las cuales habían perdido hacía siglos y que continuaban sin recuperar, porque las dinámicas de explotación y dominio se

manténían con ideas de “superioridad” e “inferioridad” de los habitantes según su “raza”. Los dueños y patrones eran “blancos” o criollos, mientras los trabajadores explotados: “negros” e indígenas.

Hay discursos que permanecieron casi sin variaciones, aunados a prácticas de exclusión, similares a las coloniales, pero que se fueron modificando con el paso de los años y refinando, en consonancia con las nuevas épocas y teorías científicas. De esta manera, con la independencia del territorio que hoy es Colombia y las subsecuentes fases históricas, el trato hacia las diferencias “raciales” no varió mucho, lo que antes eran castas, pasaron a ser clases y grupos sociales, de altas o bajas esferas, en concordancia con las estratificaciones de la sociedad, siendo “negros”, indígenas, mestizos y sus “mezclas” descendientes, el grueso poblacional, de clase media o baja, y a quienes les era complicado y casi imposible el ascenso económico y, por supuesto, social.

Aunque las novelas intentaron dar un sentido nacional, o denunciar a Colombia con sus problemas, guerras internas y olvido –por parte del Estado central– de poblaciones enteras, el marcado territorialismo y alejamiento entre departamentos y pueblos queda evidenciado. Las barreras físicas lograron convertirse en fronteras culturales, produciendo más heterogeneidad en la población. Los estilos y prioridades de agrupaciones políticas e intelectuales eran diferentes, los estilos literarios eran distintos según cada agrupación, pero confluyeron en Bogotá a partir de la década de 1920. Las políticas de Estado se centraban en la zona andina, mientras el resto del país estaba bajo la influencia de gamonales.

Con lo visto hasta ahora, es necesario señalar que son estos discursos y prácticas, expresados en las novelas, elaboraciones de las élites, pues concuerdan con lo que se había promulgado durante siglos o decenios sobre las “razas” y el lugar correspondiente de cada una en la sociedad. Y aunque en ocasiones se rompa el esquema de lo normalizado o interiorizado por las personas, se ve como un caso atípico, sobresaliente. Por ejemplo, Jesús Espitia, el antagonista de *Tierra mojada*, era un hombre adinerado y “negro”, posición social que era más acorde con personas “blancas”, algo que él deseaba ser y es precisamente él quien se vale de artimañas para hostilizar a los habitantes mulatos y

“negros” de “Los Secos”, como si al salir del orden establecido para su propia “raza”, tuviera que ser, por consiguiente, un hombre mezquino, contrario al resto de habitantes.

Los discursos y las prácticas respecto a la “raza” son, entonces, de larga data, transformados, pero esencialmente basados en formas de racismo, intolerancia y exclusión hacia el “otro”; transmitidos por parte de élites, interiorizados por los intelectuales, quienes casi siempre hacían parte del sector elitista letrado. De la misma manera, las actitudes e ideas respecto a las “razas” se replicaron en el resto de las clases sociales, pero fueron variando un poco con el paso del tiempo y el despliegue de nuevas ideologías y movimientos; otros grupos sociales se atrevieron a expresarse a sí mismos; por ejemplo, los afrodescendientes empezaron a escribir sobre sus lugares de origen y el ser “negros” durante aquella época en Colombia.

La novelística se desarrolló con estilos diferentes en las regiones, conservando muchas veces la influencia hispánica y otras con recelos por el progreso y el incipiente capitalismo. No hubo un elemento nacional que uniera las novelas en torno a la idea de Colombia, por lo cual la mayoría dan cuenta de aspectos regionales, aunque a veces se intente incluir gentilicios de gran parte del país, no son novelas totales, es por ello que el territorialismo era una marca frecuente en las novelas de aquellos años, siendo superado muchas décadas después.

La literatura se configura como una fuente valiosa para el conocimiento de los acontecimientos pasados, sobre cómo percibían los autores su medio y los fenómenos en los que estaban inmersos, no solo ellos sino el resto del país, así como elementos específicos que hacían parte del orden político, social, intelectual y económico. Las novelas colombianas desarrollan estilos narrativos que concuerdan con las corrientes literarias imperantes en el resto del mundo occidental, pero tienen especificidades contextuales que dan cuenta de lo ocurrido en el país.

Bibliografía

Fuentes primarias

- Arango, Dionisio. *Memorias de un tal Pastrano*. Bogotá: Editorial Cromos, 1931. Biblioteca Monseñor Darío Múnera Vélez, UPB, Medellín.
- Arias, Bernardo. *Risaralda*. Bogotá: Alma Máter, 2010. Biblioteca EFE Gómez, Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Arrieta, Amira. *Marsolaire*. Barranquilla: Talleres Gráficos Rasch. 1941. Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.
- Castrillón, Diego. *José Tombé*. Bogotá: Editorial Antena S.A, 1942. Biblioteca Pública Piloto, Medellín.
- Chaves, Guillermo. *Chambú*. Manizales: Biblioteca de Autores, 1946. Biblioteca Pública Piloto, Medellín.
- Fuenmayor, José F. *Cosme*. Bogotá: Oveja Negra, 1985. Biblioteca EFE Gómez, Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Gómez, Laureano. *Interrogantes sobre el progreso de Colombia*. Bogotá: Editorial Minerva, 1928. Disponible en línea. Boletín Cultural y Bibliográfico, Banrepublica.
- Ibáñez, Jaime. *Cada voz lleva su angustia*. Bogotá: Antares, 1973. Biblioteca Pública Piloto, Medellín.
- Jiménez, Miguel, Luis López, Calixto Torres, et al. *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: Biblioteca de Cultura, 1920. Disponible en línea. Internet Archives.
- Martínez, Ramón. *Tras el Nuevo Dorado*. Barranquilla: Editorial Mundial, 1928. Disponible en línea.
- Morales, Augusto. *Los de en medio*. Pasto: Talleres de Imprenta del Departamento de Nariño, 1938. Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.

- Mujica, Elisa. *Los dos tiempos*. Bogotá: Iqueima, 1949. Biblioteca Pública Piloto, Medellín.
- Osorio, José. *El hombre bajo la tierra*. Bogotá: Oveja Negra, (s.f.). Biblioteca EFE Gómez, Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Palacios, Arnoldo. *Las estrellas son negras*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010. Disponible en línea. Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango.
- Quiñones, Julio. *En el Corazón de la América Virgen*. Bogotá: Editorial ABC, 1948. Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.
- Rivera, José. *La vorágine*. Bogotá: Editorial Panamericana, 2000. Disponible en línea.
- Samper, Daniel. *La Obsesión*. Bogotá: Minerva, 1936. Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.
- Sánchez, Gregorio. *La bruja de las minas*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010. Disponible en línea. Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango.
- Uribe, César. *Toá. Narraciones de caucherías*. Medellín: Universidad CES, 2013. Disponible en línea. Repositorio Digital Institucional CES.
- Zapata, Manuel. *Tierra Mojada*. Bogotá: Iqueima, 1947. Biblioteca Pública Piloto, Medellín.

Fuentes secundarias

- Acevedo, Claudia. “Intelectuales, críticos y modernidad cultural. Los casos de Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez y Jorge Zalamea”. Tesis doctoral, Universidad Nacional de Colombia, 2013.
- Almario, Oscar. “Los paisajes ocultos y la invisibilidad de los ‘otros’ en Jorge Isaacs”. En *Memorias del Primer Simposio Internacional: Jorge Isaacs el creador en todas sus facetas*, comp. Darío Henao. Cali: Universidad del Valle, 2007: 213-230.

- . “Anotaciones sobre una posible periodización de las representaciones raciales en Colombia”. En Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas Negras. Bogotá: Universidad del Valle, 2010.
- . *Hacia un nuevo siglo XIX del noroccidente colombiano*. Tomo 3. *El Chocó en el siglo XIX: encrucijada histórica, social, territorial y conceptual*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2015.
- Ardila, Ismenia. “Perspectiva Historiográfica”, Popayán perdió a su historiador de cabecera, <https://historiografica.wordpress.com/2009/06/01/popayan-perdio-a-su-historiador-de-cabecera/>
- Arias, Ricardo. *“Los Leopardos” Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2007.
- Atehortúa, William. *Zapata Olivella, Manuel*. Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango, Banrepublica.org <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/manuel-zapata-afro>
- Beluche, Olmedo. “Separación de Panamá: la historia desconocida”. *Credencial Historia*, 166 (2003), <http://www.banrepcultural.org/node/86421>
- Brubaker, George. “Una 'minoría excelente': la generación del centenario y su impacto en la política colombiana”. *Universitas Humanística*, 26 (2004): 73- 80, <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/10165/8349>
- Buck Morss, Susan. *Hegel y Haití. La dialéctica amo-esclavo: una interpretación revolucionaria*. Buenos Aires: Norma, 2005.
- Bushnell, David. *Eduardo Santos y la política del buen vecino 1938-1942*. Bogotá: El Ancora Editores, 1984.

- Camousseight, Ariel. “El aporte científico de Carl Linné a 300 años de su nacimiento”. *Revista Chilena de Historia Natural* (2007)
http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0716-078X2007000300012&script=sci_arttext
- Carrizosa, Jaime. “Eugenesia y discriminación en Colombia: el papel de la medicina y la psiquiatría en la política inmigratoria a principios del siglo XX”, *Revista Colombiana de Psiquiatría*, n. 1, 43 (2014),
http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0034-74502014000100010
- Castro, Santiago. *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en el Nuevo Reino de Granada (1750-1816)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa, 1992.
- Chaves, María Eugenia. “La creación del 'otro' colonial. Apuntes para un estudio de la diferencia en el proceso de la conquista americana y de la esclavización de los africanos”. En *Genealogías de la diferencia. Tecnologías de la salvación y representación de los africanos esclavizados en Iberoamérica Colonial*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, (2009): 178-243.
- Congreso de Colombia, *Ley 23 de 1982. Sobre derechos de autor*,
<http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=3431>
- D’Allemand, Patricia. “De Viajes a Teorías Raciales”. *Hispanic Studies: culture and Ideas*, 46 (2012): 1-43.
- De Greiff, León, Teodomiro Isaza, Rafael Arango, Bernardo Martínez, et al., *Panida, edición facsimilar*. Universidad Eafit: Fondo Editorial, 2015,
<https://repository.eafit.edu.co/handle/10784/8180#.We8XndLibIU>
- Duque, Pedro. “Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896- 1935”. Tesis de maestría. Pontificia Universidad Javeriana, 2009.

- Favre, Henri. *El indigenismo*. México D. F: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Febvre, Lucien. *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*. Madrid: Ediciones Akal S.A, 1993.
- Forero, Yolanda. “‘Toá’ o el rechazo a la civilización dominante”. *Thesaurus*, n. 2 (1991): 315-321, http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/46/TH_46_002_133_0.pdf
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1992.
- Friedman, Nina, Jaime Arocha, *De sol a sol. Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Bogotá: Planeta, 1986.
- Handelsman, Michael. *Lo afro y la plurinacionalidad. El caso ecuatoriano visto desde su literatura*. Quito: Ediciones Abya- Yala, 2001.
- Haverbeck, Erwin. “La novela picaresca española”. *Documentos Lingüísticos y Literarios*, n. 12 (1986): 15-24, http://www.humanidades.uach.cl/documentos_linguisticos/docannexe.php?id=469
- Hering, Max. “Raza: variables históricas”. *Revista de Estudios Sociales*, 26 (2007): 16-27.
- Hoyos, Camilo. “El redescubrimiento literario del año: el hermano perdido de 'La vorágine'”. *Arcadia* (2016), <http://www.revistaarcadia.com/impresaliteratura/articulo/los-pasos-perdidos/50004>
- Hume, David [1777]. De los caracteres nacionales. En *Escritos impíos y antirreligiosos*. Madrid: Akal, 2005: 97-108.
- Illán, Ramón. *Escribir en Barranquilla*. Bogotá: Editorial Universidad del Norte, 2014.
- Lagos, Ramiro. *Ensayos surgentes e insurgentes: intravisión literaria de temas hispánicos*. Madrid: Editorial Verbum, 1999.

- Lanzuela, María. *La literatura como fuente histórica: Benito Pérez Galdós*. Actas del “XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas”, Madrid, 6 de julio al 11 de julio, 1998.
- Leal, Claudia. “Usos del concepto “raza” en Colombia”. En *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas Negras*. Bogotá: Universidad del Valle, 2010.
- Levi-Strauss, Claude. *Raza y cultura*. Madrid: Cátedra, 2015.
- Menton, Seymour. *La novela colombiana. Planetas y satélites*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Miramón, Marco. “Michel Foucault y Paul Ricoeur: dos enfoques del discurso”. *La Colmena*, 78 (2013): 53- 57.
- Múnera, Alfonso. *Fronteras imaginadas: La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Planeta, 2005.
- Obeso, Candelario. “Canción del boga ausente”. *Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango, Banrepublica.org*
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/musica/cantostierra/cantostierra5.htm>
- Olano, Aldo. “La independencia del Perú”. *Credencia Historia*, 246 (2010),
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/junio2010/peru.htm>
- Ong, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Ortiz, Luis. *Hacia un nuevo siglo XIX del noroccidente colombiano*. Tomo 2. *Caldas, una región antigua y nueva, tradicional y moderna, local y nacional*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2015.

- Ospina, Nadín. “La imagen híbrida”. En Figueroa M.B. ed. *¿Mestizo yo?* Bogotá: Litocamargo, 2000: 23-37.
- Palacios, Arnoldo. Entrevista por Juan Pablo Angarita, Banrepublica.org, agosto de 2011, <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biblioteca-afrocolombiana/las-estrellas-son-negras-afro/multimedia/entrevista>
- Pernett, Nicolás. “La novela social en Colombia: el caso de César Uribe Piedrahíta”. *Razón pública.com*, 13 enero, 2013, <http://www.razonpublica.com/index.php/cultura/3496-la-novela-social-en-colombia-el-caso-de-cesar-uribe-piedrahita.html>.
- Pineda, Roberto. “Estado y pueblos indígenas en el siglo XX. La política indigenista entre 1886 y 1991”. *Credencial Historia*, n. 146 (2002), <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero2002/estado.htm>
- , *Los huérfanos de La Vorágine. Los andoques y su desafío para superar el llanto del genocidio cauchero*. Bogotá: Corcas Impresores S.A.S, 2014.
- Pisano, Pietro. *Liderazgo político “negro” en Colombia 1943-1964*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012.
- Posada, Eduardo. “Eduardo Santos”. *Credencial Historia*, 109 (1999) <http://www.banrepcultural.org/node/32495>
- Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder, Eurocentrismo y América Latina”. En *Cuestiones y Horizontes. Antología esencial de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad /descolonialidad del poder*. Buenos Aires: CLACSO, 2014: 777-832.
- Quintín, Manuel. *En defensa de mi raza*”. Bogotá: Editextos Ltda, 1971.
- Real Academia Española, RAE. Diccionario de la lengua española (en línea). f. “ambrosía”.
- RAE. Diccionario de la lengua española (en línea). m. “discurso”.

-----RAE. Diccionario de la lengua española (en línea). s. v. “folclore”.

-----RAE. Diccionario de la lengua española (en línea). s. v. “raza”.

Restrepo, Olga. “Un Imaginario de la nación, lectura de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica”. *Anuario de Historia Social y de la Cultura*, 26 (1999): 30-58.

Ricoeur, Paul. *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. México D. F: Fondo de Cultura Económica, 2002.

Rodríguez, Flor. “Introducción”. En José Eustasio Rivera, *La vorágine*. USA: Stockcero Inc, 2013.

Rodríguez, Ricardo. “Los Nuevos: entre la tradición y la vanguardia”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 42 (2005): 2-23,
https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/707/707

Rueda, José. *Osorio Lizarazo, José Antonio*, Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango, banrepublica.org <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/osorjose.htm>

“Un selecto material de la revista ‘Justicia’”, *El Tiempo*, 4 de mayo (1936): 2
<https://news.google.com/newspapers?nid=1706&dat=19360504&id=J9kbAAAIBA J&sjid=6lAEAAAIBA J&pg=5300,226702&hl=es>

Soler, Sandra, Neyla Pardo. “Discurso y racismo en Colombia. Cinco siglos de invisibilidad y exclusión”. En *Racismo y discurso en América Latina*, coord. Teun Van Dijk. Barcelona: Gedisa, 2007: 181- 228.

Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004.

Subgerencia Cultural del Banco de la República, *Constituciones de Colombia*, 2015,

http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ayudadetareas/politica/constituciones_de_colombia

Terrén, Eduardo, ed. *Razas en conflicto. Perspectivas sociológicas*. Barcelona: Anthropos, 2002.

Tirado Mejía, Álvaro, ed. *Nueva historia de Colombia. Historia política, 1886-1946*, tomo I y II. Bogotá: Planeta, 1989.

----- *Nueva Historia de Colombia, Literatura y pensamiento, artes y recreación*, tomo VI. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1989.

----- "Alfonso López Pumarejo". *Credencia Historia*, 109 (1999),
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/enero1999/109alfonsolopez.htm>

Torres, Oscar. *Raíces del cuento popular en Colombia. Elisa Mujica*, 2004,
<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/ensayo/elisa.htm>>

Unesco. *El racismo ante la ciencia moderna. Testimonio científico de la Unesco*. Vizcaya: Ediciones Líber, 1961.

----- *Sobre la Unesco*. <https://es.unesco.org/about-us/introducing-unesco>

Urbanski, Edmund. "Tres novelas negras hispanoamericanas". Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, vol. II, 1971, pp. 747-756,
https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/aih_ivb.htm

Uscátegui, Alexis. "En el corazón de la América virgen de Julio Quiñones: una alternativa en la novelística colombiana", *Estudios de literatura colombiana*, 39 (2016): 61-77.

Valencia, Albeiro. *Bernardo Arias Trujillo. El intelectual*. Manizales: Centro Editorial Universidad de Caldas.

- Van Dijk, Teun. “Semántica del discurso e ideología”. *Discurso & Sociedad*, vol. 2 (2008): 201- 261, [http://www.dissoc.org/ediciones/v02n01/DS2\(1\)Van%20Dijk.pdf](http://www.dissoc.org/ediciones/v02n01/DS2(1)Van%20Dijk.pdf)
- . “Racismo y discurso en América Latina: Una introducción”. En *Racismo y discurso en América Latina*, coord. Teun Van Dijk. Barcelona: Gedisa, 2007: 21- 34.
- Velasco, Marcela. “Estado, territorio y pueblos indígenas en Colombia”. *Razón Pública*, 8 de septiembre de 2013, <http://www.razonpublica.com/index.php/conflicto-drogas-y-paz-temas-30/7061-estado-territorio-y-pueblos-indigenas-en-colombia.html>
- Vélez, Roberto. *Bernardo Arias Trujillo. El escritor*. Manizales: Universidad de Caldas, 1997.
- Villoro, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México*. México D.F: Lecturas Mexicanas, 1987.
- Vinson III, Ben, Bobby Vaughn. *Afroméxico. El pulso de la población negra en México: Una historia recordada, olvidada y vuelta a recordar*. México D.F: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Wieviorka, Michel. *El espacio del racismo*. Barcelona: Paidós, 1992.
- Williams, Raymond. *Novela y poder en Colombia, 1844-1987*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.
- Zubiaurre, María. *El espacio en la novela realista. Paisajes, miniaturas, perspectivas*. México D.F: Fondo de Cultura Económica, 2000.

ANEXOS

CUADRO 1. NOVELAS 1924-1949

Autor	Lugar de nacimiento	Año de publicación y edición	¿Dónde encontrarla?
José Eustasio Rivera Salas	Neiva	Rivera, José. <i>La vorágine</i> . 1924 / Bogotá: Editorial Panamericana, 2000	En línea. Diversas bibliotecas del país.
César Uribe Piedrahíta	Medellín	Uribe, César. <i>Toá. Narraciones de caucherías</i> . 1931 / Medellín: Universidad CES, 2013	En línea.
Julio Quiñones Sánchez	Nariño	Quiñones, Julio. <i>En el Corazón de la América Virgen</i> . 1924 / Bogotá: Editorial ABC, 1948	Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.
Diego Castrillón Arboleda	Popayán	Castrillón, Diego. <i>José Tombé</i> . 1942 / Bogotá: Editorial Antena S.A, 1942	Biblioteca Pública Piloto, Medellín.
Daniel Samper Ortega	Bogotá	Samper, Daniel. <i>La Obsesión</i> . 1926 / Bogotá: Minerva, 1936	En línea. Biblioteca Pública Piloto, Medellín.
Jaime Ibáñez	Manizales	Ibáñez, Jaime. <i>Cada voz lleva su angustia</i> . 1944 / Bogotá: Antares, 1973	Biblioteca Pública Piloto, Medellín.
Arnoldo Palacios	Cértegui, Chocó	Arnoldo Palacios. <i>Las estrellas son negras</i> . 1949 / M.C. Colombia. Bogotá: Biblioteca de literatura afrocolombiana, 2010	En línea.
Bernardo Arias Trujillo	Risaralda, Caldas	Arias, Bernardo. <i>Risaralda</i> . 1935 / Bogotá: Alma Máter, 2010.	Biblioteca EFE Gómez, Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
Manuel Zapata Olivella	Lorica, Córdoba	Zapata, Manuel. <i>Tierra Mojada</i> . 1947 / Bogotá: Iqueima, 1947	Biblioteca Pública Piloto, Medellín.
José Antonio Osorio Lizarazo	Bogotá	Osorio, José. <i>El hombre bajo la tierra</i> . 1944 / Bogotá: Oveja Negra, (s.f.)	Biblioteca EFE Gómez, Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
Gregorio Sánchez Gómez	Itsmina, Chocó	Sánchez, Gregorio. <i>La bruja de las minas</i> . 1947 / Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010	En línea.
Elisa Mujica	Bucaramanga	Mujica, Elisa. <i>Los dos tiempos</i> . 1949 / Bogotá: Iqueima, 1949.	Biblioteca Pública Piloto, Medellín.
Guillermo Edmundo Chaves	Pasto	Chaves, Guillermo. <i>Chambú</i> . 1946 / Manizales: Biblioteca de Autores, 1946.	Biblioteca Pública Piloto, Medellín.
Dionisio Arango Vélez	Bogotá	Arango, Dionisio. <i>Memorias de un tal Pastrano</i> . 1931 / Bogotá: Editorial Cromos, 1931	Biblioteca Monseñor Darío Múnica Vélez, UPB, Medellín.
Augusto Morales Pino	Bogotá	Morales, Augusto. <i>Los de en medio</i> . 1938 / Pasto: Talleres de Imprenta de Nariño, 1938	Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.

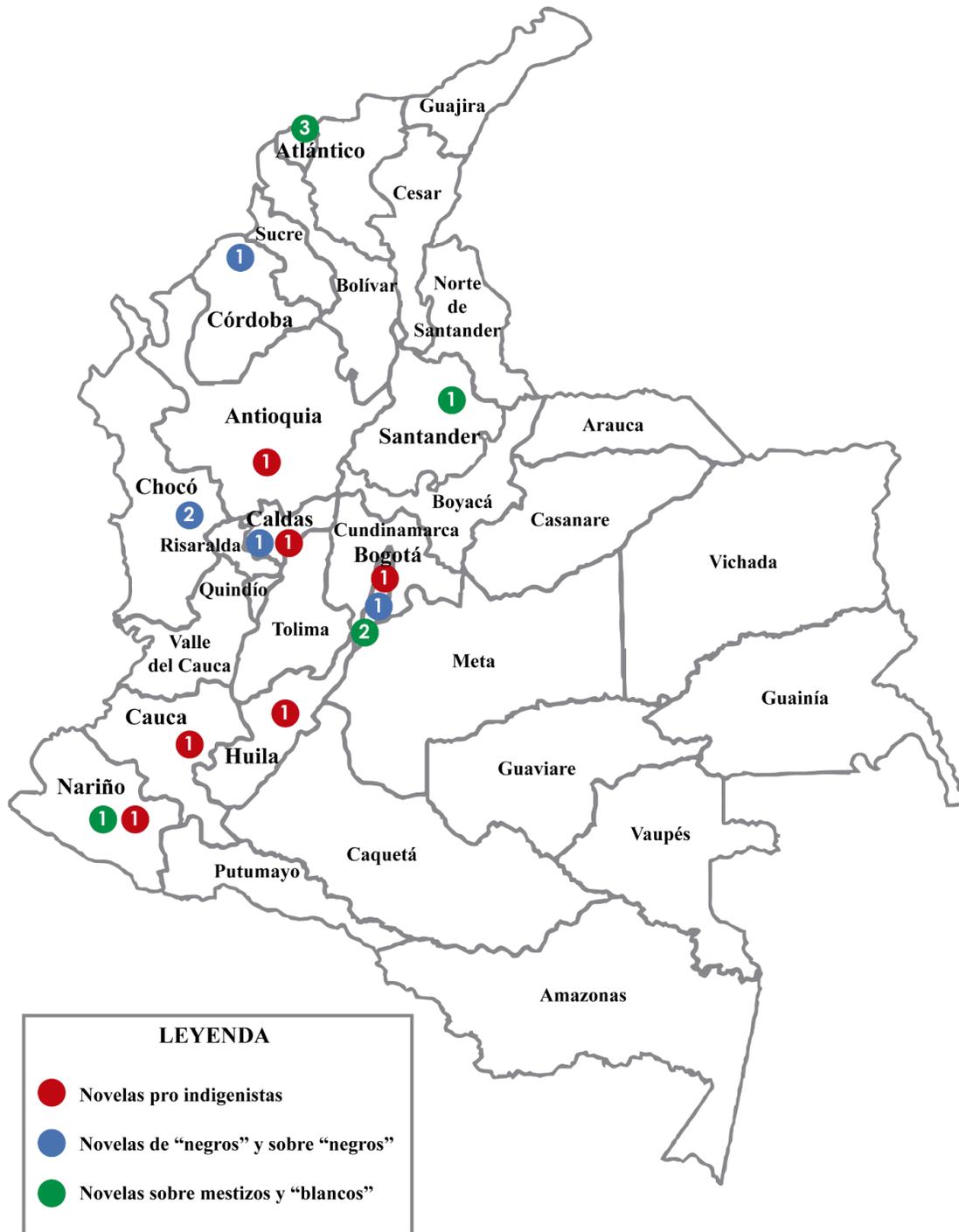
Fuente: Elaboración propia.

CUADRO 2. NOVELAS NO INCLUIDAS

AUTOR	LUGAR DE NACIMIENTO	AÑO DE PUBLIACIÓN	EDICIÓN	¿DÓNDE ENCONTRARLA?
Amira de la Rosa Arrieta.	Barranquilla.	<i>Marsolaire</i> , 1941.	Arrieta, Amira. <i>Marsolaire</i> . Barranquilla: Talleres Gráficos Rasch. 1941.	Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.
José Félix Fuenmayor.	Barranquilla	<i>Cosme</i> , 1928.	Fuenmayor, José F. <i>Cosme</i> . Bogotá: Oveja Negra. 1985	Biblioteca EFE Gómez, Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
Ramón Martínez Zaldúa.	Barranquilla.	<i>Tras el nuevo dorado</i> , 1928.	Martínez, Ramón. <i>Tras el Nuevo Dorado</i> . Barranquilla: Editorial Mundial. 1928.	En línea.

Fuente: Elaboración propia.

Mapa 1. La novela en Colombia 1920-1950



Fuente: Mapa en blanco, tomado de: <https://idonde.colombia.com/img/mapa-colombia.png>

Intervención: Leyendas y departamentos, elaboración propia.

CUADRO 3. FICHA DE LA NOVELA “COSME”

Nombre de la novela: Cosme
Autor: José Félix Fuenmayor
Año de publicación: 1928.
Información editorial (primera edición, repercusión, número de ediciones): Terminada de escribir en Barranquilla, en diciembre de 1926. Publicada en 1928.
Raza sobre la que trata: No trata sobre ninguna raza en especial, únicamente se habla de una burguesía letrada, en la cual la educación es muy importante y representa el ascenso en la sociedad con profesiones determinadas. Lo más cercano a una división, es la descripción social en diferentes capas o clases, está la más alta, encarnada en ese sector social privilegiado, que accedía a la educación y a buenas profesiones; la clase media de trabajadores, y la más pobre.
En qué sentido se usa la “raza” en la novela: Como no se usa la “raza” en la novela, no hay un sentido sobre ésta en la novela.
Temas principales sobre los que trata la novela: Educación, amor, trabajo, medicina, cuerpo, licor, pobreza, ciudad.
En cuál espacio está ambientada y cómo es este: No se describe un espacio determinado, pero sí es una zona urbana, cercana a los sitios donde se instalan los organismos de gobierno, los colegios y una vida bullente, con fiestas. Seguramente es una ciudad cercana a un puerto, por el trabajo con empresas que tenían barcos, parece Barranquilla.
Qué condiciones sociales describe: Los personajes centrales son letrados, pero les suceden cosas absurdas, su condición económica no garantiza éxito en todos los campos de la vida. Por ejemplo, Cosme era muy cobarde. Tampoco el tener privilegios económicos y académicos era un motivo de vida plena, los personajes fácilmente podían caer en la desgracia y la pobreza, o morir de formas inesperadas.
Qué condiciones culturales describe: Sociedad aristocrática, ridiculizada en sus creencias y costumbres, se habla de la cofradía del Santo Leño. Fiestas del 31 de diciembre.
Personajes y cómo encarnan la visión sobre las razas mencionadas: Damián: Esposo de Ramona, farmacéutico, amigo del doctor Patagato. Padre de Cosme. Perdió su negocio y cayeron en la pobreza. Ramona: no se le pasaba la idea de tener un hijo, “de corazón magnífico pero de inteligencia poco radiante”. Buena señora, dulce y gorda, prístina belleza. Apetecía tiernamente a su marido. Se comunicaba más que a través de palabras, de sonrisas. Madre de Cosme. Doctor Patagato: doctor de la familia, de buen humor. Padrino de Cosme. Cosme: hijo de Ramona y Damián, esperadísimo por sus padres que habían perdido la esperanza de tener hijos. Manos peludas, la imbecilidad lo afectó por un tiempo. Esto se atribuía a algunos episodios ocurridos durante el embarazo de Ramona. Gusto por la poesía y la literatura, manifestados después de “la traición de Lucita”. Se graduó de bachiller antes de los 17. Salió muy bien preparado. Señorita Dora: profesora, “proclamaba métodos de enseñanza a la sazón en boga periodística, pero no estaba a la altura de aquella pedagogía”. Pertenece a una casa distinguida, no era completamente vieja ni fea.

Para ella, el tiempo que un niño no permanecía en la escuela, era tiempo perdido. En Cosme evocaba a un amor perdido, su primo Rodolfo, que murió repentinamente.

Paletto: compañero de Cosme, embaucador.

Doctor Colón: anciano instruido y bondadoso. Tenía un colegio, al que fue Cosme.

Bedel Chamorro: conserje del colegio.

Mandarria: compañero del colegio de Cosme, lo golpeaba.

Lucita: le mandó saludos a Cosme, quien se enamoró de ella a los 13 años, pero no logró expresarlo satisfactoriamente.

Hilario: amigo de Cosme, le iba a ayudar con Lucita, pero se la quitó.

Saturita: 10 años, se presentó como criada, desde los 5 años cuidó a sus hermanitos, buena administradora de los gastos del hogar, lo mantenía limpio y cocinaba. Cabello negro.

Don Barbo: jefe de Cosme, en la Pan Comercial del señor Pechuga.

Señorita Tutú: pasajera del barco en que trabajaba Cosme, se sintió interesado por ella.

Ambrosia y Pabla: mujeres benevolentes que visitaban y cuidaban enfermos, fumaban mucho. Ambrosia era muy gorda y se chocaba con las cosas.

Remo Lungo: personaje que Cosme se encuentra en un bar, con ropa maltrecha, dice que le dará su libro y Cosme tiene que invitarlo a beber. Se queda con su manuscrito, que realmente eran tres calcetines agujereados y una camiseta deshilachada.

Capitán Truco: capitán del Zangamanga, tiene una relación con la señorita Tutú, mata a Cosme a palos.

Conceptos importantes:

Valentía, esfuerzo, trabajo, intelecto, literatura, civilización.

Citas y notas:

No se menciona el tema de la raza, el principal es el de la vida intelectual, reservada para las esferas más altas de la sociedad.

El texto de Fuenmayor es tratado como inaugurador de una tradición novelística cercana a la vanguardia, que no tuvo mucha repercusión en su momento por no ser similar a novelas que estaban en boga, como “La Vorágine”, que sí tratan temas raciales y problemáticas sociales contundentes en zonas alejadas de la periferia del país. “Cosme” trae a colación un tema más relacionado con los aspectos modernizadores del siglo XX colombiano, sobre todo en la década del veinte.

También muestra una preocupación por la modernidad en la educación, de una forma satírica, ésta no serviría como motor de progreso constante, pues a los personajes que han sido privilegiados con ella les acaecen desgracias comunes, sus muertes son inesperadas y de cierta forma absurdas. Además, pueden caer en la desgracias, en la pobreza y su educación no es garante de que su vida sea un éxito: Cosme aprendió mucho en su colegio, era notable su capacidad de aprendizaje, pero desde pequeño mostraba cobardía, ni siquiera para el amor fue valiente, teniendo oportunidades e ilusionándose fácilmente con las mujeres que mostraban interés en él: todo se le quedaba en proyectos imaginados al calor de una pasión e interés repentino, porque hasta para hablar con las mujeres se sentía sumamente incómodo, desde su infancia.

Así mismo, los personajes no son virtuosos y prefieren aparentar ante los otros suma benevolencia y actitudes católicas propias de su posición como élite, pero en el fondo son rapaces y sacan provecho del mal de los otros: como una lucha entre la sociedad católica y conservadora de la Regeneración, con sus valores contradictorios, y las peripecias que pasaba el resto de la población para tener un lugar mejor en la sociedad o simplemente para poder sobrevivir.

Constante alusión a términos científicos, en ocasiones ridiculizados, por diatribas inentendibles y contradictorias. Los personajes tienen una formación educativa considerable y son concedores de cultura universal, por lo que tal vez sea más directa la figuración burlesca.

Trato a las mujeres como inferiores, para la profesora Dora y para Ramona. Mujeres de clase alta que son educadas para atraer un esposo, no para valerse por sí mismas, específicamente Ramona. Puede ser también una forma satírica de ver la sociedad, una crítica del autor a la educación deficiente.

Explotación laboral: “-Le estoy pagando una insignificancia, como a todos, y en eso quedará.

-¿Qué te parecería un pequeño aumento, como estímulo? De este modo el muchacho rendirá mejor.

-De ninguna manera-replicó el señor Pechuga-. La experiencia me ha lustrado sobre el problema de los salarios. Estos deben bajarse todo lo posible” (Fuenmayor, 1985: 57).

“-No puedo precisarte desde cuándo bebe la inquieta familia humana. En el Rig Veda encontramos ya un himno al Soma. Allí se canta que Indra solía emborracharse con esa sagrada bebida. Dudémoslo, si te parece; pero así queda al menos demostrado que los primitivos arios, fundadores de la mejor civilización del mundo, sabían bien cómo añadirse un ala más y elevarse por encima del aire. Esto va quizás más lejos, pues no es imposible que la sabia y curiosa Eva, que lo registró todo en el paraíso, hubiera proporcionado a Adán el jugo de palmera fermentado, salsa excelente para aderezar su manzana” (Fuenmayor, 1985: 64). Subrayado en el original.

“Y sin embargo, signos de desesperación pueden advertirse ya en los humanos. Mientras en los otros peldaños de la escala zoológica el resto de los animales sigue su curso al parecer sin inquietud, el hombre busca febrilmente novedades y alteraciones, y no sosiega ni reposa. Se lanza a la vorágine del progreso, y con alma de jugador comprime en condensaciones fabulosas grandes sumas de vida, cuyo peso lo abate.

Los plutócratas, con las cargas de la dirección social consumen sus nervios en las preocupaciones del mando y la riqueza.

El proletariado se agota en las fábricas y en las pesadillas rojas de sus ilusiones políticas.

Y la clase media, masa informe, alimenta aquellas dos grandes destrucciones.

¿No ves, también, cómo nuevos vicios suicidas, nuevos abusos aniquiladores y aun nuevos deportes cuyo peligro es la muerte, surgen y prosperan cada día?

Las mujeres, Cosme, que antes se substraían en masa de esta hecatombe, se precipitan ahora en la civilización para ser devoradas por ésta en sus infernales mecanismos.

¿Alienta ya en el hombre la voluntad secreta de acabar pronto, como efecto escondido de la verdad largamente experimentada del sufrir, y de la mentira constante de un estado dichoso en el que jamás nadie estuvo?” (Fuenmayor, 1985: 109).

Referencias:

Fuenmayor, José F. Cosme. Bogotá: Oveja Negra. 1985. Colección Biblioteca de Literatura Colombiana.

Raymond Williams, Novela y poder en Colombia, 1844-1987 (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991).

CUADRO 4. FICHA DE LA NOVELA “MARSOLAIRE”

Nombre de la novela : Marsolaire
Autor: Amira de la Rosa Arrieta
Año de publicación: 1941
Raza sobre la que trata: Trata seguramente de personajes mestizos, zambos y mulatos, un lugar de mixturas “raciales”. Lo más notable es el acercamiento a la oralidad, escribiendo en la forma en que hablaban los personajes, con un acento marcado por la zona en que se desarrolla la acción.
En qué sentido se usa la “raza” en la novela: La palabra “raza” no se usa.
Temas principales sobre los que trata la novela: Hogar, familia, cariño, sexo, dificultades, trabajo, pesca, mar.
En cuál espacio está ambientada y cómo es este: Descripción de una casa con solar, un lugar donde solo hay “mar, sol y aire”. Presencia del árbol trupillo en bastantes cantidades. Árbol elegante, que parece con maneras, nunca pierde su verdor. Caseríos apretados. Anteriormente quedaba un puerto, presencia cercana del mar. Consiguiente pobreza al abandonarse la actividad portuaria en el Caribe y trasladarse el puerto a Barranquilla.
Qué condiciones sociales describe: Una ciudad en torno a la actividad en el mar, basada en la pesca. Confianza en la familia, que puede verse traicionada fácilmente. Chismorreos como fuente indispensable de información y actitudes hacia los demás.
Qué condiciones culturales describe: Fiesta de la cumbiamba, a la cual María Julia no podía asistir, pues había mozos llenos de licor y sudor. Necesidad de trabajo en la pesca, vida en torno a las actividades marinas.
Qué otras razas son mencionadas y cómo se manifiesta: Solo se menciona a personas producto del mestizaje.
Personajes y cómo encarnan la visión sobre las razas mencionadas: María Julia: doncella, manos “limpias, morenas y nuevas” (Arrieta, 1941: 20). Ojos verdes y jubilosos. Gabriel Méndez Olaya: Padrino de María Julia, le dice que es bonita. 45 años. Hombre bizarro, fuerte y ágil. Canas a lo gris y cabello espeso. Dientes unidos y blancos, boca fresca aún, cuerpo de hombre sano. Candelaria: Madre de María Julia. “Mujer legítima de nuestro pueblo”. Desiderio: padre de María Julia. Pescador. Manuel: pequeño, hermano de María Julia. “Cometero” excelente.
Conceptos importantes: Puerto, belleza, amor, familia.
Citas y notas: Es una novela corta, “recoge en su paisaje y en su ambiente, sobre una anécdota recia y pasional, la tragedia del pueblo de Puerto Colombia, abandonado por los barcos y los trajines comerciales desde que Barranquilla inauguró su terminal marítimo” (Arrieta, 1941:10).

La pesca también había desmejorado con el traslado de “Puerto Colombia”, todo desmejoró en el lugar cuando quitaron el puerto.

“Ya esto no es más que mar, sol y aire. Debería llamarse Marsolaire” (Arrieta, 1941: 22).

Tierra de creencias en lo sobrenatural, miedo a la noche. Inundaciones, crecientes que hasta mataban-ahogaban personas. Un joven murió. Maltrato a los animales.

María Julia quedó preñada de su padrino, a la hija la nombran Marsolaire. El acto ocurrió cuando María Julia se enfermó tiempo atrás. Bautizaron a su hija el mismo día en que enterraron al joven que se ahogó; la niña Marsolaire no tuvo padrino.

Lugar de rumores: las personas actuaban respecto a las otras según los rumores que corrieran.

El padre de Marsolaire se muestra con tristeza y rabia porque el padrino la hubiera dejado preñada, seguramente por ser una clara traición a la confianza que se le había depositado. En este sentido, no solo está una relación ilícita no mediada por el matrimonio, sino con alguien a quien consideraban familia y que aventajaba en edad a la joven María Julia. No son muchos los detalles del relato por ser una novela corta, pero da a entender una situación de vida un poco difícil, no exenta de necesidades y carencias; el padrino ayudaba con dinero, pero le pudo su deseo sexual y luego desapareció, al cometer la traición.

En un artículo de Mercedes Ortega (2015) se analiza la novela; el acto entre María Julia y Gabriel fue una violación por parte de este, con tintes de violencia contra ella por ser posesivo ya que se encontraba en una posición predominante: adinerado (le daba regalos a su ahijada), hombre (seguramente no de la región costera porque su acento no lo denota), con edad avanzada.

Tal vez el acto más incómodo de leer es que Gabriel, un hombre de casi cincuenta años, estuviera obsesionado con una joven tan pequeña, además de familiar suya y que traicionara tan vilmente la confianza que habían depositado en él, desapareciendo al notar las consecuencias de sus actos.

En el artículo de Mercedes Ortega se hace hincapié en el tipo de violencia-violación que hubo en la relación entre María Julia y Gabriel, pues para los personajes el error no fue del padrino o no hubo un acto violento, por estar tan naturalizada la conducta de la violación en Colombia, especialmente en la zona Caribe, desde hace muchísimos años y hasta nuestros días. No sé si Marsolaire funcione como una crítica a la sociedad en la que la mujer era un receptáculo hogareño que tenía hijos, y que si era pobre estaría marcada siempre por la tragedia, pero sí es un relato que busca demostrar las dificultades cotidianas a las que se veía sometida una familia en un lugar poco próspero.

Referencias:

De la Rosa, Amira. *Marsolaire*. Barranquilla: Talleres Gráficos Rasch. 1941.

Lamus, Marina. *De la Rosa, Amira. Ficha Bibliográfica*. Biografía Biblioteca Virtual del Banco de la República < <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/amira-de-la-rosa>>

El Heraldo. Ortega, Mercedes. “*Marsolaire*”, de *Amira de la Rosa: la violencia contra la mujer revelada*. 8 de marzo, 2015. <<http://revistas.elheraldo.co/latitud/marsolaire-de-amira-de-la-rosa-la-violencia-contra-la-mujer-revelada-133412>>

CUADRO 5. FICHA DE LA NOVELA “TRAS EL NUEVO DORADO”

Nombre de la novela: Tras el Nuevo Dorado
Autor: Ramón Martínez Zaldúa
Año de publicación: 1928. El libro se terminó de imprimir el día 14 de diciembre de 1928 en la Editorial Mundial, Barranquilla Colombia.
Información editorial (primera edición, repercusión, número de ediciones): Editorial Mundial. Barranquilla, Colombia. Digitalizada por el Banco de la República para la Biblioteca Luis Ángel Arango. Hay poca información acerca del autor.
Raza sobre la que trata: No habla de la raza en específico, se habla más de posición social, dada por la economía, los estudios y la injerencia política. En este sentido, no se le da importancia tanto al color de piel, aunque casi todos los personajes mencionados eran “blancos”, lo que probablemente signifique mestizos que se creían blancos, en el contexto nacional de búsqueda de la modernidad. Al final, en el epílogo, se hace referencia tristemente a lo que la industria petrolera destrozaba, poblaciones y casas marcadas por la pobreza, en contraste con la última tecnología aplicada en el ingenio petrolero. Las personas que trabajan en esta zona son vistas como “criollos”, seguramente queriendo significar mestizos pobres.
En qué sentido se usa la “raza” en la novela: La palabra raza no es mencionada en la novela, por lo que no hay un referente claro, tal vez es más apropiado el de clase social y pobreza vs riqueza. Es conocido que en el contexto americano o colombiano, casi siempre la riqueza está sectorizada en grupos étnicos.
Cuál es el referente de “raza”: No hay un referente de raza, porque esta no es mencionada. Pero posiblemente se refiera más a lo blanco con sus posibilidades económicas y educativas, así como el poder adquisitivo de la mano del poder político, centrado en una ciudad como Bogotá, la capital del país.
Temas principales sobre los que trata la novela: Vida intelectual: es importante este hecho porque muestra cómo en el contexto de inicios del siglo XX se relacionaban los círculos intelectuales, se encontraban en cafés y se manejaba un ambiente bohemio. Eran asiduos lectores de autores modernos o clásicos; cercanía con los periódicos, lo que muestra también el poder de la prensa. Mezquindad: alcanzar el beneficio propio por encima de cualquier persona, a cualquier costo, sin importar siquiera la vida humana. Capital extranjero: cómo industrias de otros países, norteamericanos o europeos, buscaban todos los medios, a través de enviados, para poder explotar las riquezas del país. Ascenso social: ya sea como modo de permanencia de la fortuna, o para ascender socialmente a través de matrimonios (Inés se casa con un afamado abogado, acorde a su posición social; Lerma era obedecido por González, un joven empobrecido al que Lerma le ofrecía dinero).
En cuál espacio está ambientada y cómo es este: Bogotá: “Nada más natural en esta ciudad que una casa en refacción. Diariamente se ven casas en arreglo, caserones viejos que se destruyen para ser reemplazados por edificios modernos, casas que por docenas se desocupan para su reconstrucción” (Martínez, 1928: 13). “A Lerma el correr encerrado, aislado de las calles, le calmaba, le despejaba. Sentíase bien. Comenzó a

cruzar por las esquinas del barrio norte. A esa hora los eucaliptos y cipreses se perfuman con frescor. Por la ventanilla del auto penetró una brisa acre. Las luces estaban ahora muy distantes las unas de las otras” (Martínez, 1928: 96).

Cartagena:

“Viví en algunas poblaciones en que el hastío mata la vida y agota los nervios. Acostumbrado como estaba a la vida de ciudad, el campo tuvo en los primeros meses algunos encantos, que fueron debilitándose poco a poco” (Martínez, 1928: 23).

Las casas son construcciones coloniales.

“espesos de altos eucaliptos y trémulos sauces. Siempre he sentido, al ver este paisaje, una impresión de un poder desolado, de una alegría de anhelos imposibles. Los barrios altos pegados a las lomas, me parecieron angustiosos” (Martínez, 1928: 47).

“No muy lejos, las aguas turbias del río se curvaban por entre árboles desmayados. Una bruma azulosa, como leve humo de cigarro, envolvía el grupo de árboles que hacía el horizonte más cercano. El paisaje tenía tonos oscuros, y más se asemejaba a una naturaleza polar, que tropical. Sí, el paisaje tenía sombra de sol polar, de días de seis meses” (Martínez, 1928: 148) Altas Mesetas.

“Gentes sencillas se encaminaban a esa hora a sus casas; con una huella de cansancio. Era un barrio de calles estrechas, pendientes, empedradas cuidadosamente tal vez en una época en que el cemento y el asfalto no eran conocidos. Las casas, todas de piso alto con largos balcones de madera carcomidos, de pintura ya desteñida, echados y casi doblegados sobre la calle; ni aún la luz moderna de las bombillas amenguaban su edad colonial” (Martínez, 1928: 204).

Añoranza por la ciudad, la vida intelectual más fluida en esta que en otro tipo de pueblos. Pueblos un tanto atrasados aun con la deseada marca de progreso propia del país a inicios del siglo XX.

Qué condiciones sociales describe:

Las condiciones descritas remarcan brutalmente solo en breves partes de las novelas. Mientras los ricos iban entrando a sus casas después de alguna cena o fiesta, los pobres madrugaban a trabajar, caminando por el empedrado de la ciudad calladamente.

En el epílogo se describe la pobreza en el Amazonas, en una zona de explotación petrolera, niños desnudos y sucios, personas cansadas tiradas en el piso, etcétera.

Qué condiciones culturales describe:

Es rico en mostrar lo que puede considerarse actualmente una “cultura de élite”, pues está en torno a la vida intelectual, la lectura, los bailes de salón, etc; y cómo podían darse en la capital de un país un tanto atrasado. Los más adinerados (como Lerma) iban a estudiar por un tiempo a Europa, luego se asentaban en el país con fama y fortuna. Por otro lado, al tener la posibilidad de estudiar una carrera profesional, estaban entre las eminencias políticas y sociales.

Qué otras razas son mencionadas y cómo se manifiesta:

Se menciona a “blancos” y a “criollos”. La raza no es un tema central ni secundario en la novela; aunque muestra muy bien el contexto y describe el paisaje detalladamente.

Personajes y cómo encarnan la visión sobre las razas mencionadas:

Protagonista: rememora hechos del pasado, su madre murió siendo él pequeño. Abandonó los estudios, quiso entrar a la vida literaria, tenía un amigo cronista que destacaba en grupos literarios e intelectuales. Frecuentaba cafés de intelectuales.

Inés de Guzmán: pertenecía a una familia distinguida de occidente. Elegante, seria, bella, reflexiva, serena. Su familia decidió partir hacia Bogotá. La familia de ella y del protagonista eran amigas, el protagonista

siempre la observaba, desde pequeño. Ella se había casado con un jurista afamado, político de nota y con fortuna. Frecuentaban el gran mundo social. Ella y el protagonista se querían mucho, él era como un hijo para ella. Poseía amplios conocimientos de temas literarios.

Doctor N.: abogado, esposo de Inés, admiraba mucho a Mr. Dort. El sentimiento de él hacia Inés era una veneración respetuosa, oculta, casi mística, como un ser aparte de la realidad de la vida. Pequeño, serio y con algunos rasgos de aborigen. Silencioso, parecía siempre distraído. Su sonrisa era medio falsa, producía fastidio.

Isabel: hermana del abogado, vivía con Inés y su familia, soltera, presuntuosa, entrada en años.

Jaime: hijo del abogado e Inés, enfermizo, callado.

Jorge López: joven en Cartagena, regular estatura, moreno, ojos vivaces y nariz carnososa. La gente rumoreaba sobre él, que llegó a vivir una vida escandalosa y orgiástica. Se fue a vivir con su abuelo, el señor López, un viejo encorvado que siempre lo acompañaba y se preocupaba mucho por él. Se volvió buen amigo del protagonista. Vivía atribulado, bohemio. Pronto enfermó fuertemente. Lerma lo animaba a que buscara venganza por lo que le hicieron a su padre.

Luisa: mujer de cincuenta años, pelo blanco, piel fresca y rosada, ojos azules, esposa del anciano López.

Eduardo Lerma: amigo de secundaria del protagonista, estuvo en Europa y no frecuentaba círculos colombianos o americanos, adinerado. 28 años. Su vida era motivo de rumores. Se apasionó por una dama de distinción y belleza: Inés. Sostenían algunos encuentros, él estaba muy enamorado de ella. Desencadenó sucesos en los cuales utilizó personas para su propia conveniencia, un hombre se suicidó, otro asesinó al Doctor N, etc. Representaba los intereses de una compañía petrolera.

Luis Lee: abogado joven, rostro rasurado y con brillo, delgado y con ademanes rápidos, nerviosos. Gozaba del aprecio de las clases altas, tanto políticas como sociales. Gestionaba negocios oscuros, defendía intereses de dudosa utilidad. Agente de Lerma.

Pérez: solicitado por Lerma y su abogado. Sujeto de regular estatura, flaco, imberbe, 38 años. Tipo caracterizado de servidor público de mediana posición.

Jimeno: amigo de Lerma, se encontraron en un café, él sabía todas las noticias de última hora y las comentaba agresivamente.

Montes: tiene un pleito con la multinacional porque quieren quitarle las tierras que poseía en el Norte. Lerma se las iba a comprar.

González: trabajaba para Lerma, incondicionalmente. Sospechaba que Lerma era un agente petrolero, listo para dar un golpe político.

Mr. Dort: hombre del norte, intereses petroleros. Arrogante, serio.

Tejeiro: sujeto muy conocido en los círculos oficiales, a donde llegaba con intrigas de bastante valor, hábil, reservado, dócil. Tenía fama de sacar tajada a donde entraba, ideó artículos para desprestigiar las petroleras. También desprestigió al general López, deshonrándolo, atribuyéndole faltas y delitos públicos. 45 años, alto, robusto y de fisonomía inexpresiva aunque no vulgar.

Muñoz: personaje importante, Mr. Dort y el doctor esperaban la última palabra de él. Sujeto alto.

Conceptos importantes:

Matrimonio, círculos intelectuales, rumores, periódico, política, relaciones sociales, crimen, asesinato.

Citas y notas:

Inicia con narración en primera persona recordando hechos. Cuenta su vida, como siendo un intelectual con algunos años encima.

Es importante el tema del matrimonio para afianzar lazos sociales o mantener la posición. Inés no se veía

muy feliz en su matrimonio, la vida familiar era seria y como falta de confianza: “Al continuar mis visitas me daba cuenta de la fiebre interna que destrozaba el alma de doña Inés, reflejándose también en el espíritu de su marido y en los nervios de su hijo. Este niño pálido, raquítico, era tímido y silencioso. Inconscientemente conocía los sufrimientos de su madre, no lloraba nunca, ni gritaba, ni reía.” (Martínez, 1928: 20)

“Conversábamos el anciano, la señora Luisa y yo sobre cuestiones de orden local. De la mala administración municipal, del poco aseo de las calles, del ningún espíritu público de sus habitantes, de las obras de imperativa necesidad. Jorge parecía no oírnos.” (Martínez, 1928: 31)

Contexto: “Le hablé sobre mis observaciones sobre el alma del país en el momento actual, de la gran transformación operada en él, el curso que toman los nuevos intereses que se han creado, trayendo modernas corrientes de ideas y nuevos problemas.” (Martínez, 1928: 40).

“-¿Qué es?

Pues que el Dr. N. ha conseguido todo lo que anhelaba y ya nada ni nadie se puede oponer a lo que pide y quiere él. Dentro de muy pocos días se sabrán cosas interesantes sobre sus maniobras en concesiones leoninas que afectan la soberanía del país. Ya sabremos que muchos personajes, pontífices de patriotismo y honorabilidad, han sucumbido bajo sus ruedas de oro.

-Que el diario fundado para defender esos intereses, como todo está ya conseguido, dejará de circular en breve. Esta es un alivio. Ya no volveremos a ver sus campañas «patrióticas». Siempre es que avanzamos-agregó irónicamente.

- ¿No volverá a circular?

[...] Figúrese usted que más de un mulato se ha quedado estupefacto de tanto brillo. Aquí se ven cosas bien raras. Se habla por lo bajo de «intereses en pugna». Yo no veo sino el judaísmo de algunos hombres «sin mancha» y la codicia extranjera. Nada más, y sin embargo, se habla de «intereses en pugna». Los habrá?” (Martínez, 1928: 94,95)

“...y aparecieron también hombres guiados por un gran patriotismo, decididos a salvar al país, a entregarse en cuerpo y espíritu a su defensa, y todas las mañanas en la esquina, en el café, en la columna del periódico, en el club, mostrábanse alarmados, escandalizados, plenos de protesta y.... de repente callaban, o lo más curioso, variaban de opinión.” (Martínez, 1928: 100)

Una empresa extranjera (de Nueva York) que quería obtener el control del negocio del petróleo, trataba de hacer artimañas para obtenerlo.

“Este leyó la del periodista. Decía:

«Querido doctor: el progreso de este país está pendiente de las vías de comunicación. Emprenda usted una campaña sobre obras públicas. Como el país no tiene dinero para hacerlas, que se contraten empréstitos. Esta será una campaña altamente patriótica. Afmo.»” (Martínez, 1928: 132)

“Estos actos generalmente se distinguen por la promiscuidad de gentes que a ellos concurren. Periodistas, uno que otro intelectual de cuño nuevo, noveles políticos, diputados, hombres de distintas profesiones, jóvenes elegantes y de condición imprecisable, todos dentro de un ambiente nada homogéneo, semejante a la aglomeración de las salas de espera o de las estaciones en el momento en que llega un tren. Muy pocos son los que tienen allí relaciones de amistad; ocurre que algunos tal vez nunca se habían visto y vienen las presentaciones... las presentaciones que equivalen a ceder benévolamente una amistad.

Era una reunión tan heterogénea, y podía asegurarse con certidumbre, que muy pocos allí representaban algo, pero como en todo momento apresurado, y de perspectivas doradas, cada cual empeñábase en desempeñar algún papel. Fingiendo una importancia trascendental, cubierta de discreciones.

No era una atmósfera franca, ni mucho menos cordial; casi todos carecían de estilo y carácter propio, pero disimulábanlo con notoria afectación. Porque todo puede disimularse menos lo afectado.” (Martínez, 1928: 173,174).

“«La gentil benevolencia de Mr. Dort nos ha permitido congregarnos aquí en esta fiesta llena de espíritu y cordialidad, que una vez más, pone en alto nuestra tradicional cultura. Aquí demostramos que ampliamente tenemos abiertos los brazos a todas las energías y que nuestro suelo aún por igual a todos los hijos del planeta. Y ante todo ponemos de manifiesto, aquí donde están representadas todas las clases cultas, nuestro cordial respeto y admiración a la gran democracia del Norte de la que es un bello exponente el culto y distinguido caballero que preside esta simpática reunión. Porque una vez más, es de repetirse, que debemos mirar a nuestros hermanos del Norte con el respeto de la más austera fraternidad. Brindo etc.»” (Martínez, 1928: 177) Palabras de Tejeiro.

En el epílogo se narra la industria petrolera en el Amazonas, similar en pobreza para sus pobladores a la de la producción cauchera, este petróleo, “el nuevo dorado”, significaba que quienes se interesaban por él no sintieran el mínimo respeto por las personas, una mezquindad e interés total: “Los ranchos pajizos, primitivos, cerca de la orilla, embarrados y pintados miserablemente, casi ahogados entre la arena húmeda y espesa, contrastaban con la pujanza soberbia, descomunal, de las torres, de los pozos inmensos donde se deposita un líquido aceitoso con cuyo producto se levantan inmensos rascacielos, y se infla la riqueza de otras gentes que ni aun siquiera conocen el idioma de los dueños de la riqueza que explotan.

El barco se detuvo. El viajero saltó a tierra. Comenzó a pasear por el pequeño puerto donde a esa hora los obreros se hallaban libres del trabajo del día. Comenzó a ver el desfile de rostros amarillos, flacos, demacrados, donde la tierra malsana colocó su huella inextinguible.

En el ambiente mezclábanse el olor de la miseria, del abandono, de la crápula, con el olor a brea y a aceite. Niños de enorme vientre, desnudos, con la piel tostada por el sol, corrían por entre la arena de las callejuelas, tras de un cerdo, una gallina o un pavo. En las afueras había tendidos en el suelo, silenciosos, innúmeros hombres y no se podía saber si estaban ebrios o agobiados por el cansancio.” (Martínez, 1928: 226, 227).

Referencias:

Martínez Zaldúa, Ramón. *Tras el Nuevo Dorado*. Barranquilla: Editorial Mundial. 1928.